

SOCI

Nuestra Bandera

N.º 145 • 2.º TRIMESTRE DE 1990 • PRECIO: 600 PTAS. (IVA INCLUIDO)
REVISTA DE DEBATE TEORICO Y POLITICO EDITADA POR EL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

Escriben:
Julio Anguita
Manuel Monereo
Adolfo S. Vázquez...



PA

Mundo Obrero Suscríbete

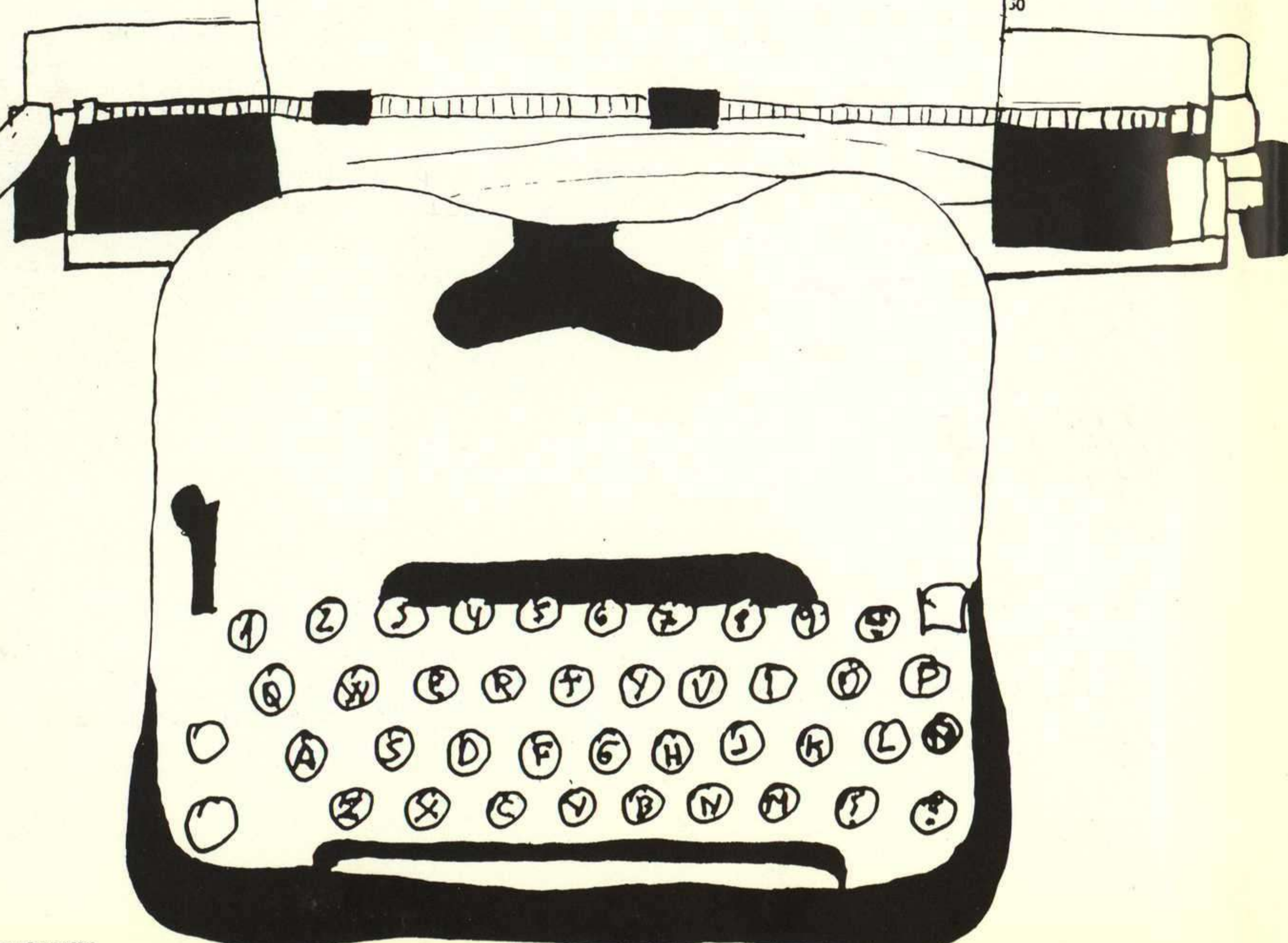
TARIFAS

Nombre

Localidad

Domicilio

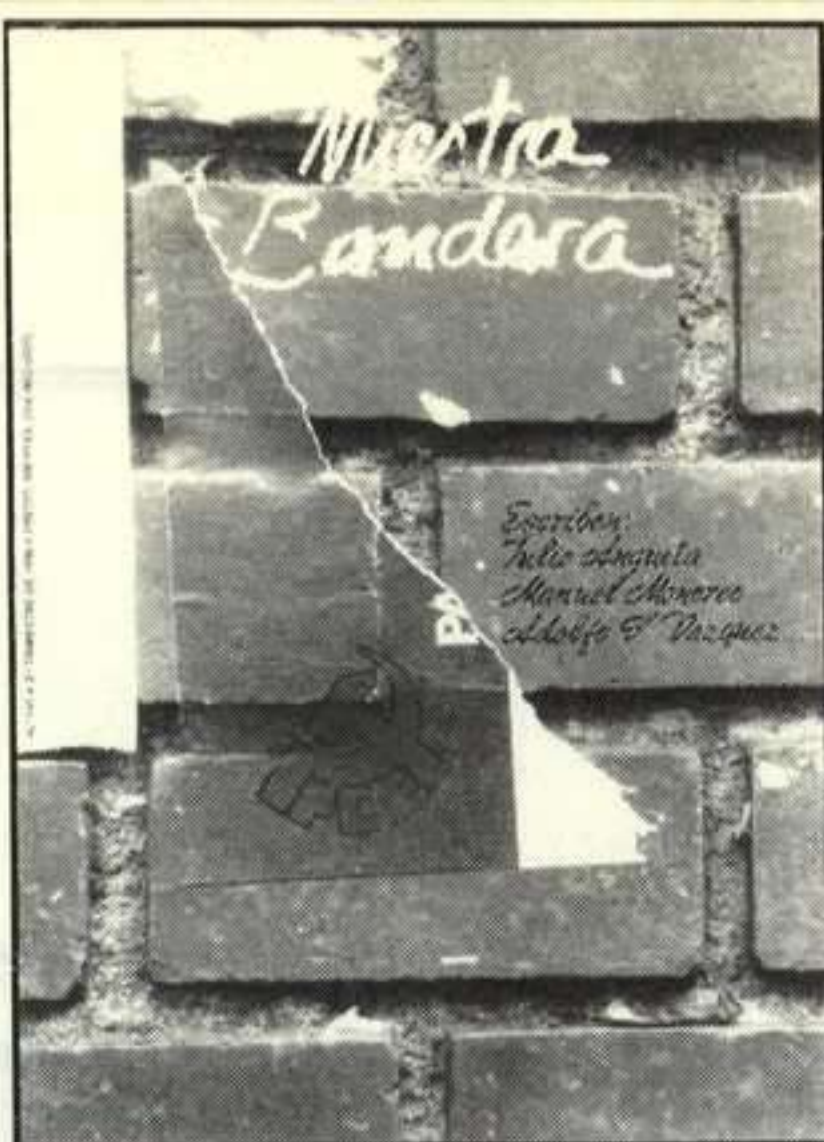
FORMA DE PAGO:	Giro	Metálico		Cheque	Recibo
	ESPAÑA	ISLAS	EUROPA	AFRICA AMERICA	ASIA AUSTRALIA
3 meses	1.625	1.525	2.400	2.900	3.650
6 meses	3.250	3.050	4.800	5.800	7.300
12 meses	6.500	6.100	9.600	11.600	14.600



1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50

2
4
6
8
10
12
14
16
18
20
22
24
26
28
30
32
34
36
38
40
42
44
46
48
50

Nuestra Bandera



SUMARIO

2.º TRIMESTRE/1990

N.º 145

REVISTA DE DEBATE
POLITICO Y TEORICO
EDITADA POR EL
PARTIDO COMUNISTA
DE ESPAÑA

CONSEJO DE
REDACCION

Pedro Marset-Director
A. López
Salinas-Coordinador
Esther Benítez
Gerardo del Val
Salvador Jové
Héctor Maravall
Manuel Monereo
Damián Pretel
Vicente Romano
José Sandoval
Juan Trías

PRODUCCION
COMED, S. A.

FOTOGRAFIA
Angel Jiménez

REDACCION Y
ADMINISTRACION
Marqués de Monteagudo, 8
28028 Madrid
Teléfono: 246 98 07
Fax: 361 17 74

DISTRIBUCION
MUNDO OBRERO
Claudio Coello, 126
28026 Madrid
Teléfono: 563 97 02

FOTOCOMPOSICION
Ciceralia, S. A.

IMPRESION
Igráficas, S. A.

Depósito legal: M. 20.166-1977

EDITORIAL

El necesario debate teórico 2

NACIONAL

Julio Anguita

Izquierda Unida: la apuesta de los
comunistas españoles 4

Felipe Alcaraz

El poder de Andalucía 14

Manuel Monereo

Construir una izquierda nueva. Renovar
el PCE 18

Javier Doz

Ante la reforma educativa 26

Gerardo del Val

El Estado español y el principio del
derecho a la autodeterminación 36

INTERNACIONAL

Francisco Palero

Europa Unida: un proyecto posible 40

Serguey Kara Murza

La perestroika y su interpretación
occidental 48

Santiago Alvarez

Perspectiva mundial y América Latina 61

A. López Salinas

¿Que todo cambie para que todo siga
como está? 68

TEORIA Y ANALISIS

A. Sánchez Vázquez

Democracia, revolución y socialismo 70

Juan Trías

Modernización y reestructuración
capitalista 78

CULTURA

Damián Pretel

Ideas filosóficas de Antonio Machado 82

Vicente Romano

Política y comunicación 92

Eduardo Arenillas

Arte y mercado 96

Andrés Sorel

El problema de la Seguridad Social y los
escritores 98

EDITORIAL

EL NECESARIO DEBATE TEORICO

HA transcurrido, lamentablemente, un largo período de tiempo durante el cual nuestra revista no ha estado presente en la necesidad de clarificación teórica en medio de tantos acontecimientos nacionales e internacionales. La razón última de esta ausencia ha consistido básicamente en la sucesión de insuperables dificultades de infraestructura en un contexto de continuas y crecientes demandas de todo tipo a la organización del partido. Pero también es verdad que esta ausencia sugiere muchas interpretaciones alternativas y quizá complementarias.

Se podría pensar que el ritmo de los acontecimientos era superior a la exigencia de pausa que precisa la reflexión teórica, convirtiendo en obsoletos, en el plazo de días, cualquier información o consideración. Efectivamente, desde el segundo momento de la «perestroika», la sucesión de escenarios distintos en los países de la Europa socialista ha hecho caer uno tras otro los principales fundamentos de su estructura socio-política y económica, y ello a su vez ha influido poderosamente en el desarrollo de la práctica y de la teoría en los países occidentales, sobre todo en la izquierda. Un ejemplo de ello lo tenemos al repasar las principales contribuciones que se hicieron en el Coloquio Internacional organizado por la Fundación de Investigaciones Marxistas en Marbella a comienzos del pasado año, 1989.

Por otra parte, se podría pensar que todo este tipo de ausencia de NUESTRA BANDERA ha estado marcado por la primacía de la acción política y social, desplazando el protagonismo de los hechos a la maduración teórica. En cierta forma, en nuestra actuación política en España, una vez lanzada la propuesta de Convergencia Social y Política, y concretada ésta en la creación y consolidación de Izquierda Unida, ha desencadena-

do un ritmo tal de acontecimientos que nos ha impedido dedicar el necesario tiempo para la teorización.

Por último, cabe pensar que esta ausencia de NUESTRA BANDERA refleja una debilidad teórica de nuestro partido para enfrentarse al cúmulo de circunstancias nuevas. Puede, en efecto, reflejar esta ausencia, ese mal crónico tantas veces diagnosticado de la inexistencia en nuestro país de un proceso creativo de asimilación y expansión del marxismo, común a todo el pensamiento de izquierdas y que se manifiesta en tanta improvisación y calurosa acogida de todo tipo de «modas».

Todo lo dicho puede ser cierto, pero no exime nuestra particular responsabilidad, y parece que por fin tenemos las condiciones materiales en la redacción de NUESTRA BANDERA para estar presente en el necesario e intenso debate clarificador de finales del siglo XX.

UNA ETAPA NUEVA DE NUESTRA BANDERA

El Partido Comunista de España está viviendo momentos cruciales por muchas razones. Se ha querido encontrar significados especiales a acontecimientos coincidentes en el tiempo como fueron el fallecimiento de nuestra presidenta Dolores Ibárruri, y la caída del muro de Berlín, como muestra del final de una era y comienzo de otra. El aprovechamiento de la coincidencia es poco interesante, lo realmente importante es reconocer que, en efecto, los fundamentos sociales, económicos y políticos que justificaron la creación del Partido Comunista han sufrido tal modificación, y que la experiencia desarrollada bajo las banderas del comunismo ha sido tan variada y contradictoria, que exige un esfuerzo de

clarificación para seguir adelante con firmes perspectivas.

Se puede asegurar que los ideales y valores que alentaron la esplendorosa y ejemplar vida de Pasionaria siguen siendo metas irrenunciables de nuestra lucha, pero hay que reconocer que en la consecución de tales objetivos la acción política ha de tener en cuenta tanto los nuevos sujetos revolucionarios como la experiencia del desarrollo de los anteriores procesos revolucionarios.

Hasta tal punto son profundas las consecuencias de toda índole que está desencadenando la combinación de efectos de la perestroika y de la nueva fase del capitalismo en la revisión del papel y significado de los partidos comunistas, que se plantea, por algunos sectores, desde dentro del comunismo la transformación de los partidos en otras formaciones políticas diferentes. Hay que reconocer que las circunstancias que en su día obligaron, por la ineficacia de la II Internacional, a crear los partidos comunistas han sufrido una enorme modificación y por ello el debate acerca de estos extremos es potencialmente muy útil.

De esta forma se entienden las contribuciones de Ochetto, Ingrao y Cossuta al congreso del PCI, así como la decisión última tomada en éste. No sería arriesgado afirmar que si en 1917 se hizo patente la obsolescencia e ineficacia de la II Internacional, hoy, tras dos guerras mundiales y el desarrollo del capitalismo y el subdesarrollo en el panorama mundial, parece absurdo concluir que el resultado es la supremacía de la socialdemocracia en el terreno de los valores de la izquierda.

NUESTRA BANDERA se ofrece en esta nueva etapa de intenso debate como instrumento del partido abierto a todas las opiniones de dentro y fuera del Partido Comunista de España, en el ámbito genérico de la izquierda española, europea y mundial, para, modestamente, contribuir a que los ideales emancipadores sean realidad.

FORO DE LA IZQUIERDA TRANSFORMADORA

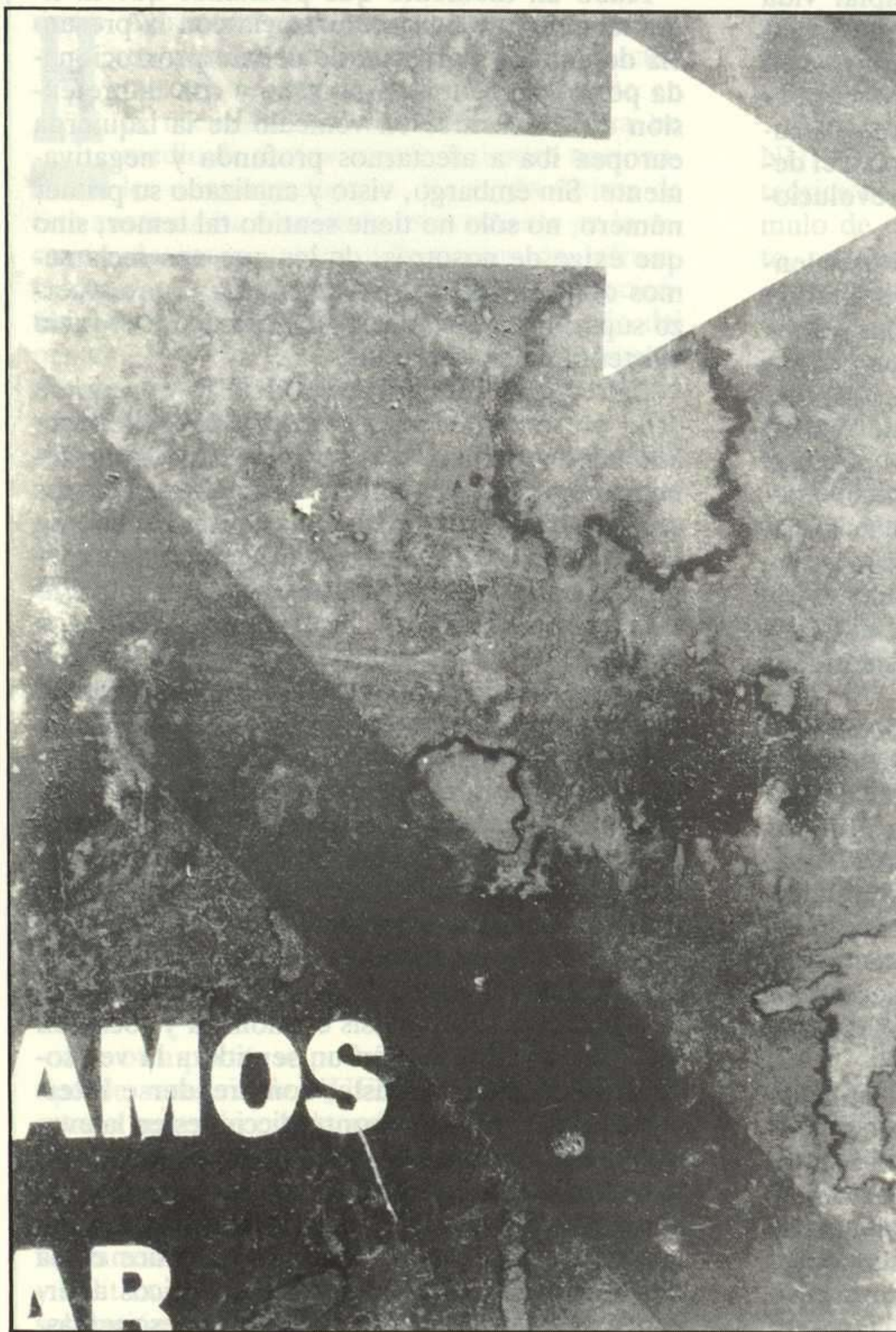
Hubo un momento que pensamos que la simultaneidad de nuestra ausencia con la presencia de una nueva revista de debate promovida por el partido del Gobierno y con la pretensión de convertirse en vehículo de la izquierda europea iba a afectarnos profunda y negativamente. Sin embargo, visto y analizado su primer número, no sólo no tiene sentido tal temor, sino que exige de nosotros, de los que nos reclamamos de la izquierda transformadora, un esfuerzo superior para colmar fructíferamente el vacío existente en este terreno.

La revista NUESTRA BANDERA pretende estar presente de forma regular en la calle (este año trimestralmente, y a partir del próximo bimensualmente) y canalizar todos los esfuerzos teóricos de la izquierda; conscientes de que en este momento poseemos ya un caudal de experiencia política fecunda que exige su comprensión para acertar en las tareas próximas a realizar.

Parece que los retos que tras el 70 Aniversario de nuestro partido se nos plantean, son: comprender las exigencias que implican el desarrollo y consolidación de Izquierda Unida como instrumento popular de conquista del poder y transformación de la sociedad, y en su seno el papel a desempeñar por el Partido Comunista de España; analizar la perspectiva de configuración de España como un Estado de Autonomías en un sentido federal; situar la posibilidad de superación progresista a la crisis económica y social en España y en Europa, en un sentido a la vez solidario e internacionalista; comprender e interpretar el desarrollo de contradicciones en la evolución del capitalismo en esta nueva etapa, tanto en Occidente como en el resto del mundo; valorar e incorporar al marxismo la contribución que desde ámbitos diferentes se produce en la elaboración de valores culturales y éticos alternativos, superadores de los viejos esquemas.

IZQUIERDA UNIDA: LA APUESTA DE LOS COMUNISTAS ESPAÑOLES (*)

Julio Anguita



ES un deber de gratitud, a la vez que un placer, dar las gracias a esta Universidad por permitirme utilizar su tribuna en unos momentos en los que cada fuerza política debe explicarse con toda sinceridad, sin eufemismos y sin concesiones a ningún tipo de auditorio.

Mi agradecimiento tiene una doble motivación: por el hecho de poder hablar y por la coyuntura internacional y nacional en que mis palabras van a ser oídas.

Soy comunista. Y esta afirmación mía no quisiera que, en absoluto, fuese interpretada por ustedes como un gesto de altanería, prepotencia o reto. Muy al contrario, hago la afirmación desde la voluntad inequívoca de que ustedes no se llamen a engaño con respecto a lo que yo pueda decir después o por cualquier equívoco, que sin intención alguna pudiera deslizarse en mi intervención.

Pero además de mi manifestación de adscripción filosófica y política, tengo que decir ante ustedes que milito en un partido que no piensa, por ahora, esconder sus siglas, cambiándolas o extinguiéndose vergonzosa y avergonzadamente en otras.

Para mí, hablar de comunismo significa aceptar un doble reto:

— El primer reto es el de conseguir la superación, en el análisis, de una serie de acontecimientos y valoraciones que, en creciente acumulación, nos impiden hacer una reflexión serena a la luz de la historia y a la luz de la

evolución global que se está operando en todo el planeta Tierra. Quiero decir, que debo recuperar la visión dialéctica y analizar y enjuiciar la llamada crisis del comunismo en su interrelación con otras crisis: la de civilización, la de los valores y la del sistema capitalista.

— El segundo reto o advertencia para mi intelecto es no olvidar que estamos inmersos en una lucha ideológica sin cuartel ni tregua posible. Los acontecimientos son valorados desde muchas posiciones y cada una de ellas tiende a hacer del análisis y de los resultados un instrumento que permita plasmar la bondad y la idoneidad de su propia alternativa. Por tanto, mi exposición, por crítica y objetiva que intente ser, está hecha desde una postura beligerante en la medida en que yo hace mucho tiempo opté por una apuesta. Eso no excluye el esfuerzo de objetivación al que todo aquel que se dedique a pensar se debe. Un esfuerzo que yo exijo también para los otros.

Cuando se habla de la crisis del comunismo, ¿a qué queremos hacer referencia? Es indudable que la palabra crisis no significa ni desaparición ni muerte, simplemente momento en el que las contradicciones se agudizan y en el que lo viejo no acaba de morir ni lo nuevo termina de nacer. No obstante, y yendo más allá, yo no quisiera hablar de crisis sino de muerte. ¿Qué es lo que ha muerto? ¿Un ideal de liberación o una práctica política de ciertas formaciones políticas llamadas partidos comunistas?

El comunismo es la apuesta por una sociedad de plena emancipación humana en la que desde la constante creación y creatividad se ponga fin a lo que, según el clasicismo marxista, es la prehistoria del ser humano, y comience la verdadera historia de

la humanidad. Es la plenitud del reino de la libertad.

El comunismo, por tanto, supone la culminación y la superación de todos los derechos humanos.

El comunismo supone la existencia de una sociedad con las características anteriormente diseñadas pero en todo el planeta Tierra.

El comunismo, por mor de la liberación de la energía creadora del ser humano, supone también la variedad cultural y artística.

Y, como consecuencia de todo lo anterior, el comunismo supone el fin de la explotación y de la opresión del hombre sobre el hombre, de unas naciones sobre otras, del sexo masculino sobre el femenino, etcétera.

Soy consciente de que esta formulación es, a nivel de enunciado, totalmente asumible por cualquier ser humano o por cualquier grupo político. Es decir, lo diferencial entre un comunista y uno que no lo sea no está en este «desideratum», sino en la postura mental con que puede ser acogido. Para un comunista esto supone la utopía necesaria que da sentido a su acción política; y en eso puede que incluso haya colectivos y formaciones políticas que así lo entiendan. Sin embargo, hay amplios colectivos que al encontrarse el enunciado lo encuadran dentro de lo que significa la palabra quimera. Y he aquí una gran diferenciación entre una mente conservadora y una mente progresista. El comunista o el hombre y mujer de izquierdas o progresistas en un sentido amplio reconocen la necesidad de la utopía. La mente conservadora, cuando no reaccionaria, entiende que toda apuesta por cambiar es un hecho quimérico. En el fondo, y es la primera gran división, estamos asistiendo a un debate entre Parménides y Heráclito.

Desde Marx y Engels y las siguientes aportaciones a la teoría marxista sabemos que el comunismo no es solamente un enunciado o un análisis de la sociedad y de su historia sino también una voluntad de transformar la sociedad en el sentido de ese ideal (tesis XI de Marx contra Feuerbach). Y esa acción se concreta en lo que los clásicos han venido llamando la praxis, es decir, una acción consciente, desde la apuesta, sobre lo real concreto a fin de transformarlo. Pero esa transformación no es inmediata sino que a su vez es base para otro ejercicio del conocer y otra acción del actuar.

Por eso el comunismo, como dice Marx, es el movimiento real que supera constantemente las contradicciones. Esta concepción, cuyo olvido ha sido la fuente de todos los errores y aberraciones cometidos en nombre del marxismo, tiene muy presente algo que no puede ser diseñado por nadie que se dedique a la función política desde supuestos marxistas: lo real es una sucesión constante de contradicciones difícilmente definibles con largos períodos de tiempo. Es más, lo real es, siempre, la unión de lo objetivo y lo subjetivo. En el nivel del conocimiento de las cosas éstas son como son (método de análisis) pero además son como son pensadas y valoradas (ideología, lucha de ideas).

Cuando hablo de que el comunismo es un movimiento, estoy diciendo que en el desarrollo y en el avance sobre la concreción de la utopía, son varios y plurales los agentes e impulsos que pueden coincidir y converger en la trayectoria del movimiento. Y esto es clave porque la aceptación de ello supone, de entrada, la descalificación de la concepción política que pretenda en uso del monopolio del poder llegar al

comunismo. Por mucho que la teoría marxista no haya desarrollado y profundizado como debiera sobre el Estado, sí es bien cierto que en todos los autores marxistas y en los primeros tiempos de la Revolución de Octubre, el Estado es contemplado como algo que se va extinguiendo conforme la sociedad civil va alcanzando una mayor capacidad de autorregulación. Independientemente de que el Estado se extinga o no o quede simplemente como un simple mecanismo administrativo, es muy cierto que en nombre del comunismo no puede concebirse la estatalización como un avance hacia la utopía. La concepción estatalizadora, devenida de una práctica en los países del Este y en los otros en que el partido comunista gobernó o gobierna, es consecuencia de varios factores a tener en cuenta: coyuntura histórica en que se realiza la Revolución, nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, asentamiento de la concepción democrática, visión metafísica del comunismo, etcétera. La concepción estatalizadora no sólo ha estado presente en los sistemas del Este. Carlos Marx en su crítica al Programa de Gotha advertía sobre los riesgos de la concepción estatalizadora de Lasalle, una visión que, sin el paroxismo de los países del Este, ha hecho suya, y sigue haciéndolo, la socialdemocracia. Por ello, y aunque sea un inciso en el discurso, nosotros nunca hablamos de planificación estatal de la economía sino de planificación democrática de la misma, la cual, por cierto, está insinuada en el artículo 131 de nuestra Constitución.

Marx y los clásicos desarrollaron toda una concepción acerca de la alienación y enajenación del ser humano. Una alienación que, desde la que Engels hace ra-

dicar el surgimiento de la religión (idea esta muy discutida y discutible en estos días), va hasta esa magnífica obra ya olvidada, porque tal vez interesa, llamada «El hombre unidimensional», de Marcuse; referida ésta al ser humano producto de la sociedad de consumo. En todo esto hay un análisis que partiendo del «Homo Sapiens» continúa con el «Homo Faber» y desemboca en el «Homo Consumens».

El comunismo no puede aceptar, ni en su teorización ni en su praxis política, la idea que de manera simplista se le atribuye a Maquiavelo: «El fin justifica los medios». El comunismo, por propia ley del desarrollo de la sociedad y de la ley de cantidad y calidad, sabe qué elementos del fin deben contenerse en todos y en cada uno de los medios o instrumentos.

El comunismo, para terminar, hace suya como postura filosófica, necesariamente llevada a la praxis, aquellas palabras del Fausto de Goethe: «Todo lo existente merece perecer».

A la luz de estos conceptos y de estos valores, de los que, por cierto, nadie ha renegado, reafirmo mi condición de comunista y mi profunda convicción de que el comunismo tiene larga vida.

El problema, por tanto, se centra en la validez o invalidez de las formaciones políticas llamadas partidos comunistas para ser los correctos instrumentos de la constante transformación de la sociedad en el eje estratégico de nuestra utopía.

Y al llegar aquí conviene hacer una división clara y terminante: partidos comunistas gobernantes en países de centro, este de Europa, Asia y América, y partidos comunistas de Europa Occidental ínsitos en una sociedad que alumbró la Revolución francesa y todas sus con-

secuencias. Si tuviera que hacer una caracterización de denominador común sobre el primer grupo de partidos comunistas diría lo siguiente:

— Poder adquirido desde una situación excepcional, caracterizada por el hundimiento del estado predecesor en la medida en que éste ha perdido el apoyo popular, bien por una confrontación bélica con otros países o bien porque era un testaferro del poder de otro estado.

— Acceso al poder en sociedades claramente rurales o incipientemente industrializadas; es decir, con una carencia de fuerzas productivas medianamente capaces de hacer frente a la competencia internacional.

— Países de escaso o nulo desarrollo democrático en los que los enfrentamientos de clase se centran entre un campesinado en condiciones de depauperación y una oligarquía dependiente de intereses extranjeros.

— Países que se ven sometidos a un cordón sanitario, cuando no a una presión o injerencias internas por las potencias imperialistas en cada momento.

— Consecuentemente la teoría del partido único, vanguardia y guía se abre paso con la facilidad que da:

a) Una teoría política simplificada y simplista dotada de un fuerte sentido escatológico.

b) Un nacionalismo exacerbado como consecuencia de la presión extranjera y la satanización del adversario hecha por el núcleo dirigente.

c) La verificación, en la práctica, de un cierto comunismo primitivo en el sentido de una mejor y más justa atención a las necesidades de la población (Hans Modrow).

— Como consecuencia de la existencia de partido único en el monopolio del poder se llega a

una confusión entre partido y estado y de ahí a crecientes procesos de degeneración y de corrupción.

— Incapacidad desde el propio sistema político de dar respuesta a los problemas surgidos como consecuencia del desarrollo del capitalismo de estado e incapacidad de dar respuesta ideológica a una nueva situación por la rigidez dogmática del discurso propio. Lo cual le lleva a la política del péndulo: del capitalismo como el arquetipo de lo peor del mundo al capitalismo como lo menos malo de lo posible.

En este grupo de partidos comunistas, y ya en el ámbito específicamente europeo, habría que hacer otra diferenciación: países que hicieron la Revolución (cuyo arquetipo es la Unión Soviética) y países en los que el Partido Comunista llegó al poder a través de los tanques soviéticos y los acuerdos de Yalta y Postdam. Sin olvidar que en estos últimos países los partidos comunistas estuvieron en la primera línea de combate de la resistencia contra el nazismo en unos momentos en que todas sus burguesías nacionales se aliaron con Adolfo Hitler.

Pero para bien o para mal los partidos comunistas de Europa occidental somos hijos no sólo del primitivo impulso de la Revolución de 1917 (que yo asumo y reivindico como título de honor) sino también del desarrollo orgánico protagonizado por la Tercera Internacional; la cual pronto sirvió para dar cobertura y apoyo a la defensa del Estado soviético como consecuencia de la concepción estaliniana de socialismo en un solo país.

Los partidos comunistas de Occidente, en mayor o menor grado, con mayor o menor sinceridad, con mayor o menor tac-

ticismo, se fueron transformando en partidos comunistas totalmente asumidores de la democracia como parte consustancial al socialismo. Ya desde la aparición del nazismo, el Partido Comunista de España tuvo que sostener frente a Stalin la necesidad de los Frentes Populares para combatir el horror que se avecinaba.

Desde entonces el PCE ha venido manteniendo, tanto en la teoría como en la práctica, incluso en sus momentos de mayor crisis, los siguientes postulados:

— No hay socialismo democrático y socialismo no democrático. El socialismo es la concreción en lo económico, social y político de la democracia.

— Consecuentemente con lo anterior, entendemos que no es correcto hablar de democracia burguesa o democracia obrera. La democracia es única y sus diferencias están en los grados en que esa democracia se manifiesta.

— Asumimos e intentamos llevar hasta sus últimas consecuencias los principios de la Revolución Francesa, entendiendo que los tres son parte indivisible de un todo; de tal manera que si faltase alguno la democracia no es plena, es puramente formal o epidérmica.

— Creemos que la sociedad que preconizamos como paso al comunismo, es decir, el socialismo, es la concreción para todos los seres humanos de la declaración de Derechos Humanos.

— Entendemos que en la marcha hacia el socialismo el partido no debe ser en absoluto vanguardia sino impulso constante en trabajo conjunto con las demás fuerzas políticas que luchan por esa sociedad.

— Somos conscientes de que, en la actualidad, junto a las for-

maciones políticas clásicas de la izquierda, han ido apareciendo movimientos, colectivos, organizaciones, tendencias, estados de opinión que vehiculan de manera más o menos organizada preocupaciones ante problemas nuevos y preocupaciones ante la esclerosis de las formaciones clásicas. Por tanto, somos partidarios de un trabajo que conduzca continuamente a una síntesis renovada y renovadora capaz de alumbrar el mundo nuevo.

Nos consideramos como un instrumento que, surgido del seno del movimiento obrero y sintiéndose vinculado a él, debe tener en cuenta la aparición de otros sujetos transformadores o revolucionarios (que las palabras hay que decirlas desde su acepción, sin miedos). Como instrumento al servicio de una idea debemos perfeccionarnos continuamente y no considerar las coyunturales e históricas formas de organización de nuestro partido como eternas e inmutables.

Al llegar aquí se impone la respuesta a cuatro interrogantes que se nos lanzan desde muchas parte, unas veces con curiosidad e interés, otras con ingenuidad y las más con carga de belicismo ideológico:

— ¿No siente usted que el comunismo ha fracasado y que el liberalismo económico (es curioso cómo se obvia la palabra capitalismo) es el vencedor total y absoluto como proyecto de futuro?

— ¿Por qué no cambian ustedes de nombre?

— ¿Por qué no ingresan ustedes en la Segunda Internacional, entrando primero a formar parte del PSOE?

— ¿Por qué no hacen ustedes una nueva formación política?

Paso a contestar puntual pero

brevemente a cada una de estas preguntas.

Cuando he afirmado que sigo apostando por el socialismo desde mi militancia comunista, ya se da por sobreentendido que en mi postura hay toda una intencionalidad de superar un sistema inservible a la luz de una idea humanista. Sin embargo, sí quisiera hacer un breve listado de razones en las que se cimenta mi rotunda afirmación:

— El sistema capitalista, por mor de su base competitiva tanto en la búsqueda de mercados como en la concentración de poder económico, ha favorecido el desarrollo del armamentismo, la miseria para más de un tercio de la humanidad y la alineación en la sociedad de consumo. Y no se trata de buenas o de malas personas sino de una ley inherente al propio sistema tal y como descubrió y explicó el propio Carlos Marx.

— El capitalismo por mor de la presión obrera o incluso la existencia de los países con gobierno comunista ha sido cediendo y adaptándose a formas menos injustas, ganándose el apoyo ideológico y político de grandes sectores de trabajadores, mientras que descargaba la mayor parte de la explotación sobre otros países menos desarrollados a través, no sólo del intercambio desigual de las mercancías, sino del apoyo a sistemas dictatoriales de todo tipo. Me interesa hacer una reflexión ante ustedes. Capitalismo es el del Mercado Común Europeo, el de EE.UU., el de Japón, el de los países nórdicos, pero también lo es el de Colombia, Venezuela, Argentina, Brasil, India, etcétera. Se trata, por tanto, de no olvidar que en el propio sistema hay enfrentamientos y dominadores dominados.

— Es cierto que el sistema

La palabra alternativa no significa inmediatez (dentro de un desarrollo normal de los acontecimientos), sino la capacidad y predisposición a realizar un discurso, una propuesta y una práctica capaces de presentarse como superadoras de una situación presente

capitalista se ha mostrado como el mejor para satisfacer un gran tipo de necesidades pero con dos límites.

a) Las necesidades que el propio sistema genera a través del mercado que domina y regula.

b) La imposibilidad de llevar todas esas satisfacciones a la totalidad de las naciones del planeta.

— La perspectiva del lucro incesante y del beneficio como motor permanente chocan ya de manera irremediable con las nuevas contradicciones que en el mundo se plantean:

a) Contradicción entre el desarrollo casi ilimitado de la ciencia aplicada a las fuerzas productivas y el paro estructural.

b) Contradicción entre la defensa académica de los derechos humanos y la existencia del tercer y cuarto mundos.

c) Contradicción entre el productivismo a ultranza y la generación de necesidades artificiales con el equilibrio de la naturaleza y la finitud de los recursos naturales.

d) Contradicción entre la visión productivista que exalta el valor de cambio de una mercan-

cía (aunque sea material bélico) y el uso de esa misma mercancía.

f) Contradicción entre cantidad y calidad.

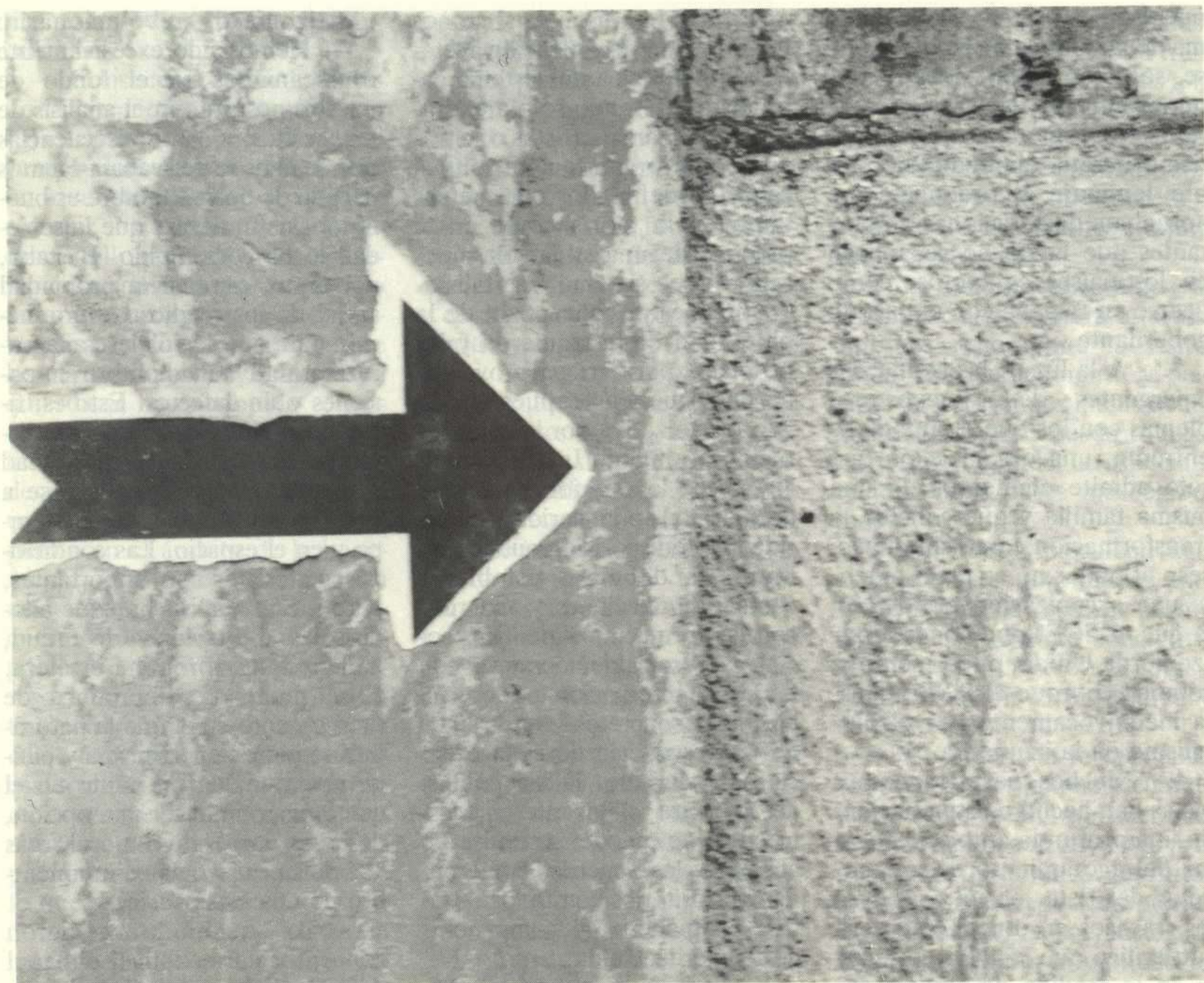
g) Contradicción entre la divinización del mercado y el irracional despilfarro de recursos económicos.

h) Contradicción entre la defensa de un mercado libre y regulador de la producción y la existencia de monopolios transnacionales.

Por tanto, desde mi óptica es irrenunciable la construcción de una sociedad que supere este sistema.

Se nos suele incitar, desde distintas instancias ideológicas, a cambiar de nombre. La sugerencia suele venir acompañada de dos razonamientos: el electoral y el sociológico. Sin embargo, ambas argumentaciones coinciden en un punto: si no cambian ustedes el nombre no conseguirán afianzarse como una fuerza política.

Aparte de que ese argumento ya ha sido invalidado por los últimos resultados electorales del 29 de octubre (el electorado conoce mi militancia política y el papel que el PCE juega en IU), conviene tener presente que la historia del PCE es una historia de apuesta constante por la democracia. Esto, que es sabido por casi todos los que nos lanzan la propuesta de cambio de nombre, en el fondo obedece a otra formulación que subyace bajo la propuesta puramente nominalista: cambiar el proyecto, cambiar la utopía y cambiar la política. Y a esto hay que responder simplemente que el PCE no piensa en absoluto cambiar de siglas ni de símbolos: no hay ningún símbolo, en la faz de la tierra, absolutamente ninguno, ni político, ni religioso, al que no se le puede imputar en el pa-



sado o en el presente aberraciones o crímenes cometidos en su nombre. Pero no por ello los que siguen apostando por el mensaje permanente se les ocurre sustituirlo al aire de cualquier coyuntura. Porque ese símbolo lo es también de momentos estelares de heroísmo, de lucha abnegada y de idealismo moral.

Hay una tendencia en la mente humana a sentirse proclive a distintas manifestaciones de maniqueísmo. Es la actitud mental de sentirse compelido a optar constantemente entre dos opciones. Este es el caso que acontece cuando se nos indica que, «fracasado» el comunismo, la

última opción para nosotros es la entrada en la Segunda Internacional. Es una postura que no tiene en cuenta la dialéctica y, por tanto, la necesidad de una síntesis superadora. Pero contestemos a esta propuesta.

En principio, tengo que hacer una afirmación que puede parecer escandalosa: las expresiones Partido Comunista y Partido Socialista ya no hacen referencia a contenidos homogéneos, análogos o universalmente aceptados como connotadores de una postura común por pequeña que ésta sea. Las experiencias de estos años en el mal llamado Movimiento Comunista Internacional así lo demuestran, y las pro-

fundas y abisales diferencias entre los componentes de la II Internacional así lo confirman.

Dicho lo anterior, no tengo más remedio que puntualizar algunas cuestiones:

1.^a La Internacional Socialista no es, precisamente, un modelo nuevo ni teórica ni orgánicamente. Su concepción sindical, su práctica política y su «pecado» lasallano la han llevado a constituir formaciones políticas pesadas, muy aparatistas y al fracaso del Estado de bienestar.

2.^a Es cierto que bastantes de los comunicados y resoluciones de la Internacional Socialista podrían ser firmados por

nuestro partido. Pero el problema de la política de izquierda no se soluciona con documentos importantes o declaraciones de principios, sino con acción política concreta, eliminando el doble lenguaje y prácticas que aprueban declaraciones importantes que luego no se aplican en los países concretos, como ocurre en España con el partido gobernante.

3.^a A la luz de las izquierdas emergentes y de los nuevos problemas con los que el mundo se enfrenta, una organización que sólo admite elementos de una misma familia y que concibe la transformación como simple acceso al poder no es precisamente una organización política en la que el PCE, que apuesta por Izquierda Unida, pueda sentirse cómodo, porque el PCE apuesta inequívocamente por el pluralismo en la izquierda.

4.^a Muchos partidos comunistas han hecho o están haciendo una profunda autocrítica a la luz del agotamiento de los modelos del Este, en un caso, y a los fracasos en otro. Desde esa autocrítica que el PCE comparte en la medida de errores cometidos, ¿no sería necesario que para una cooperación profunda de la izquierda, la Internacional Socialista revisara su propia trayectoria y enfocara el futuro de forma diferente? No se trata de pedir a nadie una autoinculpación gratuita para salvar el honor propio, se trata de saber si el apoyo dado en la historia pasada a las burguesías nacionales en guerras imperialistas, es algo a superar en una nueva práctica por la socialdemocracia. Se trata de saber si las políticas de colonialismo, de las que se mancharon en la posguerra muchos gobiernos socialdemócratas europeos, son algo a superar por ellos. Se trata de saber, y esto

es lo más importante, si se nos invita a una organización instalada en la lógica del sistema capitalista aspirando sólo a endulzar y suavizar sus aristas o se trata de una organización política capaz de definir los parámetros tanto en la teoría como en la práctica de una situación superadora del sistema capitalista.

Por nuestra concepción de la pluralidad de la izquierda y las propias experiencias y proyectos no pasa nuestra propuesta político-organizativa por la incorporación a ninguna Internacional.

Y dicho lo anterior, tengo que afirmar con toda claridad, sinceridad y predisposición que los comunistas debemos establecer contactos, relaciones y acuerdos con las formaciones políticas socialistas y socialdemócratas y con la propia Internacional Socialista en temas concretos y en la línea de una estrategia de avance hacia el socialismo. Dicha política de apertura dialogante y constructiva no puede sustituir, en absoluto, los acuerdos preferentes y prioritarios con todos nuestros compañeros y compañeras de Izquierda Unida.

Y queda la respuesta a la sugerencia de nuestra extinción o autodisolución en otra fuerza política de nuevo cuño. En el trasfondo subyace la explicitación de una discusión hoy en curso, ¿será Izquierda Unida la nueva forma política en la que desaparezca el PCE? La respuesta a este interrogante me obliga a entrar ya en la recta final de mi intervención en la que voy a intentar explicar y describir el porqué de nuestra apuesta estratégica llamada Izquierda Unida.

Sin embargo, se hace preciso una breve exposición acerca de ciertas actitudes mentales y prácticas que han constituido y constituyen, aún hoy, taras y frenos en el avance de

una izquierda revolucionaria:

— Hemos sido excesivamente rousseauianos en el fondo de nuestra postura, en el análisis de los hechos y las consecuencias que de ellos se derivaban. Hemos partido de que el hombre es bueno por naturaleza y que la sociedad lo ha corrompido. Bastaba, por tanto, cambiar la propiedad social de los medios de producción para que se volviese a la pureza primitiva del hombre sin pasiones y sin defectos. Esto es, filosóficamente hablando, idealismo puro. Los conceptos bondad o maldad no pueden elevarse a categorías indelebiles en el tiempo y en el espacio. Las condiciones materiales son importantes, pero a este análisis hay que añadirle las aportaciones de Freud, Adler, Jung, Fromm, etcétera. El ser humano es el producto de un momento en el que la naturaleza se piensa en sí misma y puede que esté, en un punto en el que tenga que hacer una opción, desde un imperativo moral, más allá de su existencia como miembro de una clase social.

— Lo que en Marx fueron conceptos para explicar el papel de cada grupo social en el proceso de la producción: burgueses y proletarios, ha sido vivido por la izquierda, en sus luchas, como la expresión de categorías morales: buenos y malos.

— La izquierda, por mor de una visión excesivamente simplista, ha puesto toda la carne en el asador de la lucha económica. Al hacerlo así ha conseguido indudables mejoras en el reparto de la riqueza productiva, pero ha olvidado que ella era portadora de un proyecto de construcción social, profundamente liberador, incluso para los individuos de las clases dominantes. Las consecuencias han sido sindicatos integrados en el sistema y políticas partida-

rias extraordinariamente sindicalizadas.

— Consecuente con lo anterior, la izquierda ha asumido, en su interior profundo, sin atreverse a planteárselo abiertamente, que su función era la de corregir los excesos de la derecha. Y ello le ha llevado a la renuncia a considerarse como portadora de un proyecto alternativo. Esa es la razón por la que las formaciones políticas de izquierda se han atribuido techos electorales o segmentos de población adictos o contrarios; es decir, la izquierda «de facto» ha renunciado a instalar su propuesta en el ámbito de la hegemonía ideológica. La prueba más evidente es la última encuesta producida en Europa: la población ve a los conservadores como más eficientes en política económica y a la izquierda como más eficaz o útil en políticas sociales. El mantenimiento de esta escisión en las conciencias en este período de crisis profundas es la mejor prueba de lo que estoy diciendo.

— La izquierda, a la hora en que ha llegado a las instituciones, ha solido hacer uso de ellas en función de la política anteriormente citada por mí, pero no se ha cuestionado, siquiera, que lo más importante para ella era haberlas desposeído (a las instituciones) de todo lo sacral y esotérico. Es decir, la izquierda no ha tenido en cuenta que cuando ella ha llegado a ejercer tareas de gobierno (en el nivel que sea), ha tenido que ser seguidora fidelísima del mito de Prometeo. Dicho de otra manera, la izquierda debe gobernar desde las instituciones, y debe hacerlo bien (afirmación), pero debe poner en marcha mecanismos de participación y de desacralización de las instituciones a través del conocimiento de las

mismas por parte del pueblo (negación). Sin tener en cuenta el principio de afirmación y negación no hay política de izquierda posible.

— El mundo construido por la izquierda no debe, en absoluto, hacer tabla rasa de las aportaciones culturales y de los valores que, procediendo de otras clases y de otras sociedades anteriores, constituyen ya parte del acervo de la humanidad. Quiero decir que la izquierda debe clarificarse cuanto antes acerca de esa peligrosamente simplificada distinción entre cultura burguesa y cultura proletaria. Es preocupante cómo se rechaza la posibilidad de acceder al gozo de una ópera porque está hecha al aire de cierto nacionalismo burgués y se acepta, sin más, que el concepto calidad de vida sea sinónimo de posesión de bienes materiales sin más valor de uso que el que le da una publicidad enajenante.

Izquierda Unida pretende ser la respuesta a la situación presente, del ahora, con sus contradicciones, sus crisis y sus derrumbamientos de viejas evidencias.

Izquierda Unida surgió en 1986, al aire y en base a la movilización en pro del No en el referéndum sobre la OTAN. En 1989, y en su Primera Asamblea Federal, pasó de ser coalición política a movimiento político y social y ese tránsito lo hizo incorporando de manera substantiva una de las características más importantes de lo que constituyó convocatoria por Andalucía: la elaboración colectiva de alternativas programáticas.

La elaboración colectiva cumple, a mi juicio, las siguientes funciones:

— Sitúa a las personas y a los colectivos ante el hecho inmediato de elaborar la propuesta aquí y ahora. En la elaboración de la propuesta, socialistas, co-

munistas, ecologistas, pacifistas, etcétera, se ven obligados a trasladar sus visiones y apuestas a la praxis concreta. En eso consiste la elaboración colectiva de un programa, en la permanente síntesis, por vía de lo concreto y objetivo, de las visiones subjetivas y partidarias.

— La elaboración colectiva, al realizarse de manera interdisciplinar, recompone la visión global del conocimiento y permite ver las grandes líneas de las grandes opciones desde todo el conjunto, dejando la especialización en las fases más elaboradas.

— Al situar a los colectivos y a las personas no afiliadas ante los problemas a resolver permite elevar el nivel de conciencia y, por tanto, el nivel de responsabilización en el desarrollo de una alternativa.

— En línea con lo que anteriormente he expuesto cuando hablaba de la II Internacional, la elaboración colectiva y la propuesta programática permiten una síntesis entre los componentes comunistas y socialistas de Izquierda Unida; hoy puede tener lugar el encuentro superador. Pero sobre esa base, la elaboración colectiva permite incorporar a este crisol de la nueva izquierda que es Izquierda Unida los componentes de otros colectivos y de otras organizaciones.

La elaboración colectiva de Izquierda Unida tiene un objetivo estratégico que se formula así: hacia una sociedad de pleno empleo, en la democracia plena y en armonía con la naturaleza. Sabemos que esa sociedad por la que se apuesta no es la que pudiera responder a la consigna de trabajo para todos; es algo más, un algo más que sólo será asumible en la medida en que sea entendible, y será entendible en

la medida en que cada uno la haya visto como necesaria.

Izquierda Unida se plantea ser el embrión y la fuerza generatriz de una triple alternativa:

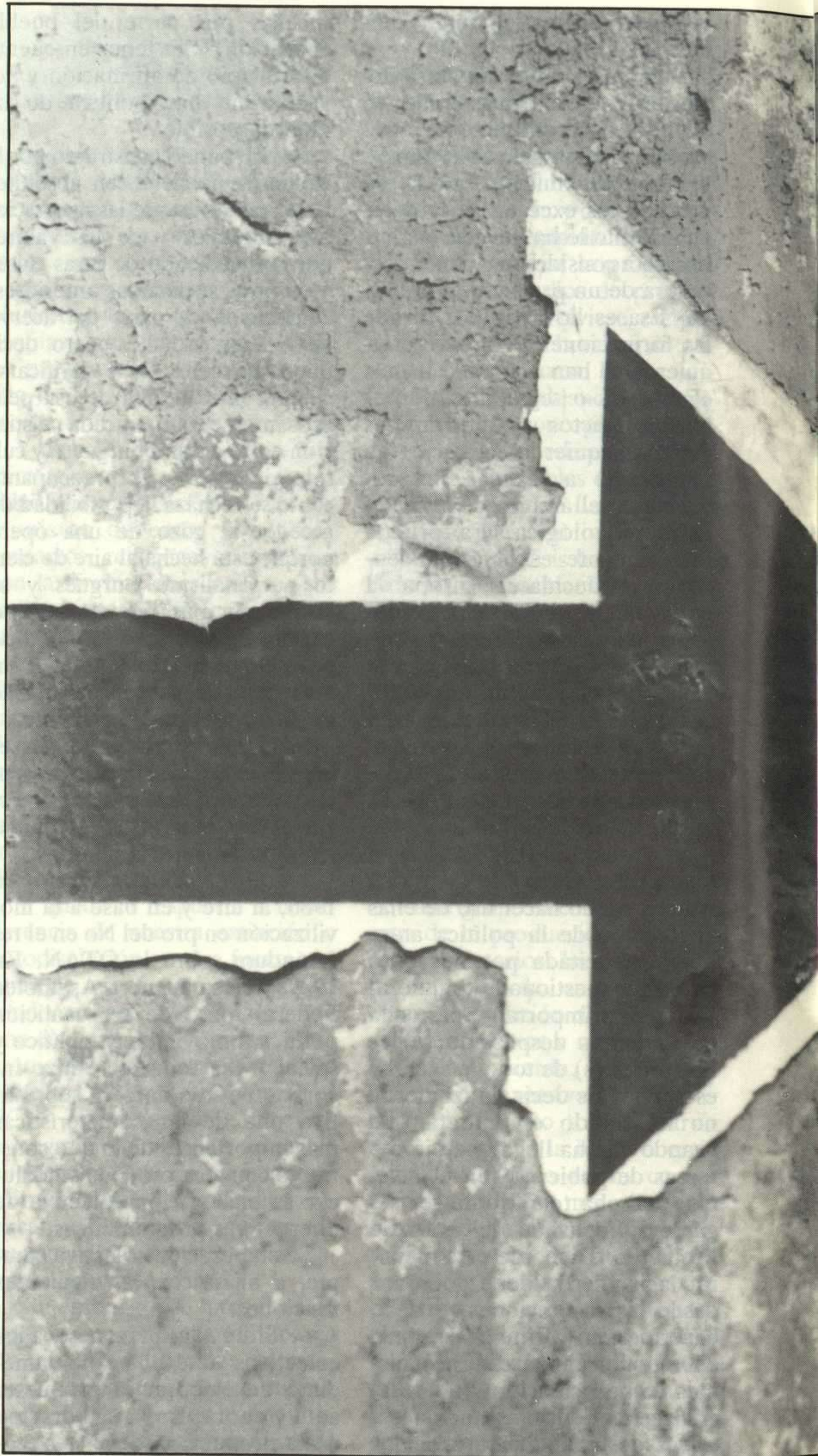
- Alternativa de gobierno.
- Alternativa al modelo de Estado.
- Alternativa al modelo de sociedad.

La palabra alternativa no significa inmediatez (dentro de un desarrollo normal de los acontecimientos) sino la capacidad y predisposición a realizar un discurso, una propuesta y una práctica capaces de presentarse como superadoras de una situación presente. La palabra alternativa significa también la capacidad de incorporar en permanente avance dialéctico todas las sintonías concordes con el objetivo a desarrollar.

La alternativa, por mor de su método colectivo de elaboración, permite traspasar las barreras que una ideologización de los problemas ha interpuesto entre muchos seres humanos. El reto hacia lo concreto, en la línea de objetivos deseables por todos, permitirá ensanchar la base social de Izquierda Unida y dejará al desnudo la única opción que se enmascara tras la inconsecuencia.

Izquierda Unida es, por tanto, plural, y debe seguir siéndolo por lo menos durante bastante tiempo. Si hoy diluyésemos al PCE en Izquierda Unida y se transformase ésta en un partido político no habríamos avanzado en nada porque volveríamos a empezar.

La pluralidad es inherente al mundo y, por tanto, a la izquierda. La pluralidad del enfoque desemboca en un denominador común para la acción política: el programa, unidad y variedad, separación y acercamiento, coincidencia y divergencia; la dialéctica, en suma.



He comprobado en encuentros realizados con formaciones políticas europeas y latinoamericanas que por este eje de actividad política comienza a moverse lo que ha venido en calificarse como nueva izquierda. Esta apuesta política es nueva para el PCE, pero no se produce «ex novo». En el todavía vigente Manifiesto Programa del PCE de 1975 puede leerse lo siguiente:

«El Partido Comunista considera que ya, desde hoy, habría que comenzar a elaborar el proyecto de una *formación política*, capaz de aunar todas las tendencias socialistas sin sofocar a ninguna, sin anular sus características ideológicas, sin comprometerse su fisonomía particular, su independencia, su campo de acción propio.

Esa nueva formación política, incluyendo partido, agrupaciones, organizaciones diversas que no sacrificarían sus estructuras, su ideología ni su programa específico, *podría dotarse de un programa común socialista, de órganos comunes de elaboración colectiva de las decisiones políticas relacionadas con la aplicación de ese programa, podría establecer una cierta disciplina común en la aplicación de dichas decisiones.* Cuando lo estimase útil, podría afrontar luchas parciales, políticas, electorales o de otro género como tal formación.

Así, la nueva formación política representaría una alternativa real a la sociedad capitalista, capaz de movilizar a la mayoría del pueblo, de aislar a los grupos políticos del capital monopolista, es decir, de crear las condiciones para el triunfo de la nueva sociedad que, aislado, ni nuestro partido ni ninguna de las otras agrupaciones socialistas serían capaces de crear.

Si hablamos de una nueva for-

mación política estable y permanente es porque ninguna unión ocasional puede ser suficiente para realizar tarea histórica de tanta envergadura.

Tal formación política representaría una garantía actuante del carácter democrático y pluripartidista de la sociedad socialista hacia la que marchamos y, en definitiva, una forma muy elevada de concreción política de la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura.

Esa nueva formación política presupone la necesidad de que exista un fuerte partido comunista de masas, con un gran núcleo de cuadros preparados que actuaría, en el seno de la nueva formación, con los mismos derechos y deberes que los otros, esforzándose por desempeñar un papel unitario y por pesar en su orientación el sentido de la realización de una política socialista consecuente.»

Resumiendo, señoras y señores:

— El PCE ha hecho sinónimo de sus siglas la lucha por el socialismo democrático; por tanto, no tiene que sentirse avergonzado ni de su nombre ni de su línea política.

— En absoluto aceptamos las tesis del señor Fukuyama.

— No vamos a Bad Godesberg.

— Hoy por hoy, no nos disolvemos.

Hemos hecho una apuesta por Izquierda Unida. Pondremos todo nuestro trabajo y nuestra organización al servicio de Izquierda Unida. Nuestro XIII Congreso ratificará y aun profundizará en esa apuesta. El PCE es sólo un instrumento de esa nueva visión de la izquierda.

(*) Conferencia pronunciada por Julio Anguita, el día 20 de febrero de 1990 en el Forum Deusto.



EL PODER DE ANDALUCIA

Felipe Alcaraz

DESDE el poder amable de la razón lo hemos propagado a los cuatro vientos: a Andalucía se le intenta escamotear el poder político que supo ganar hace diez años.

En 1980 conquistamos un Estatuto de máximas competencias. El nuevo impulso andaluz rompía un proyecto inarmónico que pretendía confederar las nacionalidades históricas y regionalizar el resto de las autonomías. Aquella conquista del 28-F inauguraba, sin duda, la posibilidad de un futuro diferente. Andalucía podía aspirar a otro papel en el seno del Estado, podía responder, y no desde el llanto, sino ejerciendo las competencias que le asignaba el Estatuto y que propulsaba con energía la forma masiva y popular como se conquistó.

Ante aquella situación, jubilosamente nueva, la «España eterna» pudo pensar algo parecido a que un andaluz está bien, sobre todo para la guasa, pero que un andaluz con poder no es aconsejable, no lo ha sido nunca para el estado centralista.

Conquistamos ese poder en 1980, aunque el PSOE, por ahora, se haya encargado de desactivarlo, dirigiendo las acciones de gobierno en sentido contrario al impulso que movilizó el 28-F a millones de andaluzas y andaluces. Supimos unirnos y vencer. Y ese poder terminará

expresándose en el ejercicio pleno del Estatuto a fin de transformar las actuales estructuras ancladas en la dependencia y el subdesarrollo.

A pesar de la estrategia centralista del PSOE, a pesar de las lisonjas paternalistas de sus máximos dirigentes, a pesar de esa dialéctica del trilerero que siempre nos ofrece un cascarón vacío, nadie ha logrado desmontar esa inmensa alianza de la dignidad y la justicia del 28-F de 1980. Entonces Andalucía supo ponerse en pie. Ahora tiene que empezar a caminar en la dirección adecuada.

Y para iniciar este camino ofrecemos un programa cuyas soluciones concretas se han enfocado desde la pregunta: qué haría IU-CA al día siguiente de empezar a gobernar.

Y ofrecemos una voluntad firme de alternativa frente al vacío político y al desgobierno, frente a la dinámica injusta de una política que está agudizando las desigualdades sociales y territoriales.

E igualmente hablamos de un instrumento social y político nuevo, adecuado al horizonte original que anuncia el siglo XXI. Hablamos de esa fuerza serena y múltiple que es IU-CA.

IU se define como un movimiento político y social con un objetivo estratégico nítidamente expresado: hacia una sociedad de pleno em-

pleo, en democracia plena y con respeto a la naturaleza.

Entender la nueva formación como un movimiento político y social, implica la consideración de la pluralidad como eje organizador. IU, por su propia original naturaleza, renuncia a absorber, a reducir. Las distintas fuerzas y personas que convergen en IU tienen además razones propias para no renegar de sí mismas o para no afiliarse de forma clásica.

DE QUE HABLAMOS

Hablamos de nuevas formas de unidad y de participación, de nuevas formas de organicidad y de formación de la opinión. Una nueva organicidad policéntrica, que sustituye la disciplina clásica por la unidad dinámica de lo diverso en torno a un programa.

Hablamos de situarnos en la diversidad y en el debate permanente como condición de posibilidad de una alianza cada vez más amplia.

Sólo así podremos construir IU-CA como un movimiento político y social. Sólo así, junto a partidos y movimientos sociales, podremos agrupar a esa izquierda sumergida y diseminada que vive su compromiso ético y político de manera a veces fronteriza y transversal. Sólo así, junto a las fórmulas colectivas, podremos imantar los compromisos personales, asumiéndolos desde la individualización de las necesidades y desde el conocimiento de esa lucha diaria, casi doméstica o plenamente doméstica que protagonizan los individuos contra el poder y su microfísica, porque sin duda el Estado está también entre los pucheros y las cacerolas.

IU es también el terreno de juego de un encuentro con reglas actualizadas entre socialistas y comunistas. Si se quiere recomponer la fractura histórica de 1920, el marco específico que permite ese encuentro es hoy IU, o las nuevas formas que en lo sucesivo se produzcan.

Para militar o trabajar en IU no hay que dejar de ser socialista. Más bien ocurre todo lo contrario: quien quiera seguir siendo socialista debe apostar por el reto de cambio que supone IU. El socialismo sólo puede estar en la izquierda.

Y aquí radica una de las principales novedades de IU y, en general, de toda la nueva izquierda, que no sólo admite fuerzas y segmentos de una misma familia, que no tiene sentido simplificador, ya que junto a los análisis de clase, sabe integrar sin ningún tipo de subordinación esos valores transversales que hoy reconducen toda opción política que pretenda enca-

bezar el futuro: los valores del pacifismo, del ecologismo y del feminismo. Los valores de ese amplio e inmensamente desorganizado movimiento juvenil que no desemboca, que no puede desembocar sino en la orilla de la alternativa, embarcados junto al resto de los componentes de esta amplia alianza que representa IU-CA, en una estrategia integral de reconciliación con la naturaleza, con la ética civil, con la paz y con la cultura de la producción y del trabajo.

La nueva forma de pensar que tienen las mujeres, ese gesto constituyente y tranquilo con que han decidido disputarle el poder a los hombres, debe empezar a crearnos nuevas raíces, nuevas constancias de complementariedad y la comprensión de que el hombre no es el único sujeto transformador y no representa la centralidad en torno a la cual haya que establecer todas las alianzas.

En Andalucía, de cara a las próximas elecciones, sabiendo como sabemos que por ahora casi todo está hecho por el hombre y para el hombre, tenemos una oportunidad que no podemos desaprovechar, para demostrar que al menos estamos convencidos en un 35 por 100 de las condiciones objetivas para un futuro diferente.

QUE QUEREMOS

Un futuro diferente donde no quepan ejemplos como el Cabril, la urbanización Costa Doñana o las bases de Rota y Morón. Donde no quepan el paro masivo y las desigualdades.

Un futuro basado, por tanto, en un nuevo modelo de desarrollo.

Frente a las políticas neoliberales, nos cabe a la izquierda repensar los límites y contenidos de un desarrollo alternativo.

Para nosotros, el desarrollo viable tiene dos límites no negociables: la ética civil y el equilibrio ecológico.

Sin duda, la certeza casi inaugural de los límites del desarrollo está exigiendo reinventar sobre nuevas bases esa relación desarrollo-ecología-ética que clásicamente se ha venido enfocando desde planteamientos exclusivamente industrialistas y que tienen en el desarrollismo el camino que conduce a la catástrofe natural.

Y no me resisto a citar un pasaje hermosísimo de P. Ingrao: «Nosotros, Occidente, habíamos sojuzgado sanguinariamente tierras y gentes del sur en las Américas, en Asia, en África. Las hicimos dependientes. Ahora estamos descubriendo que nosotros, Occidente, depende-

mos de los bosques de la Amazonia y del Sudeste Asiático para nuestra vida, para el aire que respiramos».

Hablamos, por tanto, de una profundización de la democracia económica que nos lleve a una relación distinta entre el mercado, el estado y los ciudadanos.

No hablamos de reconocernos de forma masoquista en una Andalucía del siglo XIX ni de aislarnos de la imprescindible internacionalización de las soluciones. Y por eso proponemos un desarrollo de Andalucía en el seno de una estrategia de inserción activa en Europa, en esa Europa de las regiones en la que hoy ocupamos el antepenúltimo lugar.

Para fundar esta estrategia de desarrollo solidario y alternativo en Andalucía, planteamos la necesidad de constituir un bloque de progreso con los auténticos agentes transformadores y de futuro: los trabajadores, las cooperativas, los pequeños y medianos empresarios y agricultores, los autónomos. Y con ellos, los movimientos alternativos y las personas que se oponen a las distintas consecuencias del modelo actual.

En la perspectiva de esta solución participativa, no tecnocrática, apostamos por una economía con un fuerte componente del sector público y del social. El mecanismo para hacer viable este proyecto no es otro que la planificación democrática, entendida más allá de la concertación cupular o de la planificación indicativa. Y como pieza básica de esta planificación, hablamos de un esquema basado en el Consejo Económico y Social, que no sólo debería constituirse a escala andaluza, sino que debiera alcanzar los niveles provincial y comarcal, ya que el plan que concebimos debe representar una síntesis de los distintos niveles territoriales y sectoriales.

PACTO INSTITUCIONAL

Sin duda, en el horizonte de un Estado más equilibrado, es urgente poner en marcha una política de desarrollo económico endógeno, aut centrado, en cuya perspectiva cobre un especial relieve nuestro diseño de pacto institucional, en cuanto fórmula concreta para articular desde las entidades locales y el gobierno autonómico el poder político andaluz.

Asimismo, reafirmamos la necesidad de la Reforma Agraria Integral, como eje esencial de este plan de desarrollo alternativo, en cuyo esquema deben readecuarse el mercado de trabajo y las condiciones de vida del medio rural, acabando con la humillación permanente del

neocaciquismo implantado por la política gubernamental.

Para IU-CA, el poder de Andalucía, de sus hombres y mujeres, debe conducir, en definitiva, a una nueva fase histórica. Como punta de lanza en la construcción de un nuevo estado, el Estado Federal, debemos integrar en este impulso ambicioso, pero nunca insolidario, el proyecto de superación de las estructuras de la dependencia y la desigualdad.

El 28-F de 1980, hoy hace diez años, Andalucía conquistó la autonomía plena a través de la movilización y sobre claros contenidos de cambio. Las fuerzas de izquierda de aquella época confluimos en una voluntad común a fin de alcanzar el máximo techo competencial, a través del artículo 151 de la Constitución.

Y no se pedía una autonomía en abstracto.

Autonomía era lucha contra el paro.

Autonomía era plenitud en el ejercicio del Gobierno y en el ejercicio del Parlamento andaluz.

Autonomía era el reencuentro con nuestra cultura de equilibrio, tolerancia y universalidad.

Autonomía era el reencuentro con la lucha por un estado nuevo, en cuyo esquema Andalucía jugara un papel diferente y donde no persistiese el esquema injusto de los desequilibrios y el estancamiento perenne del sur.

Ganó el PSOE las elecciones de 1982. Arrasó en Andalucía y a escala nacional. Y el emblema que le sirvió de reclamo fue el del cambio y la honestidad. Sin embargo, a estas alturas, el dato cierto es otro: el PSOE se ha descolgado de aquella izquierda que alentó la fuerza innumerable del 28-F y ha dirigido sus acciones de gobierno y su mayoría parlamentaria en un sentido totalmente opuesto a los contenidos que unieron y movilizaron a los andaluces y andaluzas.

Por tanto, que nadie intente vendernos la moneda falsa de que hemos llegado, de que ya se ha conseguido casi todo y estamos en el reino del orden y el progreso.

Hay que seguir avanzando. Y aquella unidad de las izquierdas es la que hoy representa IU-CA, como depositaria fundamental de todo lo que significó y sigue significando el 28-F. No hemos renunciado a ninguno de los objetivos que allí se acuñaron y estamos demostrando en la práctica que son legítimos, legales y alcanzables.

Por eso hacemos un llamamiento firme, renovando la convocatoria a los andaluces y andaluzas para que se incorporen a esta tarea de renovación y de cambio. Relanzamos esta convocatoria desde la necesidad de agrupar a in-



contables ciudadanos, hombres y mujeres, que no comparten el curso de los acontecimientos y que, como nosotros, sienten el entusiasmo de saber que es posible modificar esta situación, que vale la pena apostar y organizarse.

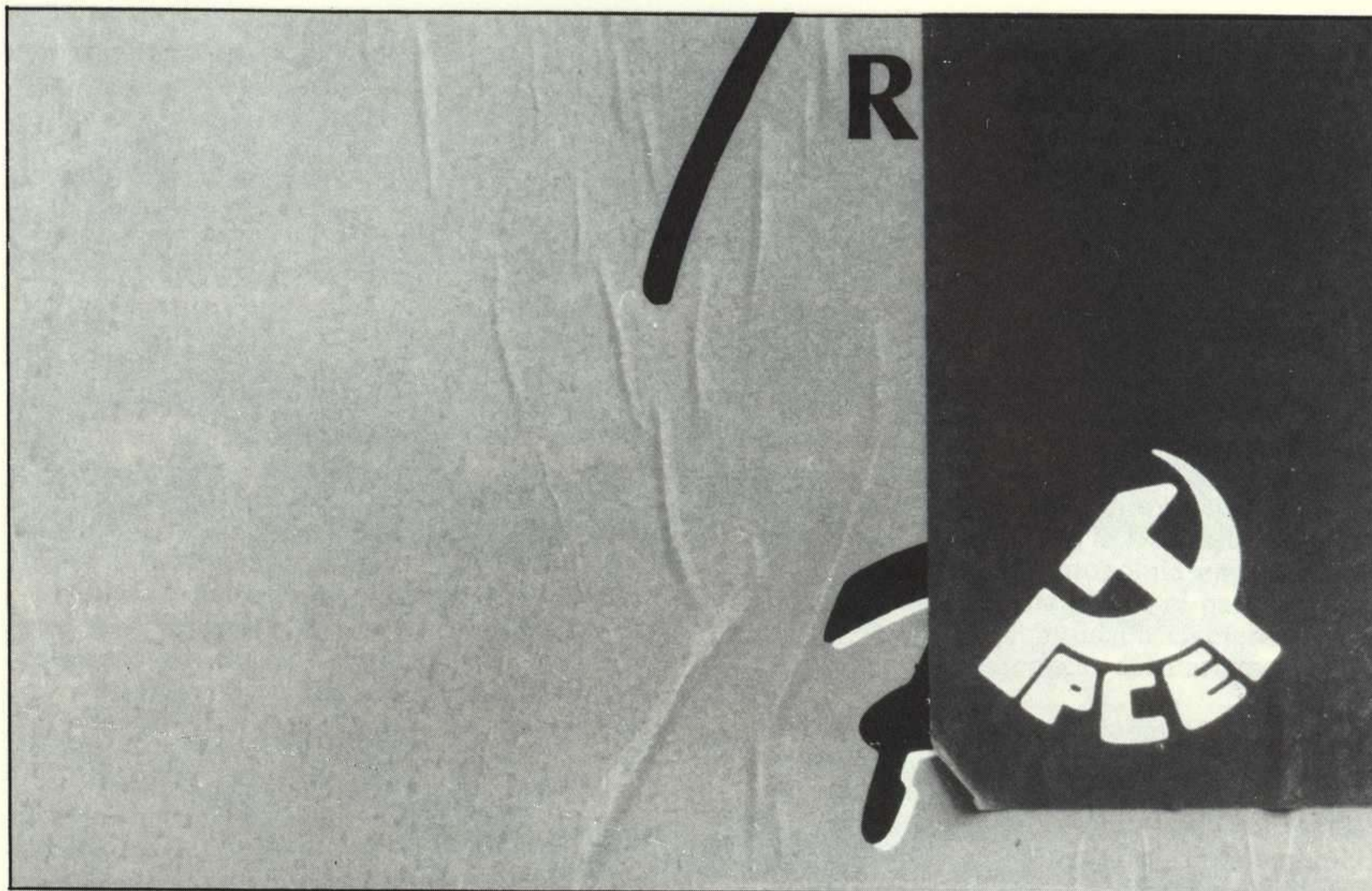
Hoy Andalucía exige un nuevo impulso político que reponda a su fuerza real. Hoy Andalucía demanda un nuevo poder político que sepa representar sus aspiraciones ante el gobierno de la nación y en el seno de la Europa de las regiones.

A este compromiso convocamos a todos los hombres y mujeres, a todos los que saben que la historia la hacen los pueblos y que, por tan-

to, las elecciones las ganan o las pierden los ciudadanos.

Y no convocamos a un entusiasmo abstracto. Convocamos a impulsar e incorporarse a una nueva política y a una nueva forma de hacer la política. Convocamos a una voluntad firme, irrenunciable, de gobierno. Convocamos a dirigir Andalucía. Convocamos, en definitiva, a todos los andaluces y andaluzas, a ganar, a que ganen las elecciones, a que sepan reconquistar el poder político del 28-F, que hoy más que nunca es preciso convertir en la palanca de futuro alternativo.

* (Discurso a la V Asamblea de IU-CA. 28 febrero 1990.



CONSTRUIR UNA IZQUIERDA NUEVA. RENOVAR EL PCE

Manuel Monereo

Con una presión externa más que notable y en medio de un debate todavía embrionario, se ha celebrado durante los días 7 y 8 de abril la VI Conferencia Nacional del PCE.

Calificar simplemente de notable la presión que se está ejerciendo sobre el PCE es optar conscientemente por la mesura y la prudencia política. A la descalificación más o menos sistemática, hay que añadir la práctica habitual de variadas formas de manipulación informativa y el ataque, casi siempre burdo, a determinados dirigentes del partido, calificados de fundamentalistas o de mesiánicos simplemente porque se niegan a disolver al Partido Comunista. Lo más curioso,

sin embargo, es que en momentos en que el «gran enemigo» del Este se deshace en múltiples pedazos, el recurso al anticomunismo más primitivo sigue siendo un instrumento privilegiado de la lucha política en nuestro país.

El anticomunismo, la «más grave locura de nuestro siglo» como decía Thomas Mann, renace una y otra vez con los objetivos de siempre: dividir a las fuerzas democráticas, obstaculizar la unidad de las izquierdas y mantener la lógica económica y de poder dominante en nuestra sociedad. Que sean dirigentes socialistas los que se sitúen en vanguardia en esta campaña anticomunista demuestra no sólo ceguera histórica, sino una preo-

cupante incapacidad para aprender de su propia historia, además del escaso valor que conceden a la unidad de los trabajadores.

Esta «atmósfera» ha estado presente en el debate. Tanto en el informe presentado por P. Frutos como en el documento conferencial se constata que vivimos «en un momento en el que hay una real y sostenida presión para forzarnos a declarar inútil la existencia del Partido Comunista, entendiendo que la batalla política librada de un pensamiento de derechas o de izquierdas se ha saldado con la derrota histórica de los que hemos apostado por la construcción de una “sociedad socialista”», añadiendo más adelante que «según otros, algunos de los que están en el diverso y complejo campo de la socialdemocracia, la historia ha sancionado definitivamente la composición de la izquierda con la derrota del ideal comunista y, consecuentemente, sólo resta liquidar a los partidos comunistas e integrarse con armas y bagajes en la socialdemocracia».

El riesgo que históricamente ha comportado para el movimiento obrero situaciones como la descrita ha sido casi siempre el mismo: la reafirmación en clave defensiva y sectaria de la propia identidad o la renuncia al proyecto emancipatorio.

La conferencia del PCE ha optado por otra vía en base a una propuesta política caracterizada por:

1. El análisis autocrítico de la propia tradición en el marco de los cambios que se están operando en el mundo y desde el convencimiento de que éstos inauguran una nueva etapa en la lucha emancipatoria.

2. La búsqueda de vías nuevas en la unidad de las izquierdas, profundizando en el desarrollo de IU y avanzando en la coordinación con los distintos componentes de la izquierda europea.

3. La reformulación del ideario comunista desde la base de dar históricamente cuenta de la experiencia del llamado socialismo real y de la emergencia de las nuevas contradicciones y de los nuevos sujetos en la presente base del capitalismo.

4. La renovación radical de los mecanismos de articulación política y organizativa del partido, así como el propio papel del PC.

¿PARA QUE SIRVE UN PC EN 1990?

En abril de 1986, en vísperas del XVII Congreso del PCI, escribió Rossana Rossanda un artículo titulado «¿Para qué sirve un PC en 1986?». El artículo, como es habitual en Rossanda, es una mezcla bastante lograda de provocación y de agu-

deza intelectual. Lo que venía a decir era, sustancialmente, lo siguiente: primero, constataba el creciente vaciamiento ideal del PCI; segundo, señalaba lo pobre del análisis de las nuevas contradicciones y de las novedades del capitalismo, y, por último, ponía de manifiesto los riesgos de una homologación del partido de Gramsci y Togliatti a las prácticas y hábitos políticos dominantes en la sociedad italiana. Pues bien, cinco años después parece que la pregunta de Rossanda ha empezado a ser contestada en el XIX Congreso del PCI.

La referencia a este debate se trata aquí fundamentalmente por dos razones.

- 1) Para tomar nota de que el cuestionamiento del PC es anterior a la caída del muro y está sobre todo relacionado con fenómenos políticos y sociales de enorme trascendencia (las nuevas contradicciones y los nuevos sujetos en presencia; la superación o simplemente la corrección del capitalismo; los fundamentos de una estrategia hacia el socialismo...).

- 2) Porque se esté o no de acuerdo, y sea cual sea el resultado final, el inicio por el PCI de una fase constituyente para dar vida a una nueva formación política y su consiguiente disolución como partido va a marcar, o está marcando ya de forma importante, el debate de todos los PP.CC. y de la izquierda en general.

Desde luego esta cuestión ha estado presente en la VI Conferencia Nacional del PCE. Es más, que la conferencia fuese sobre el partido y no sobre la organización del mismo, era un reconocimiento implícito de la necesidad y urgencia del debate.

Sin embargo, uno de los elementos débiles de la Conferencia ha sido la escasa relevancia dada a la hora de abordar la discusión sobre la vigencia del PCE al marco más general de la crisis de la forma-partido en el Occidente capitalista. Es ya habitual en la literatura política constatar que la forma partido tradicional se encuentra en crisis, entendiendo ésta como un cuestionamiento profundo del papel de los partidos y de su mecanismo de articulación político-organizativa. Esta crisis lo es sobre todo del tipo de partido de masas surgido de las varias tradiciones asociadas al marxismo.

El partido de masas moderno ha sido obra, en lo fundamental, del movimiento obrero y ha significado la incorporación a la política de las grandes masas. El desarrollo democrático y las transformaciones sociales operadas en los países capitalistas serían inconcebibles sin ese prodigioso mecanismo de agregación política y de lucha social que han sido los grandes partidos obreros. Tanto

es así, que este tipo de partido ha pasado a ser considerado como la forma partido por antonomasia. Pues bien, es este tipo de partido el que está en crisis. Crisis, esto es fundamental señalarlo aquí, que no es nueva: Weber, Michels (desde la óptica burguesa) y Rosa Luxemburgo (desde la izquierda) escribieron hace ya muchos años decenas de páginas explicando los procesos de burocratización, las prácticas antidemocráticas y la pérdida de sustancia revolucionaria que se desarrollaban en dichos partidos.

La crisis de la forma partido en las modernas sociedades capitalistas es el reflejo de cambios sociales y políticos extremadamente complejos que tienen que ver fundamentalmente con lo siguiente:


1.º Con el carácter cada vez más formal de las llamadas democracias occidentales y de la consolidación de sistemas de partidos cada vez más homogéneos política y culturalmente, hasta el punto (y eso fue estudiado hace tiempo por Kirchheimer) de que hoy es muy difícil hablar de una oposición en sentido estricto en muchos países capitalistas.

2.º Los partidos políticos son, cada vez más, parte del aparato del Estado y cada vez menos reflejan y articulan a la sociedad civil. Esta, sometida a un proceso continuado de fragmentación cultural y de segmentación social, tiende a ser cada vez más un «cuerpo electoral» pasivo de una democracia concebida como una técnica de promoción de élites gobernantes.

3.º La conversión de los partidos políticos en instituciones del propio Estado ha traído consigo que los procesos de autonominación de los aparatos burocráticos se hayan desarrollado mucho más allá de lo que Rosa Luxemburgo hubiese podido imaginar. El verticismo, el burocratismo han ido desarrollándose paralelamente a la pérdida de sustancia social de los partidos y a su desidealización.

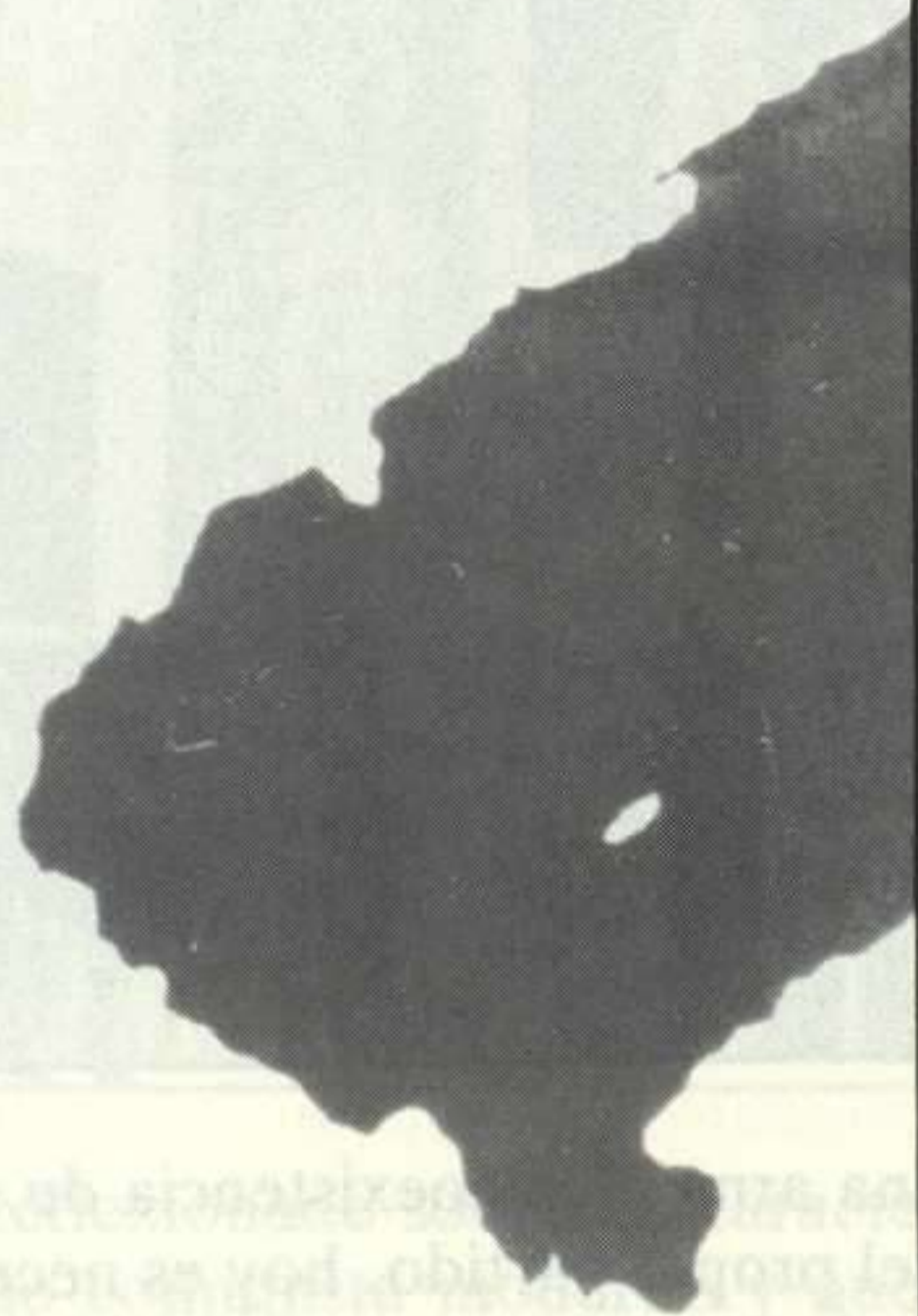
4.º Los procesos de integración supranacional y la subsiguiente crisis del Estado-nación clásicos hacen mucho más difícil los procesos de articulación de política e ideología en un marco internacional.

El debate sobre los nuevos movimientos sociales hay que entenderlos en este contexto de crisis de la forma partido tradicional. De un lado, los nuevos movimientos sociales incorporan demandas políticas y culturales y de otro señalan los límites de unos partidos políticos burocratizados y de subalternos a la lógica dominante. Los límites, en definitiva, de una democracia entendida como procedimiento de selección de élites y no como un proceso histórico hacia el autogobierno.



ado es lo que
ante función c

PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA



ANTONIO MAC

La crisis de la forma partido obliga también a no fantasear demasiado: que la forma partido esté en crisis no significa su desaparición ni que dicha forma tenga en la realidad social un sustituto. Más bien, lo que se da es un proceso complejo de rupturas parciales, de ensayos y correcciones a determinadas prácticas y comportamientos políticos, hasta el punto, como ha determinado Tronti, que asistimos a un proceso donde los movimientos sociales tienden a cumplir funciones institucionales y partidos que incorporan rasgos movimientistas.

Estos rasgos de carácter general, y en el marco de los cuales hay que analizar las dificultades por las que pasan los partidos de tradición obrera, no se pueden entender sin tener en cuenta:

1. Que la crisis capitalista iniciada en los años 70 se está saldando en lo fundamental con la derrota de la clase obrera y un avance de la lógica económica y de poder del capitalismo en su versión neoliberal.

2. El cierre a medio plazo de perspectivas políticas y sociales de superación del actual modo dominante de vivir y producir. Las perspectivas durante una primera fase de la crisis, de un cambio fundamental en el sistema que fue la base de la política llamada eurocomunista, se ha demostrado excesivamente optimista, como hace muchos años señaló M. Sacristán.

3. La crisis de los llamados países del socialismo real, que no sólo viene a reforzar la lógica dominante, sino que afecta a elementos culturales y estratégicos de lo que han sido las tradiciones de la izquierda.

Estos fenómenos que esquemáticamente se acaban de mencionar y que cada uno de ellos precisaría un análisis pormenorizado, se agudizan cuando se trasladan a la sociedad española como consecuencia, de un lado, de la peculiar transición política española (ampliamente hegemonizada por los poderes dominantes) y por la desvertebración de la sociedad civil de nuestro país.

La apuesta del PCE por la política de convergencia, cuya plasmación más importante (aunque no única) ha sido IU, venía a dar cuenta, con modestia pero con radicalidad, de los nuevos fenómenos y era una respuesta de fondo a los mismos. La novedad de esta política se centraba no sólo en la urgencia de plasmar una política alternativa a la existente, sino en la necesidad de una práctica nueva de la política. Más en concreto: una política alternativa a la existente no avanzará sin una nueva forma de hacer política.

Este desafío obligaba necesariamente a un cuestionamiento del partido, de su papel y de su for-

ma organizativa. Cuestionamiento que tiene en este caso un valor positivo, no de disolución o desaparición: el avance de la política de izquierdas y alternativa exige una renovación radical del PCE.

Es, desde esta perspectiva de renovación del PCE, que hay que empezar a contestar a la pregunta planteada por Rossanda, ¿para qué sirve un PC en 1990?:

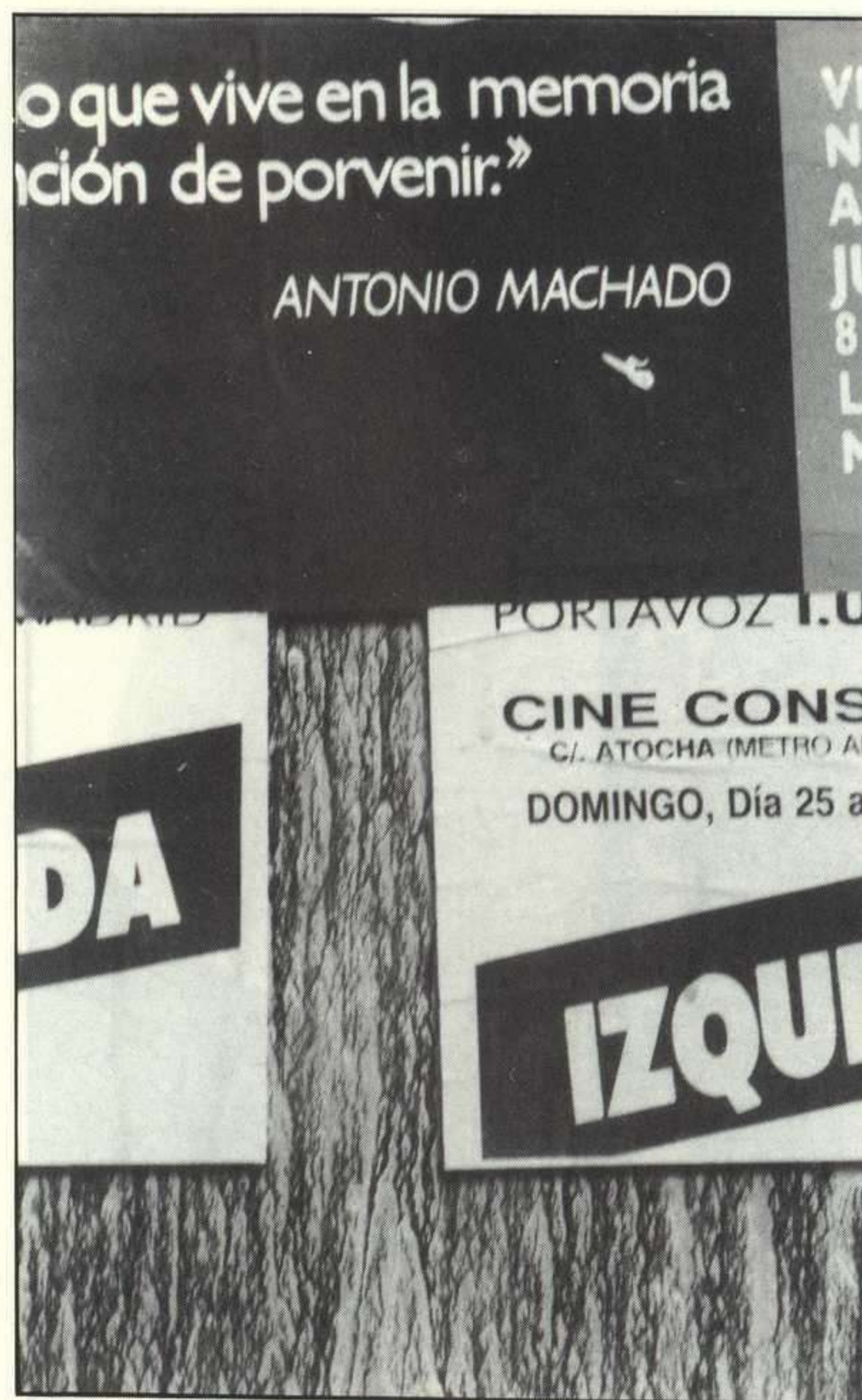
1.º Para desarrollar un proyecto. El PCE debe ser, sobre todo, un partido proyecto y no sólo un partido programa: el PCE es hoy la única fuerza política de masas que cuestiona el modo de producir y de vivir del capitalismo, y que tiene una perspectiva que se sitúa en el horizonte del comunismo.

2.º Como instrumento de emancipación de las clases subalternas. Los comunistas no son hombres y mujeres de un temple especial: son, como se señala en el Manifiesto Comunista, parte de la clase obrera y se distinguen de los demás partidos proletarios en que «por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes de todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por las que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto».

Esta idea central, que resume tanto la concepción como el estilo de trabajo de los comunistas de hoy, tiene renovada importancia. En momentos donde la fragmentación y segmentación social tienden a separar a las grandes masas de la política y a convertir la democracia simplemente en una técnica de gobierno, los esfuerzos que propicien la unidad, el avance en la conciencia y la autoorganización se convierten en la tarea básica de cualquier proyecto de construcción de una izquierda alternativa.

3.º Un partido de clase, y no un partido popular. Frente a planteamientos políticos que como Democracia Cristiana, defienden un tipo de partido interclasista y popular, el Partido Comunista hoy, desde la tradición obrera, reivindica un tipo de partido que sea crítica del orden existente e instrumento de liberación de las clases subalternas. Como anteriormente se dijo, los comunistas defienden los intereses del movimiento en su conjunto y hoy el partido obrero tiene que dar cuenta de los cambios de la clase y de los nuevos sujetos sociales.

4.º Un partido de la diferencia sexual. Ante una consolidada tradición que tiene como base



una armónica coexistencia de sexos en el interior del propio partido, hoy es necesario arrancar desde la idea de que en el mismo coexisten dos parcialidades. Esta idea de fondo, para la cual no hay recetas previas, pone de manifiesto la necesidad de concebir la lucha de liberación de la mujer como una lucha no sólo por la igualdad de derechos sino, sobre todo, por la afirmación de la diferencia. En este sentido, el proceso emancipatorio es concebido desde la aportación singular que a él hace la mujer como tal.

5.º Un partido ligado a los movimientos sociales. Como antes se ha señalado, los movimientos sociales aportaron a la lucha social contenidos nuevos y señalan también los límites de los partidos obreros en la presente fase. Los comunistas trabajan en los movimientos sociales con el objetivo de preservar su propia autonomía cultural y organizativa, propiciando la unidad del conjunto de movimientos y propiciando sus contenidos emancipadores.

Recientemente Mario Tronti, desde las páginas



de «Rinascita», ha reflexionado sobre las características de un partido comunista moderno y nuevo. Entre otros rasgos señalaba que este partido debe ser un partido que esté en la sociedad más que en el sistema político y que busca y lucha denodadamente por encontrar nuevas bases sociales; el partido de los sujetos y de los conflictos, antagonistas del capitalismo reestructurado; el partido político alternativo al modo en que la sociedad moderna resuelve las diferencias y los conflictos, Tronti señala que este nuevo PC tendría dos características fundamentales: una fuerte autoconciencia cultural y una fuerte autonomía política. Sin embargo, la precondition para todo ello es disolver la estructura verticista, piramidal, «la mala dialéctica base vértice».

Una renovación radical así concebida es una posibilidad entre varias. La VI Conferencia del PCE ha indicado una dirección que se sitúa en esta vía. Que se avance o no va a depender de todos los comunistas y, especialmente, de la coherencia de la dirección partidaria en un sentido amplio. Asumir

esta vía es apostar por lo problemático y por la contradicción que conlleva el renovar radicalmente el PCE y poner en marcha un movimiento político y social que sirva de base a la recomposición de la izquierda. No se oculta que existe otra salida como la de ir en un proceso más o menos acelerado de una nueva formación política, disolviendo el PCE en ella. Cabría una tercera alternativa, que es trabajar desde ahora por constituir una fuerte y sólida corriente comunista en el seno de la formación política IU. Como se ha dicho, parece que la VI Conferencia ha apostado por una vía de renovación del PCE en el marco del movimiento político IU. El factor tiempo será, como siempre, decisivo; lo que parece imposible es mantener las actuales estructuras del PCE y de IU.

IU: FORMACION POLITICA O MOVIMIENTO

La discusión sobre el PCE remite necesariamente a IU y a su futuro. Sin embargo, la discusión sobre la cuestión comunista incide directamente sobre el tipo de IU a construir.

¿Qué es hoy IU? IU es hoy una coalición de partidos que ha sabido ganar credibilidad social y electoral y que tiende a situarse como referente de una izquierda alternativa. En IU se da una vez con más fuerza la contradicción entre su influencia social y su débil articulación político-organizativa.

La discusión sobre IU parte, pues, de esta constatación. Dos parecen ser las posibles alternativas a esta situación: una la que pretende convertir a IU en una nueva formación política y la otra, la que se plantea desarrollarla como movimiento.

La necesidad de una nueva formación política tiene una cierta tradición en el PCE. En el Manifiesto-Programa del partido, aún vigente, se plantea la necesidad de una nueva formación política que agrupa a todas las fuerzas que están por el socialismo. Como se sabe, esta idea se basaba en la experiencia (y en las dificultades) de la conducción de un proceso de cambio hacia el socialismo en condiciones de pluralismo político y social, tal como se prefiguró en el Chile de Allende y empezaba a prefigurarse en la Francia del Programa Común de Izquierda. Cuatro fueron las notas básicas de la propuesta:

- a) Alianza entre partidos, fundamentalmente.
- b) Un programa común de carácter estratégico.
- c) Una unidad de acción con contenidos permanentes y sistemáticos.

d) Una cierta y acordada disciplina común. Esta concepción, en la que pretenden fundamentarse los defensores de IU como formación política, no aporta nada sustancial a lo que es hoy IU y no resuelve nada de lo que son sus desafíos fundamentales. ¿No es hoy IU una coalición de partidos dotados de un programa común y una unidad de acción estratégica?

Otra cosa bien diferente sería concebir IU como una formación política en sentido estricto, es decir, un partido. ¿Qué supone eso hoy? Primero la disolución, en la práctica, de los partidos existentes en su seno. Segundo, la transferencia de las actuales estructuras partidarias a la estructura del partido IU. Tercero, la búsqueda y consolidación de un partido-programa, aún sin definir ni desarrollar.

Esta concepción, más que una nueva formación política, sería en la práctica una forma partido típica de las organizaciones de los partidos de corte socialdemocráticos. IU como forma partido en las actuales condiciones sería más una suma de debilidades, con la dinámica que ello conlleva, que un proyecto de construcción de una nueva izquierda. Es más, cuando se argumenta que esta forma partido sería una forma no tradicional, lo único que se dice es que coexistirían corrientes en su seno, confundiendo esto con lo que IU ha venido propugnando, y escasamente realizado, de una nueva forma de hacer política. La idea de una nueva práctica de la política se convierte para IU en una necesidad, si no quiere convertirse en un partido parte del aparato del Estado y subalterno al PSOE. Optar por una práctica nueva de política es optar por la autogobernación y hacer de la sociedad civil y de su articulación el terreno privilegiado de la lucha político-social. No es sólo un piadoso deseo de participación de los ciudadanos y de dotar de legitimación a las instituciones, sino de una estrategia de cambio que articula prioritariamente un tejido social de izquierda, en base a un complejo entramado de partidos, movimientos, asociaciones...

Es en este terreno donde se sitúa la propuesta de convertir IU en un movimiento político y social y es la única propuesta, hoy por hoy, que aporta soluciones a los problemas y desafíos que IU tiene. ¿Qué significa la propuesta de IU como movimiento? En concreto, tres cosas: un programa, una política de alianzas y un sistema de articulación político-organizativa.

La idea del programa ha sido un elemento central en la propia concepción de IU. Un programa elaborado colectivamente desde la idea de la au-



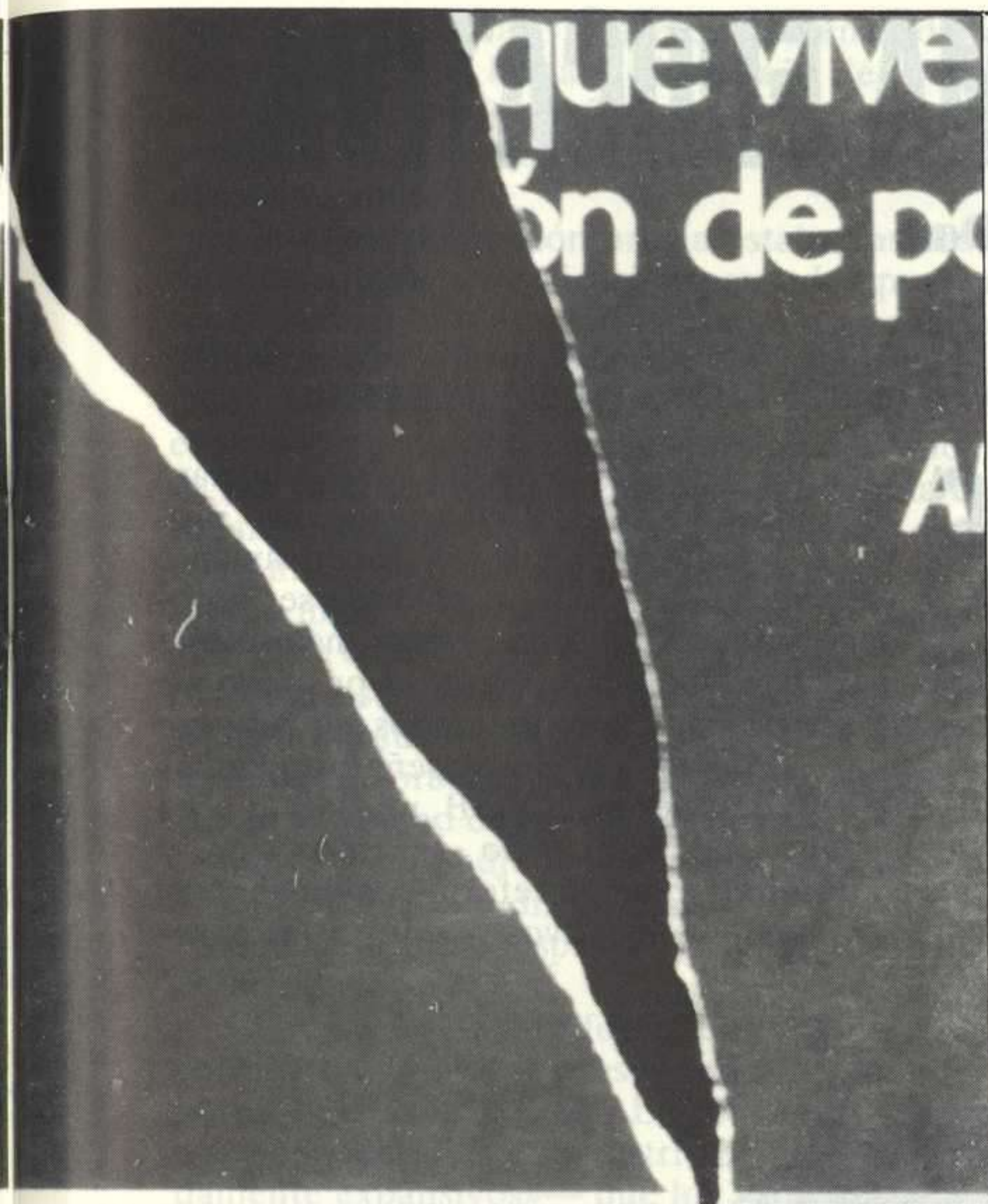
tonomía y que refleja lo que es hoy el gran desafío de la izquierda, es decir, crear una nueva síntesis entre las tradiciones emancipatorias del movimiento obrero y los contenidos aportados por los nuevos movimientos sociales. La autonomía programática no es un producto a través del cual, y de un modo artificial, se consiga marcar las diferencias con la existente, sino la lógica consecuencia de las ideas-fuerza que preside el hacer política de IU, la idea de una alternativa al modo de producir, vivir y gobernar del capitalismo moderno.

IU como movimiento implica también una política de alianzas diferente de la clásica, en tres puntos esenciales:

1.º En que los sujetos no serán sólo los partidos políticos, sino también los distintos movimientos sociales.

2.º En que el fundamento de la alianza no es la suma indiferenciada de los negativamente afectados por la situación económica dominante, sino la apuesta positiva por un modelo nuevo de sociedad antagonista a la existente.

3.º La necesidad para la coherencia del proyecto que se defiende de una articulación de base que haga del pluralismo, de la movilización y del



debate cultural instrumentos privilegiados de una crítica de masas de la política.

Por lo que se acaba de decir, parece evidente que la articulación político-organizativa deberá ser el resultado de un proceso en que prime la democracia directa a la democracia delegada, la lucha social a la lucha electoral, la autogobernación a la simple participación. IU será nueva, y no un simple mecanismo que propicie un partido clásico, en la medida que sepa articular de forma plural y capilar un tejido social de izquierda. El burocratismo y la organización piramidal seguirán siendo no sólo un obstáculo, sino un impedimento fundamental en este proceso de dar vida a una nueva izquierda que realmente lo sea en nuestro país.

LA RENOVACION POLITICA Y ORGANIZATIVA DEL PCE

Se ha dicho, desde la más pura tradición leninista, que a cada estrategia revolucionaria corresponde un determinado tipo de partido. Es posible que esto pueda parecer exagerado. Sin embargo, sí es cierto que las características político-organi-

zativas están muy determinadas por la estrategia a seguir.

En la VI Conferencia, desde las ideas-fuerza señaladas anteriormente se ha intentado que éstas se reflejen también en el mecanismo organizativo del partido. Es más, se tiene la impresión de que a este aspecto, que es de los más relevantes en cualquier tipo de organización, se le ha prestado en la conferencia una escasa atención y, sin embargo, es la novedad más radical de la misma.

La VI Conferencia propone al próximo congreso del partido un cambio radical en su modo de organización y en los mecanismos de articulación política sobre los siguientes ejes:

1.º Una superación de hecho de la concepción burocrática del centralismo democrático. El partido pasa a convertirse en una fuerza política con voluntad de ser unitaria y con un modo de funcionamiento democrático profundamente antijerárquico e íntimamente ligado a la sociedad.

2.º El partido se convierte de hecho en un partido federal, descentralizado política y organizativamente y con nuevas formas de plasmación de su voluntad política y del ejercicio de la dirección.

3.º La dirección, que ha sido tradicionalmente un mecanismo de selección política donde el Comité Central ha cumplido un papel casi siempre refrendatario de los acuerdos del auténtico poder del partido, que era el Secretariado, va a tender, en un debate aún por hacer, a democratizarse y a evitar los procesos de sustitución progresiva de la dirección política.

4.º La Conferencia reconoce «de facto» la existencia de distintas corrientes culturales y de opinión en su seno y muestra su acuerdo de que en debates de importancia se puedan formar distintas plataformas de opinión, evitando, eso sí, que estas corrientes cristalicen en fracciones.

5.º En coherencia con la nueva complejidad de los procesos revolucionarios en el Occidente capitalista y de la necesidad de articular un tejido social de izquierdas, la organización de base territorial necesita resituarse; de un lado favoreciendo su reducción numérica y, de otro, promoviendo agrupaciones sectoriales o, bien, que las agrupaciones se sectorialicen.

6.º El partido proyecto y el partido que pretende ser hegemónico en condiciones de pluralismo político tiene que propiciar un debate político-cultural rico y abierto a todas las aportaciones que hagan avanzar el proyecto emancipatorio. Igualmente, las tareas de formación, hasta ahora prácticamente olvidadas, adquieren una relevancia especial.

ANTE LA REFORMA EDUCATIVA

Javier Doz

1. ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL MARCO EDUCATIVO Y POLITICO

Seis años después de que la LODE iniciara su trámite hacia el Parlamento, otro proyecto legislativo de siglas fonéticamente parecidas —LOGSE— acaba de ser aprobado por el Gobierno. Antes incluso que la LODE fuese aprobada se pusieron en marcha programas experimentados de reforma curricular, primero en la enseñanza medias (BUP y FP), después en la EGB, una vez que los responsables del Ministerio de Educación y Ciencia decidieron que la reforma debía abarcar todos los niveles educativos previos a las ense-



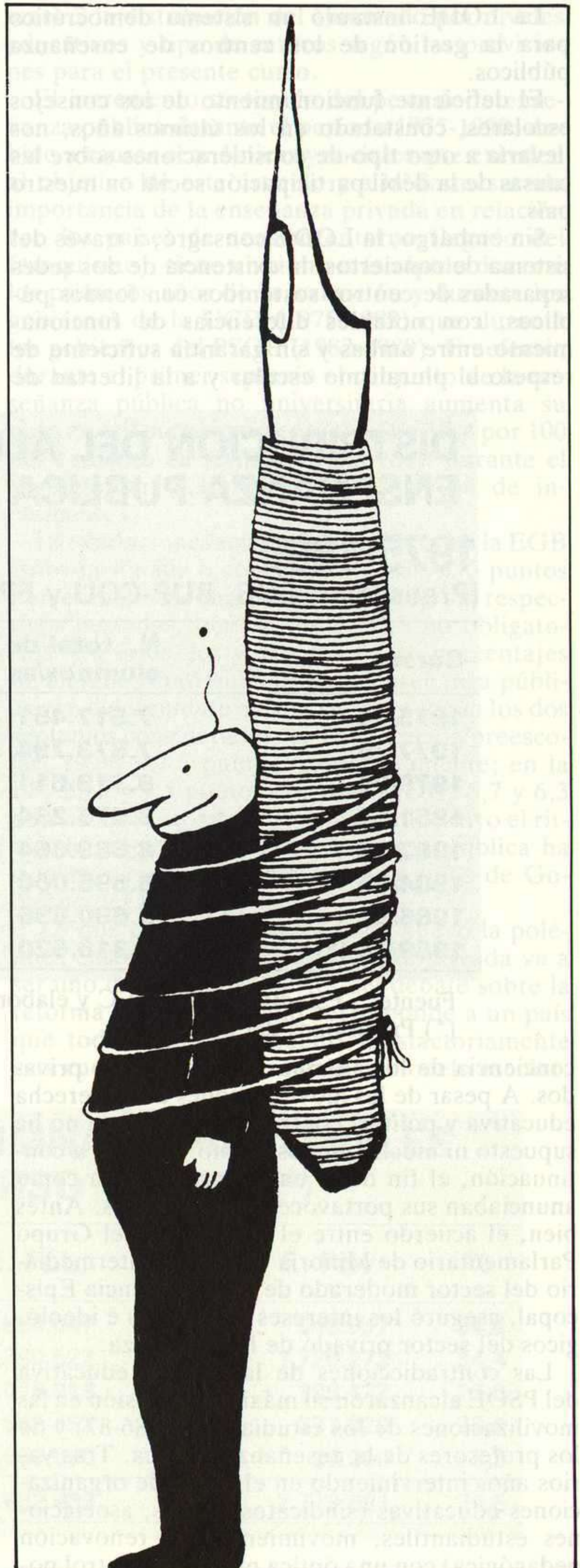
ñanzas universitarias. Desde el comienzo de la fase experimental hasta el último año de aplicación de la reforma —el 2001 en la previsión del proyecto de ley— habrán transcurrido, pues, dieciocho años.

Si la experimentación previa estaba justificada y los ritmos de aplicación pausados pueden ser convenientes para determinados aspectos de la reforma, dos objeciones hay que hacer, de entrada, a este planteamiento. Por una parte, la evaluación de la fase experimental es desconocida por la mayoría de los profesionales de la enseñanza, no digamos ya por la sociedad en su conjunto. Por otra, algunos de los objetivos de mayor impacto social, por ejemplo, la ampliación de la edad de escolarización obligatoria hasta los dieciséis años, no se alcanzarán hasta mediada la década de los 90. En esta cuestión, como en la de mejorar los factores básicos que determinan la calidad de la enseñanza, la vía lenta ha supuesto y supondrá el mantenimiento durante bastantes años del diferencial negativo entre el sistema educativo español y el de los países desarrollados.

No podía ser de otra forma en relación con la política económica y presupuestaria practicada por el PSOE desde 1983. Los engañosos términos —«moderadamente restrictivos» y «moderadamente expansivos»— que los responsables de Economía y Hacienda han venido aplicando a los Presupuestos del Estado de los últimos años no ocultan el hecho de que éstos han chocado con las necesidades de financiación de la enseñanza.

La tenaza de la política presupuestaria y las concesiones a los sectores conservadores son dos de los factores que han planeado sistemáticamente sobre los abundantes programas de reforma —proyectados o realizados— que han caracterizado la política educativa del PSOE en el Gobierno, determinando la debilidad de su reformismo.

La LRU, la reforma de los planes de estudio universitarios, y la Ley de Ciencia, por hablar de las principales reformas en el campo de la investigación y de las enseñanzas universitarias, contienen elementos de racionalización y de avance en una orientación de progreso. Sin embargo, hoy, las universidades públicas españolas siguen sufriendo una muy grave insuficiencia de recursos para hacer frente al notable incremento de la demanda de estudios universitarios; varios grupos privados aguardan en estos mismos días el pistoletazo legal que abra la vía de creación de nuevas universidades privadas y los contratos de investigación no siempre recogen el interés social en sus proyectos ni se ven sometidos al necesario control público.



La LODE instauró un sistema democrático para la gestión de los centros de enseñanza públicos.

El deficiente funcionamiento de los consejos escolares, constatado en los últimos años, nos llevaría a otro tipo de consideraciones sobre las causas de la débil participación social en nuestro país.

Sin embargo, la LODE consagró, a través del sistema de conciertos, la existencia de dos redes separadas de centros sostenidos con fondos públicos, con notables diferencias de funcionamiento entre ambas y sin garantía suficiente de respeto al pluralismo escolar y a la libertad de

lítico, los responsables del MEC tuvieron que enfrentarse a unas movilizaciones de amplitud desconocida que reclamaban una mejor enseñanza pública, la eliminación de las barreras selectivas, y, en el caso de la huelga del profesorado, la mejora de sus salarios y de otras condiciones de trabajo. Reaccionaron mal, con grandes dosis de autoritarismo en los comienzos de los conflictos, y sólo tardíamente aceptaron negociar (muy tardíamente en la huelga del 88). El segundo de los conflictos terminó de quemar políticamente a quien ha sido el principal diseñador y artífice de la política educativa del PSOE, José María Maravall.

DISTRIBUCION DEL ALUMNADO ENTRE LA ENSEÑANZA PUBLICA Y LA PRIVADA: 1975-1990

1975-1990

(Preescolar, EGB, BUP-COU y FP)

Cursos	N.º total de alumnos/as	% E. Pública	% E. Privada
1975/76	7.517.451	56,8	43,2
1977/78	7.873.794	59,1	40,9
1979/80	8.319.611	60,9	39,1
1981/82	8.575.234	62,1	37,9
1982/83	8.589.664	62,7	37,3
1984/85	8.695.060	63,7	36,3
1986/87	8.690.535	64,9	35,1
1989/90 (*)	8.316.620	67,0	33,0

Fuente: Estadísticas del MEC y elaboración propia.

(*) Previsiones del MEC.

conciencia de los alumnos en los centros privados. A pesar de las movilizaciones de la derecha educativa y política contra la LODE, ésta no ha supuesto ni mucho menos, como veremos a continuación, el fin de la enseñanza privada como anunciaban sus portavoces más radicales. Antes bien, el acuerdo entre el Gobierno y el Grupo Parlamentario de Minoría Catalana, intermediario del sector moderado de la Conferencia Episcopal, aseguró los intereses patronales e ideológicos del sector privado de la enseñanza.

Las contradicciones de la política educativa del PSOE alcanzaron su máxima expresión en las movilizaciones de los estudiantes (1986-87) y de los profesores de la enseñanza pública. Tras varios años interviniendo en el mapa de organizaciones educativas (sindicatos, APAs, asociaciones estudiantiles, movimientos de renovación pedagógica) con una óptica miope de control po-

Después de mencionar estos antecedentes sobre la política educativa del período 1982-88, comentaré algunas cuestiones sobre el momento político actual.

El grupo de presión defensor de los intereses económicos e ideológicos de los propietarios de centros privados de enseñanza, agrupado en torno al Consejo de la Educación Católica, pretende una construcción del escenario de la LODE: movilizaciones en la calle y presión de la Conferencia Episcopal sobre el Gobierno. Con dos objetivos. Uno, que la ley reconozca que la consideración de la religión católica como materia fundamental del currículo deriva de la Constitución y no sólo de los acuerdos entre el Estado español y la Santa Sede y que haya una asignatura alternativa (ética) para los alumnos que no deseen clases de religión. El otro, que el Estado financie la enseñanza privada no obligatoria (ba-

chillerato, FP y, especialmente, la educación infantil) y las inversiones necesarias para la reconversión de los centros que impartan la enseñanza obligatoria.

Hasta ahora no han avanzado en sus pretensiones. Ni en el Consejo Escolar del Estado ni en la fase de negociaciones con las organizaciones educativas y políticas antes de la aprobación por el Gobierno del proyecto de ley. Tampoco parece que el Partido Popular, en su nueva estrategia política, vaya a implicarse a fondo en una oposición frontal a la LOGSE. Pero nunca hay que desdeñar la capacidad de presión de la Iglesia católica sobre el Gobierno.

Vuelven, pues, a escucharse los argumentos, incluso en homilias dominicales, acerca del propósito del Gobierno de acabar con la enseñanza privada. Al respecto, conviene recordar dos cosas: las subvenciones a la enseñanza privada han aumentado desde que el PSOE accedió al poder, de los 72.545 millones de pesetas de 1982, hasta los 180.910 millones de 1989. En 1990 sobrepasarán los 200.000 millones. En ocho años casi se han triplicado. Por otra parte, desde que el régimen de conciertos previsto en la LODE se implantó (1986), el peso de la enseñanza pública respecto al total, en las enseñanzas preescolar, básica y medias, han aumentado en poco más de dos puntos porcentuales, en su mayor parte debido al incremento de la matrícula en los centros públicos de los niveles de enseñanza no obligatorios.

En la EGB, la disminución de un punto de la enseñanza privada se corresponde con la retirada de las subvenciones a aquellos centros que no reunían los requisitos mínimos legales.

En el cuadro 1 se muestra la evolución de la escolarización en las enseñanzas públicas y privada, durante el período 1975-1990 y en el nú-

mero 2 la distribución del alumnado por niveles educativos y tipo de centros según las previsiones para el presente curso.

El incremento sostenido del peso de la enseñanza pública durante el período 1975-1990, debido a causas económicas y sociales que exceden al objetivo de este artículo y a la desmesurada importancia de la enseñanza privada en relación con los países de nuestro entorno (legado del franquismo), tiene un ritmo más rápido durante los primeros años de la transición y durante los gobiernos de la UCD (1975-1982) que durante los gobiernos del PSOE (1982-1989). En efecto, durante el primer septenio el conjunto de la enseñanza pública no universitaria aumenta su peso en 5,9 puntos porcentuales (un 10,4 por 100 del aumento en términos relativos); durante el segundo, en 4,3 puntos (6,9 por 100 de incremento).

Las variaciones son mucho menores en la EGB (subvencionada o concertada): 2,8 y 2,3 puntos porcentuales de incremento durante los respectivos períodos, que en los niveles no obligatorios. En éstos, los aumentos de los porcentajes de alumnos matriculados en la enseñanza pública son del siguiente orden, siempre según los dos septenios considerados: en la educación preescolar, 19,38 y 7,7 puntos, respectivamente; en la FP, 21,5 y 7,5 puntos; en BUP-COU, 5,7 y 6,3 puntos. Sólo en este último nivel educativo el ritmo de crecimiento de la enseñanza pública ha sido más rápido durante los siete años de Gobierno del PSOE.

Lo que parece claro es que de nuevo la polémica enseñanza pública/enseñanza privada va a ser uno de los platos fuertes del debate sobre la reforma educativa, como corresponde a un país que todavía no ha resuelto satisfactoriamente esta cuestión fundamental de su modelo escolar.

DISTRIBUCION DEL ALUMNADO POR NIVELES EDUCATIVOS EN EL CURSO 1989/90 (*)

Nivel educativo	Total alumnos/as	E. Púb.	%	E. Priv.	%
E. preescolar	997.004	650.047	65,2	346.957	34,8
EGB	5.000.795	3.280.522	65,6	1.720.273	34,4
BUP-COU	1.479.340	1.079.918	73,0	399.422	27,0
FP	839.481	562.452	67,0	277.029	33,0
Universidad	1.096.000	1.060.000	96,7	36.000	3,3
Total	9.412.620	6.632.939	70,4	2.779.681	29,5

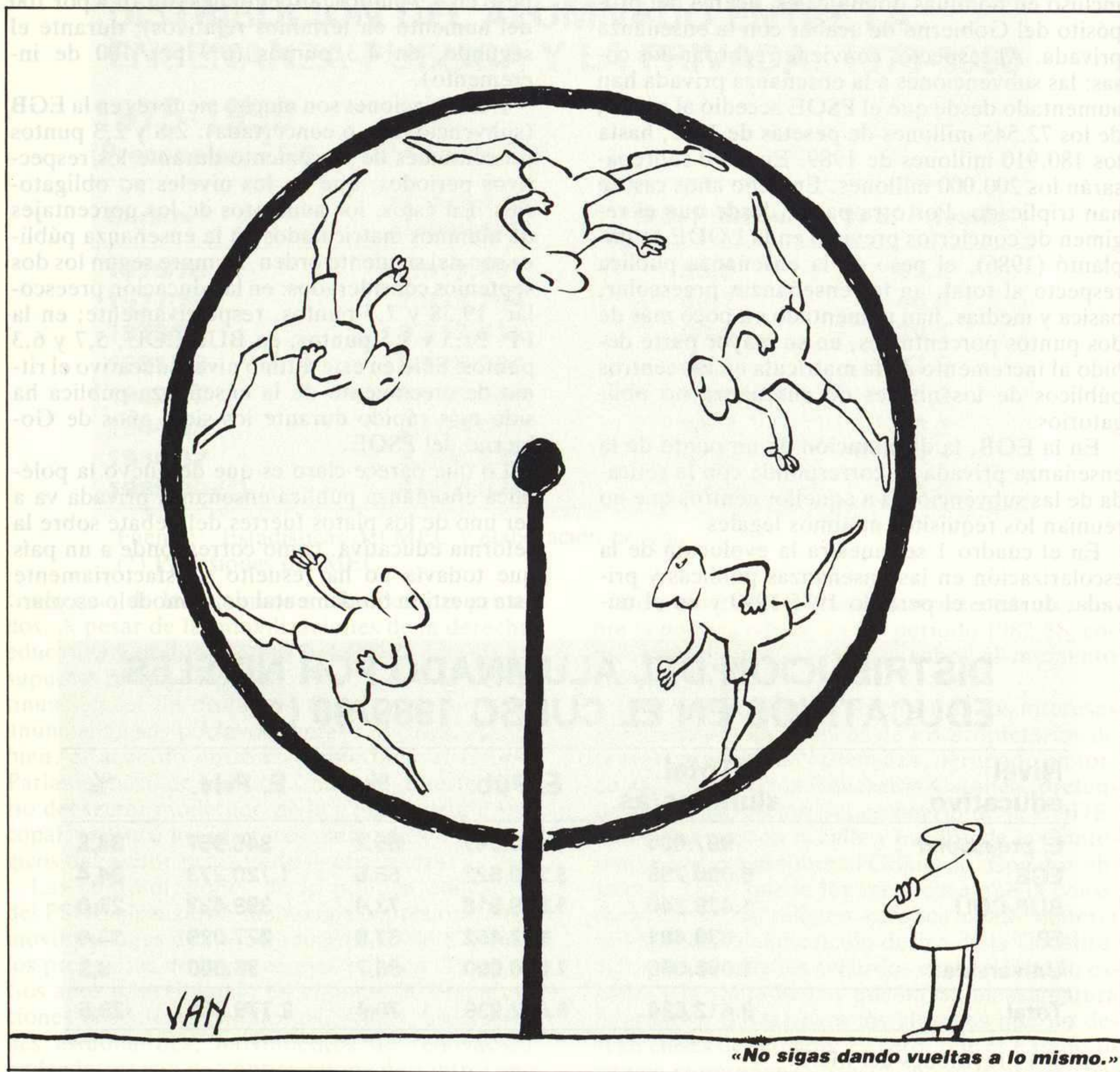
(*) Previsiones del MEC.

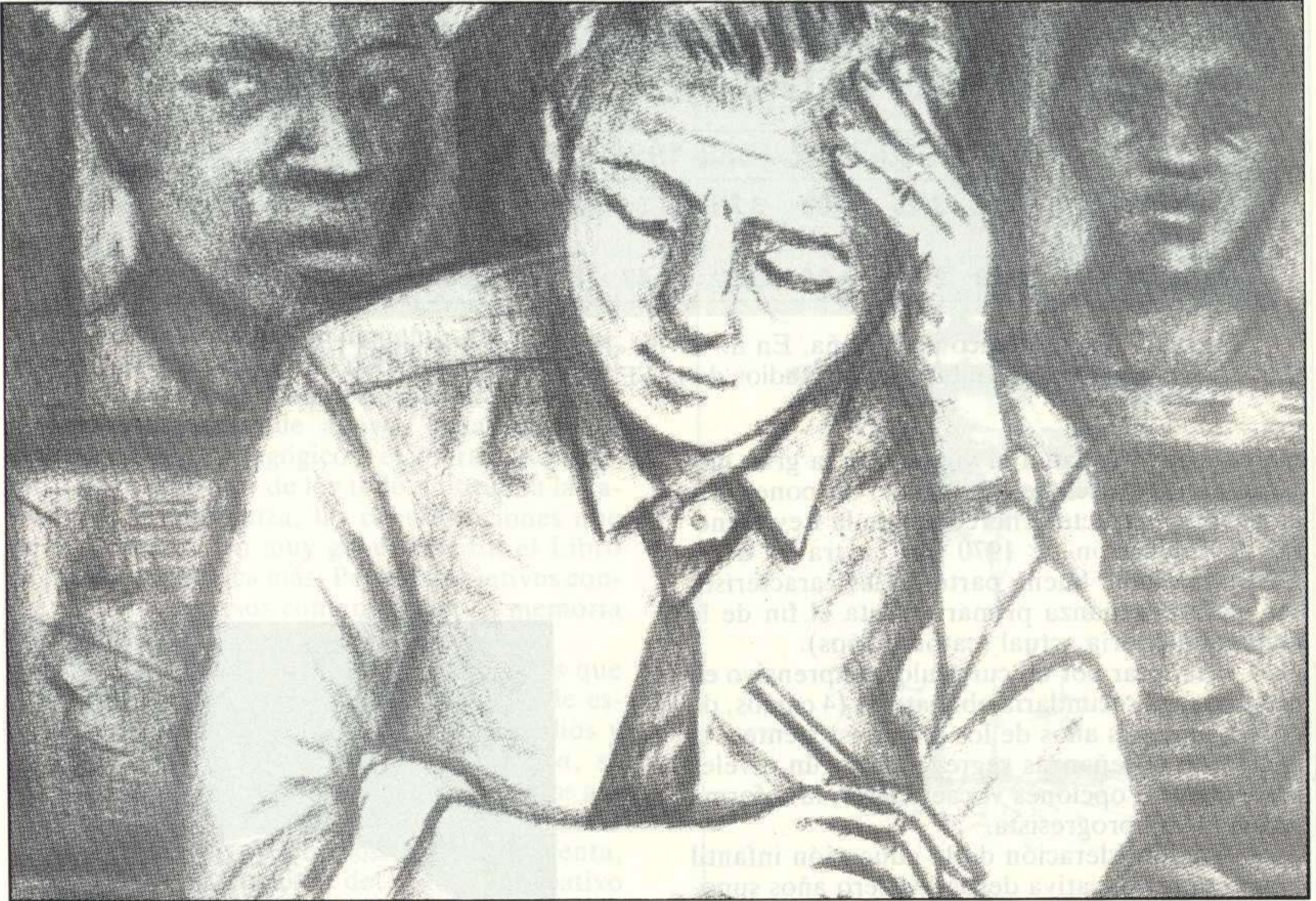
No va a ser, espero, el único elemento de debate, puesto que las organizaciones educativas y políticas situadas a la izquierda del PSOE ya han mostrado sus diferencias con el proyecto de LOGSE, todas ellas tendentes a procurar una transformación más profunda del sistema educativo.

Acordándonos del escenario político y social que rodeó la aprobación de la LODE, creo que estamos en mejores condiciones que entonces para lograr modificaciones de signo progresista y para evitar concesiones a la derecha. Ello, por las siguientes razones: la capacidad mostrada por la Federación de Enseñanza de CC.OO., especialmente desde la huelga de 1988, para repre-

sentar a amplios sectores del profesorado; la necesidad que tienen los responsables del MEC de contar con las organizaciones educativas de signo progresista para aplicar la reforma; los positivos y plurales efectos de la unidad de acción entre CC.OO. y UGT (el 14-D, la PSP y sus logros en la negociación, ser factor de unidad de las organizaciones educativas progresistas, imposible de lograr en 1984-85, etcétera); los resultados de las elecciones generales de octubre de 1989 con el desplazamiento de casi un millón de votos del PSOE hacia IU.

En cualquier caso, la partida no está cerrada y su resultado todavía depende, en el momento de redactar este artículo, de la capacidad de in-





fluencia y de movilización de las organizaciones sociales y políticas de la izquierda.

2. LA LOGSE. VIRTUALIDADES Y CARENCIAS

El proyecto de LOGSE y sus antecedentes pretenden introducir reformas en los siguientes aspectos de las enseñanzas no universitarias: estructura y ordenación del sistema educativo y de las enseñanzas que se imparten en él; duración de la escolarización obligatoria; currículos de todos los niveles educativos (contenidos de las enseñanzas, orientaciones pedagógicas y didácticas, evaluación, etcétera); formación técnico-profesional y sus relaciones con el mundo del trabajo; formación inicial y permanente del profesorado, acceso a la función pública docente y estructuración de los cuerpos de profesores y de sus plantillas; requisitos, medios y condiciones para impartir las enseñanzas, reestructuración de los centros educativos, servicios complementarios, etcétera; condiciones para adquirir las titulaciones, condiciones y procedimientos para acceder a estudios de nivel superior sin las titu-

laciones requeridas, condiciones para el acceso a las enseñanzas universitarias; políticas educativas compensadoras de las desigualdades sociales; adaptación del régimen de conciertos con centros privados a la nueva duración de la enseñanza obligatoria. También habla el proyecto de LOGSE de la educación permanente de adultos, aunque de forma etérea.

He mencionado uno de los antecedentes puesto que uno de los aspectos más importantes de la reforma, el nuevo diseño curricular base (que deberá ser concretado por los profesores en cada centro y en cada especialidad o área), sólo aparece en el texto del proyecto en sus referencias esenciales. El debate sobre el diseño curricular base está previsto que termine a finales de este curso y su aprobación a lo largo del próximo.

Hacer un análisis detallado del proyecto de reforma excede de las posibilidades derivadas del tamaño de este artículo. Me limitaré a realizar una valoración esquemática de sus apartados principales.

a) Respecto a la estructura y ordenación de las enseñanzas y a la ampliación de la escolarización obligatoria hasta los dieciséis años de los alumnos (10 cursos), con ello se adecua el siste-

GASTO PUBLICO EDUCATIVO RESPECTO AL PIB Y AL GASTO TOTAL

Año	1979	1980	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990
% del PIB	3,12	3,26	3,03	3,25	3,35	3,60	3,58	3,60	3,7*	3,9*	4,1*
% del Gasto											
Públ. total	10,19	9,87	8,04	8,32	8,47	8,45	8,41	8,55			

Fuente: INE y Banco de España. En n.º 37 de «Papeles de Economía Española».

* Elaboración de Gabinete de estudios de la FE de CC.OO.

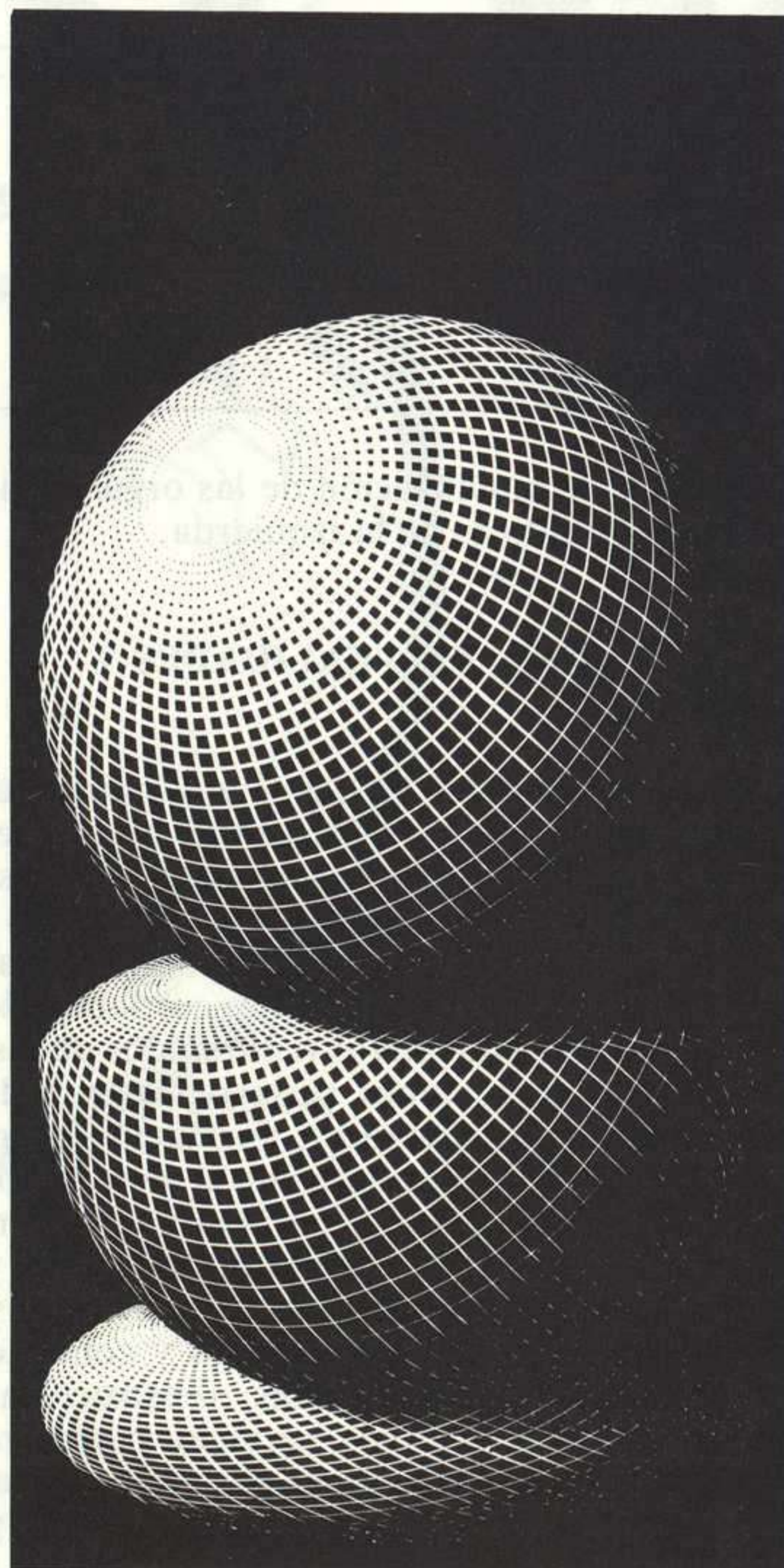
ma educativo español al vigente en la gran mayoría de los países desarrollados. Se pone fin a la peculiar estructura heredada de la Ley General de Educación de 1970 que, a través de la EGB, ampliaba buena parte de las características de la enseñanza primaria hasta el fin de la etapa obligatoria actual (catorce años).

b) Al optar por un currículo comprensivo en la enseñanza secundaria obligatoria (4 cursos, de doce a dieciséis años de los alumnos) frente a la opción de enseñanzas segregadas según niveles académicos u opciones vocacionales, la reforma escoge la vía progresista.

c) La consideración de la educación infantil como etapa educativa desde los cero años supone un avance considerable. La ruptura de la etapa (a partir de los tres años la escolarización se realizará en su mayor parte en los colegios de enseñanza primaria), aun justificable desde el punto de vista de la utilización de los recursos existentes, no es recomendable desde un punto de vista pedagógico. Del compromiso de las Administraciones Educativas para la creación de una oferta pública de calidad, que cubra suficientemente la demanda, dependerá el que esta etapa se convierta en niveladora de las desigualdades en el comienzo del proceso educativo.

d) La reforma de las enseñanzas profesionales busca la superación de su actual configuración como enseñanzas subalternas, para quienes no obtienen el título de graduado escolar. Se acentúa su carácter profesional (la formación general la proporcionará la enseñanza secundaria), equiparando los requisitos para acceder a la formación profesional de grado medio y superior a aquellos exigidos a quienes quieren cursar estudios de bachillerato y han terminado dichos estudios, respectivamente. También hace obligatoria la formación práctica en las empresas.

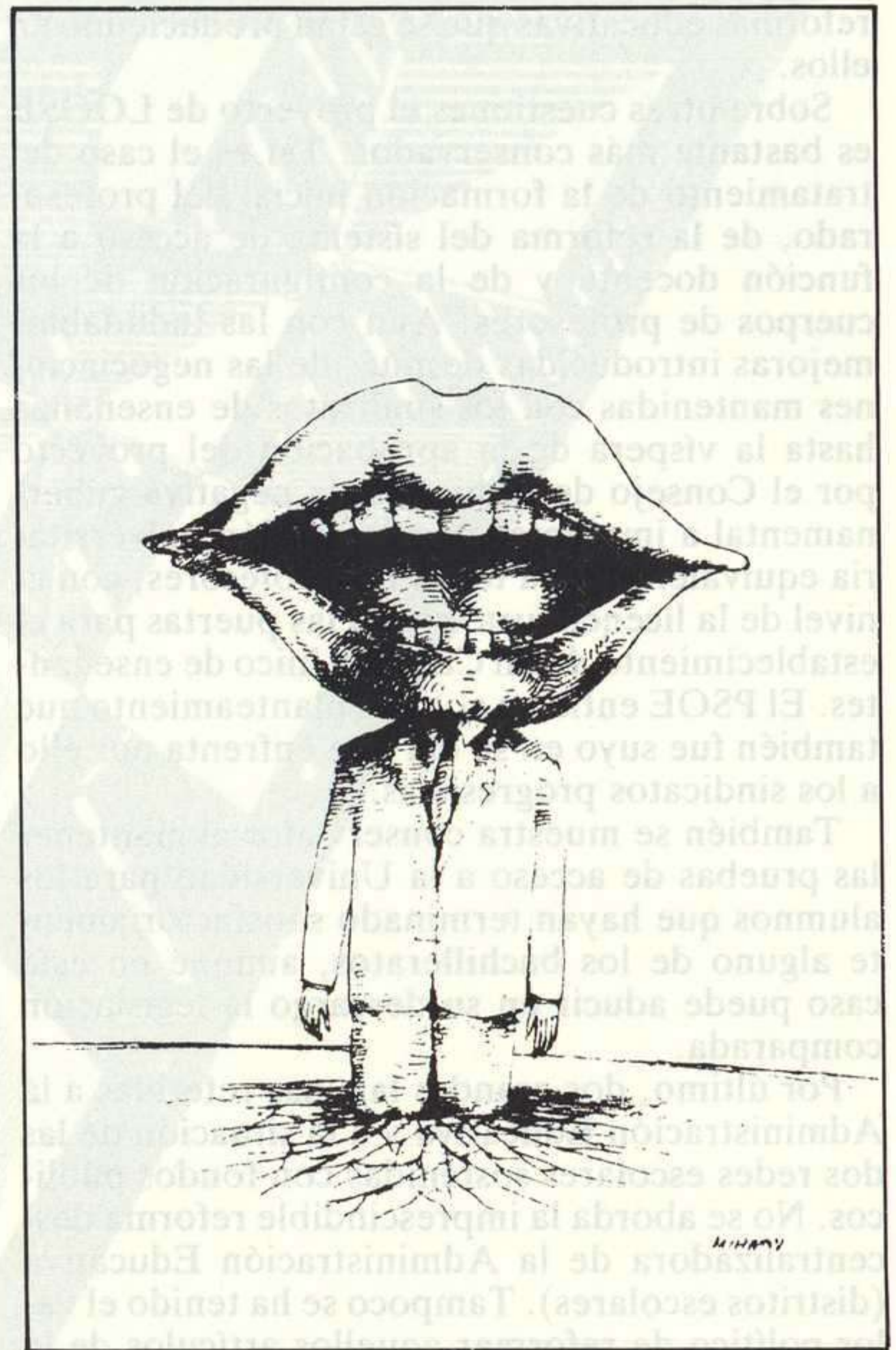
El proyecto presenta lagunas notables en lo que se refiere a los programas de formación e inserción laboral destinados a aquellos que no han



obtenido el título de graduado en educación secundaria. Igualmente respecto a las condiciones para acceder al ciclo superior desde el título medio, teniendo experiencia laboral.

e) Las orientaciones fundamentales de la propuesta de diseño curricular base coinciden con una orientación progresista, preocupada por la pedagogía activa y por la atención individualizada a cada alumno en el aula para procurar corregir los retrasos en el aprendizaje. La aplicación con éxito de estas orientaciones depende en gran medida de lo que llamamos factores básicos de calidad de la enseñanza (formación del profesorado, ratio alumnos/profesor, servicios complementarios y de apoyo, instalaciones y equipamientos pedagógicos, etcétera). Aun dedicando el proyecto de ley todo un título a la calidad de la enseñanza, las consideraciones que en él se hacen son muy genéricas. En el Libro Blanco se especifica más. Pero sus objetivos concretos y los recursos contenidos en su memoria financiera son insuficientes.

Con todos los matices y críticas parciales que hemos hecho, hasta el momento, alguna de especial entidad como la referida a los medios y los recursos financieros que los sustentan, se puede decir, por lo expuesto en los apartados anteriores, que la reforma tiene una orientación progresista. Esta afirmación tiene en cuenta, desde luego, la situación del sistema educativo español, de sus homólogos europeos y de los países desarrollados, así como las tendencias de las



GASTO PUBLICO EN EDUCACION

País	% del PNBPaís		% del PNB
Bélgica	6,0 (1)	Suecia	8,0 (1)
Dinamarca	6,5 (1)	Suiza	5,1 (2)
Francia	5,8 (3)	Japón	5,7 (3)
Grecia	2,6 (3)	Finlandia	5,7 (2)
Holanda	7,7 (3)	Austria	5,9 (1)
Irlanda	6,9 (2)	Noruega	7,0 (2)
Italia	5,7 (2)	Canadá	7,4 (1)
Luxemburgo	5,3 (2)	EE.UU.	6,7 (4)
Portugal	4,8 (3)	Australia	6,0 (2)
Reino Unido	5,3 (2)	Turquía	2,5 (1)
RFA	4,5 (2)	Islandia	4,1 (5)
		N. Zelanda	4,9 (1)

(1): Año 1984; (2): Año 1983; (3): Año 1982;
 (4): Año 1981; (5): Año 1975.

Fuente: Anuario Estadístico de la UNESCO, 1986.

reformas educativas que se están produciendo en ellos.

Sobre otras cuestiones el proyecto de LOGSE es bastante más conservador. Tal es el caso del tratamiento de la formación inicial del profesorado, de la reforma del sistema de acceso a la función docente y de la configuración de los cuerpos de profesores. Aún con las indudables mejoras introducidas después de las negociaciones mantenidas con los sindicatos de enseñanza hasta la víspera de la aprobación del proyecto por el Consejo de Ministros, la negativa gubernamental a implantar una formación universitaria equivalente para todos los profesores, con el nivel de la licenciatura, cierra las puertas para el establecimiento de un Cuerpo Unico de enseñantes. El PSOE entierra aquí un planteamiento que también fue suyo en su día y se enfrenta por ello a los sindicatos progresistas.

También se muestra conservador al mantener las pruebas de acceso a la Universidad para los alumnos que hayan terminado satisfactoriamente alguno de los bachilleratos, aunque en este caso puede aducir en su descargo la legislación comparada.

Por último, dos grandes lagunas referidas a la Administración Educativa y a la situación de las dos redes escolares sostenidas con fondos públicos. No se aborda la imprescindible reforma descentralizadora de la Administración Educativa (distritos escolares). Tampoco se ha tenido el valor político de reformar aquellos artículos de la LODE que tratan de los consejos escolares de los centros concertados para equiparar sus funcionamiento al de los centros públicos, a pesar de que la inclusión de alumnos de catorce y dieciséis años en los niveles de enseñanza obligatorios impone un cambio legal en la composición de dichos consejos. Pendiente está de la aceptación de enmiendas, en el trámite parlamentario la apertura de una vía de integración voluntaria de los centros privados en la red pública, cosa que, en principio, aceptaban los responsables del MEC.

3. LA FINANCIACION DE LA REFORMA

La Reforma tiene que servir para superar el desnivel existente entre el sistema educativo español y el de los países desarrollados en cuanto a los factores básicos que determinan la calidad de la enseñanza. De lo contrario, los objetivos propuestos de extensión de la escolarización y de lucha contra la desigualdad social se verían gravemente comprometidos y podría producirse, incluso, un incremento del fracaso escolar.

Por ello la cuestión de la financiación es capital. Tanto como la priorización de la enseñanza pública como destinataria de los recursos públicos. La calidad de la enseñanza pública se convierte, en sí misma, en un instrumento que contribuye a nivelar, siquiera parcialmente, las desigualdades sociales de origen ante el proceso educativo.

En el único estudio de financiación alternativo, el elaborado por la Federación de Enseñanza de CC.OO. («Alternativa de la Reforma». T.E., enero de 1989) se considera necesario alcanzar un gasto público educativo equivalente al 6 por 100 del PIB en los años 92 ó 93 (un incremento de gasto consolidado de 940.000 millones de pesetas de 1990) para hacer frente a la reforma de la LOGSE y a la imperiosa demanda de financiación de las universidades públicas.

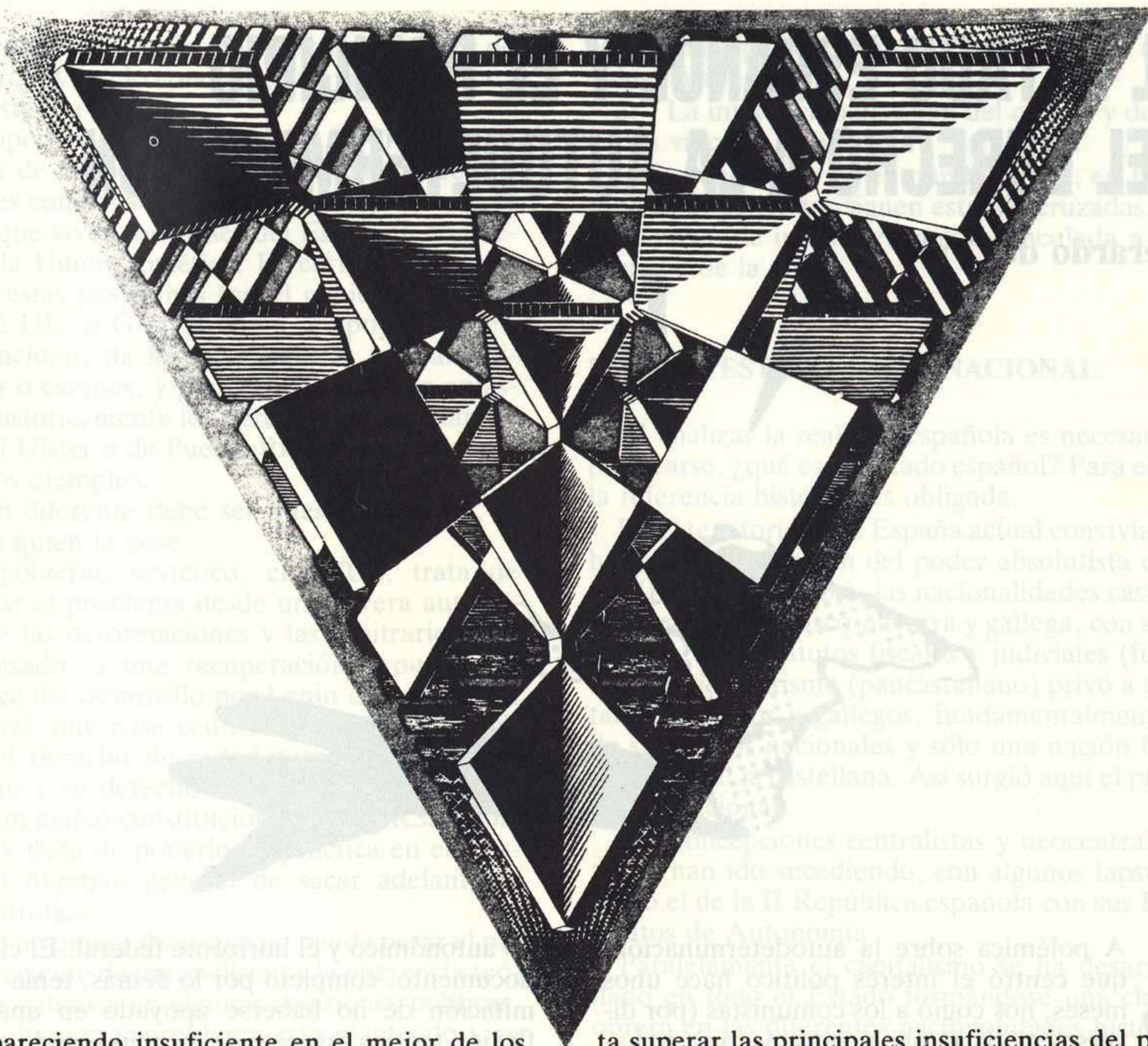
En el futuro esta demanda se incrementará como consecuencia del aumento de la escolarización en la enseñanza secundaria.

En el cuadro 3 se muestra la evolución del gasto público educativo español. Cuando comparamos el gasto educativo español con el de los países de la CE y de la OCDE en la década de los 80 (ver cuadro 4) hay que subrayar lo que significa un esfuerzo presupuestario en educación sostenido durante décadas que les ha permitido, a los países desarrollados, disponer de una infraestructura suficiente y de calidad. Las tasas respecto del PIB al comienzo de los 80 reflejan, incluso, un descenso, producto de la evolución demográfica y de las políticas económicas conservadoras. Mientras, en España, no se alcanzaba el 3 por 100 del PIB hasta finales de los 70.

Después de haber caído en desuso, como consecuencia de la crisis económica de los 70, la teoría del «capital humano», incrementado por la inversión en educación, vuelve a ser utilizada por los responsables políticos de los países desarrollados, como respuesta a las necesidades que marca la competencia científica y tecnológica a nivel internacional.

La Memoria Financiera del Libro Blanco de la Reforma contiene unas previsiones de inversión que situarían el gasto público educativo en el 4,68 por 100 del PIB en 1992. De los 960.000 millones de pesetas a invertir en diez años en la aplicación de la Reforma sólo se consolidarían 361.625.

El ministro de Educación, Javier Solana, anunció que, en la memoria financiera de la LOGSE, los créditos destinados a programas de la Reforma se incrementan hasta sumar 1,3 billones de pesetas en diez años. Aunque no conozco el destino de las nuevas previsiones crediticias, ni su carácter, consolidable o no, me si-



que pareciendo insuficiente en el mejor de los casos.

No está de más recordar que la Ley de Dotaciones a las Fuerzas Armadas ha previsto unas inversiones en materiales y equipos por un valor total de 3,9 billones de pesetas durante el período 1982-1993.

4. ALGUNAS CONCLUSIONES

La reforma educativa es necesaria. Las orientaciones básicas del Libro Blanco y de la LOGSE tienen un sentido progresista. Sin embargo, el proyecto de ley tiene insuficiencias graves, algunas de las cuales pueden poner en entredicho la propia aplicación de la Reforma. Izquierda Unida en sus actuaciones parlamentarias y en su práctica social debe poner de manifiesto las diferencias con resaca su programa educativo, sin tener miedo a subrayar las coincidencias. El apoyo de IU a la LOGSE pasa por un acuerdo con el PSOE en el trámite parlamentario que permi-

ta superar las principales insuficiencias del proyecto de ley. Los puntos clave de esta negociación son, a mi juicio: calidad de la enseñanza-financiación, Cuerpo Unico (su consecución o, cuando menos, que la ley no cierre el camino al definir la formación inicial de los profesores), acercamiento de la red privada concertada a la pública, requisitos para la continuidad de los estudios y programas compensatorios de inserción laboral y reinserción académica.

Si la concreción en el texto de una ley, que pretende ser de bases, choca con las competencias de las comunidades autónomas, debería redactarse un texto mixto (parte válido para todo el Estado y parte para el territorio administrado por el MEC).

No hay posibilidad alguna de alcanzar un acuerdo con IU y al mismo tiempo con la derecha.

Alcanzar un acuerdo de actuación entre las organizaciones educativas y sociales de signo progresista es la mejor garantía para avanzar en el sentido que acabo de expresar.

EL ESTADO ESPAÑOL Y EL PRINCIPIO DEL DERECHO A LA AUTODETERMINACION

Gerardo del Val



LA polémica sobre la autodeterminación, que centró el interés político hace unos meses, nos cogió a los comunistas (por diversos motivos que luego se verán) sin haber realizado un debate a fondo sobre el tema. Todo ello propició que, en cierto modo, nos viéramos relegados a un segundo plano. Utilizo el «cierto modo» porque Julio Anguita planteó nuestra posición de principio para delimitar perfectamente el campo de análisis del PCE.

Como se sabe, las iniciativas de los partidos nacionales salieron adelante, causando malestar en el PSOE y el gobierno, así como en la derecha. Pero finalmente las «aguas han vuelto a su cauce» y la entente PSOE-PNV-CiU no ha sufrido gran deterioro en los «temas de Estado».

He creído necesario introducir estos elementos de crónica política porque son el contexto en el que nuestras reflexiones deben tener un obligado punto de referencia.

El CC del PCE aprobó en la primavera de 1989 un documento sobre el desarrollo del título VIII de la Constitución, acerca del desarro-

llo autonómico y el horizonte federal. El citado documento, completo por lo demás, tenía la limitación de no haberse apoyado en una reflexión teórica respecto del propio Estado español, su plurinacionalidad, así como sobre la propia cuestión del derecho a la autodeterminación.

Esas carencias, así como la polémica citada, movieron seguramente al EPK a lanzar recientemente una «Propuesta para la superación de los problemas políticos prioritarios de Euskadi». A pesar de ser propuesto con retraso respecto a los acontecimientos, no es menos cierto que tiene un gran valor al recuperar la tradición del Partido Comunista de Euskadi de centrar en sus propuestas los problemas nacionales vascos y los políticos generales, vinculándolos profundamente.

La dirección del PCE ha hecho suya la propuesta, suscitando ello el rechazo del PSOE y también cierta incompreensión en algunos sectores de IU.

Ello hace necesario, a mi juicio, la continuación de un sereno debate acerca del derecho de autodeterminación, como un componente im-

prescindible de una formulación democrática de izquierda, y, en lo concreto, en el marco del actual Estado español.

El oportunismo en este tema es el punto en común de las posiciones mantenidas desde posiciones conservadoras, sobre todo por los procesos que viven los países del Este y en concreto en la Unión Soviética. Es curioso ver cómo desde estas posiciones (en el gobierno), desde los EE.UU. o Gran Bretaña se apoyan las reivindicaciones de los nacionalistas radicales lituanos o estones, y por otro lado se han aplastado históricamente los derechos de los irlandeses del Ulster o de Puerto Rico, por poner sólo algunos ejemplos.

Bien diferente debe ser nuestra posición, le pese a quien le pese.

El gobierno soviético, el PCUS, trata de abordar el problema desde una severa autocrítica de las deformaciones y las arbitrariedades del pasado, a una recuperación y puesta en práctica del desarrollo por Lenin de la cuestión nacional, que pasa centralmente por el ejercicio del derecho de autodeterminación de los pueblos y su derecho a la secesión. Todo ello tiene un marco constitucional en la URSS. Gorbachov trata de ponerlo en práctica en el marco del objetivo general de sacar adelante la «perestroika».

Ello no quiere decir que no pueda pesar el pasado reciente de inmovilismo y la «herencia teórica» estalinista en algunas decisiones políticas. Sin embargo, el problema está planteado y su resolución urgente tiene pocas alternativas que no pasen por el respeto a la voluntad soberana de los pueblos.

Las posiciones defendidas por los marxistas desde principios de siglo, en especial por Lenin, sintéticamente han sido:

1. El derecho de cada pueblo (nación) a determinar libremente su propio destino en lo político, económico y social.
2. La conveniencia de fortalecer los vínculos de los trabajadores y capas populares de diferentes naciones, especialmente cuando son estados plurinacionales.
3. La igualdad de derechos de todas las nacionalidades en los estados plurinacionales.
4. Caminar hacia la internacionalización en el marco del respeto a los derechos, cultura y peculiaridades de todos los pueblos.

Todo ello era propuesto en el marco del análisis de las dos grandes tendencias históricas del problema nacional:

1. El despertar nacional y la creación de estados nacionales.

2. La internacionalización del capital y desde los vínculos políticos.

Estas tendencias en el mundo actual, en Europa en lo concreto, siguen estando cruzadas, y la solución de una de ellas está vinculada a la solución de la otra.

ESPAÑA, ESTADO MULTINACIONAL

Al analizar la realidad española es necesario plantearse, ¿qué es el Estado español? Para ello la referencia histórica es obligada.

En el territorio de la España actual convivían, hasta la implantación del poder absolutista del rey (Reyes Católicos), las nacionalidades castellana, catalana, vasco-navarra y gallega, con sus lenguas, sus estatutos fiscales y judiciales (fueros). El absolutismo (pancastellano) privó a catalanes, vascos y gallegos, fundamentalmente, de sus fueros nacionales y sólo una nación fue reconocida: la castellana. Así surgió aquí el problema nacional.

Las concepciones centralistas y neocentralistas se han ido sucediendo, con algunos lapsus, como el de la II República española con sus Estatutos de Autonomía.

Paralelamente el capitalismo se ha desarrollado en todo el Estado formándose una clase obrera en las diferentes nacionalidades históricas, fruto de la inmigración interior.

Fenómeno específico español es que las nacionalidades históricas catalana y vasca, oprimidas culturalmente, se han correspondido con las zonas industrialmente más desarrolladas.

Los movimientos y partidos nacionalistas se han venido desarrollando desde la imposición del Estado Absoluto, pero alcanzaron mayor importancia a partir de mediados del siglo pasado. Los partidos nacionalistas más influyentes en la actualidad (PNV y CiU) son herederos de la tradición burguesa de Cataluña y Euzkadi de defender sus intereses de clase y los nacionales (culturales) propios.

El PCE fue consciente desde su nacimiento de la realidad plurinacional española, y así, en los años de la II República, se constituyeron el Partido Comunista de Euzkadi y, posteriormente, el Partido Socialista Unificado de Cataluña, partidos que recogían la defensa de los derechos nacionales de sus pueblos, pero en el marco de

una actitud profundamente solidaria con los otros pueblos de España.

Así, el propio EPK planteaba en su Acta Fundacional el apoyo y solidaridad con la lucha de los demás pueblos oprimidos por el Estado español, se reclamaba solidario con la lucha de toda la clase obrera en el Estado, situaba a su adversario político en Euskadi en el PNV (representante de la burguesía vasca) y llamaba al apoyo al Estatuto de Autonomía.

Bebiendo de las fuentes nacionalistas clásicas y socialistas surgieron otros movimientos, especialmente en el último franquismo, que apoyaron la violencia política para acabar con el régimen (ETA). Sin embargo, es de todos sabido que durante la transición esta práctica se ha perpetuado, a pesar de encontrarnos en otro marco que posibilitaba plenamente la lucha de masas y la lucha institucional.

REFORMA CONSTITUCIONAL

La Constitución de 1978 supuso un paso de gigante en el reconocimiento de los derechos de las diferentes nacionalidades, así como todos los demás elementos que la caracterizan como una Constitución democrática avanzada. Pero también es cierto que contiene rémoras centralistas y antidemocráticas a las que hay que referirse obligadamente.

El artículo 2 habla de la unidad indisoluble de la «Nación española», y por otro lado reconoce la existencia de naciones («nacionalidades») en el Estado.

Posteriormente dedica el título VIII a abordar el problema del desarrollo de las Autonomías.

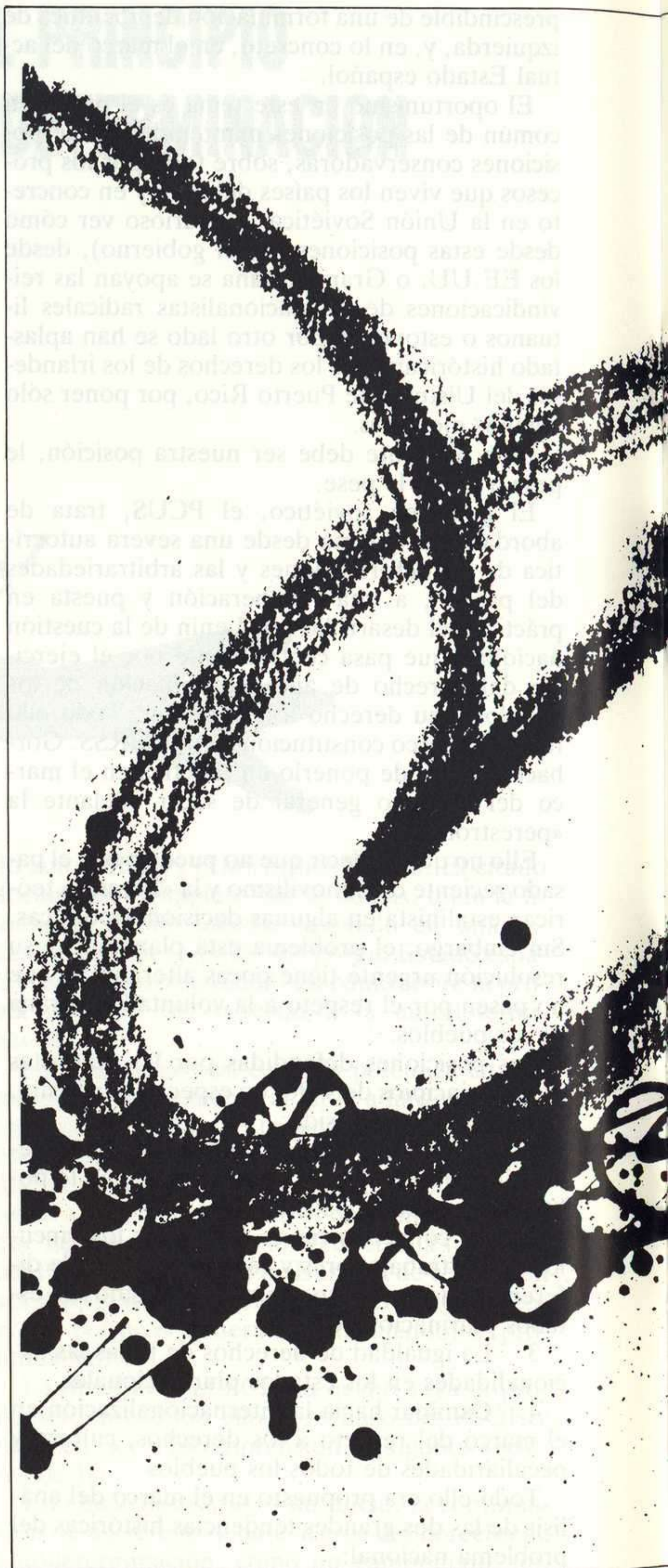
Los Estatutos de Autonomía son un paso trascendental en el avance democrático, pero se ha seguido sin abordar el problema central: el reconocimiento de la plurinacionalidad del Estado, y que la unión en un Estado Democrático Nacional no puede basarse más que en la voluntad de cada pueblo.

¿Qué hacer?

Pues bien, la propia Constitución deja abierta su posibilidad de reforma, aunque ello hoy es bien poco viable.

Sin embargo, el título VIII se puede seguir desarrollando, y el propio artículo 10-2 de la Constitución se remite a los Tratados Internacionales. Y ello abre una vía interesante.

Ni más ni menos que el Pacto (auspiciado por





la ONU) de Derechos Civiles y Políticos, así como el de Derechos económicos, sociales y culturales de 1966, reconoce en su artículo 1 que «todos los pueblos tienen el derecho a la libre determinación, para establecer su condición política, así como su desarrollo económico, social y cultural».

Si nuestro país es respetuoso con las normas internacionales sobre Derechos Humanos, es obligado aplicar esto a nuestra realidad, si es verdad que de un Estado democrático hablamos.

Bien. Otra cuestión es el ejercicio del derecho. La «Propuesta» del EPK dice que el ejercicio del derecho no es reclamado por ninguna fuerza para convocar un referéndum con pretensiones secesionistas.

La propia situación política, la violencia injustificable de ETA y la actitud del gobierno español hacen que la situación precise de voluntad política de dar una salida negociada, como indica el propio documento del EPK.

El proceso de industrialización y modernización capitalista español ha generado, especialmente en las últimas décadas, una inmigración interior que ha consolidado una clase obrera de ámbito estatal, enfrentada con problemas parejos, con un mismo marco legal y con unos monopolios capitalistas que ejercen su dominación coordinadamente a nivel estatal también.

Ello, junto a la práctica histórica de la solidaridad y el internacionalismo, hace que la posición del PCE, de los partidos nacionales que lo integran (EPK, PCG, PCPV, etcétera) o que comparten un mismo proyecto desde su independencia (PSUC), ante un eventual planteamiento del ejercicio del derecho de autodeterminación por las nacionalidades que componen el Estado español, no podrá ser otra que la apuesta firme por la unidad, pero con el salto cualitativo, democrático: la unión voluntaria de los pueblos de España, en un marco estatal federal, e integrado en un proceso europeo de perspectiva confederal.

Hoy aparece con más claridad que nunca que el proceso abierto de internacionalización a todos los niveles no puede avanzar liberando todas sus posibilidades al margen del respeto y la afirmación de todos los componentes nacionales, de igual a igual, en el marco de la más amplia democracia.

Los ideales y prácticas de la izquierda transformadora no pueden, igualmente, pasar por alto esta cuestión.

EUROPA UNIDA: UN PROYECTO POSIBLE

Francisco Palero



EN distintos momentos de la historia, pensadores de signo político diverso han formulado la propuesta de construir una Europa unida. Parecía una idea utópica en contraste con la concreta realidad política del continente.

En el año 1989 se han producido procesos vertiginosos de cambio que permiten examinar esa vieja propuesta desde nuevos parámetros. Se ha abierto un intenso debate en el que debemos adentrarnos con ánimo crítico y constructivo, intentando examinar los elementos que permiten visualizar el proceso de unidad en un momento históricamente cercano.

Mi análisis parte de una constatación: la Europa dividida en dos realidades antagónicas ha terminado. Las fronteras, concebidas como barreras infranqueables para los pueblos, han dejado de existir y los bloques militares, que se explicaban en respuesta a esta división, han devenido en ele-

mentos obsoletos. La actual Europa es la antítesis de la existente hace no más de tres años.

Acotando los límites de este trabajo, quiero señalar que no voy a analizar las razones que explican este cambio, ni las causas por la que se produjo el hundimiento del denominado «socialismo real». Pretendo examinar el presente, apuntando elementos del futuro a partir de realidades políticas europeas.

EL PAPEL DE LA COMUNIDAD EUROPEA

En esa dirección hemos de comenzar por la CE. Ha de constatarse que esta organización es la realidad política, económica y social más importante de toda Europa y el instrumento internacional más consolidado. Los acontecimientos del Este europeo acentúan su papel como punto de referencia en todos los campos. Por consiguiente cualquier

análisis sobre la futura Europa ha de comenzar por ampliar la comprensión sobre la CE que es hoy también la entidad económica más importante del mundo. Se creó, como es conocido, en 1957 a través del Tratado de Roma. Nació con la finalidad principal de buscar un mercado único y como instrumento para la confrontación entre sistemas, coordinando los grandes centros del capitalismo. Eran momentos de guerra fría que explicaban esas pretensiones, mas su declaración constituyente apuntaba hacia nuevas realidades.

Una parte de la izquierda europea tardó tiempo en comprender la importancia de la operación adoptando una actitud ideologista ante la propuesta emergente. Más allá de las razones que explican ese rechazo, la Comunidad respondía desde su inicio a realidades que posteriormente se mostraron evidentes. La internacionalización de la economía, de la tecnología, de las comunicaciones, exigían campos de actuación multiestatales. Hemos también de constatar que la izquierda comunista fue la más tardía en la comprensión de esos fenómenos. Con la excepción del PCI y muy posteriormente del PCE, los demás partidos de la Europa comunitaria —coincidiendo con las opiniones de los partidos gobernantes en el Bloque del Este— adoptaron una posición beligerante en contra de la CE que anuló la posibilidad de incidir positivamente en el desarrollo de la organización, dejando toda la iniciativa a las fuerzas socialdemócratas y conservadoras. Algún día habrá de analizarse con objetividad la incidencia de esta posición en la escasa implantación de los PP.CC. en la mayoría de los países comunitarios.

La preeminencia de los sectores conservadores en la construcción de la CE ha acentuado su desarrollo en el campo del mercado —ese es su principal interés—, obviando o incluso anulando el avance de cooperación en el campo social y político.

La nueva realidad europea pudiera acentuar esta línea de actuación con el objeto de realizar una penetración económica en el abierto mercado del Este, sin estar condicionados por ningún instrumento democrático.

No faltan voces que inducen a este desarrollo unidireccional, que, de producirse, sería profundamente negativo para el futuro de Europa.

LA UNIDAD POLITICA DE LA CE

Mitterrand señalaba en el mes de noviembre en el Parlamento Europeo: «La existencia de una CE

fuerte y estructurada es un factor de estabilidad y éxito para el conjunto de Europa». Comparto de forma plena esta afirmación.

La CE, para ser un instrumento de futuro, ha de sintetizar los intereses de la mayoría de la población comunitaria y, por consiguiente, ha de avanzar en el terreno social superando la construcción denominada de dos velocidades. La Carta Social demandada por los sindicatos europeos agrupados en la CES, ha de ser una realidad. No creo necesario extenderme en argumentar esta exigencia que debe unirse a la propuesta de unidad política.

Es una evidencia constatada la magnitud de la interdependencia de la economía en el ámbito comunitario. Las grandes decisiones económicas ya no son tomadas en los marcos estatales. Delors afirmaba que el 70 por 100 de las decisiones de todos los Estados eran adoptadas en el marco de la Comunidad; sólo el 30 por 100 eran tomadas por los gobiernos nacionales y controlados por los respectivos parlamentos. Esta afirmación indica una evidencia: el marco estatal ha quedado reducido a la administración de decisiones adoptadas en una estructura supranacional. Este hecho contrasta con otra segunda evidencia: el Parlamento Europeo no tiene poderes para incidir en estas decisiones y, por consiguiente, la única institución comunitaria elegida por sufragio universal no puede participar en la toma de decisiones reales.

Por la vía de los hechos se ha retornado al siglo XIX, anulándose lo que fue una conquista popular: el Parlamento como representante de los ciudadanos para incidir en las decisiones políticas y en el control de la acción del gobierno.

Sin duda, se podrá replicar que las decisiones son adoptadas por gobiernos que se reúnen en el Consejo de Ministros de la CE y que a su vez responden ante sus respectivos parlamentos. Formalmente es así, mas la realidad es otra: alejado el centro de decisión de las realidades nacionales y apoyado por la tecnocracia y la burocracia comunitaria, las decisiones reales no cuentan con la participación democrática y el control popular.

Para crear una auténtica estructura democrática es urgente adecuar la realidad política a la realidad económica, dotando al Parlamento Europeo de plenos poderes —legislativos y de control— e instaurando un gobierno de ámbito comunitario.

Esta propuesta de supranacionalidad encierra interrogantes que conviene examinar.

En primer lugar, hemos de reflexionar sobre el papel de los Estados nacionales en la etapa transitoria (previsiblemente larga) y en la etapa final

de plena unidad política. Es obvio que los Estados no desaparecen y tienen y tendrán un claro papel político. Habrá de diseñarse, con el debate y la participación, una etapa de trasvase de soberanía que conduzca a la instauración de un esquema político de contrapesos donde se conjuguen los intereses nacionales con los del conjunto de la nueva entidad política.

PROCESO EN LA UNIDAD EUROPEA

En segundo lugar, hemos de examinar el papel de la CE como entidad política en el desarrollo de una Europa unida, combatiendo las tendencias que pretenden situar a la CE como única realidad europea sin diseñar un trabajo para la unidad continental.

Partamos en el análisis de una constatación: la CE es el principal punto de referencia para los distintos países europeos no integrados. Como reflejo de esta realidad en los últimos meses hemos asistido a dos procesos paralelos. Por un lado se han producido propuestas de integración en la

la nota dominante en las relaciones con estos países será de cooperación y no de integración.

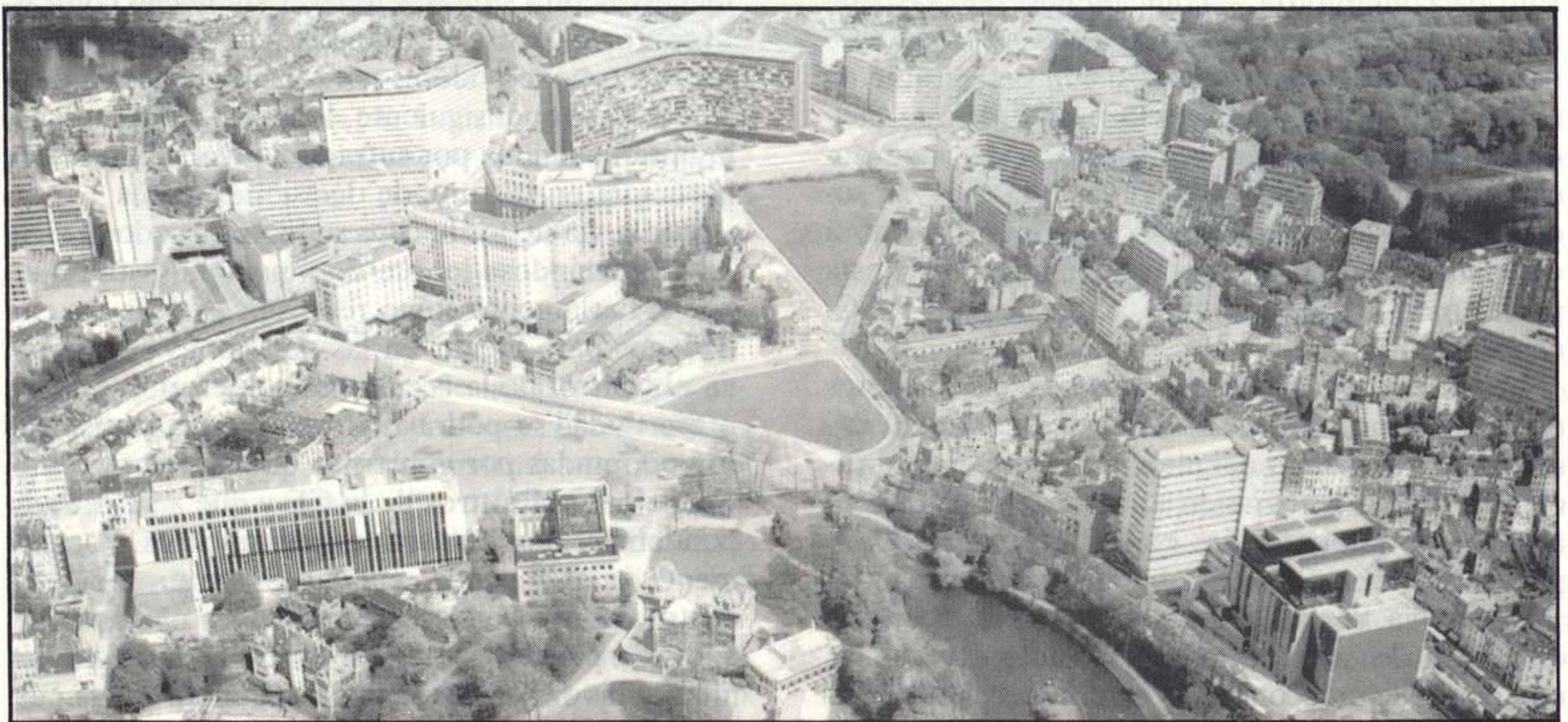
La segunda línea de actuación está situada en las relaciones de la CE con los países del CAME y con esta organización como tal.

Hemos de partir en el análisis de algunas consideraciones:

a) El CAME es una realidad prácticamente inexistente. El estrepitoso fracaso económico de los países que lo integraban lo ha dejado reducido a un foro donde se debaten proyectos de futuro y poco más.

No obstante, hemos de tener en cuenta que la interconexión de la economía de estos países es tan evidente que les obligará a la cooperación, más allá del sistema político que pueda gobernar en los distintos países.

b) La URSS ha abierto de forma individual un camino para la cooperación con la CE con amplias perspectivas de futuro. Una parte de sus reformas está orientada para la creación de unas estructuras homologables con las que rigen el mercado mundial, que le permitan acentuar esas relaciones económicas.



CE, como el caso de Austria, de países de economías de mercado, y un proceso de cooperación especial con los países de la EFTA. Se han desarrollado líneas de actuación que apuntan a una mayor interconexión entre ambas organizaciones.

No es previsible que en el inmediato futuro se produzcan nuevas integraciones en la CE y, además, sería dudosamente aconsejable. El Acta Unida es un reto de tal magnitud para la Europa de los 12 que tardará tiempo en desarrollar. Por ello

c) La mayoría de los países europeos pertenecientes al CAME dirigen su mirada hacia la CE en muchos casos con pretensiones de cooperación estrecha (incluida la integración) que a mi juicio no pasan de ser buenos deseos, carentes del mínimo rigor analítico sobre la realidad comunitaria. Me parece evidente que no se van a incorporar a la CE ninguno de estos países, con la excepción de la RDA. E igualmente me parece que la CE no puede decidir graciosamente las cuantiosas su-

mas económicas que serían necesarias para reflojar esos países.

Ante esta realidad, compleja y contradictoria, pudiera generarse una situación novedosa. Los distintos países que estrenan democracia comprobarán la crudeza de una realidad económica, llegando a la conclusión de que es necesario crear nuevas estructuras de coordinación a partir de las cuales incidan en un nuevo proceso de negociación y de relaciones con la CE.

El desarrollo de la economía y de la tecnología obliga a la creación de entidades regionales superadoras de los Estados nacionales.

El proceso de unidad política europea se cimentará en estas tres realidades: la CE como entidad política y económica más consolidada, la EFTA como entidad económica homologable a la CE y la futura estructuración que sean capaces de crear los países del CAME. El proyecto de unidad europea es globalmente asumido por la mayoría de las fuerzas de progreso, aunque el enunciado pueda ser diferente. Recordemos que Gorbachov habla de Casa Común y Mitterrand habla de Confederación coincidiendo ambos en la idea de fondo.

La propuesta puede avanzar porque algunos obstáculos del pasado están superados.

En el terreno político (con la excepción de Albania) la democracia política es un denominador común desde el Atlántico hasta los Urales. Todos los países europeos asumen como acervo común el pluripartidismo, el parlamentarismo y el Estado de derecho.

Iguales fenómenos se producen en el terreno económico. El mercado, como instrumento regulador de la economía, es universalmente aceptado, existiendo diferencias notorias en el papel que se otorga a la planificación económica democrática. Es una evidencia que el estatismo ha desaparecido de todas las economías y la discusión se centra entre la creación de sistemas de capitalismo puro y duro, o sistemas de economía mixta. La interconexión de todas las economías es evidente habiendo desaparecido, por la fuerza de los hechos, la ficción de dos mercados.

Otro elemento a destacar es el relativo a la seguridad. El Pacto de Varsovia es un instrumento realmente inexistente y, en consecuencia, la OTAN perdió toda su lógica. Nadie que analice la realidad con rigor es capaz de justificar la supervivencia de los bloques. Se intentan explicar en razón de que son necesarios como instrumentos políticos para la negociación.

Por último, indicar que el desarrollo de las co-

municaciones ha superado las fronteras, en su significado de barreras, para los intercambios culturales y sociales entre los pueblos.

Podría señalarse otros ejemplos, mas con éstos es suficiente para afirmar que la unidad europea puede comenzar a construirse.

LAS DIFICULTADES DEL PROCESO DE UNIDAD

Esta afirmación no puede conducirnos a una visión ideal sobre el proceso ocultando realidades objetivas que lo dificultan.

En primer lugar, hemos de constatar el desigual desarrollo económico y social de los países europeos. Una unión precipitada, que nadie desea, traería consecuencias negativas para todos los países. Por consiguiente, ha de avanzarse en el camino lento de la cooperación, al tiempo que se van creando estructuras que permitan alumbrar esa unión.

Un factor de incertidumbre es la eclosión nacionalista producida en la mayoría de los países del Este que amenaza con situar a una parte de Europa en una situación similar a la producida entre ambas guerras mundiales. No es el objeto de este trabajo analizar las razones de este fenómeno y es difícil pronosticar su desenlace. Sólo cabe dejar constancia de lo negativo del proceso y reafirmar el derecho de autodeterminación de los pueblos.

Para el desarrollo de la Europa unida es imprescindible que esta situación sea superada con el ejercicio del diálogo y la democracia y en el desarrollo del Estado de Derecho.

Otro elemento a destacar es la casi inexistencia de lugares comunes para el encuentro. Examinemos algunas posibilidades. En relación con la seguridad afirmaba que los bloques militares han perdido su vigencia y todo indica que asistiremos en el futuro a su disolución. Sin embargo, siguen existiendo importantes zonas de desconfianza y todavía no se han creado, de forma definitiva, nuevas teorías de seguridad, sin ignorar que los intereses económicos derivados del complejo industrial-militar USA tratarán de perpetuar una situación presente para no abandonar el negocio de los armamentos. Es necesario encontrar lugares comunes para el diálogo donde se toman acuerdos definitivos de desarme.

Todo indica que la CSCE puede cumplir ese papel. Es el lugar donde confluyen todos los países europeos junto a las superpotencias. Europa ha

de participar en el diálogo para el desarme sin delegar este importante papel en los países hegemónicos de los bloques.

La primera línea de actuación debería tender a consolidar este foro dotándole de los máximos poderes. Al mismo tiempo han de buscarse otros foros que examinen otras realidades, por ejemplo, al nivel del Mediterráneo, potenciando la discusión para la cooperación y el desarme de todos los países ribereños. No podemos olvidar que en este espacio geográfico, que directamente afecta a Europa, se producen hoy los mayores focos de conflictividad, siendo necesario acentuar el trabajo para conseguir transformarlo en un mar de paz.

LA UNIDAD DE ALEMANIA Y SU INCIDENCIA EN LA CONSTRUCCION EUROPEA

En este apartado sobre seguridad quiero referirme al tema alemán.

La salida masiva de los ciudadanos de la RDA y la desaparición del muro de Berlín anunciaron que la unidad entre ambas Alemanias será una evidencia en un tiempo relativamente cercano. La propuesta de unidad rápida ha sido el elemento principal que explica el triunfo conservador en las pasadas elecciones de la RDA. Las medidas económicas adoptadas posteriormente en la RFA han puesto en evidencia dificultades objetivas para el proceso. La defensa del estatus social que, con todos los defectos, se había instaurado en los países del Este unifica a todas las fuerzas políticas de la RDA y obliga a nuevas reflexiones.

Ahora bien, ese hecho no va a significar inflexión en el proceso de unidad, en todo caso aportará una mayor lentitud en los ritmos. Obviamente la nueva configuración nacional ha de ser diseñada por los propios alemanes; ahora bien, existen elementos de incidencia internacional sobre los que tenemos que reflexionar.

El primero es el relativo a las fronteras. La Alemania unida ha de garantizar sin ambigüedad las fronteras actuales que tienen ambas Alemanias. Ese deberá ser un acuerdo expresado con claridad en el proceso negociador que se denomina 4 + 2 (los cuatro países que asumieron la administración alemana después de la guerra: URSS, USA, Inglaterra, Francia, más RFA y RDA). Es un elemento vital que genera inquietud en los países fronterizos, especialmente en Polonia, recordando los problemas que dieron origen a la Segunda Guerra Mundial.

En segundo lugar está el problema relativo a la seguridad. Como es conocido, la discusión está situada entre la pretensión de Kohl, apoyado por EE.UU., de situar la futura Alemania en el marco de la OTAN y la propuesta de la URSS, avalada por algunas fuerzas de la RDA, de buscar una nueva realidad para la Alemania unida.

Sin duda el problema es complejo, mas la línea de futuro y en la tendencia a la disolución de los bloques militares, debería situar a Alemania fuera de ambos bloques, otorgándole un estatus especial que garantice su no transformación en una nueva potencia militar. Esa debería ser la línea de actuación de los partidos y gobiernos europeos.

La Alemania unida e integrada en la CE será, después de la URSS, la primera potencia económica del continente, elemento que induce a acentuar la línea de unidad política de la Comunidad con el fin de europeizar Alemania, para evitar que se germanice Europa, elemento que pudiera generar graves repercusiones para todo el continente y en especial para los países periféricos.

INSTITUCIONES POLITICAS: CONSEJO DE EUROPA

Retomando la línea argumental sobre la unidad europea, hemos de reflexionar sobre las instituciones políticas.

Los países de la CE tienen el foro del Parlamento Europeo, con todas sus insuficiencias, como instrumento posible para la unidad política. El resto de los países carecen de una institución asimilable. Para superar esta situación comienza a pensarse en el Consejo de Europa como lugar político de encuentro y diversos países del Este han solicitado el ingreso a esta institución.

La idea es sugerente y, si se logra fortalecer este foro como instrumento para el debate, pudiera ser el germen de un Parlamento a escala continental y el lugar donde se desarrolla el diálogo que permita concretar las ideas de unidad.

El camino se está comenzando a diseñar y el final es todavía incierto. No obstante, considero importante reforzar esta tendencia.

Desde una posición de apuesta por el futuro, hemos de considerar que Europa unida puede ser un instrumento privilegiado para la instauración de un mundo diferente y puede responder en términos positivos a demandas universales sobre la paz, la ecología y el desarrollo.

El potencial económico de una Europa unida le transformaría en el primer punto de referencia del

planeta. El potencial cultural, el pluralismo ideológico y la existencia de la democracia como forma política consolidada, le permitirán jugar un rol decisivo de cara a todos los pueblos del mundo.

Ahora bien, el desarrollo de ese potencial objetivo no está garantizado de forma automática de no adoptarse otras líneas de actuación que a mi juicio son fundamentales.

EUROPA EN RELACION CON EL MUNDO

Ese desarrollo de unidad europea tiene un condicionante que debe examinarse con realismo. Me estoy refiriendo a la existencia en el continente de un país como la URSS que geográficamente es superior a todo el resto del continente y que jugó en la historia reciente el papel de primera potencia. Dejando claro que no concibo la unidad europea sin la URSS, no puede ignorarse que su inclusión genera recelos dentro y fuera del continente.

Superar este hecho requiere muchas dosis de realismo y trabajar garantizando que la construcción europea no se produzca sobre la negación de otros pueblos. Por consiguiente, los instrumentos de cooperación a nivel continental deben contemplar de forma objetiva las relaciones con EE.UU. (y también con Japón) buscando formas permanentes para el diálogo.

En los temas relativos a la seguridad, el planteamiento es tan evidente que nadie se atrevería a realizar propuestas diferentes.

El Consejo de Europa también ha de construirse contemplando esa posibilidad de diálogo permanente, buscándose la forma más idónea para la participación de esos países no europeos en calidad de observadores.

Esta propuesta pudiera parecer contradictoria con la necesidad de reafirmar la identidad de Europa. No lo es, puesto que todo proceso de integración regional, si quiere jugar un papel positivo a escala mundial, ha de moverse en los parámetros objetivos de un mundo con problemas interconexiónados.

Un segundo condicionante es el relativo a las relaciones con el Tercer Mundo. Sin claridad en esta propuesta, la unidad europea no podrá construirse. Europa tiene que comprometerse con el resto del mundo, al menos por las siguientes razones:

— Por estricta solidaridad con una parte del planeta (la más importante) que padece una situación de subdesarrollo endémico, entre otras razones por las prácticas coloniales y neocoloniales de

Europa. Sin un criterio claro de solidaridad no es construible el espacio europeo unido.

— Por razones de supervivencia global del planeta. Existe un núcleo interconexiónado de grandes problemas (paz, ecología, hambre, etcétera) que no tendrá solución si no se adoptan medidas a escala planetaria instaurando un orden internacional diferente. Europa no puede hacer abstracción de estos problemas sin entender que de su solución depende su desarrollo futuro.

— Por último, señalar que en estos momentos afloran todos los sinsabores del Tercer Mundo, fruto de una práctica continuada de eurocentrismo.

Dirigentes políticos plantean que la explosión de los países del Este ha generado una línea de actuación europea en detrimento de la cooperación con el Tercer Mundo. Sin ocultar que alguna verdad existe en esa apreciación, hemos de asumir que la posibilidad real para la cooperación reside en el desarrollo del desarme que libere recursos económicos que puedan dedicarse a la superación del subdesarrollo.

En este punto debemos prestar atención a las voces que ven con dramatismo los sucesos del Este, denunciando que de un mundo bipolar hemos pasado a uno unipolar donde se acentúa la acción del imperialismo. Sin ignorar la complejidad de la situación, soy de los que consideran que la desaparición de los bloques y la consolidación real del desarme nuclear y convencional permitirá formular otras políticas a través de foros internacionales, comenzando por la ONU, que puede potenciarse en el futuro, abriéndose paso la idea formulada por Berlinguer y acentuada por Gorbachov de construir un gobierno mundial.

Llegado a este punto quiero tomar posición ante una discusión que está y estará en el futuro en el centro de muchos debates.

¿Es que desaparece la confrontación entre las propuestas socialistas y la acción del capitalismo destructiva para muchas zonas del planeta?

¿Es que existirá un mundo ideal de cooperación donde con buenas palabras todo es solucionable?

Evidentemente no. Sin duda existirán zonas de confrontación y de violencia, mas alejar el peligro de una guerra mundial nuclear es abrir paso a una nueva etapa política donde las discrepancias se derimirán en términos democráticos.

La antigua confrontación que se expresaba en suicida carrera de armamentos, era el principal enemigo para la construcción del socialismo y para el desarrollo de todos los pueblos del planeta.

Podemos entrar en un nuevo y novedoso esta-

dio del pensamiento de la humanidad al que todas las fuerzas políticas de progreso debemos ajustar nuestras propuestas, acentuando el principio de solidaridad.

LA IZQUIERDA EUROPEA

En este punto quiero detenerme sobre la construcción de la izquierda europea como instrumento imprescindible para desarrollar propuestas de progreso.

Los recientes procesos electorales evidencian un avance de las fuerzas conservadoras. Los sucesos del Este benefician esta tendencia. Es obvia la necesidad de construir una izquierda a escala continental al tiempo que es constatable su dificultad. En primer lugar, es imprescindible definir de forma concreta cuáles son los posibles receptores de la propuesta.

Hasta hace muy poco tiempo las formulaciones no pasaban de señalar la voluntad de superar la división histórica de los años 20, concibiendo a la izquierda como los herederos exclusivos del pensamiento del marxismo. En muchos casos esa propuesta era formulada en términos propagandísticos sin que se produjeran pasos de acercamiento y, por el contrario, acentuando cualquier discrepancia para justificar la confrontación. Es evidente que esa pretensión es válida, pero resulta insuficiente, siendo obligado contemplar otras realidades y otros pensamientos que aporten ideas renovadas en el campo del ecologismo, del pacifismo, del feminismo y de los creyentes. Todos ellos, en términos globales, han de ser los configuradores de la nueva izquierda.

Esta definición puede ser asumida de forma colectiva, mas en el terreno de la práctica y de la concreción existen dificultades que debemos analizar con realismo.

En las relaciones de socialistas y comunistas pesa sobremanera una historia plena de confrontaciones. Sin duda errores existieron en ambos campos, unidos a dramáticas actuaciones. No viene al caso recordar elementos históricos que poco o nada ayudarían para el trabajo futuro.

Hemos de constatar que desaparecido el socialismo estalinista y burocrático, recobra especial vigencia el concepto teórico del socialismo democrático. El uso histórico de ese concepto por los partidos de la Internacional Socialista genera recelos entre otros componentes de la izquierda y, en especial, entre los que procedemos de la cultura comunista. No debería ser así al menos para



los que hemos pertenecido a partidos que identificamos en términos teóricos y prácticos el socialismo y la democracia. Por el contrario, es importante adoptar un denominador común en el terreno de la definición teórica que evite discusiones estériles, situando la política de cooperación en el terreno de lo concreto y de la aplicación de este concepto.

Hemos de reconocer que algunos de los partidos integrantes de la Internacional Socialista, y esa entidad en sí misma, tienen un creciente atrac-



tivo para muchos de los nuevos partidos que nacen en la Europa del Este.

La IS no puede ser examinada con una visión estática, anclada en el pasado y mucho menos sin contemplar la pluralidad que la compone y la reflexión crítica y autocrítica que han protagonizado algunos de sus componentes. Ha de tenerse en cuenta que, de una u otra forma, ya participan en ese organismo partidos tan importantes como el PCUS, el FSLN y el PCI.

Buscar líneas de diálogo y cooperación con la

Internacional Socialista no presupone aceptar el rol histórico que jugó la socialdemocracia, ni renunciar a teorías de renovación y de cambio. Supone asumir de forma consecuente la teoría de la construcción de la izquierda y trabajar con todos sus componentes, que son como son y no como nos gustaría que fueran, para lograr, con el diálogo y la discusión, que se asuman teorías y prácticas de progreso.

Esta propuesta de trabajo tiene similitud con la desarrollada por los sindicatos en torno a la CES, en la idea de construir una estructura sindical real a nivel europeo que asuma la defensa supraestatal de los trabajadores.

Porque el problema debería situarse en esos términos. He señalado en este trabajo que el marco de los Estados ha sido superado por las realidades supranacionales que exigen nuevas estructuras políticas. Igualmente ha de contemplarse para el trabajo partidario, debiéndose buscar instrumentos para la cooperación que concreten un internacionalismo renovado. La acción internacional impregna toda nuestra actuación en todos los campos del quehacer partidario.

Con esta afirmación no propongo crear nuevas internacionales, ni que tengamos que incluirnos orgánicamente en la IS.

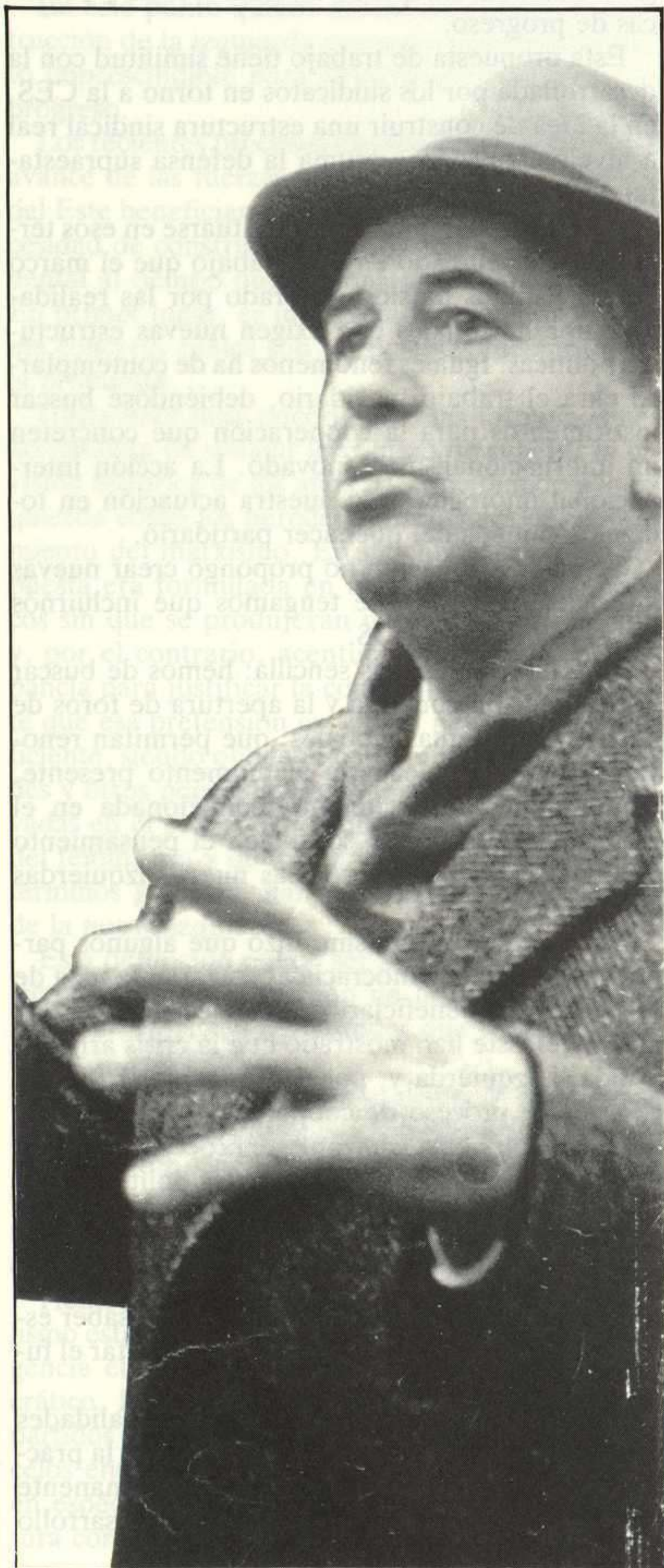
La propuesta es más sencilla: hemos de buscar la cooperación concreta y la apertura de foros de debate sobre temas globales, que permitan renovar la teoría y adecuarla al momento presente, alumbrando una acción interconexiónada en el marco europeo donde confluyan el pensamiento clásico de la izquierda con las nuevas izquierdas emergentes.

La crisis del comunismo hizo que algunos partidos de la socialdemocracia acariciaran la idea de ser los únicos beneficiarios. Las elecciones en los países del Este han mostrado que la crisis arrastra a toda la izquierda y, por consiguiente, hace necesario ese proceso de cooperación. Las realidades nacionales obstaculizan este proceso. Sin mermar nuestra acción crítica sobre las políticas concretas y rechazando por negativas las propuestas integracionistas, que sólo expresan ideas totalizadoras e incomprensión sobre los valores positivos del pluralismo de la izquierda, hemos de saber estar a la altura de las circunstancias y afrontar el futuro con valentía.

Abramos nuestra mente a las nuevas realidades para impulsar la acción que haga coincidir la práctica con la teoría, en un proceso de permanente transformación que desemboque en el desarrollo pleno de la democracia y el socialismo.

LA PERESTROIKA Y SU INTERPRETACION OCCIDENTAL: ALGUNAS REFLEXIONES

Serguey Kara-Murza



LA estancia en la Universidad de Zaragoza como profesor invitado me ha dado una valiosa posibilidad de conocer los modelos y argumentos con que se interpretan en la prensa española los cambios en los países del Este y sobre todo en la URSS. Ya que la inevitable aproximación y la interacción de los países europeos requiere un mayor grado de entendimiento mutuo, creo que pueden ser útiles las siguientes observaciones.

Para explicar los cambios en la URSS se han cristalizado varios postulados aceptados con diferente grado de alegría o angustia por todas las corrientes ideológicas en el Oeste. A mi juicio, son postulados o evidentemente erróneos o poco fiables. Los más importantes son:

1. LOS CAMBIOS EN LA URSS SIGNIFICAN FRACASO Y DERRUMBE DEL SOCIALISMO Y DEL MARXISMO-LLENINISMO

Esta afirmación puede tomarse como una hipótesis pero muy poco fundada. La perestroika significa, indudablemente, el desmantelamiento de las estructuras estatales e ideológicas burocratizadas y obsoletas. Pero ¿puede deducirse de esto la afirmación mencionada? Sólo violando las normas de la lógica. Dichas estructuras hace tiempo que no eran marxistas ni leninistas y su derrumbe, tal vez, significa precisamente una revisión de las raíces ideológicas y retorno a la metodología y los valores del marxismo-leninismo (lo que no significa el retorno a los dogmas ni recetas, sería raro esperar esto). Hay indicios de ello pero todavía no son suficientes para afirmar nada. Más importante es, sin embargo, el hecho de que estas estructuras hace tiempo que no representaban el socialismo para el hombre común de la URSS. Al contrario, creaban y reproducían una capa corrupta de doble moral que llevaba la vida de pequeño burgués y anhelaba una legitimación de su consumismo y mayor libertad de acción.

Cabe preguntar, ¿por qué los liberales occidentales a lo largo de la Historia asociaban repetidamente la causa socialista con los regímenes o con la cúpula de partido de uno u otro país y no con las masas trabajadoras que realmente se sacrificaban por esta causa? Han aplaudido a Stalin, callando todos los intentos de denunciar sus crímenes. Hasta hace poco glorificaron a Ceaucescu y ahora ven el derrumbe de las burocracias podridas como equivalencia de derrumbe del socialismo. ¿Por qué? Algo falla, a mi juicio, en las mismas estructuras de mentalidad europea.

Lo dicho no significa tampoco que el socialismo no esté en peligro. La conjugación de factores es muy desfavorable y es probable que el anticomunismo (y no el socialismo democrático) tome una revancha formidable. Esto se debe, ante todo, al «síndrome de inmunodeficiencia política» de la población de la URSS provocado por largo período de falta de democracia y de cualquier vida política. Otro factor es la brillante imagen del consumismo a que es muy difícil resistir en un país tan cansado por las penas como la URSS. Por fin, la misma burocracia del PCUS, impidiendo la profunda y constructiva crítica del estalinismo, dejó que las corrientes antisocialistas se presenten ante el público como monopolistas de antiestalinismo. Su nuevo mensaje ideológico envuelto en fraseología antiestalinista es tan insistente que ha surgido un nuevo peligro: el rechazo inadecuado del mensaje antisocialista lleva a muchas personas a dudar también de la crítica de Stalin. Surge un extraño «stalinismo aparente».

Suponiendo, por fin, que el experimento socialista en la URSS ha fracasado, produce gran asombro ver la alegría de la prensa liberal ante este fracaso. Una notable parte de la humanidad intentó, en condiciones muy difíciles y con grandes sacrificios, construir un nuevo tipo de sociedad basado en los valores de igualdad y solidaridad, soportando no sólo el acoso exterior sino también un régimen sangriento propio. Pero se agotaron las fuerzas y ha fracasado el intento. Y en la democracia occidental esto resulta ser motivo de una gran fiesta. Actitud muy extraña. Además, esta alegría es «antiecológica». ¿Será más rico y más estable el mundo al desaparecer de su mapa un camino y una opción importante, puede decirse, una cultura específica? Seguramente, no. La uniformización, la reducción de la diversidad debilitan cualquier sistema. A mi juicio, la fiesta ante el supuesto fracaso del socialismo no sólo es de ética dudosa sino también poco perspicaz.

2. EL SOCIALISMO REAL HA DEMOSTRADO SU INEFICIENCIA EN COMPARACION CON EL CAPITALISMO MODERNO

Es, a mi juicio, una afirmación errónea. El error se basa tanto en la confusión del concepto de «eficiencia», como en la valoración de las variables implicadas y en los criterios de evaluación. La eficacia no es eficacia sino efecto dividido por la suma de recursos invertidos. El hecho de que el efecto (por ejemplo, el nivel de consumo) es bajo en la URSS no dice nada sobre la eficiencia si no se valoran los recursos.

A lo largo de su historia (sin mencionar incluso las guerras y las represiones destructivas, aunque su costo era enorme) la URSS no disponía de tres recursos clave que han determinado la evidente eficacia del capitalismo actual: la mano de obra cualificada con la mentalidad de «industrialismo maduro» que se formaba en el Occidente durante más de dos siglos; los recursos minerales y humanos de las colonias y después del Tercer Mundo; las tecnologías modernas produci-

das por el enorme potencial científico-técnico integrado del Occidente. La importancia de estos recursos es tan evidente y la enorme disparidad entre el Occidente y la URSS es tan obvia (o tan fácil de comprobar) que no vale la pena detenerse en este punto.

Más todavía, no parece del todo cierta la afirmación que el capitalismo moderno ha ganado en términos de eficacia. Tomemos, por ejemplo, el sector de economía soviética que más crítica provoca por su «ineficiencia», el transporte ferroviario. Tiene una base material lamentable (faltan rieles para reparar incluso los tramos gastados), padece de crónicos problemas sociales (bajos salarios y duras condiciones de trabajo). No obstante, los trabajadores de ferrocarril soviético dejan pasar por kilómetro de vía veis veces más carga que en los EE.UU. Y es difícil suponer que un sector de economía pueda ser tan drásticamente diferente de los demás por su eficiencia. Sólo que la base de otros sectores es todavía más atrasada en comparación con los países capitalistas avanzados.

Pero incluso del sector más deteriorado, el de consumo, sería justo replantear el problema. Es verdad que los escaparates del Occidente están llenos de bonitos artículos de consumo. Pero si dividimos esta masa de mercancías entre todas las personas implicadas en la cadena de producción del capitalismo moderno, el resultado será muy pobre. Los indios de Bolivia que en el altiplano pican, martillo en mano, la roca para abastecer de estaño la industria conservera occidental, no compran coches y ni siquiera conservas. Los bienes de consumo se concentran, a través de los mecanismos sociales específicos, en manos de un 20 por 100 de los que participan en su producción. Y el nivel de consumo de esta «parte visible de iceberg» se presenta como el efecto del capitalismo moderno en su comparación con la URSS. Para fines ideológicos sirve bien, pero ahora no es momento de buscar pequeñas victorias ideológicas. En la encrucijada está toda la civilización industrial.

En resumen, para decidir si era eficiente o no el socialismo en la URSS (un socialismo deformado y mutilado, quizá el peor modelo de los posibles en las condiciones dadas), sería útil hacer un pronóstico retrospectivo, tratando de responder la pregunta ¿cuál sería ahora esta parte del mundo si después de la Primera Guerra Mundial y la guerra civil de 1918-1920 allí se hubiera instaurado la economía de mercado libre sin ningún «telón de acero» con Occidente? Tomando en consideración el grado de destrucción de la economía, la creciente deuda externa de Rusia y el potencial de violencia acumulado, hay bastante razón para suponer que su evolución hubiese llevado al desastre no sólo al país, sino que también hubiese afectado de modo considerable a toda Europa. Esto sin contar que en este caso no tendría la democracia occidental un Ejército Rojo para digerir las tropas nazis. En fin, en lugar de la URSS de hoy habría en Europa y detrás de los Urales un cúmulo de países del Tercer Mundo, pero muy violentos y en constantes conflictos sociales e internacionales.

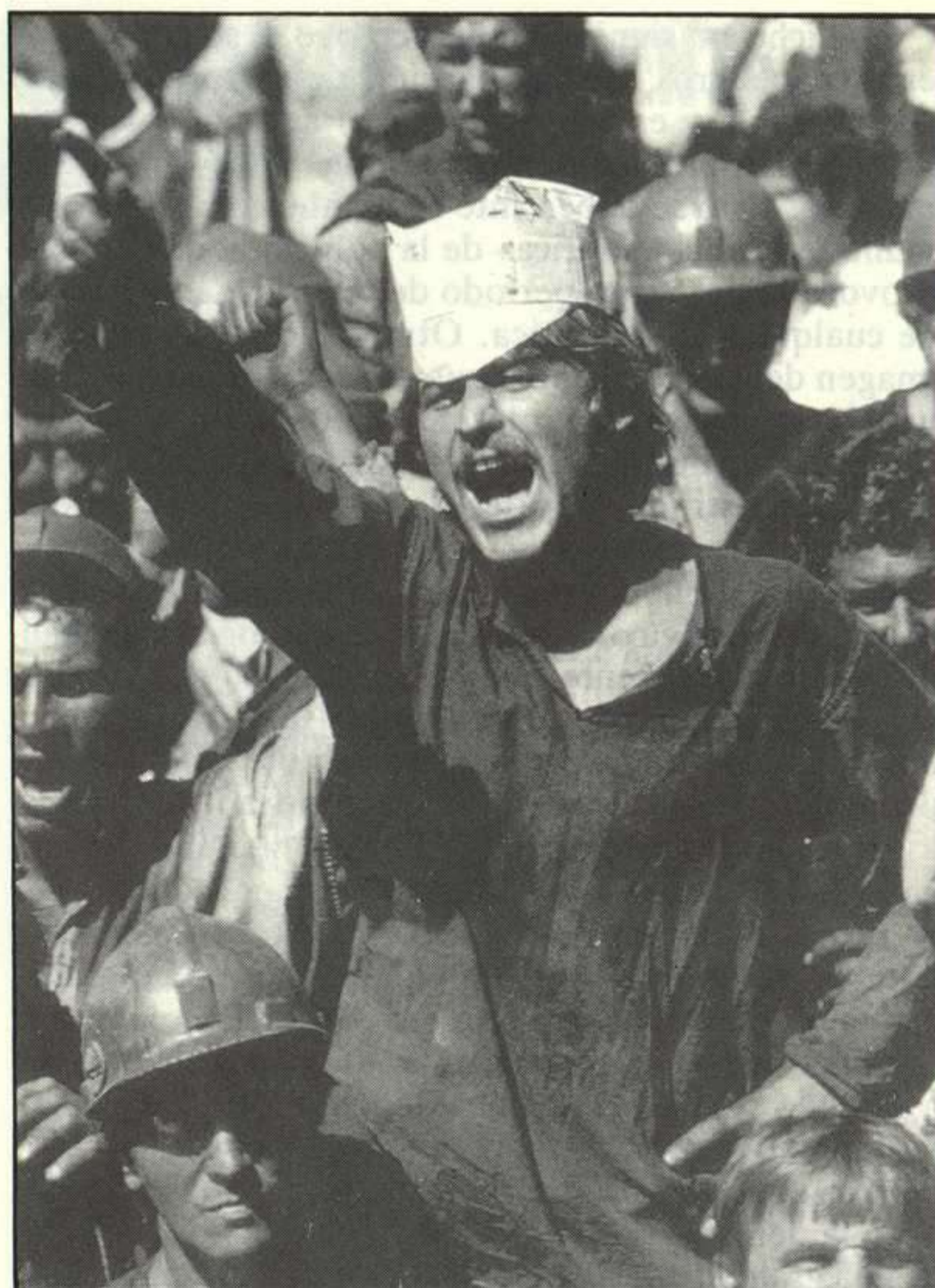
Decir ahora que los esfuerzos del pueblo soviético han fracasado equivale a afirmar que el conjunto de na-

ciones que viven en su territorio, ante todo el pueblo ruso, estaban condenados al fracaso por una decisión divina. Que el destino «correcto» de este pueblo era convertirse en objeto de explotación por parte de los países civilizados. ¿Puede haber duda de que tal fuera el destino? Ahora con respecto a Hungría, un país mucho más respetado por el Occidente, y en condiciones mucho más favorables que las de la Rusia de los 20, empezó el saqueo intelectual. Al «abrirse» Hungría, de ésta durante sólo un año, 1989, fue extraído el 12 por 100 de los científicos.

¿Cuál es el resultado principal de la época del «socialismo real» en la URSS? A mi juicio, la transición asombrosamente rápida y eficiente de la civilización agraria a la industrial, con la aparición de todas las estructuras mentales y culturales propias de una civilización moderna (incluyendo las concepciones de democracia, derechos humanos, pluralismo, etcétera). Segundo efecto es la creación, a costo de grandes sacrificios, de una base material y cultural para formar una economía moderna y próspera (la industria, la ciencia, la enseñanza, etcétera). Es probable que esta base no se aproveche ahora y los grupos interesados conviertan el país en un gran bocado para las corporaciones transnacionales. Pero esto ya será el asunto de la nueva generación y no de los que construían las primeras industrias o morían en la Segunda Guerra Mundial. Y, por fin, la presencia molesta del «socialismo real» sirvió al capitalismo de estímulo importante para superar sus propias deficiencias y avaricias y convertirse en este moderno capitalismo liberal.

3. LOS BOLCHEVIQUES (Y ESPECIALMENTE LENIN) DEBEN SER CONDENADOS PORQUE EN LUGAR DE ESTABLECER LA DEMOCRACIA HAN INSTAURADO UN REGIMEN QUE FACILMENTE DEGENERÓ A LA BUROCRACIA TOTALITARIA DEL ESTALINISMO

Es un postulado completamente ahistórico, y tal soberbia cultural de los intelectuales occidentales (en sus interacciones culturales tanto en el espacio como en el tiempo) es realmente preocupante. Las concepciones de democracia, derechos humanos, libertad individual se presentan como categorías eternas inherentes de la especie humana. Pero no es así. Estas categorías son fruto de la revolución industrial que produjo cambios profundos en la mentalidad, incluso en el cuadro del mundo físico. El hombre medieval se veía a sí mismo dentro de la sociedad empleando las categorías como fé, justicia, honor, lealtad. Sólo después del salto al mundo construido por átomos y a la humanidad también atomizada el individuo se sintió arrancado de las viejas estructuras (familia extendida, iglesia, aldea, clan, etcétera), se sintió «hombre-átomo». Y sólo entonces surgió la idea clave de democracia occidental: un hombre-un voto¹. ¿Es legítimo aplicar estos criterios a la Rusia de los años 20? Difícilmente, ya que la aplastante mayoría de la población estaba arraigada en las estructuras de la civilización agraria. Ni siquiera la reducida clase obrera de grandes ciudades ha pasado por la difícil



etapa de cambio de mentalidad. Todavía menos premisas para la democracia hubo en la cultura de la Rusia zarista y en el movimiento revolucionario ruso, siempre clandestino. Echar ahora la culpa a Lenin por no haber instaurado durante el año 1921 (el único año después de la Guerra Civil que estaba él en función) un régimen democrático en la Rusia que todavía sangraba con las rebeliones y con el hambre más terrible, es suponer en sí mismo una inteligencia y lucidez sobrenatural y absoluta, independiente de cualquier entorno socio-cultural. De hecho, los que proclaman el postulado arriba mencionado parecen estar seguros de que al ser transferidos a la Rusia del 1920 ellos formarían una opción política complementaria ausente en la escena social de entonces y ganarían la batalla dentro del marco revolucionario. Supongo que los liberales de hoy no se hubieran pasado al campo de los blancos. Esto sí sería una grosería o nada democrático, pues el movimiento blanco se radicalizó rápidamente, la burguesía se retiró de la batalla y los campesinos se volvieron contra los blancos al ver que su victoria significaba el retorno de los terratenientes y una dictadura militarista. Una cosa importante dijo recientemente durante una tertulia en el Seminario por la Paz en Zaragoza un conocido periodista y observador de Madrid: si él estuviera en Rusia en el 1921, en el momento de sublevación de los marineros del Báltico contra el poder soviético, estaría del lado de los marineros contra Lenin. En otras palabras, ¡cualquier opción es buena siempre que esté contra los comunistas (de la misma manera se aplaudía hasta lo úl-



timo a Ceaucescu porque estaba en oposición a la URSS)! Es sabido que los marineros anarquistas del Báltico eran la fuerza más radical y destructiva en la revolución rusa. Frente a ellos Lenin parecía un demócrata de corte occidental. Y surge la duda, si detrás del mensaje democrático de ciertos liberales modernos no se oculta sencillamente el anticomunismo clásico.

El que conoce mínimamente la historia de la URSS sabe que de las opciones que realmente tenían fuerza en la escena política de aquel momento a Lenin representaba la más moderada. En varios momentos críticos él tuvo que aplicar todas sus fuerzas y habilidades para desviar la evolución de los caminos más desastrosos (la paz con Alemania, el fin de la política de comunismo militar), planteaba el modelo de transición al socialismo a través de la economía mixta y adaptación no forzosa del campesinado.

Se puede entender (no es lo mismo que justificar) a los rumanos que hoy derrumban la estatua de Lenin. Lo asocian, inadecuadamente, con el régimen odiado y necesitan una especie de venganza. Pero ¿cómo entender a los tranquilos intelectuales del Oeste que filman el lamentable espectáculo de la estatua de Lenin en el suelo y lo comentan con alegre sonrisa? ² ¿Qué dirían si pudieran ver esta alegría los grandes humanistas del siglo tales como Mahatma Ghandi o Bertrand Russell, que eran testigos de la obra de Lenin y le tenían profundo respeto? Tal parece que los liberales de hoy quieren de esta manera distanciarse de sus antepasados, adquirir completa libertad rompiendo los lazos de tradi-

ción cultural. Con esto, creo, no se logra la libertad sino un fácil adoctrinamiento, y con las doctrinas cada vez más simples (acerca de tal libertad de las estructuras culturales), dijo Konrad Lorenz, premio Nobel por sus estudios de la conducta humana: «La función de todas las estructuras es conservar la forma y servir de apoyo, función, empero, que exige el *sacrificio de cierta medida de libertad...* El gusano puede doblar el cuerpo por donde quiera, mientras que nosotros sólo podemos mover los miembros por articulaciones. Pero podemos ponernos de pie y el gusano, no».

4. LA PERESTROIKA HA DEMOSTRADO QUE LOS INCENTIVOS ECONOMICOS SON EL MOTOR PRINCIPAL DEL TRABAJO PRODUCTIVO, LO QUE SIGNIFICA EL FRACASO DEL IDEAL IGUALITARIO

Esta afirmación contradice lo que sabemos de la conducta humana y la experiencia de la propia URSS. Durante varias décadas las masas trabajadoras han realizado grandes esfuerzos prácticamente sin incentivos económicos, guiados por los ideales socialistas y por la obsesión del desarrollo. Tenían otra motivación y otros estímulos, muy fuertes. Esto no quiere decir que tal motivación funcione en cualquier situación sociocultural. Es imposible, por ejemplo, llamar a los parados de Argentina a trabajar gratuitamente en los proyectos de irrigación, aunque Argentina posee para ello muchos más recursos que tenían las repúblicas asiáticas soviéticas en los años 30. Los campesinos rusos, maltratados y expropiados por el régimen estalinista, trabajaron durante treinta años virtualmente gratis, viviendo de sus parcelas que cultivaban después de la jornada en koljos. Y lo hacían no gracias a las represiones sino a pesar de ellas, no para Stalin sino para el país, como ellos lo entendían. Es notorio que la reciente propuesta de los radicales de dismantelar la industria cosmonáutica en la URSS para mejorar la situación financiera ha provocado la mayor irritación precisamente entre los viejos (cuyas pensiones se verían beneficiadas por esta medida).

Esta absolutización de la fuerza estimulante de los incentivos frente a los valores es la idea clave de toda la doctrina behaviorista de la conducta humana que se remonta a lo que Whithead llamó «la separación desastrosa del cuerpo y el espíritu que fue fijada en el pensamiento europeo por Descartes». Fijar esta idea en la mente de 280 millones de soviéticos significaría para el mundo ceder un terreno más a la concepción mecanicista del hombre que lleva la civilización a una crisis cada vez más profunda. Ello hacer recordar lo dicho por Konrad Lorenz: «Temo que muchos humanistas subestimen todavía los peligros que supone la doctrina behaviorista... Existen sobrados ejemplos de teorías falsas que, por su atractivo para los gobernantes, han llegado a tener una peligrosa importancia. Si la doctrina behaviorista detentara un puesto de poder privilegiado durante mucho tiempo, tal vez se dejara sentir una presión selectiva en favor de los más dúctiles, de aquellos

que admitieran mejor la manipulación. Ello, a la larga, podría conducir a la merma y, acaso, a la desaparición de todas aquellas propiedades y funciones que a nuestros ojos constituyen la dignidad humana. La escuela behaviorista no puede sino simular que el ser humano no es más que un conglomerado de reacciones incentivadas; la selección artificial, empero, podría hacer que ello llegara a ser realidad, por lo menos en cierta medida» (Konrad Lorenz. «Ciencia, ideología y la auto-comprensión de nuestra sociedad». 1972).

De modo análogo, se desprecian y se tergiversan los sentimientos igualitarios. En estos sentimientos lo más importante no es la envidia a los ricos, sino la preocupación porque el otro no sea pobre (o demasiado pobre). La afirmación que el sentimiento igualitario se reduce inevitablemente al «miserabilismo», tan difundida en la prensa occidental, parece ser un mito creado fuera del terreno. Para el hombre con marcado sentimiento igualitario el espectáculo de la pobreza humillante del prójimo produce una angustia intolerable. La presencia o ausencia de estos fenómenos es para él un factor importantísimo de la calidad de su vida. Es posible que la difusión de las nociones igualitarias en la población soviética sea, como aseguran los economistas liberales, un freno para la economía, una «psicología reaccionaria». Pero es una psicología que realmente está presente y las propuestas a aplastar o forzarla implican riesgos de nuevas enfermedades sociales en un futuro próximo.

Evidentemente, el paso a la economía de mercado que se propone ahora implica la reestructuración de todo el sistema de incentivos. Pero cuesta trabajo entender, para qué se pretende hacerlo negando la evidencia, destruyendo los lazos culturales con el pasado y ridiculizando los esfuerzos de otras generaciones anteriores de las que debemos estar agradecidos. Se dice que los valores no se argumentan sino que se perciben. Puede ser que los educados en el mundo de competencia de mercado o anhelando este mundo no perciban los valores que en otra situación socio-cultural eran muy importantes para varias generaciones de personas. Es muy normal. Lo preocupante es la intolerancia hacia los valores que no son tuyos. Más preocupante es todavía la forma en que se destruyen ahora las normas de conducta y los ritos en que se expresaban, tal vez de forma inadecuada, estos valores. Se destruyen públicamente los objetos y símbolos de culto, se buscan los viejos «conservadores» que niegan deshacerse de éstos y se hacen «telejuicios» de corte precisamente estalinista, se destruyen una a una las imágenes de figuras respetadas. No se trata de políticos como Stalin o Lenin sino, por ejemplo, del mariscal Zhukov, el protagonista de las principales operaciones durante la guerra antinazi (que, además, ha jugado el papel decisivo en el desmantelamiento de la fuerza criminal del KGB estalinista en 1953). Más todavía, se atacan incluso los héroes de la guerra antinapoleónica, mariscales Suvorov y Kutuzov, que han pasado a la memoria social como elementos de la cultura rusa. No podemos sino recordar otra vez las palabras de Konrad Lorenz de su trabajo. *La ritualiza-*

ción filogenética y cultural (1966): «El joven "liberal", que se halla bastante avezado en el pensamiento científico-crítico pero no suele tener conocimiento de las leyes orgánicas que rigen los mecanismos de ámbito general desarrollados de forma natural, no puede sospechar las desastrosas consecuencias que podría tener una modificación arbitraria, aun en el caso de que ésta afectase a un detalle aparentemente accesorio. Al joven nunca se le ocurriría eliminar una pieza de un sistema técnico, como un automóvil o un televisor, sólo porque no advierte cuál puede ser su función. Pero consideran sumariamente las normas tradicionales de



la conducta social como superstición, tanto las indispensables como las realmente anticuadas. Mientras las formas de conducta social originadas filogenéticamente estén ancladas en nuestra herencia y sigan existiendo para bien o para mal, una desviación de la tradición puede hacer que todas las normas culturales de la conducta social se extingan como la llama de una vela». El significado de estas palabras se confirma, desgraciadamente, por el brote de violencia y de criminalidad juvenil en la URSS que nadie podía esperar y que no está justificada por causas económicas o sociales.

En adelante trataré de explicar brevemente mi punto de vista con respecto a las premisas de la perestroika y la situación actual.

Carácter de la revolución rusa. Esta revolución se produjo debido a un conjunto de contradicciones agudas y acumuladas que habían llevado a la sociedad de

Rusia al borde del colapso nacional. No era obra de ningún partido ni de los «masones» sino la explosión producida por una «masa crítica» de problemas de los que eran concientes todas las capas sociales. Al producirse dentro de una sociedad de cultura agraria, reflejaba las estructuras mentales y valores propios de esta cultura y no correspondía al modelo idealizado de lucha de clases del marxismo. El «espejo de la revolución rusa», como decía Lenin, era Leon Tolstoi. La revolución de 1917 tanto en su primera etapa (febrero) como en la segunda (octubre) prácticamente no encontró resistencia por parte de las estructuras gobernantes y no causó sangre. Se pensaba incluso que podía evolucionar por camino pacífico y el Gobierno soviético de coalición ya hacía planes de desarrollo económico del país. Pero la situación se radicalizó durante 1918, tanto debido a la actuación de los radicales de izquierda (la oposición a la paz con Alemania con la ruptura de la coalición, el «terror rojo») como a la reestructuración de la derecha (militaristas blancos de corte feudal) y la aparición de un fuerte movimiento anarquista campesino. La burguesía liberal que podría ser una fuerza conciliadora se retiró de la lucha. Un factor importante en el recrudecimiento del conflicto fue también la intervención de 14 países occidentales en casi todas las periferias de Rusia en apoyo de los blancos y, sobre todo, las promesas de apoyo futuro. Todo esto determinó el carácter desastroso de la guerra civil tanto en el plano económico como cultural. Todavía están abiertas las heridas (que, además, se abren ahora a propósito). Grandes pérdidas ha sufrido la élite de la nación (en ambos bandos). El potencial de hostilidad e intolerancia acumulado durante la Primera Guerra Mundial y la guerra civil en buena parte ha determinado la evolución posterior.

El partido bolchevique, que supo entender de mejor manera la situación sociocultural y expresar en términos ideológicos la pasión y los ideales de las masas revolucionarias, llegó al poder con una enorme autoridad, a pesar de su tamaño muy reducido. Se basaba en el modelo de sociedad marxista con una modificación importante: no consideraba al campesino una clase contrarrevolucionaria sino que tenía prevista la unión de ésta con la clase obrera como condición indispensable de la revolución socialista en un país como Rusia. En el momento de la revolución este partido incluso abandonó su propio programa agrario y adoptó la propuesta de los social-revolucionarios basada en la decisión de miles de asambleas campesinas, o sea, la nacionalización de la tierra y su entrega gratuita a los campesinos para cultivarla («La tierra es de Dios y no puede pertenecer a nadie»). Siendo marxista, el partido bolchevique era a la vez fruto del movimiento revolucionario ruso y llevaba en sí las enfermedades o gérmenes de las enfermedades propias de éste: el maximalismo, la intolerancia al pluralismo, que se consideraba incompatible con la clandestinidad, la fácil aplicación de la fuerza, etcétera. Sin embargo, durante el liderazgo de Lenin el partido optaba, siempre después de difíciles debates, por la política relativamente más moderada y menos traumatizante (por

ejemplo, así fue la «nueva política económica»). Hemos pagado y estamos pagando todavía el alto precio del subdesarrollo del país. Pero los que ahora hablan del fracaso de toda esta empresa sugieren, en realidad, que «no se debía hacer la revolución» (así se dice a veces abiertamente). Buen consejo, pero los que lo dan siguen creyendo que las revoluciones de tal tamaño se inventan en los despachos y las logias masonicas.1

La etapa del «estalinismo» significaba la restauración, después de la muerte de Lenin en 1924 y del período de lucha interna en la cúpula del partido, de un régimen burocratizado y estatizado. En sus últimos años, Lenin veía en esto la mayor amenaza para el socialismo y buscaba las maneras de contrarrestar este proceso pero no encontró y, supongo, no podía encontrar, un mecanismo eficiente. Toda la cultura y la mentalidad de la población llevaban a la resurrección, después de un período de romanticismo revolucionario, de las estructuras jerárquicas de poder casi monárquico. Este poder se personificaba en la figura de Stalin, que había adquirido un carácter carismático que reflejaba bien la presencia de un marcado componente cuasirreligioso, propio de todos los movimientos revolucionarios campesinos.

Se ha cristalizado un régimen que consistía en una simbiosis de la causa socialista y humanista con el totalitarismo y opresión. La mayor desgracia para la nación y para el movimiento comunista internacional se debió al hecho que en Stalin se han unido una gran capacidad y habilidad política y administrativa y la carencia casi absoluta de ciertos valores y normas humanas que pronto dio lugar a la criminal y casi irracional violencia. Precisamente la simbiosis indicada hizo prácticamente imposible cualquier oposición al estalinismo, y no la falta de valor o inteligencia en la sociedad. Además, en el régimen estalinista el partido comunista fue muy pronto destruido como fuerza política, reduciéndose a una especie de mecanismo «horizontal» del Estado. Un mecanismo muy eficaz en la gestión y la organización, debido a su penetración en todas las células de la vida social y su independencia del poder local, pero completamente estéril en cuestiones políticas. Los militantes de vieja formación y de cultura política leninista fueron eliminados casi en su totalidad. En estas condiciones el régimen rompió con el modelo leninista en la cuestión clave: en lugar de mantener la unión de la clase obrera con el campesinado, éste fue destruido como clase social, como tipo de producción y como una cultura específica. El costo para la economía y para la vida social fue enorme, la necesidad del saqueo del campesinado para subvencionar la industrialización, muy cuestionable. No obstante, hasta ahora parece que nadie ha tratado de analizar las posibles alternativas con que contaba el régimen de Stalin para llenar un abismo temporal: en los 1928-1929 la industria todavía no podía abastecer el mercado pero los campesinos libres ya se abstuvieron de entregar el pan sin cambio equivalente. Lo cierto es que el régimen optó por la vía más simple y conocida pero a la vez más destructiva.

La «desestalinización» empezó muy pronto tras la muerte de Stalin en 1953. Abiertamente fueron denunciados sus crímenes y el «culto a la personalidad» en el congreso del PCUS de 1956. Fue un momento muy duro (como choque contra cualquier culto) pero dio lugar a un proceso de reflexión que ya no terminaría a pesar de todos los tambaleos de la cúpula del PCUS en tiempos posteriores³. La gran deficiencia de este proceso consistía, quizá, en que no se preocupó mucho por las generaciones que no «asistieron» al congreso de 1956 y se formaban sin culto pero también sin reflexión y sin una nueva base ideológica y cultural fiable. Sus padres estaban demasiado absorbidos por su propio psicoanálisis mientras que la ideología oficial se hizo tan sosa que sus mentiras ni siquiera irritaban sino aburrían a la gente. A esto se ha sumado la creciente ineficiencia y corrupción de una parte del aparato burocrático desideologizado.

Así empezó el período de *estancamiento* que significaba arrastre a una múltiple crisis crónica de la sociedad soviética. Supongo que cierto estancamiento en este período era inevitable por el evidente cansancio que se apoderó de las personas e instituciones como efecto de las transformaciones forzadas durante las guerras, industrialización, represiones, etcétera. Empezó, por ejemplo, el alcoholismo como un factor importante de la vida económica, social y personal. Pero lo principal no era, por supuesto, esta causa sociobiológica. Se han unido de modo sinérgico varios factores. Llegó el momento de pagar «deudas aplazadas»: perdió vitalidad la agricultura y ni siquiera ayudaban las grandes inversiones, empezaron las importaciones costosas e irritantes de los alimentos. Se agotaron los recursos del sistema burocrático de gestión económica que funcionaba con eficiencia aceptable sólo en condiciones de fuerte motivación interna de sus «tornillos» y sólo en una economía que no llegaba a cierto límite crítico de tamaño y complejidad. Este límite fue pasado en los 60, y el sistema de gestión «se atascó» y se convirtió en freno de las fuerzas productivas. Llegó al nivel crítico la contradicción entre la visión mecanicista del mundo, fortalecida por la estructura burocrática del estado y de las instituciones, y la complejidad del mundo moderno. Ello se reflejaba en las formas más diversas de la actividad económica y social (groseros proyectos megalómanos, destrucción del medio ambiente, creciente uniformización de las estructuras organizativas, con pérdidas de flexibilidad, deterioro de los «servicios universales» tales como la enseñanza, la salud pública o la ciencia, etcétera).

El efecto de todo esto cobró dimensiones desproporcionadas debido a la carrera armamentista a que fue arrastrado el país sin tener para ello un potencial económico adecuado (también ahora hay bastantes consejos tardíos de no entrar en la competencia armamentista con los EE.UU., sin tomar en cuenta la situación real de la guerra fría y la experiencia dolorosa de los primeros años de la Segunda Guerra Mundial para la URSS). Pronto esta carrera empezó a ser aplicada por los EE.UU. como medio eficaz para de-



bilitar la economía de la URSS, lo que fue reflejado explícitamente en los criterios adoptados para los cambios tecnológicos en armamentos por la Administración norteamericana. Aunque la parte de recursos que quedaban en la URSS para satisfacer las demandas de la población permitía que el nivel de vida creciese (sin lugar a dudas, seguía creciendo), la desaparición inevitable del «telón de acero» trajo al país la imagen chocante del consumismo que era difícil de resistir. Esto también aumentaba el malestar social incluso sin llegar a cambiar el sistema de valores básicos de las personas.

Es importante notar que el régimen durante el período de estancamiento no era tan opresivo como se presenta en el Occidente. No existía pluralismo político ni prensa libre, pero la vida social e intelectual no se desarrolla exclusivamente a través de estos mecanismos visibles. Ahora, al conocer algo de la cultura occidental, me doy cuenta, con cierto asombro, que



ya en los años 70 el debate político y filosófico que se desarrollaba «en la calle» en la URSS (en casa entre los amigos o en los pasillos) no era menos vivo y variado que en la democracia con su prensa tan libre e imparcial. Y ya en aquel tiempo estaba clara la necesidad de cambios mucho más profundos que suponían, por ejemplo, la reforma de la gestión económica de 1965 (además, frustrada). Esta necesidad estaba clara en todas partes, incluso en la cúpula burocrática. Pero también para todo el mundo estaba claro que la transición implicaba enormes riesgos. Cualquier cambio del sistema conllevaba inevitablemente crisis y debilitamiento temporal. Y estaba en el aire la incógnita ¿podemos quedar atrás en la carrera armamentista por un tiempo imprevisto pero seguramente largo? Después de la penosa experiencia de la guerra, cuando miles y miles de jóvenes morían prácticamente desarmados en el campo de batalla, todo el mundo en la URSS estaba obsesionado para que en cualquier caso esto no se

repetiese. En los años 70 una reforma profunda de la economía significaba el clásico dilema a que se enfrenta un fugitivo: detenerse por un tiempo para tratar de quitarse las cadenas y después correr rápidamente, o seguir arrastrando las cadenas para huir cuanto más lejos posible. Este dilema desapareció sólo en los 80 cuando fue demostrado de manera convincente que la guerra nuclear era imposible y que con los medios que poseía la URSS era innecesario seguir la carrera armamentista. Surgió el nuevo pensamiento político que era un factor de suma importancia para que la idea de reestructuración de la URSS fuera aceptada por todos. Por otra parte, igualmente importante fue el factor subjetivo: nadie quería ruptura violenta y se esperaba el relevo de generaciones en la cúpula del estado que tardó más de lo esperado. Pero sólo para el público occidental los cambios en la URSS parecieron inesperados e improvisados. La conciencia social estaba preparada, aunque el hombre común no adivinaba el lado destructivo de estos cambios. La perestroika fue proclamada por Gorbachov bajo el slogan «¡Más socialismo, más justicia!» y aceptada precisamente con esta directriz.

La apertura cultural, la liberalización de la vida política, las propuestas radicales de desarme, el fin de la participación en la guerra de Afganistán, todos estos cambios evidentemente positivos fueron aceptados con gran entusiasmo y no encontraron ninguna oposición. Ha vuelto a Moscú el académico Andrei Sajarov, se han publicado «El doctor Zhivago» y «El archipiélago Gulag», se festejó el milenario del cristianismo en Rusia y nadie ha cambiado por esto su visión del mundo. Pero bastante pronto se hizo evidente que el problema clave consistía en la profunda contradicción del sistema económico. Ahí es donde empezó a crecer la tensión y divergencia de las actitudes.

Es evidente que la industrialización, en el plazo de dos décadas, de un país como Rusia, la implantación de las tecnologías más modernas en presencia del exceso de mano de obra barata podía producirse sólo en condiciones creadas artificialmente. No toleraría tal arbitrariedad ningún mercado en el que rija la ley de valor y de cambio equivalente. La ley del valor fue violada deliberadamente, las empresas obedecían las palancas administrativas y los precios en el seudomercado de materias primas y artículos acabados eran completamente artificiales. Lo mismo con respecto al consumo. Varias generaciones han vivido en esta situación y están acostumbradas a los precios muy bajos para los bienes de consumo vitales (comida, vivienda, transporte, comunicaciones y cultura) y los precios cada vez más elevados cuanto mayor es el componente de «lujo» en el artículo (el coche, por ejemplo).

Es sabido que cualquier sistema artificial, muy diferente del medio ambiente, deber ser protegido de este medio por una barrera con permeabilidad bien controlada. Por mal que suene el término de telón de acero, debemos admitir que la existencia de la URSS, tal como era, sería imposible en el medio ambiente capitalista sin esta barrera. Casi no hace falta discutir este asunto, basta decir que los propios países occi-

dentales tan indignados por la falta de libertad en la URSS antes de 1985 tienen sus telones de acero muy bien tejidos. Con ellos protegen, por ejemplo, sus frágiles estructuras de consumo evitando la irrupción de pobres vecinos del Tercer Mundo. ¿Qué es el imponente servicio guardacosta norteamericano sino una barrera impermeable para los haitanos, etcétera? Ahora estamos incluso ante una situación paradójica: al desaparecer inesperadamente las restricciones en los países del Este, el Occidente se ve obligado a crear apresuradamente sus propias barreras. Los EE.UU. no dejan entrar a los judíos soviéticos que fueron casi arrancados de sus casas por la propaganda insistente y se quedaron en medio camino, en Roma, en condiciones sumamente penosas. El Gobierno austríaco maniobra para impedir la entrada de 50.000 rumanos y ya está acusado en el parlamento por la oposición de crear precisamente un «telón de acero». La vida está llena de sorpresas.

Es fácil ver que en la artificial economía soviética iban formándose inevitablemente varios círculos viciosos. Al agotarse la motivación revolucionaria y la eficacia del control burocrático, las empresas han perdido los estímulos para la eficiencia y la innovación. También preferían crear puestos de trabajo «artificiales» para absorber la mano de obra sobrante en lugar de crear nuevas estructuras productivas. Tal «paro oculto» afectaba todavía más la moral de los trabajadores y acumulaba nuevos problemas. Se corrompían colectivos completos, crecía la economía sumergida, se han deformado los criterios de promoción, dando lugar a una élite cada vez menos eficiente y más corrompida.

En estas condiciones, al empezar la perestroika, se encontró en las condiciones más favorables la corriente de intelectuales radicales (llamados en el Oeste «progresistas») que han propuesto una explicación simple y aparentemente lógica. El problema, dicen ellos, radica en la alienación de los trabajadores de la propiedad de los medios de producción. Para resolver el problema hay que privatizar estos medios: entregar las fábricas a los obreros (por medio de la venta de acciones o creando las empresas cooperativas), volver al campo la figura del granjero, vendiendo o arrendando la tierra. Detrás de la fraseología muy ponderada de muchas (pero no todas) propuestas de este tipo hay un planteamiento simple: el retorno a la economía de mercado capitalista como un modelo probado en la práctica.

Por más atractivo y más acertado en su parte crítica que parezca este planteamiento, no convence a muchos. Es claro que lo de las cooperativas es una pantalla: éstas no pueden competir con una empresa moderna, sea privada o pública. Es un hecho probado por la experiencia de la «economía alternativa» de los 70 en varios países y puede reprocharse como falta de ética el no mencionar esta experiencia en la URSS. En cuanto a la venta de las acciones, éstas van a acumularse inevitablemente en los grupos sociales que ahora poseen dinero en la URSS. Y no son precisamente obreros. Lo mismo con respecto a la venta de la tierra. No serán los

campesinos quienes podrán comprarla. Las sumas gruesas de dinero están ahora en las manos de grupos sociales: las estructuras criminales (sobre todo los patronos de la economía sumergida y la mafia enriquecida con la producción y venta de bebidas alcohólicas en los años del extraño programa antialcohólico de 1985-1989) y la parte corrupta de vieja burocracia. Ellos serían, por lo menos durante cierto tiempo, los padres de la economía de la URSS capitalista, lo que no produce ninguna alegría. La conversión de la URSS en una economía de mercado libre, que con tanta insistencia se propone por la democracia occidental, llevaría a un fenómeno único en la historia de la Humanidad: la aparición de un enorme y potente país dominado económicamente por las estructuras criminales. ¿O se espera que los criminales y la burocracia corrupta se convertirán por la fuerza de mercado en los protestantes de alta moral puritana? Pero esto todavía no es lo más grave.

El paso radical a la economía de mercado, sin crear previamente todo un sistema de estructuras accesorias, producirá un colapso social. La primera medida absolutamente lógica de las empresas será expulsar a la calle unos 20-30 millones de obreros. La experiencia de conversión de las empresas en cooperativas demuestra que el primer paso es la reducción de la plantilla en un 30 por 100. Dado que la economía de la URSS en este momento carece de la diversidad necesaria para amortiguar las fluctuaciones de la mano de obra, el desempleo crecerá en forma de alud. Parece que ello está previsto en el modelo «mercantilista», pues un grupo de personas reconocidas se prestó a explicar la necesidad del paro como premisa para dar vida a la economía. Es cuestionable la ética con que se hace esta propaganda (no por casualidad estos discursos impregnados de socialdarwinismo no se publican en la prensa occidental, sería un escándalo). Pero más importante es, a mi juicio, el serio error metodológico que se comete. Se hace la extrapolación incorrecta del efecto que produce el paro en el Occidente a una situación socio-cultural completamente diferente. El hombre criado y educado en la economía de mercado está acostumbrado a ciertas reglas de juego, según las cuales él puede ganar en el mercado de mano de obra pero puede también perder. Eso le da competitividad y a la vez hace a los vencidos asumir con bastante resignación su desgracia personal. No será así la reacción del hombre educado en las estructuras sociales que le aseguraban durante varias generaciones no sólo el trabajo («de cada cual según sus capacidades...») sino también un nivel de vida bastante cercano al nivel de vida de los demás. Este hombre, al encontrarse de repente en la calle (y sin ningún tipo de ayuda social, cuyo sistema llevará tiempo crear), tomará este hecho como un crimen cometido contra él por la sociedad. Lo que dará lugar a las tensiones sociales y a la violencia que harán imposible la transición racional a ningún modelo por más bello y democrático que sea. El peligro de volver a un régimen totalitario, no importa de qué corte, será en este caso muy real.

Los propagandistas del desempleo dan a entender que éste será una leve enfermedad de la que no es difícil reponerse. En el mejor de los casos, y es un error



de los que viajan mucho al Occidente y ya están socializados en su cultura. En ellos no produce gran emoción el espectáculo de los viejos que duermen en invierno en las calles de Roma o Chicago. Pero el 99 por 100 de la población soviética no ha tenido oportunidad para adaptarse a este espectáculo, y al verlo bajo sus propias ventanas experimentarán un choque que afectará seriamente el bienestar espiritual de todo el mundo. Y no sólo eso. Será muy difícil evitar la aparición de una nueva izquierda radical en aquella parte de la juventud que no podrá adaptarse a tal espectáculo, y en un país con tantas tradiciones de violencia; la aparición de nuevas «brigadas rojas» producirá una crisis muy dolorosa. Al unirse en algunas regiones con la causa nacionalista, esta crisis puede hacerse insoportable.

En comparación con este peligro parece secundaria otra consecuencia de importancia vital: la inevitable conversión de la pirámide de precios con el paso a la economía de mercado. Esto sucedió en Polonia, donde de la noche a la mañana el hombre común perdió el poder adquisitivo ante los productos más corrientes, de tal manera que conoció los sentimientos de los que van a la tienda para comprar un huevo. ¿Qué fuerza detendrá la escalada de precios en la economía que se de-

sarrolla sin ninguna diversidad y competencia? Muchos artículos se producen, a gran escala, en una sola empresa que será en el mercado monopolista absoluto.

Para mí el modelo planteado por los radicales «mercantilistas» es poco convincente por varias razones de principio, tanto de índole filosófica como ética y social. Pero en el momento actual esta discrepancia de principios no es tan importante. Lo importante es que será imposible la transición propuesta. Se basa en engaño: se promete llegar a la sociedad de tipo sueco, mientras que en el mejor caso sería más parecida al tipo de Brasil. Y el engaño se descubrirá en el camino. El pastel de los recursos del Tercer Mundo ya está repartido. Puede ser que se admita la entrada en el «club de los fuertes» de algunos países no muy grandes, como Hungría o Checoslovaquia, o alguna que otra república báltica arrancada de la URSS. Pero nunca de los 280 millones de soviéticos: rusos, uzbekos, tártaros. Estos sí serán un pastel más. Deliberadamente hablo de una realidad cínica, sin tocar el tema de valores e ideales.

Además, en las promesas de nueva «felicidad de mercado» se ignora la regularidad más elemental en el comportamiento de los sistemas complejos: si éstos cambian bruscamente su trayectoria, antes de ajustarse a otra nueva empiezan a oscilar de manera desordenada con amplitud cada vez mayor y consecuencias cada vez más destructivas.

Parece obvio que antes de plantear el estado de bifurcación y cambio de trayectoria, sería razonable realizar un sistema integrado de medidas que aseguren la capacidad de adaptarse a los cambios económicos y sociales sin grandes trastornos. Por ejemplo, la creación de un colchón de pequeñas empresas de diferentes tipos (privadas, cooperativas, mixtas, etcétera). Esto sin cambiar radicalmente el tipo de la sociedad le daría una flexibilidad mucho mayor. Sería necesario también crear un sistema moderno de sindicatos sin los cuales será desastroso el paso al mercado de mano de obra. En un día no aparecerán tales sindicatos.

Pero en este artículo no se puede discutir todas las alternativas. Más vale aquí tratar de entender por qué el modelo «mercantilista» para la URSS aparece como único, tanto en el país como en la prensa occidental. Es evidente que este modelo tiene su base social en un colectivo con interés ideológico y económico bastante desarrollado. Los miembros de este colectivo en sus entrevistas a la prensa occidental se autoproclaman social-demócratas, aunque nadie de ellos ha abandonado el PCUS (como dijo un crítico literario, «los hombres que todo han obtenido del orden actual quisieran además obtener algo de su destrucción»). En realidad, en sus concepciones básicas ellos se sitúan mucho más a la derecha con respecto a la social-democracia occidental. Es completamente comprensible y legítimo en una sociedad pluralista que este colectivo trate de promover su modelo con todos los métodos legales. La pregunta es ¿por qué no aparecen en la escena otras opciones que reflejen otros intereses e ideales? ¿Por qué están callados los misteriosos «conservadores» que «se oponen a la perestroika»? ¿Es posible que de pronto un enorme país haya girado 180



grados, mostrando de nuevo la «unidad ideológica» absoluta? Por supuesto que no. Yo veo la causa de esta extraña falta de pluralismo en la siguiente combinación de factores.

1. Falta de infraestructura que asegure la expresión adecuada del pluralismo de opiniones que realmente existe en la sociedad.

Estamos, evidentemente, en la primera etapa de democratización. Todavía no existe diversidad de los medios de comunicación. Por tanto, al entregar el sistema existente de comunicación a la opción aparentemente más innovadora, la cúpula de partido que decidió iniciar los cambios impidió prácticamente el acceso a estos medios para otras opciones. ¿Qué criterios han jugado el papel principal? Primero, los líderes del colectivo en cuestión pertenecían a la élite del partido, formando el equipo intelectual moderno del régimen de Breznev. Es curioso leer hoy los artículos de estos radicales publicados en los años 1980-1985. Formaban un grupo bien organizado y bien informado, lo que les permitió arrancar antes que a nadie y ocupar la «pista estrecha». Además, al formar parte del viejo aparato ideológico, ellos están bien arraigados en el sistema social de los medios de comunicación (redacciones de periódicos y revistas, radio y televisión). El que conoce este mundo sabe qué ventaja dan tales relaciones informales.

El estar temprano, el acceso a la información y la experiencia le permitió a este colectivo monopolizar prácticamente la crítica del estalinismo y de todos los regímenes posteriores. Esta crítica resultó ser un «caballo de Troya» de enorme capacidad de carga que facilita la introducción de nuevos mensajes ideológicos en la conciencia social.

2. Desideologización de las masas y esterilización del pensamiento socialista durante el régimen stalinista.

Hemos mencionado ya el «síndrome de inmunodeficiencia política» provocado en la población soviética durante más de cinco décadas de regímenes burocráticos. El hombre común debe aprender de nuevo a reconocer el significado real de los más bellos discursos políticos y saber formular su irritación y su rechazo también en términos políticos. Esto requiere tiempo, y puede ser que el tiempo falte. La situación se agrava por el hecho de que las capas intelectuales han sufrido durante el régimen estalinista una opresión especial (aparte de las represiones) y durante los tiempos de estancamiento, un deterioro anormal del nivel de vida. Eso sin hablar de que las restricciones culturales y de comunicaciones afectaban ante todo a los intelectuales. Esto determina si no el antisocialismo de muchos intelectuales, por lo menos su estado de ánimo temporal que podría llamarse «venganza ritual» del régimen que se asociaba con el socialismo.

En estas condiciones es muy limitada la reserva de fuerzas intelectuales que se dedican ahora a la discusión y el desarrollo de un nuevo modelo del socialismo. Por más importante e indispensable que sea el aporte de otros sectores de trabajadores al desarrollo de estos modelos, éstos no podrán ser formulados sin concentrado trabajo teórico. Los «mercantilistas» tienen la ventaja de basarse en evidencias negativas del viejo sistema que se asocian con el socialismo. Por otra parte, ellos tienen un atractivo modelo preparado y probado en la práctica: el estado de bienestar capitalista. Sería incluso una crueldad en este momento llamar la atención al evidente hecho de que cuando lleguemos a este modelo (suponiendo que esto sea posible), la sociedad de consumo ya será completamente inadmisibles debido a las restricciones naturales y éticas. El propio capitalismo pasará entonces a una sociedad posindustrial con otros ideales de consumo y relaciones de trabajo y de

distribución que no serán esencialmente de mercado. Los «mercantilistas» proponen ahora a la gente un bello mito y ganan el momento.

Es importante también el hecho de que ellos tienen apoyo moral y material en el Occidente, acceso fácil a buena asesoría y fuentes de información. Las otras opciones, evidentemente, no poseen estos recursos.

3. Mentalidad mecanicista de la burocracia del estado.

Todavía no se han producido cambios importantes en las estructuras del estado. El hombre encajado en la estructura burocrática, por más listo que sea, actúa dentro de una cultura específica que está impregnada por mentalidad mecanicista y asistémica. Esto determina en buena parte la crisis económica que está atravesando el país y facilita la aceptación del modelo «mercantilista» como una alternativa salvadora aunque la crisis está producida en gran medida precisamente debido a la presión del lobby «mercantilista». Las actuales estructuras de estado que han recibido órdenes de democratizarse y liberalizarse, aceptan los proyectos de reformas parciales sin poder ver sus consecuencias en un contexto sistémico y sin siquiera ver la evolución de los procesos en el plano temporal. No existen reformas buenas fuera del espacio y tiempo. El cambio introducido antes de crear las condiciones indispensables puede ser desastroso. Así sucedían las cosas durante los últimos cinco años.

Se aprobó y entró en vigor la ley de la empresa socialista, cuyo objetivo fue liberar la empresa del control burocrático del estado. Magnífico objetivo, pero la eliminación de este control (la planificación, la distribución de recursos y mercancías, los salarios y los precios) antes de crear ningún otro mecanismo alternativo de índole económico tuvo, como era de esperar, un efecto dramático. Las empresas dejaron de producir muchas cosas que no eran beneficiosas (por ejemplo, desapareció el jabón) y empezó a la vez la escalada de salarios y de precios. Se desbarató el sistema de abas-

tecimiento de las empresas con los recursos, antes planificado, etcétera.

Se aprobó con gran insistencia de los «mercantilistas» la ley de las cooperativas, muy buena al tomarla fuera del contexto real del momento. Por ejemplo, las cooperativas tienen derecho al comercio exterior. Pero ¿es posible esto sin tener el país la divisa convertible y sin tener en el interior la economía de mercado? Empezaron a ocurrir cosas increíbles: las cooperativas compran dentro del país el abono mineral a un precio artificialmente bajo, que no es precio de mercado, venden el abono a una firma austríaca, compran con la divisa ganada los equipos electrónicos y los venden en la URSS, ganando millones en una operación. Uno de los héroes del «mercantilismo» ha causado un pequeño escándalo pagando la cuota del partido de la suma de tres millones de rublos que ha ganado en un mes (alrededor de 15.000 salarios medios). Todo legalmente.

¿Era imprevisible esto? No sólo previsible sino inevitable con toda la evidencia. Pero tal era el afán de pasar inmediatamente a la economía de mercado libre y tan reducida la posibilidad del debate que el Gobierno cedió ante la presión.

Ahora aparece cierta esperanza que dentro del nuevo sistema presidencial con un político moderado y dialéctico al frente, se hará una revisión ponderada del camino recorrido en cinco años de perestroika. Que va a ser más sistémico el análisis de los objetivos, restricciones, variables y criterios con los cuales deben introducirse nuevos cambios. A la vez, será más abierto el debate político tanto del modelo de futura sociedad como de los caminos de transición a uno u otro modelo.

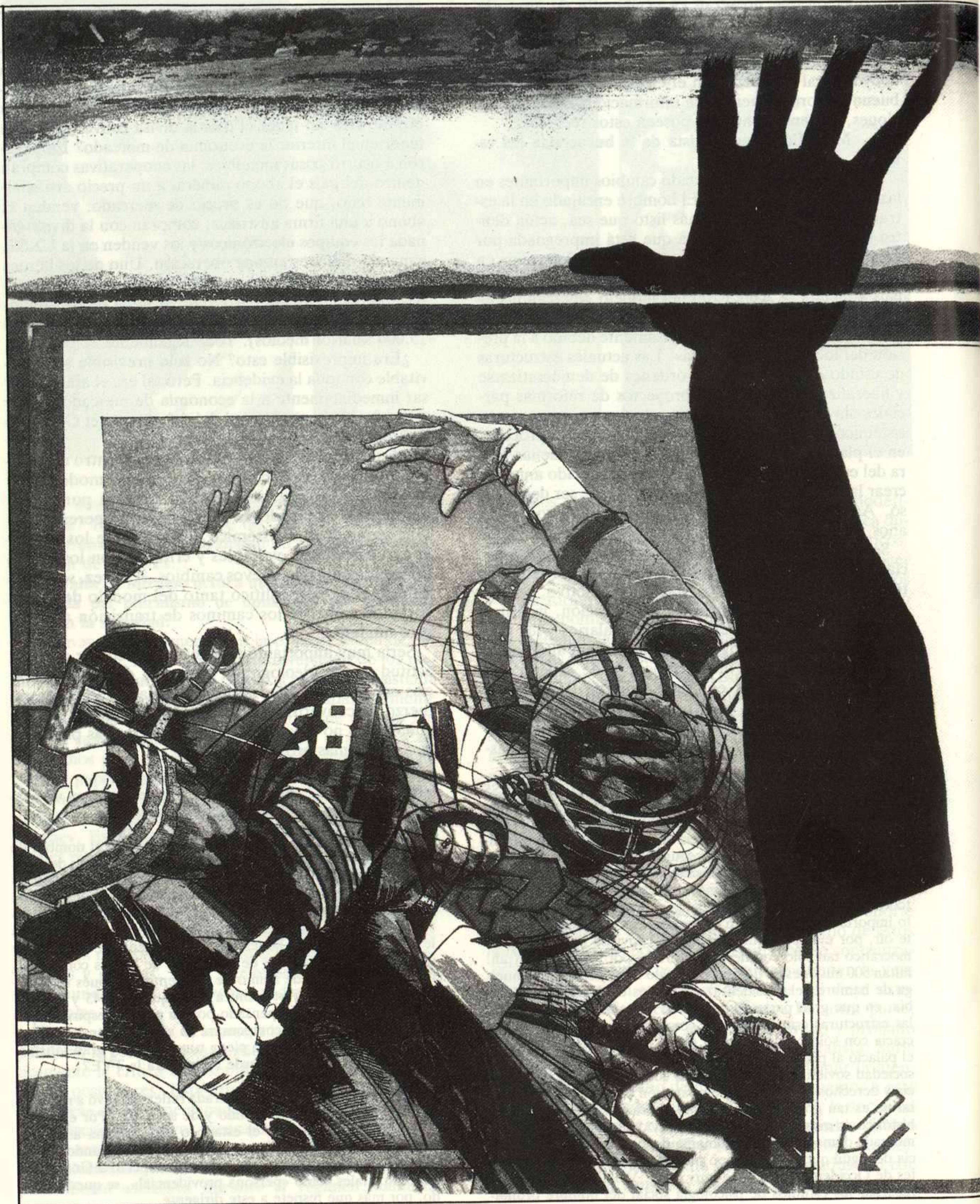
Sería muy importante también poder contar con una actitud menos ideologizada por parte de las democracias occidentales. La destrucción de la URSS en un esfuerzo de convertirla en economía de mercado a cualquier costo no llevará a una democracia más profunda ni a la paz más próspera.

rio de los EE.UU. en los años 60, que demostraron un conformismo y obediencia a la autoridad espantosos.

² De modo análogo, los checos han quitado el nombre de Ejército Rojo a una plaza de Praga y pronto planifican derrumbar el monumento de uno de los tanques rusos que han liberado la ciudad en mayo de 1945. El desvío de este ejército de tanques de la batalla de Berlín, a la petición de Praga sublevada, le costó a los soviéticos unos cuantos miles de vidas, pero le ahorró a los checos la destrucción inminente de su capital y una matanza. La postura de los checos de hoy es comprensible dado su estado de ánimo de momento. Después reflexionarán y este acto injusto contra el tanque de 1945 y los tanquistas caídos será compensado por un proceso espiritual purificador. Pero ¿cómo compensará su actitud el eminente periodista demócrata que con plena tranquilidad y gran satisfacción comenta dicho acto desde Praga para la TVE?

³ Esta permanente y concentrada reflexión llevó a notables cambios en la visión del mundo y de sociedad. Por ejemplo, ya es casi imposible que el estado o una persona adquiera, para un hombre común, rasgos carismáticos. Cuando un soviético, estando en Occidente, oye con respecto a Gorbachov conceptos tales como «persona providencial», se queda alelado, por más que respete a este dirigente.

¹ Creyendo estar desprovistos de democracia en la URSS nosotros, parece, hemos creado para sí una imagen inadecuada de la concepción de la democracia occidental. Bajo este concepto se entendía la existencia en la sociedad de cierta cultura y ciertas estructuras que aseguran la posibilidad de expresar la opinión sobre la vida social (¡siendo oídos!) e imponer la voluntad de la mayoría, respetando a la vez los derechos de todos. La votación para elegir a los gobernantes es un elemento importante pero sólo un elemento. Por eso resulta chocante oír, por ejemplo, que Panamá se convirtió en un país democrático tan sólo con llevar a Noriega por los marines (¡ah! faltan 500 millones de dólares pero esto se resuelve con la huelga de hambre del presidente). O que es democrática Colombia, en que gran parte de población trabaja y vive dentro de las estructuras criminales. ¿Se convirtió Chile en una democracia con sólo pasar Pinochet de un edificio al otro dejando el palacio al presidente electo? Además, el retraso con que la sociedad soviética ha asimilado las concepciones de democracia y derechos humanos en comparación con Europa Occidental no es tan grande como se cree ahora. Es que la memoria histórica es muy corta y ya se han olvidado tanto el entusiasmo nada democrático en Alemania de los años 30 y la existencia de algún que otro régimen poco democrático en otras partes de Occidente hasta hace muy poco. Vale la pena también recordar los estudios de psicología social del hombre ordina-



PERSPECTIVA MUNDIAL Y AMERICA LATINA

Santiago Alvarez

«Rara vez acaece lo que se desea, y en la mayoría de los casos muchos fines propuestos se entrecruzan unos con otros, cuando no son de suyo irrealizables o insuficientes los medios de que se dispone para llevarlos a cabo...»
«Los fines de los actos son obra

de la voluntad, pero los resultados, que en la realidad se derivan de ellos, no lo son, y aun cuando parezcan ajustarse de momento al fin propuesto, a la postre encierran consecuencias muy distintas a las propuestas...» Federico Engels¹.

Comienzo este artículo con esta cita filosófica de Engels porque lo que se presentó o se anunció como una reforma del socialismo como sistema social con la «perestroika», que en principio hemos saludado, después de pedirla durante años, parece avanzar por otro camino; el camino del debilitamiento de este sistema y el restablecimiento de la explotación capitalista en algunos países del llamado antes socialismo real, y hasta con la renuncia a las bases que vienen inspirando las luchas más cruciales y gloriosas del movimiento obrero internacional, desde hace más de un siglo, imponiéndose, en cambio, el predominio de la derecha en una serie de países.

Yo quiero confesar de antemano que, aunque critique y rechace las excrescencias del llamado socialismo real, me niego a esta segunda variante. Y no sólo me niego, sino que lucharé contra esa perspectiva con las fuerzas que aún me quedan.

Creo que este es además el único camino para los que no quieren seguir siendo víctimas de una sociedad injusta como la actual, y desean no sólo impedir una nueva guerra mundial y mantener la paz, sino también el lograr cambios en el sentido po-

sitivo hacia la total liberación humana.

Estimo que el camino que hay que seguir para impedir una nueva fase de la sumisión, el expolio y la explotación no es el del conformismo y la complacencia, sino el de la lucha para que, con el triunfo de la perestroika, triunfe el socialismo y no el capitalismo.

Es verdad que sobre lo que está ocurriendo falta aún un verdadero debate. Un debate serio y a fondo en torno a lo que Julio Anguita bautizó en el Club Siglo XXI con el nombre de «búsqueda».

Ese debate que, en cierta medida, ha comenzado a abrirse camino en el PCE² debe, en mi criterio, apoyarse en dos pilares básicos: la experiencia histórica del proceso progresista universal y los cambios que se han producido en el mundo en el último medio siglo. Creo que olvidar cualquiera de esos dos aspectos sería renunciar a las principales referencias que tenemos las fuerzas progresistas en general y los marxistas revolucionarios en particular, para encontrar una salida positiva a la situación actual. Situación que para muchos militantes comunistas y cuadros del movimiento obrero es incierta y, en general, preocupante para todos los progresistas.



LA ACTUAL FASE DEL PROCESO HISTORICO. UNA CONTRADICCION DE FONDO

Decir lo que antecede no sería más que mencionar una realidad que cualquiera puede constatar. El problema reside no en diagnosticar ese hecho, sino en cómo salimos de esta encrucijada histórica. Cómo las fuerzas democráticas y progresistas imponen su sello a la situación para que esa salida sea hacia adelante y no hacia atrás. De no lograr esta salida, la humanidad puede quizá evitar la guerra, pero derivar, sin embargo, hacia una nueva «Edad Media» política en que las multinacionales, con el predominio de las nuevas fuerzas de derecha imperialistas de Japón, Estados Unidos de Norteamérica y la Gran Alemania, pese a sus contradicciones, impongan al mundo un poder casi omnímodo, lo que sería algo así como un nuevo yugo de carácter universal, aunque se nos sirviese en una envoltura aparentemente democrática.

La encrucijada histórica en que nos hallamos está determinada por el enorme desfase entre el desarrollo de las fuerzas productivas: avances de la ciencia y de la técnica, ya que la ciencia devino una fuerza productiva directa, y la incapacidad del ser humano, dirigido por las fuerzas progresistas, para cambiar de raíz, y con proyección mundial, las relaciones de producción. Cambio que permitía articular una organización social más racional y humana para toda la humanidad. Se trata de un desfase gigantesco entre una realidad objetiva y el factor subjetivo que debería promover un cambio político social de fondo y que no lo ha logrado.

De lo que está ocurriendo hoy se deduce que, a pesar de que desde 1917 en la URSS y más tarde en China y en otra serie de países de Europa, Asia e incluso América Latina (me refiero a Cuba) con sus específicas revoluciones, se lle-

varon a cabo cambios fundamentales en las relaciones productivas, el llamado mundo del socialismo real no ha podido alterar el peso específico de la economía a nivel planetario. Porque ese «socialismo» ha representado una parte muy minoritaria de la economía mundial. Y habida cuenta que el capitalismo hasta ahora predomina en la economía, puede imponer en gran medida su ley. Ello le es factible además no sólo por ese hecho material, sino por el atraso en la conciencia de millones de trabajadores de EE.UU., Japón, Alemania y otros países altamente industrializados; por el hecho de que en ningún país occidental industrializado se ha derrotado el gran capital e instaurado una nueva sociedad; y, por supuesto, ello es debido también al fracaso del socialismo real y a la inconsciencia de que han dado prueba sus dirigentes.

El descubrimiento de la desintegración del átomo por Marie Curie, hace medio siglo, fue una revolución en la ciencia y ha incidido de modo notable en la técnica. Todavía recuerdo la alegría que me produjo en mi juventud conocer aquel gran suceso y leer la biografía de aquella mujer excepcional.

Pero, por las razones ya aducidas, el gran bien que al servicio del ser humano debía proporcionar aquel hecho gigantesco, con el desarrollo nuclear, se ha convertido en su contrario. La ciencia y la técnica junto con instrumentos sofisticados para el desarrollo de la producción han desarrollado de un modo especial, y muy singularmente, los instrumentos capaces, en una nueva guerra, de destruir multitud de veces a la humanidad.

COMO RESOLVER LA CONTRADICCION EN QUE NOS HALLAMOS

Esa contradicción que nos atezna hay que resolverla en bien

de la paz, de la supervivencia de la humanidad, impidiendo que estalle una tercera guerra mundial que sería nuclear y calcinaría a la especie humana. Esto es lo principal. Y, en este orden, la visión y la política de Gorbachov es justa y merece todo el apoyo. Y es evidente que el camino para esa resolución reside en la distensión, la negociación entre las que hasta ahora son las dos grandes potencias nucleares, negociación que debe llevar a un acuerdo que reduzca al mínimo el potencial nuclear, y sea garantía de paz.

Pero, eso, con ser fundamental, no lo es todo. En la perspectiva de impedir que la contradicción en que vive la humanidad desembogue en una guerra mundial y, por contra, se consolide la paz, hay otros grandes y graves problemas que no pueden quedar olvidados.

El acuerdo sobre la paz y el logro de la distensión, el «arreglo» de los problemas de Europa, no pueden realizarse, ni debieran realizarse sin considerar los intereses de más de dos tercios de la especie humana. Estos viven en América Latina, Africa, Asia y Oceanía. Con gradaciones diversas esta es la parte del mundo menos desarrollada o subdesarrollada. Como tampoco deben pagar onerosos gastos de ese arreglo los millones de trabajadores de los países más pobres y atrasados de Europa, entre los que aún nos hallamos.

Esta parte de la humanidad a que acabo de referirme, enormemente mayoritaria por su número, está *impelida* a comprender el carácter y la singularidad de la encrucijada histórica en que nos hallamos. Aunque a ella le quepa mucha menor responsabilidad en lo que ocurre. Pero el núcleo de fuerzas de poder que en esta etapa orienta o dirige la marcha del mundo, ha de comprender, por su parte, que la mayoría de la humanidad ya mencionada no sólo tiene derecho a vivir, a existir. Tie-

ne derecho también a desarrollarse, a disfrutar del nivel de vida y de las posibilidades que disfrutaban la media de los habitantes o pueblos de los países industrializados, que han llegado a un alto nivel de esta civilización.

Porque, ¿cómo han llegado estos pueblos a esa faceta? Gracias a un proceso histórico de predominio de la violencia, del expolio y de la explotación que caracterizó al colonialismo, iniciado en el siglo XVI, y que dejó paso al neocolonialismo posterior, y al reino omnímodo de las transnacionales, en la actualidad.

Pero ese «ha de comprender» (me refiero al núcleo de poder o de mando citado) no es más que una fórmula sin valor práctico, si no va acompañada de la acción que obligue, que impele, que fuerce, a que eso sea así. Es decir, a que el esfuerzo por impedir una nueva guerra mundial y por garantizar la paz no niegue, no cierre, no anule la continuidad del esfuerzo por liberar a la parte de la humanidad ya citada de las condiciones casi infrahumanas en que vive, o en que muere.

LA SITUACION MUNDIAL Y EL SAQUEO IMPERIALISTA

Ante todo hay que partir de un hecho real. El desfase económico entre Occidente y su periferia sigue aumentando. En 1970-1980, el incremento anual del Producto Interior Bruto (PIB) en los países subdesarrollados ascendió a un promedio de 27,3 millones de dólares (en precios de 1970), y en los estados capitalistas desarrollados, a 76,6 millones: o sea, que en los primeros el incremento fue inferior 2,8 veces, y, calculado per cápita, 10,2 veces.

Entre 1981 y 1985, el incremento medio anual del PIB en los países miembros de la OCDE fue de 100,4 mil millones de dólares (en precios de 1975) y en los estados independizados, de 21,9 mil mi-

llones, o sea, que en éstos fue inferior en 4,6 veces. En la primera mitad de los años 80, el incremento anual del PIB per cápita en Occidente fue de 97,3 dólares; en cambio, en los países en desarrollo, en esos mismos años se redujo en 4 dólares.

Los bancos transnacionales otorgaron créditos a los países en desarrollo: en 1978, por 81.000 millones y en 1982, por 130.000 millones de dólares. El total de la deuda externa en los países en desarrollo, incluido el interés, superó en 1985 un billón de dólares, y los bancos transnacionales (BTN) se llevaron la palma de las compañías transnacionales (CTN), como los mayores explotadores internacionales.

¿Se ayuda o se expolia y esquilma a los países no desarrollados?

En 1980, con una colocación de inversiones extranjeras directas en los países en desarrollo igual a 7.600 millones de dólares, se sacó de ellos en concepto de utilidades 15.800 millones de dólares, y la correlación de los nuevos ingresos y egresos por los préstamos alcanzó en 1985 a 74.000 millones y 143.000 millones de dólares, respectivamente, lo cual privó a los países en desarrollo de cerca de un tercio de sus ingresos provenientes de las exportaciones.

El interrogante abierto más arriba puede cerrarse con una afirmación. Se continúa expoliando y esquilmado a dichos países, aunque ese expolio signifique a la vez un cierto progreso en la vía del desarrollo.

LA PERSPECTIVA QUE OFRECE EL DOMINIO DEL IMPERIALISMO - EL CAPITAL BUSCA LA GANANCIA

Lo que se diga o se escriba sobre medidas a tomar para orientar las inversiones del capital hacia países o grupos de países determinados, en la nueva etapa

que vive el mundo, teniendo en cuenta lo que ocurre en el Este de Europa, es, en gran parte, una ficción.

Cierto que en la orientación de las inversiones provenientes de los fondos públicos, la orientación de los Estados puede jugar un papel determinante, y en este orden cabe tener en cuenta el papel de la CEE. Pero no se debe minusvalorar lo que en el sentido a que nos estamos refiriendo representarán las inversiones privadas. En este orden hay un axioma que no cabe olvidar y que no falla: es el que encabeza este subapartado: *el capital busca siempre la ganancia*, e invertirá allá donde su ganancia sea mayor. Porque la misión del capital, su razón básica de existencia, como expresa el pensamiento de Marx, es reproducirse, ampliarse, multiplicarse.

Por ello si en los países del Este europeo, que necesitan aumentar su industrialización, modernizarse, los capitalistas encuentran mejores condiciones para una ganancia más alta de sus inversiones, las harán allí. Por ejemplo, si encuentran salarios más bajos, si la obnubilación de los trabajadores que sueñan con «eldorado» de un capitalismo que como comprobarán no existe renuncian a sus reivindicaciones; si los inversores hallan más facilidades para expatriar las ganancias, porque esos países tengan a su frente a gobernantes que se arrodillan ante el capital; si elaboran una nueva legislación que facilite un mayor expolio de sus pueblos, los capitalistas, repito, invertirán en ellos, aunque protesten y griten los pueblos de los países del Tercer Mundo y en particular los de América Latina.

No olvidemos que ya en el conjunto de estos países del Tercer Mundo hay más de 1.000 millones de personas que están actualmente subalimentadas, más de 500 millones padecen hambre crónica y el 40 por 100 de la población no puede satisfacer sus necesidades

más elementales, lo cual no conmueve, sin embargo, a los grandes detentadores del capital.

AMERICA LATINA

En ese contexto, ¿cuál es la situación concreta de América Latina?

Cuando hablo de América Latina, me refiero a ese continente que abarca desde las fronteras de México con Estados Unidos hasta la Patagonia, y a cuyos pueblos nos unen tantos lazos históricos, culturales y de lucha común contra el fascismo y por las libertades, y por lo cual sentimos sus problemas como nuestros.

En la última década, la situación de los países y pueblos de ese continente se ha agravado en extremo. Según un reciente informe de las Naciones Unidas, aumentó allí enormemente la pobreza. Su poder de compra se redujo un 50 por 100. El 44 por 100 de su renta es acaparada por el 10 por 100 de los habitantes de más fortuna, mientras el 40 por 100 de los más pobres sólo disfruta del 8 por 100 de dicha renta. Por ello lo que está pasando en Argentina, en Perú y en otros países no es casual.

América Latina tiene actualmente alrededor de 400.000 millones de dólares de deuda externa; es decir, el 40 por 100 de la deuda de todo el Tercer Mundo. Sin embargo, tiene sólo el 10 por 100 de su población.

Hace unos meses, en una intervención mía en la Universidad Complutense de Madrid, dije lo siguiente:

«La deuda externa es producto del expolio de que son objeto esos países, y cada día crece más. Algunos datos pueden ser significativos: desde 1983, América Latina ha pagado cerca de 250.000 millones de dólares solamente en intereses. Al tiempo, el endeudamiento aumentó en más de 50.000 millones. La deuda del Tercer

Mundo está plenamente pagada. Entre 1980 y 1986 se pagaron, entre amortización e intereses, 658.000 millones de dólares, lo que excede el 53 por 100 de la totalidad de la deuda contraída.

En los últimos años el imperialismo norteamericano ha cometido multitud de desafueros, de violaciones de la independencia de los pueblos y de crímenes

Hoy, América Latina, repito, debe 400.000 millones de dólares cuando hace todavía dos años sólo debía 360.000 millones. Es decir, la deuda no sólo no tiende a disminuir, sino que tiende a aumentar. Estamos por la condonación, repito, de esa deuda exterior. Aunque somos conscientes que esa sola condonación no resuelve el tema. El problema de la superación de la deuda exterior exige que se establezca, a nivel internacional, un nuevo orden económico. Es decir, la equivalencia en el precio de las mercancías que proceden de las materias primas y las que proceden de la industria. Hace falta en ese terreno un cambio radical de las estructuras sociales y de las relaciones de intercambio para que esa superación de la deuda sea una realidad. En este sentido, nosotros estamos no sólo por la condonación de la deuda, sino también porque hay que luchar por ese nuevo orden económico internacional.

En estos momentos en que España desempeña un papel importante dentro de la Comunidad Europea, y además en los últimos meses tiene su presidencia, estamos a favor de que España juegue un papel de mediador entre

la CEE y los países de Latinoamérica, para facilitar la posibilidad de llegar a condonar esa deuda y también de que emerja ese nuevo Orden Económico Internacional. Orden del que se habla hace ya muchos años en los organismos internacionales, en la ONU, etcétera, pero que no llega a plasmarse en una realidad concreta.»

En esa misma exposición añadimos: «En relación con la deuda exterior, nos pronunciamos por su cancelación. Pero yo soy uno de los que piensa que los países de Latinoamérica se hallan frente a dos contradicciones: una, la más importante, es la contradicción que les enfrenta al imperialismo norteamericano, el coloso del Norte, que es el que les domina hasta ahora; el que viene dominando su economía y demás. Pero también hay otra contradicción que les enfrenta con sus propias oligarquías dominantes. Estas, evidentemente, son también, en parte, responsables de esa deuda externa que pesa hoy sobre esos pueblos como una losa de plomo³».

Harán muy bien los latinoamericanos en estar vigilantes para que la distensión y los «arreglos» que tienen lugar en Europa, no recaigan sobre ellos en el sentido de una menor inversión y de una mayor presión en su zona de la política imperialista. El que, en 1989, las inversiones en el Tercer Mundo se hayan reducido en un 50 por 100, no es buena señal.

Y no digamos el significado que tienen la invasión militar de Panamá por el ejército USA; el apoyo abierto que vino dando ese país a la «Contra» en Nicaragua; la beligerancia adoptada por dicho imperio en las recientes elecciones en contra de Ortega y del Frente Sandinista; su apoyo a la dictadura de El Salvador contra el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional; la provocación que representa la presencia de sus navíos de guerra frente a las costas

de Cuba. Y ahora la instalación de esa estación pirata de televisión con ánimo de desestabilizar el sistema cubano. Cabe incluir con el pretexto del narcotráfico la presencia de sus naves frente a Colombia. Todas estas no son, en modo alguno, señales tranquilizadoras. Por lo contrario.

Es verdad que en las últimas semanas asistimos al nuevo proceso de desmovilización y desarme de la «Contra» nicaragüense bajo la «supervisión» de EE.UU., lo que no deja de ser un hecho positivo. Pero cabe preguntarse ¿para qué siguen necesitando la «Contra» los norteamericanos, si estiman que impondrán su nuevo dominio en Nicaragua por esa otra vía? ¿No acaban, acaso, de asegurar ese dominio en Chile al tener que aceptar el relevo de Pinochet pero dejando marginada a la izquierda? Estoy seguro que en Nicaragua no será igual, pero ¡atentos a los propósitos yanquis!

DEFENDER A CUBA

Una de las cuestiones fundamentales que se plantea en América Latina es la defensa de Cuba y de la revolución cubana, contra la cual parece irse centrando ahora la nueva ofensiva. Claro que ese deber no es sólo para Latinoamérica y los latinoamericanos. Ese es también, por muchas razones, un deber sagrado para los españoles.

Hará muy bien Fidel Castro en tomar las medidas que a él y al PCC le permitan reforzar políticamente las bases de su revolución. Pero hay que crear el ambiente político necesario para que lo haga con plena soberanía. Para que lo realice cuando Fidel, su partido, el gobierno cubano y el pueblo de Cuba lo consideren oportuno y acorde con lo consustancial del pueblo de Cuba, la raíz de su revolución, y consagrando el sistema socialista, y no por mimetismo con lo que pase en otros meridianos.

La revolución cubana fue hecha por el pueblo cubano y sus dirigentes y son ellos los que deben decidir su trayectoria. ¡Ni nuevos Maines ni nuevas Caimaneras ni nuevas enmiendas Platt ni nuevas Bahías de Cochinos!

Los españoles que combatimos contra el fascismo de 1936 a 1939 y de 1939 a 1977 sabemos algo de eso que en castellano se llama «dejarlo a uno en la estacada». Por ello en esta etapa sin minusvalorar la solidaridad, debemos estar en guardia y combatir toda tendencia a que se hagan de modo unilateral concesiones al imperialismo, al mismo tiempo debemos reforzar el criterio del valor que tienen los esfuerzos propios en la lucha antiimperialista. Tampoco debemos olvidar que en política posee un peso muy real aquello de «tanto tienes, tanto vales».

Quiero decir que no debemos dejar en manos de los demás lo que ha de ser obra nuestra: la búsqueda de medios y una vía o nuevas vías de marcha hacia la independencia, la libertad, el progreso y el socialismo.

Considerando el nuevo contexto internacional, las formas de lucha han de estar más que nunca acorde con las condiciones de cada país y las exigencias concretas de cada pueblo, en el camino de su liberación.

El fracaso del socialismo real que hoy constatamos en una serie de países, producto de unas determinadas circunstancias históricas, y del dominio estalinista, ha creado, para muchos, una frustración difícil de superar. Pero hemos de partir de la base que lo ocurrido, y lo que está ocurriendo, no absuelve en modo alguno al imperialismo ni nos exime de la necesidad de continuar luchando por el socialismo.

Lo que hoy sucede no absuelve al imperialismo de las terribles calamidades que ocasionó a la humanidad, producto de su política de explotación y de la multitud incommensurable de sus desafueros

y crímenes. Ni tampoco de su cruel lucha contra el propio socialismo real. Lo que está ocurriendo no niega, en absoluto, la necesidad de acabar con el dominio del gran capital y de abrir para el mundo otro horizonte. Y este horizonte no ha de ser otro que el socialismo, depurado de las excrecencias, herencia en parte del mundo en que ha emergido, y que los comunistas españoles hemos criticado durante decenios.

ORGANIZAR EL MOVIMIENTO. BUSCAR UNA NUEVA VÍA DE MARCHA HACIA EL SOCIALISMO

Uno de los aspectos más negativos del actual momento es la dispersión en que se encuentran las fuerzas más avanzadas de la actual sociedad. Sin embargo, la reorganización de estas fuerzas, su unión y el trazarse una senda, un camino, en la nueva etapa, no sólo es de todo punto necesario, sino indispensable.

Sin esa concertación, sin esa unión, no sería posible remontar la situación actual y avanzar hacia un nuevo futuro.

Esta necesidad es reconocida hoy incluso por aquellos que parece que se orientan a renunciar a la lucha por el socialismo como sistema social.

El jueves 22 de marzo, «El País» ha publicado una separata bajo el título «Temas de nuestra época» y los textos de una mesa redonda organizada en París por dicho periódico y diversas publicaciones de la Europa Occidental y Oriental. En una de las mesas redondas participó un soviético, Andrei Grachov: «Y venimos del país del socialismo real, que ha sido a veces un socialismo irreal, o incluso más que real —dijo— ya que albergaba la ambición de estar por encima de la realidad y del realismo. Hay que decir que este socialismo ha fracasado. El socia-

lismo-sueño, un socialismo transformado en dogma, en esquema, ha fracasado. Lo decimos entre nosotros y lo reconocemos ante ustedes. Pero una cuestión permanece abierta: ¿este fracaso es el del socialismo en cuanto tal, como ideal, como ambición, como orientación de la evolución de la sociedad, de la humanidad, o se trata de un fracaso particular, preciso, desdichado, condicionado por las condiciones particulares de Rusia?

Pensamos —añadió— que desde el momento en que el concepto de socialismo no se asocie al *gulag*, o a los nombres de Stalin, Ceaucescu, de Pol Pot, encontrará sus oportunidades y su porvenir. Tenemos el privilegio de tratar este tema no con debates teóricos, sino tratando de influir en la realidad de nuestro país».

En el discurso del secretario general del Partido Comunista Italiano ante el reciente Congreso del PCI, el compañero Occhetto dijo: «Si un ciclo completo de lucha por el socialismo se ha agotado ya, no por eso dejan de ser dramáticamente actuales las reivindicaciones y los problemas que estuvieron en el origen de aquel movimiento». Y el cronista que reseña dicho discurso añade: «Para el líder comunista carece de fundamento hablar de una victoria del capitalismo sobre el socialismo, término éste que aparece en 29 ocasiones en su discurso de cerca de mil palabras» (la referencia está tomada de «El País» del 8 de marzo de 1990).

Los veteranos comunistas españoles compañeros de lucha de comunistas italianos tan renombrados como Togliatti, Luigi Longo, Vitorio Vidali, Francesco Scotto, Roasio, Juliano Pajeta, Estela Noce y de tantos miles más, cuya memoria honramos siempre, y compañeros también de socialistas como Pietro Nenni y del austriaco Jules Den, etcétera, que también lucharon con

nosotros en España, celebramos esas afirmaciones del compañero Occhetto.

Pero con el respeto que a mí me merece el PCI y su trayectoria de lucha y el propio compañero Occhetto, con lo que no puedo estar de acuerdo es con la afirmación que, según los enviados especiales de «El País» Jesús Estévez y Juan Arias, ha hecho cuando dijo: «El socialismo real ha producido sufrimientos que no han sido inferiores a aquellos contra los que se había levantado. Por eso ha traicionado a la causa de la liberación humana».

Esto, si lo dijo Occhetto, es una exageración. Es más, es una falsedad. El socialismo real tiene sus culpas, ha cometido sus faltas, existen incluso los crímenes de Stalin, y además ha fracasado. Eso es más que suficiente.

Cuando a la muerte de Stalin, Togliatti, refiriéndose a lo que ocurría en la URSS, habló de las culpas y responsabilidades del sistema, de su degeneración y no sólo de la culpa del culto a la personalidad, no todo entre nosotros estuvo claro, porque no habíamos vivido en la URSS como Togliatti, ni sabíamos lo que allí ocurría, ni tampoco teníamos la aguda visión de Togliatti. Pero a partir del XX Congreso quizá nadie como nosotros, los españoles, ha criticado ese socialismo llamado real y su negatividad.

Pero hay que ser rigurosos y veraces en la crítica, para ser justos. No hay que llevar además el agua al molino del imperialismo. Ni tampoco al molino de esa corriente nihilista y neanarquista (yo me atrevería a, incluso, llamarle políticamente incivilizada) existente en la Unión Soviética que quiere destruir y descalificar todo lo que se ha hecho desde la Revolución de Octubre. Que esto resulta tremendamente negativo no ya para la perestroika en el socialismo, sino para la causa de los oprimidos en todo el mundo es más que obvio. Pero

también resulta negativo para la existencia de la Unión Soviética como país que quiere ser socialista, y para su histórica misión a favor de la paz y de la causa de la liberación humana. No perdamos de vista que uno de los vacíos que se está presenciando en la estrategia mundial de la actual etapa es la ausencia de *contrapoder* frente al imperialismo, *contrapoder* no ya para una confrontación militar, que nadie desea, sino para impedir que ocurran hechos como los mencionados más arriba.

Además, el papel decisivo desempeñado por la URSS en la derrota del hitlerismo en la Segunda Guerra Mundial justifica, por todos los siglos, su existencia.

La primera guerra imperialista mundial, con sus 20 millones de víctimas y sus ruinas, fue obra del imperialismo y no del socialismo, que aún no existía. La segunda guerra 1939-45, con sus 50 millones de bajas, y las terribles destrucciones que ocasionó, no fue obra del socialismo real, sino del imperialismo. También esa guerra fue comenzada y desarrollada por el imperialismo más agresivo de entonces, el imperialismo alemán, que generó el fascismo hitleriano. Y fue este fascismo y no el sistema soviético el que ocupó el norte de Italia y casi toda Europa. Fue también el fascismo alemán el que, por primera vez en la historia, utilizó las salas de asfixia y los hornos crematorios para calcinar a más de 20 millones de seres en Auswich, Mathausen, Dachau y otros campos de exterminio.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, de 1936 a 1939, tuvo lugar la guerra de España. En ella dieron su vida a nuestro lado unos 20.000 voluntarios de la libertad, de 53 países. Del lado de Franco también hubo miles de italianos y de alemanes enviados por Mussolini y Hitler, los restos de muchos de los cuales reposan

en nuestras tierras. Y aquella guerra, en la que la URSS nos prestó su generosa ayuda, la perdimos, contra todo derecho, y contra toda justicia. Y la perdimos porque el imperialismo alemán e italiano y el de EE.UU. y en general el imperialismo internacional apoyó a Franco.

En los últimos años el imperialismo norteamericano ha cometido multitud de desafueros, de violaciones de la independencia de los pueblos y de crímenes. Están en la mente de todos. Es lo que cabe tener en cuenta al hacer el balance de lo ocurrido en los últimos cincuenta años. Poniendo sí en el debe también lo negativo realizado por la URSS, bajo el dominio de Stalin y de Breznev. Pero ni menos ni más que lo realizado. Porque si se falsea la memoria histórica, la humanidad pagará sus consecuencias.

¿QUE HACER?

Lo que está ocurriendo en el mundo y particularmente en Europa, como todo en la vida y en la sociedad, es contradictorio, y la posibilidad de impedir una nueva guerra mundial y de asentar la situación internacional sobre una base pacífica abrirá, sin duda, un horizonte nuevo. Tan nuevo que todas sus consecuencias es difícil predecirlas ahora.

Al propio tiempo, existe de negativo el fenómeno de que, circunstancialmente, se restablece el dominio del capital en una franja de la Europa Central y Oriental. Además va a ser la derecha la que regente su poder político.

Si eso significa la libertad, como ha pregonado recientemente en Madrid cierto personaje, lo dejamos a su responsabilidad política.

Pero el mundo ni se va a hundir ni se va a paralizar por eso. La lucha de clases tampoco va a

desaparecer ni se va a aminorar, al contrario. Porque pese a lo que digan ciertos profetas de mal agüero, la lucha de clases existe porque existen las clases antagónicas. Y el marxismo como método sigue siendo un punto de referencia indiscutible y un barómetro que no falla. Los que fallamos a veces somos los que no sabemos utilizar ese barómetro para medir lo que ocurre. Me refiero tanto a los que han estado en el gobierno como a los que estamos en la oposición.

El camino que hay que seguir para impedir una nueva fase de la sumisión, el expolio y la explotación no es el del conformismo y la complacencia

También en este caso, el pensamiento de Federico Engels de que el proceso revolucionario no sigue una línea vertical ascendente, sino que traza una espiral, se confirma. Hoy estamos en la línea horizontal de la espiral y no en la elíptica. Pero se remontará esa horizontal y mañana, pasado mañana, la espiral elevará su vuelo a un nivel más alto.

Ahora mismo podemos constatar cómo de una parte del Tercer Mundo, concretamente del Cono Sur de Africa, se avanza en una dirección positiva: la independencia de Namibia, la liberación del líder de la ANC Mandela y el proceso iniciado en Africa del Sur, abren un nuevo horizonte para esa zona tan sensible del globo.

En América Latina se agitan, con razón, especialmente en la Argentina, millones de trabajadores. Y en la que parece la vieja y decadente Europa, también hay signos de protesta y de ciertos cambios. Estos van desde las

calles de Londres, en donde se desafía a Mme. Thatcher, hasta la reorientación política de ciertos sectores de la izquierda en España.

¿Qué hacer ante la situación? Entre nosotros Izquierda Unida es un punto de referencia ya muy válido, que amplía su horizonte, su influencia y su prestigio. Es una experiencia que puede cundir y que hay que cuidar con esmero y además defender con pasión. El principal promotor debe seguir siendo el PCE.

A nivel general la idea de ingreso en la Segunda Internacional, sin garantía de que ésta cambie de raíz su orientación, no tendría sentido. Es más, sería dejar en manos de la burguesía y de la política económica neoliberal y, por tanto, de una despiadada explotación capitalista la suerte de los trabajadores del músculo y de la inteligencia. Sería también admitir, a sabiendas, el expolio cada día mayor de los países del Tercer Mundo.

Sin desechar el diálogo y la relación con la socialdemocracia, la vía de cambio ha de ser la que apunta nuestro partido, esbozada por Julio Anguita en la citada conferencia del Club Siglo XXI: «En 1990, socialistas y comunistas no son ya, de manera exclusiva, las únicas fuerzas de izquierda. La aparición de movimientos sociales más o menos articulados y la apuesta personal e individual de muchos hombres y mujeres son partes de una realidad que no debe obviarse».

Madrid, 1 de abril de 1990.

¹ «Luwing Fuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana.»

² Ver ese discurso de Anguita y el proyecto de informe de Francisco Frutos a la próxima Conferencia Nacional del PCE.

³ Véase «América Latina vista por los partidos políticos y los sindicatos españoles». Publicación de Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI). Ciudad Universitaria. Madrid.

AFRICA DEL SUR:

¿QUE TODO CAMBIE PARA QUE TODO SIGA IGUAL?

Armando López Salinas

La larga marcha de 28 millones de negros y mestizos frente a 5 millones de blancos que aún dominan todos los resortes políticos y económicos del país comienza a dar sus frutos.

Aunque no conviene echar las campanas al vuelo, quedan muchas batallas por librar, puede tratarse del principio del fin del «apartheid». La legalización del Consejo Nacional Africano (ANC) y del Partido Comunista Sudafricano (SACP), el levantamiento de restricciones al funcionamiento de organizaciones tales como el Consejo Panafricano

La máxima de Lampedusa, que todo cambie para que todo siga igual, pudiera ser el objetivo perseguido por aquellos que, como Frederik De Clerk, presidente sudafricano, quieren conservar la dominación de la minoría blanca sobre la región. Es decir, mantener el control político y económico del imperialismo en una zona donde abundan materias primas escasas en otros lugares del mundo y cuya situación geoestratégica, desde la iniciación de los conflictos en el Oriente Medio, ha sido considerada vital para los intereses imperialistas mundiales. Aunque en este último extremo, el clima de distensión en Europa y los cambios producidos en los países del Este han hecho disminuir el papel atribuido al Gobierno de Pretoria en el dispositivo político-militar del Pentágono.

Sin embargo, dicho lo anterior, no es posible subestimar los cambios producidos, que son reales y que han hecho aparecer fuertes contradicciones en las filas racistas dentro y fuera del Gobierno y, en concreto, dentro del Partido Nacional hoy en el poder. Así, por ejemplo, dentro de las filas de este partido hay núcleos de extrema derecha, una cohorte nazi, los afiliados a la rama llamada «Hermandad Blanca» (Broederbon), que cuentan con 15.000 hombres que desde hace ya bastante tiempo están organizados militarmente y dispuestos, dicen, a defender con las armas la supremacía de los «africaner» en Africa del Sur. Al tiempo, Andries Treurnicht, líder de Partido Conservador, que cuenta con un significativo grupo parlamentario, ha amenazado con desencadenar una guerra «por la libertad de los blancos». La pregunta, entonces, es por qué De Clerk, amenazado por un sector im-

de Azanía, la Confederación de Trabajadores (COSATU) e iglesias y entidades antiapartheid, la liberación de Nelson Mandela y Sisulu, señalan, bien a las claras, que el régimen de Pretoria ha sufrido el revés más grave de toda su existencia.

Esta derrota se inscribe, también, en un contexto regional e internacional favorable, hoy por hoy, a la abolición del sistema racista. La derrota militar en Angola, seguida pronto por la victoria electoral de la SWAPO y la independencia de Namibia, son datos decisivos a la hora de analizar la situación.

portante de la población blanca, lidera el cambio. O dicho de otro modo, ¿si su política se lleva a cabo qué quedará del apartheid? ¿Por qué el Consejo Nacional Africano, por boca de Mandela, llama a intensificar la lucha popular, incluso la lucha armada, incita a la unidad de todas las fuerzas sudafricanas progresistas e insiste en mantener las sanciones globales impuestas por la comunidad internacional al Gobierno de Pretoria? El problema planteado tras estos interrogantes es el de saber si los cambios que se han producido van en la dirección de liquidar el sistema del apartheid o, por el contrario, se intenta, por parte del Gobierno De Clerk, estabilizar el citado sistema sobre bases adaptadas a las nuevas condiciones abiertas. En este sentido, todo indica que tanto el presidente sudafricano como los medios financieros e industriales que le apoyan, propician la última solución: la de que todo cambie para que todo siga igual.

Y ello porque el apartheid no es solamente la negación de las libertades políticas, la violación sistemática de los derechos humanos o la segregación racial. Es, sobre todo, amén de lo dicho, un sistema colonial, en el que a todo un pueblo, el negro y el mestizo (85 por 100 de la población), le han robado su propio país en provecho de una minoría blanca (15 por 100) apoyada en criterios racistas y en la fuerza de las armas.

Con un aparato político-administrativo y policial de tipo fascista, los sucesivos gobiernos de Pretoria, incluyendo el de Frederik De Clerk, han venido maniobrando, cambiando o adaptando las formas de dominación, según las exigencias del momento y la correlación de fuerzas existentes, pero el sistema ha seguido basándose, hasta el día



de hoy, en la violencia colonialista. Desde este punto de vista, las victorias parciales del pueblo negro no han logrado aún modificar la esencia del sistema. Las victorias alcanzadas son importantes, muy importantes sin duda, en la medida en que debilitan y obligan a modificar y alterar la táctica y estrategia del sistema racista.

De Clerk, que pone en libertad a Mandela y Sisulu, legaliza al Consejo Nacional Africano y al Partido Comunista, aún no ha levantado en su totalidad el estado de excepción existente desde 1986, no ha liberado a todos los presos políticos y el ejército y la policía siguen patrullando por, prácticamente, todas las poblaciones del país. Todo indica que para el Gobierno de Pretoria la cuestión estriba no en abrir negociaciones sobre la manera de transferir el poder a la mayoría, sino en conseguir que se levanten las sanciones internacionales impuestas y alejar el riesgo de que éstas pudieran aumentar. La situación económica del país se ha deteriorado, asfixiado en gran medida por las citadas sanciones parciales. Cabe decir, por ejemplo, que el embargo en la compra de armamentos ha tenido consecuencias muy serias para el ejército destacado en Angola.

LA INICIATIVA POLITICA EN MANOS DEL CONSEJO NACIONAL AFRICANO

Pero no se trata sólo de la situación económica. El estado de excepción ha tratado de ocultar la realidad de un Gobierno que no ha conseguido recuperar la iniciativa política frente a la mayoría negra. Y que tampoco ha conseguido recuperar el control en la práctica totalidad de los núcleos urbanos. Al tiempo, en los «homelands», seudo-

tados negros creados y reconocidos sólo por el régimen racista sudafricano, el Gobierno de Pretoria comienza a perder el control sobre los mismos a causa de que algunos jefes negros, hasta ahora dóciles colaboracionistas de su política, comienzan a tomar distancias llegando incluso a negociar con el Consejo Nacional Africano.

De Clerk, sin duda, espera, con las medidas tomadas, invertir la tendencia de deterioro de lo esencial del sistema de apartheid. Y puede pretender, indicios más que sobrados hay de ello, abrir un tipo de negociaciones en las que juntando en la misma mesa al Consejo Nacional Africano, jefes de «homelands» y representantes de otras asociaciones colaboracionistas existentes, llevar a Mandela y al Consejo Nacional a una situación donde, jugando De Clerk el papel de árbitro, el Consejo Nacional vea disminuido su peso negociador o cuanto menos obligado a aparecer ante la opinión pública internacional en posiciones intransigentes o «extremistas».

Por ahí apunta el juego. El Gobierno de Pretoria está llevando a cabo una campaña en todos los medios de comunicación en la que se presenta a una oposición negra dividida entre «moderados» y «extremistas», entre «comunistas» y «no comunistas», entre los que viven en el país y los que viven en el exilio, etcétera. La polarización se mantiene, pues, en Africa Austral. Desde la liberación de Mandela han arreciado los brotes de violencia. Unos de tipo tribal, interétnicos, como los ocurridos en la provincia de Natal, otros originados por la represión política del régimen racista que arremete contra las manifestaciones pacíficas que se suceden a lo largo y ancho del país.

Mandela, líder histórico del Consejo Nacional, mantiene su postura de seguir luchando contra el sistema segregacionista hasta sus últimas consecuencias. Mantiene, asimismo, el acceso al sufragio universal de la mayoría negra sobre la base de un hombre un voto. Lo cierto es, en la actual situación sudafricana, que el movimiento de masas, bajo todas las formas en que se manifiesta, será decisivo a la hora de las negociaciones, como asimismo lo será el peso de la opinión pública internacional. El Gobierno de Pretoria ha perdido la iniciativa política y no va a ser fácil que la recupere, dado el grado de unidad alcanzado entre el Consejo Nacional Africano, el Consejo Panafricano de Azanía, el Partido Comunista, así como la Confederación de Trabajadores.

Las batallas próximas van a ser difíciles, seguramente largas. Pero ya una cosa es segura, la victoria alcanzada con la liberación de Mandela y la legalización de las fuerzas políticas progresistas abre el camino de la libertad para una Africa Austral democrática y no racista.



DEMOCRACIA, REVOLUCION Y SOCIALISMO *

Adolfo Sánchez Vázquez

EN nuestros días, la Democracia (así, sustantivada y con mayúsculas) se ha convertido en un valor por encima de toda sospecha. Desde las más diversas u opuestas posiciones ideológicas y políticas, parece darse un amplio consenso sobre el valor puro e incontaminado de la democracia. Y tan aceptado es este bien que incluso regímenes que oprimen a sus pueblos o explotan a otros, se permiten darse baños de pureza o extender patentes de democracia. No es difícil comprender este consenso si de la democracia se habla en un plano abstracto, general; los problemas empiezan —los problemas que dividen al concebirla— cuando toma tierra o pone los pies en la realidad. Pero, ¿qué entendemos por democracia?; ¿qué es lo que une o divide al hablar de ella? Veamos.

participación de los miembros de la comunidad. Lo democrático estriba en la adopción o el control colectivo de decisiones. En una definición de este género caben tanto las concepciones clásicas que hacen hincapié en el sujeto participante («gobierno del pueblo», «gobierno de la mayoría») como en las concepciones modernas que insisten en la forma de su participación (adopción y control colectivo de las decisiones).

Al definir así a la democracia parece que hemos avanzado mucho, y, sin embargo, no es tanto, pues sólo tenemos una definición mínima, justamente —aunque parezca paradójico— por su extensión, carácter general, abstracto y formal: ciertamente el que permite que la casa de la democracia pueda ser habitada por huéspedes tan diversos. Los problemas empiezan, como decíamos, cuando la realidad nos obliga a concretar esa formulación general. En efecto, cuando se trata de la de-



mocracia en una situación dada o en un momento determinado, vemos que cambia la naturaleza del sujeto participante, el espacio o lugar en que participa, la forma de participar y el objeto, la materia, sobre los que recae su participación.

EL QUIEN, DONDE, COMO Y SOBRE QUE DE LA DEMOCRACIA

Vemos, por ejemplo, la democracia realmente existente en las sociedades modernas, burguesas, justamente la democracia que ha sido calificada, tomando en cuenta sus orígenes, sus límites y contenido, como democracia política, liberal o también como democracia parlamentaria o electoral. Y preguntémosle: ¿quién, dónde, cómo y sobre qué participa? A la primera cuestión, que es la del sujeto participante, responden sus ideólogos y así se formula programática o constitucionalmente: todos los miembros de la comunidad en cuanto ciudadanos iguales ante la ley. De ahí la afirmación: cada individuo, un voto. Lejanas ya las limitaciones culturales o económicas —superadas por cierto gracias a las luchas populares— al derecho de participar, el sujeto participante y, por tanto, el sufragio, es universal.

La segunda cuestión no es la de quién participa sino dónde se ejerce esa participación. Ahora bien, como puede advertirse sin dificultad, ambas cuestiones se hallan íntimamente entrelazadas. Hemos dicho antes que el sujeto participante es universal (a nadie se le priva del derecho a participar). Pero, ciertamente, no lo ejerce en todas partes. Norberto Bobbio dice con razón que la democracia en el sistema actual encuentra una barrera insuperable a las puertas de las fábricas. El sujeto de la democracia sólo lo es en su espacio propio: las casillas electorales en las que vota, o el parlamento a través de los representantes en los que ha delegado su voluntad.

Al abordarse la cuestión de *quién* y *dónde* participa el sujeto, se ha revelado también la respuesta a la tercera cuestión: la de *cómo* participa. Participa votando, suponiendo que su voluntad sea respetada. El ciudadano ejerce este derecho cada cuatro o cinco años, y al ejercerlo, cesa su participación, aunque ésta puede prolongarse indirectamente a través de sus representantes, si éstos se atienen a la voluntad original de los ciudadanos.

Pasamos ahora a la última cuestión: ¿sobre qué materias puede decidir el elector o sus mandatarios? Si el ciudadano es un trabajador, las cuestiones de la producción o de la relación capital-trabajo que le afectan vitalmente en su centro laboral, quedan al margen de su participación. ¿Podemos hablar de democracia, no obstante, cuando el sujeto participante, el espacio en que participa, la forma de participar y el objeto o materia de su participación, se hallan limitados en los términos que hemos señalado? Pensamos que puede hablarse de democracia en cuanto que existe cierta participación, aunque entonces habrá que reconocer que se trata de una democracia formal, política o representativa y, por tanto, limitada. Y habrá que reconocer asimismo que los límites a que se enfrenta le afectan en el doble sentido antes mencionado: como régimen de convivencia en una sociedad dada y como método y con-

junto de procedimientos para adoptar las decisiones colectivas que entraña toda participación.

VALOR Y POTENCIAL SUBVERSIVO DE LA DEMOCRACIA

Ahora bien, estos límites reales, impuestos por la sociedad en que se vive, lejos de poner fin a la necesidad de la democracia, plantean, por el contrario, la necesidad de extenderla y profundizarla, de pasar de una democracia formal, política o parlamentaria —sin abandonarla— a una democracia real, económica y social: a una democracia que, al superar los límites señalados, se amplíe en un proceso ininterrumpido de participación cada vez más rico y diverso en los cuatro puntos que hemos señalado: sujeto, espacio, forma y objeto de la participación. Por cuanto que la democracia exige una participación consciente, racional, en la toma de decisiones que afectan a la comunidad y toda vez que esta participación es una exigencia de libertad, la democracia es un valor al que no se puede dejar de aspirar. Y en cuanto que la realización de este valor requiere superar sus límites reales, la democracia, dada su necesidad de extenderse y profundizarse, es subversiva. Y cuando ese potencial subversivo supera los límites que le impone el sistema social vigente, estamos —con esa superación— en lo que llamamos —en su recto sentido— socialismo.

LA VETA AUTORITARIA DE LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA

En nuestro continente, la izquierda revolucionaria o socialista, al denunciar legítimamente los límites de la democracia formal, política, representativa, ha acabado por negar el valor mismo de la democracia. No siempre ha hecho la necesaria distinción de democracia formal y democracia real, de sus relaciones mutuas, de lo que debe ser rechazado y lo que debe ser salvado. Esto explica que sólo tardíamente haya reivindicado la necesidad de democratizar la vida política. Y ello en un continente donde —hasta hace poco— la ausencia total de democracia ha sido la regla, y donde la democracia —incluso la más limitada— ha sido la excepción.

Habría que reconocer que en este olvido o subestimación de la democracia se deja sentir el peso de una cultura política que, si bien no puede remitirse a Marx, encuentra puntos de apoyo en Lenin y, sobre todo, en el Lenin codificado, junto con Marx, como «marxismo-leninismo». Se trata de una cultura política con bastantes resonancias autoritarias y, por tanto, antidemocráticas. A las limitaciones de la democracia formal en la sociedad burguesa, que son inseparables de su carácter de clase, se le contrapuso durante largo tiempo la dictadura del proletariado no en su sentido marxiano compatible con la más amplia democracia, sino en el de Lenin (el posterior a la Revolución) de poder «no sujeto a ninguna ley» que, con Stalin, se identificará con dictadura en el sentido habitual. La democracia quedaba así descalificada y fue necesario el ascenso del fascismo y el nazismo al poder para que la palabra «democracia» adquiriera una connotación positiva en el lenguaje político de la izquier-

da revolucionaria de tradición leninista. Pero de esta cultura política formaba parte no sólo una falsa concepción que impedía ver las relaciones entre su valor universal y su carácter de clase, así como entre democracia y socialismo, sino también la negación de la democracia interna en las organizaciones políticas de vanguardia que debían dirigir y encauzar la lucha por el socialismo. Esta práctica antidemocrática en el seno del partido y en su relación con las masas se fundaba, a su vez, en el privilegio epistemológico que se atribuía al partido, y con él a su dirección, de ser él sólo —y con él su dirección— el depositario del saber, privilegio que no podía ser —democráticamente— compartido.

La superación de estas concepciones y prácticas autoritarias ha permitido, en los últimos años, llevar la democracia no sólo al seno de los partidos revolucionarios así como a las relaciones de éstos con las masas y los movimientos sociales, sino también reivindicar el valor de la democracia no obstante las limitaciones que encuentra en la sociedad presente. El reconocimiento de estas limitaciones en la democracia realmente existente, lejos de conducir a la negación de los valores democráticos —como solía hacer la izquierda en el pasado—, debe conducir a promoverlos en un proceso de lucha que no se agota —dentro o fuera del sistema— y, por tanto, a pugnar por ampliarla o profundizarla. Y si la contradicción entre democracia formal y democracia real es insuperable dentro del sistema social vigente aunque pueda suavizarse, entonces se trata de superar el sistema mismo, y esta superación tiene un nombre: socialismo. De ahí que la lucha por la democracia, cuando es consecuente como proceso de ampliación y profundización de ella, sea inseparable de la lucha por el socialismo. Perder de vista este objetivo en nombre de la democracia, no sólo limita el contenido democrático de la lucha democrática misma sino que limita a su vez la vía democrática de acceso al propio socialismo. Y ello en virtud de la unidad, que Marx siempre sostuvo, de democracia y socialismo.

DEMOCRACIA REPRESENTATIVA O DEMOCRACIA DIRECTA: UN FALSO DILEMA

Ahora bien, en toda situación histórica concreta en la que se aspire no sólo a una participación efectiva del pueblo en la esfera política, electoral, sino en todas las esferas de la vida social, esta aspiración no cancela de modo alguno la democracia realmente existente, pero sí obliga a denunciar las barreras que encuentra y a pugnar por superarlas. No se trata, pues, de rechazar una forma de democracia como la representativa, pero sí de hacer transparentes las limitaciones del principio de representatividad en el sistema vigente (crítica que ya hace más de un siglo hizo Marx al analizar la experiencia histórica de la Comuna de París). No se trata de propugnar la abolición de la democracia representativa, o participación delegada, en nombre de una participación directa, que, lejos de excluirla, vendría a complementarla o enriquecerla.

La izquierda revolucionaria ha tendido, durante largos años, aunque hoy esta tendencia es menor, a privilegiar la democracia directa, o de los «consejos», des-

lumbrada por el papel que ésta desempeñó en los primeros años de la Revolución de Octubre, cuando los «soviets» aseguraban la participación directa en los centros de trabajo, y no se había convertido aún en la caricatura —como correas de transmisión del poder estatal— en que los convirtió Stalin.

Pero así como la democracia representativa implica siempre el riesgo de caer en un universalismo abstracto al separarse de lo concreto, de lo particular —separación que como vimos afecta al sujeto, espacio y objeto en la participación delegada representada—, la democracia directa, de los consejos o autogestionaria, entraña el abuso del particularismo cuando los grupos que la practican en determinados centros de trabajo o unidades de producción, movidos por su interés particular o egoísmo corporativo pierden de vista el interés general, una prevención constante frente a uno y otro riesgo y una complementariedad en sus dos vertientes —representativa y directa— permitirán enriquecer a la democracia.

Toda exclusión de la democracia representativa en nombre de la democracia real, entendida como participación directa, acaba con la democracia misma, es decir, con toda forma de democracia. Esto es lo que nos muestra la experiencia histórica de la Revolución de Octubre al disolver la asamblea constituyente y traspasar todo el poder a los soviets. Ya Rosa Luxemburgo lo había advertido en 1918, es decir, en los inicios mismos del proceso revolucionario. Se empieza por abolir la democracia representativa y se acaba por abolir toda democracia. El vaticinio de Rosa Luxemburgo, apenas al año de la toma del poder por los bolcheviques, se cumpliría cabalmente, durante más de 60 años, hasta que se inicia en la sociedad soviética el proceso de democratización bajo el signo de la perestroika, proceso que tiene por eje —como reforma política y social— la restauración de una democracia representativa y, en forma embrionaria aún, la democracia autogestionaria en los centros de producción.

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

Lo que demuestra la experiencia histórica de las sociedades del llamado «socialismo real», al excluir toda forma de democracia, así como la de los movimientos revolucionarios de inspiración leninista, es lo que Marx había afirmado, y muchos marxistas olvidado, a saber: que democracia y socialismo constituyen una unidad indisoluble, puesto que la democracia consecuente, al no limitarse a la esfera política, impregna todos los poros de la vida social, conduce al socialismo. Y el socialismo, a su vez entendido como la economía y el Estado bajo el control de la sociedad, o como participación de los miembros de ésta en todas las esferas de la vida social, es la democracia radical, y consecuentemente la más amplia y profunda.

LA DEMOCRACIA Y LA HISTORIA

Pero la democracia no puede abstraerse de la realidad y su historia. Sus formas, sus posibilidades, su extensión y sus límites se hallan condicionados histórica y

socialmente. La democracia no es una planta que florezca en cualquier terreno histórico y social. No es casual que la democracia antigua, ateniense, haya conocido la democracia directa en toda su plenitud al permitir a los miembros de la *polis* expresar su voluntad sin intermediarios o representantes. Ciertamente, se trataba de los hombres «libres» (un tercio de la población; los otros dos tercios, los esclavos atenienses, carecían de ese derecho). Tratándose de una población reducida y limitada a su vez, territorialmente, se trataba de la democracia directa con la que todavía en el siglo XVIII soñaba Rousseau, pero imposible hoy incluso en un Estado de dimensiones —por su población y territorio— pequeñas. Pero, aun sin dejar de tomar en cuenta este aspecto cuantitativo, la democracia ateniense no se puede separar de un sistema social en el que la máxima libertad de los que la ejercen se conjuga con la máxima servidumbre de los que no pueden practicarla: los esclavos. Y esta relación entre democracia e historia y sociedad, la encontramos en la democracia moderna. No es casual que surja en el siglo XVIII con el ascenso de la burguesía y con las relaciones sociales capitalistas que se desarrollan en Inglaterra, Estados Unidos y Francia.

DEMOCRACIA Y CAPITALISMO

No se puede negar que cierta democracia ha formado y forma parte de la superestructura política del capitalismo. Es la democracia limitada, política, formal que el capitalismo acepta en cuanto que sirva a la reproducción de las condiciones de producción capitalistas, o en tanto que, bajo la presión de las luchas populares, se ve obligado a aceptarla mientras no pone en cuestión el proceso de acumulación capitalista. Pero la historia demuestra también que el capitalismo no duda en desembarazarse de toda forma democrática, por limitada que sea, cuando así lo exigen sus intereses fundamentales. El ejemplo de nazismo es elocuente en este punto. A la democracia formal, parlamentaria de la República de Weimar le sucede la dictadura nazi que, lejos de romper con el gran capital o de autonomizarse con respecto a él, se convierte en la mejor garantía de sus intereses. Ciertamente, aunque el capitalismo, en determinadas circunstancias históricas, puede arrojar por la borda una forma democrática como la liberal burguesa, sin dejar de ser capitalismo, esto no significa que haya que pasar por alto las diferencias entre un forma democrática, no obstante sus limitaciones, y la negación total o matizada de la democracia. No haber tenido en cuenta estas diferencias dentro de los límites estructurales del sistema, fue en los años que precedieron a la toma del poder por los nazis, uno de los errores históricos del comunismo alemán que tan trágicamente se habrían de pagar en la práctica. Pero teniendo en cuenta este y otros ejemplos históricos hay que cuidarse de establecer una ecuación entre capitalismo y democracia. Incluso cuando, en la actualidad, en los países capitalistas más desarrollados, la democracia alcanza con el Estado de Bienestar los espacios más amplios dentro del sistema —lo cual, por otra parte, no puede desdeñarse—, se trata de un compromiso entre capitalismo y

democracia que no pone en cuestión el proceso de acumulación capitalista. No se trata, por supuesto, como pretende la socialdemocracia europea, de un Estado benefactor con el que la democracia esté rebasando los límites estructurales que le impone el sistema capitalista. El capitalismo democrático no deja de ser capitalismo.

VALOR UNIVERSAL DE LA DEMOCRACIA

La conclusión a que llegamos por ahora es que la democracia es un valor que debe ser reivindicado no sólo ante las negaciones, olvidos o subestimaciones de ella, sino también ante las limitaciones de la democracia realmente existente. No es casual que la necesidad de la democratización sea hoy una bandera universal. Y lo es tanto en los países capitalistas desarrollados en los que se hace necesario extender, profundizar o radicalizar la democracia vigente, como en los países de desarrollo medio o subdesarrollados que apenas empiezan a transitar por la vía estrecha de la democracia representativa o política, y, finalmente, en las sociedades del «socialismo real» en las que, tras de haberla negado en nombre del socialismo, inician un difícil e incierto proceso de democratización.

LAS CRITICAS A LA DEMOCRACIA

Ahora bien, aunque la democracia se presenta hoy como un valor generalmente admitido, y, como decíamos al comienzo, por encima de toda sospecha, esto no significa que se encuentre en un lecho de rosas o al abrigo de toda crítica o impugnación. No nos referimos ahora a las críticas que puede suscitar, y algunas de ellas las hemos expuesto, cierta forma de democracia, críticas que presuponen el valor de la democracia y que parten justamente de los obstáculos o limitaciones que se imponen en su realización. Nos referimos más bien a las críticas que ven en ella un proyecto imposible o irrealizable, cualesquiera que sean las formas que adopte en su realización.

Veamos cuatro de esas críticas a la democracia. La primera se refiere a su posibilidad, y aborda esta cuestión en relación con la naturaleza humana. Lo que caracteriza a la naturaleza humana, o al comportamiento del hombre, son sus impulsos egoístas, su individualismo extremo, su intolerancia con respecto a los intereses, aspiraciones o decisiones de los otros; en suma su insolidaridad. Ahora bien, toda democracia —cualquiera que sea su grado o sus límites— supone, por el contrario, cierto espíritu colectivo o solidario en cuanto que se trata de organizar, por encima del egoísmo o del individualismo desenfrenados, cierta convivencia social, y supone, asimismo, ese espíritu colectivo, solidario en cuanto que ciertos asuntos generales o públicos se ponen en primer plano y sobre ellos se trata de adoptar determinadas decisiones colectivas.

La democracia —hemos dicho antes— es ante todo participación, y esto supone no sólo concebir la presencia de lo colectivo en el sujeto participante y en el lugar que participa, sino también en la forma y en el objeto de su participación. La participación de uno supo-

ne la participación de los demás y, asimismo, el respeto y la tolerancia hacia esa participación. Esta participación, en la que se hace presente el otro, no es la mano invisible guiada exclusivamente por el egoísmo.

Pues bien, si la democracia entraña siempre cierto espíritu solidario y una actitud positiva hacia los que intervienen en esta participación común, y si, por otro lado, la naturaleza humana es fundamentalmente egoísta, no participativa, o sólo participativa por un móvil insolidario, democracia y naturaleza humana son incompatibles. Por consiguiente, dada esa naturaleza humana, la democracia es imposible.

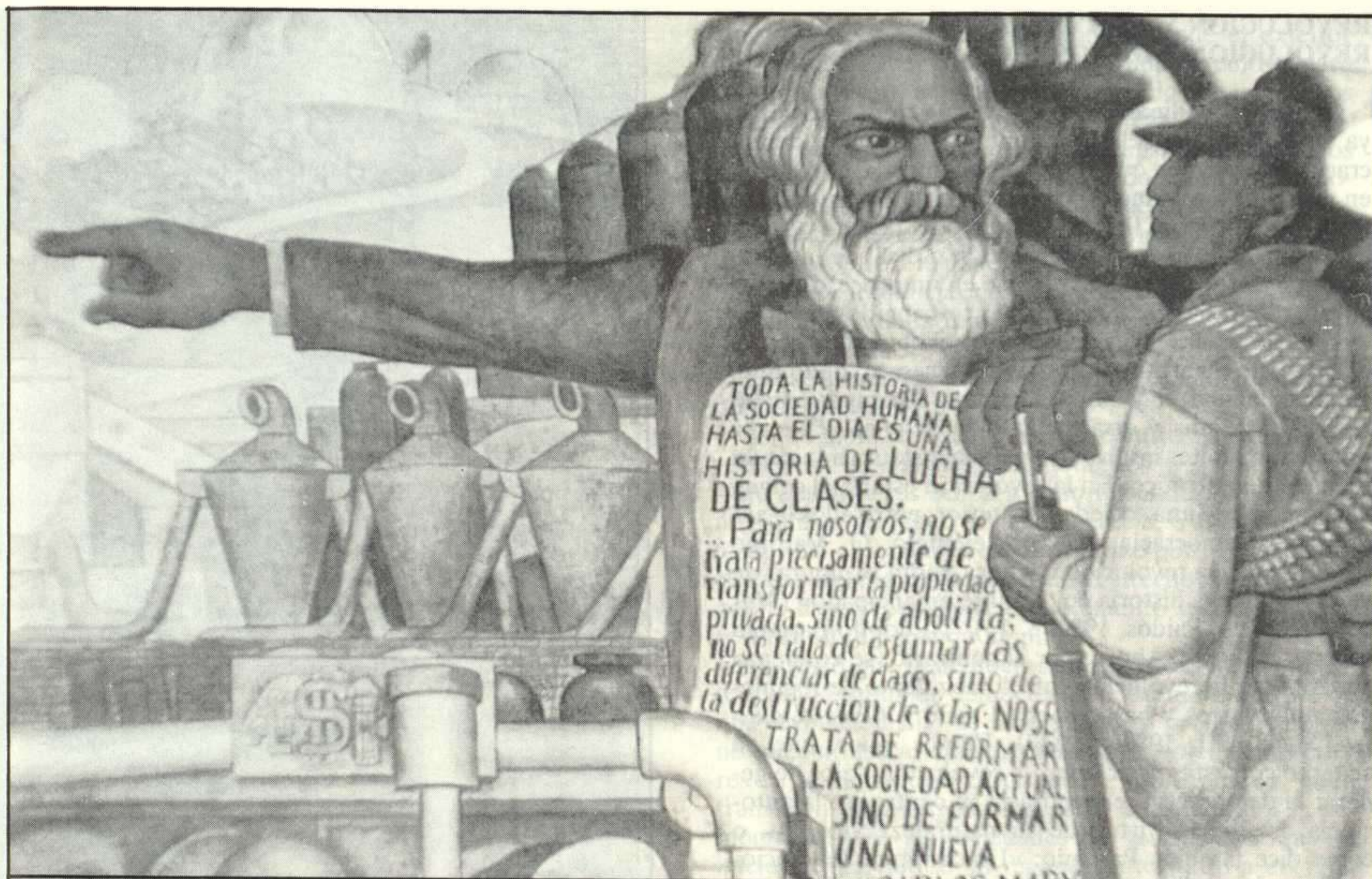
Lo que la hace imposible puede variar de acuerdo con la idea que de ella se tenga. Puede ser también, como en el Nietzsche de *Más allá del bien y del mal*, la obediencia ciega que hace posible el gobierno carismático o la tiranía, y en consecuencia, hace imposible la democracia.

Trátase de la naturaleza humana egoísta o de la pasividad u obediencia ciega, la democracia entra en contradicción con la naturaleza del hombre.

Pero esta crítica devastadora de la democracia sólo puede aceptarse si se acepta que existe una naturaleza humana dotada de rasgos inmutables, al margen de la historia. Pero tal naturaleza humana no existe, pues lo que podemos considerar como tal sólo se da en la historia y por la historia. Aunque los rasgos de las concepciones apuntadas —el egoísmo o la obediencia ciega— puedan darse, sólo se dan en determinadas condiciones históricas. De la misma manera el comportamiento humano —solidario, tolerante, etcétera— sin el cual es inconcebible la democracia, sólo se da en unas condiciones históricas. La democracia, con sus modalidades, formas o límites así como la ausencia de ella —como dictadura, despotismo o tiranía—, dependen de determinadas condiciones históricas y sociales, y no están inscritas, por supuesto, en una abstracta naturaleza humana. Queda, pues, afirmada la tesis de la posibilidad de la democracia. Pero prueba —y definitiva— de ella es la realidad misma. La democracia, con su diversidad de formas y con sus límites variables, ha existido y existe efectivamente.

Una segunda crítica apunta no ya a su posibilidad afirmada con su realización, sino a su realidad misma. Y su tesis es esta: la democracia, al realizarse, degenera o se convierte en su contrario. Existe, pues, una lógica propia de su desarrollo en virtud de la cual, la democracia, lejos de ampliarse o profundizarse, acabaría por desnaturalizarse. No se trata de una tesis nueva. Ya Platón en la antigüedad había dicho tajantemente: «La democracia se convierte en despotismo» (*La República*, VIII, 562). Y, en nuestros días, Robert Michels, refiriéndose a la democracia en el seno de los partidos o los sindicatos, formula su Ley de Hierro de la Oligarquía, de acuerdo con la cual la práctica de la democracia en esas organizaciones genera intereses que acaban por destruirla.

Ciertamente, no faltan ejemplos de cómo la práctica democrática ha desembocado en su desnaturalización (un ejemplo extremo es el de la evolución, por vía democrática, de la República de Weimar al ascenso nazi al poder). Y son muchos los ejemplos que podrían aducirse de organizaciones políticas y sindicales que han pa-



sado en su seno del cultivo de una práctica democrática a su desnaturalización. Pero en todos estos casos, independientemente de otros factores empíricos, específicos, la causa fundamental de ese proceso involutivo no estaría en la aplicación consecuente de la democracia, sino justamente en su repliegue o recorte; en suma, en su inconsecuencia.

Esta concepción de la necesidad de ampliar o extender la democracia, da pie precisamente a una tercera crítica que, en la actualidad, proviene sobre todo de los medios conservadores: la de los «excesos» de la democracia. La «excesiva» democracia produce lo que llaman sus ideólogos «ingobernabilidad». Bobbio entiende ésta como la consecuencia de la desproporción existente entre las demandas cada vez mayores de la sociedad civil y la capacidad del sistema social para atenderlas. Pero Bobbio no ve solución a esta desproporción, ya que no cabe disminuir las demandas (que sería la solución autoritaria) ni atenderlas mejorando y reforzando los servicios del Estado (que sería la solución socialdemócrata, inviable dada la crisis del Estado de Bienestar).

Ahora bien, esta puesta en cuestión del rendimiento o gobernabilidad de las democracias, ya la planteaba la Comisión Trilateral, en mayo de 1975. Y lo hacía sin andarse con rodeos en los términos siguientes: «... Hemos llegado a reconocer —afirma en uno de sus trabajos de esa fecha— que hay límites potenciales deseables para el crecimiento económico... (como) hay límites potenciales para la extensión de la democracia». Y agregaba: «Un exceso de democracia significa un déficit de gober-

nabilidad; una fácil gobernabilidad sugiere una democracia defectuosa».

Cierto es que hay tal incompatibilidad, pero ésta hay que situarla en un terreno concreto. En determinada democracia, la sociedad se vuelve ingobernable de acuerdo con los patrones gobernantes, dictados por los intereses dominantes. Y la solución, en verdad, no es —como dice Bobbio— la autoritaria, pero tampoco la socialdemócrata cuando el Estado de Bienestar ya no es tolerado por el sistema. La solución está justamente en un «exceso» de la democracia —entendida como su ampliación y profundización— que al desplazar los intereses dominantes permite una nueva «governabilidad».

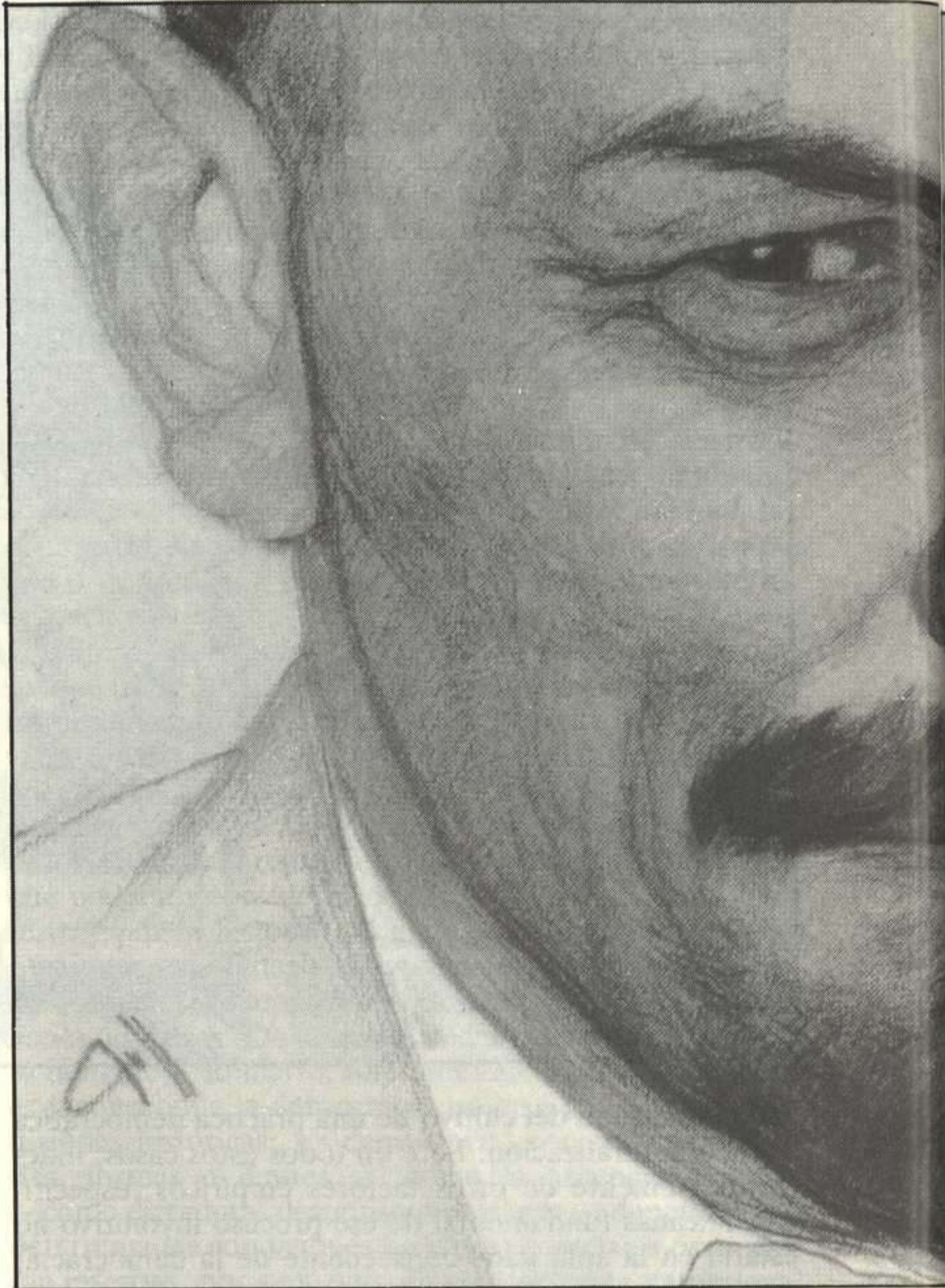
Finalmente, otra de las críticas a la democracia, de la que Bobbio se hace eco sin salirle al paso, es la de la disminución de los espacios de decisión democrática ante el aumento de la tecnocracia. Puesto que no todos pueden decidir sobre todo, y puesto que la decisión sobre cuestiones cada vez más especializadas, tiene que quedar en manos de los expertos, de los que saben, la democracia es incompatible con la tecnocracia. Ahora bien, admitir esta incompatibilidad y, por tanto, la primacía de los expertos, técnicos o tecnólogos, es confundir la racionalidad de los fines y valores con la racionalidad instrumental, o sea, de los medios. Si los segundos han de estar supeditados a los primeros, y no pueden, por tanto, convertirse en fines en sí, la participación selectiva de los expertos en su campo específico, no puede excluir la participación democrática de la comunidad en todos los asuntos que por su relación con los fines y valores en juego le afectan vitalmente.

REVOLUCION Y AUTORITARISMO; REVOLUCION Y DEMOCRACIA

Quedaba pendiente una última cuestión, anunciada ya en el título: las relaciones entre revolución y democracia. Precisemos que aquí entendemos la revolución en un sentido restringido, como proceso o conjunto de actos violentos que llevan a la toma del poder, y no en el sentido amplio de transformación radical de las relaciones sociales que puede basarse en un proceso democrático. Pues bien, en ese sentido restringido nos planteamos ahora las relaciones entre revolución y democracia. Este planteamiento se hace necesario dado que, en la actualidad, hay quienes ven una incompatibilidad radical entre una y otra, o también quienes ven en la revolución límites insalvables para la instauración de un régimen democrático. En la revolución estaría el origen de los males de una sociedad posterior, entre ellos la ausencia de democracia. Así, por ejemplo, G. Vattimo asegura que «la revolución... nunca podrá inaugurar de verdad la nueva historia del hombre emancipado» (*Más allá del sujeto*, Paidós, 1989, p. 16). Y Ludolfo Paramio afirma a su vez: «Ahora, por el contrario, se comienza a identificar la revolución con el nacimiento de regímenes autocráticos y basados en el terror» (*Tras el diluvio*, Siglo XXI, 1988, p. 147). Vemos, pues, que de acuerdo con estas posiciones, la revolución, lejos de generar la democracia, engendraría su contrario: la autocracia. Y ello es virtud de su naturaleza violenta, o como dice también Paramio: «Una ruptura revolucionaria, en la medida en que crea un profundo desgarramiento en el tejido social, da origen a una fuerte expansión de la capacidad represiva del Estado... y desarrolla desde el primer momento un aparato armado de fuerza superior». (*Ibidem.*)

En pocas palabras, la naturaleza autoritaria, violenta, de la revolución sólo puede llevar a un régimen autoritario, con la consiguiente exclusión de la democracia. Tenemos aquí dos afirmaciones: una —la primera— sobre la naturaleza de la revolución, y otra, sobre la consecuencia que se desprendería de esa naturaleza («una consecuencia lógica que lleva de la revolución a la autocracia», *Ibidem.*). Abordemos, pues, el problema de la relación entre revolución y democracia en este doble plano, a su vez lógico e histórico, teórico y empírico.

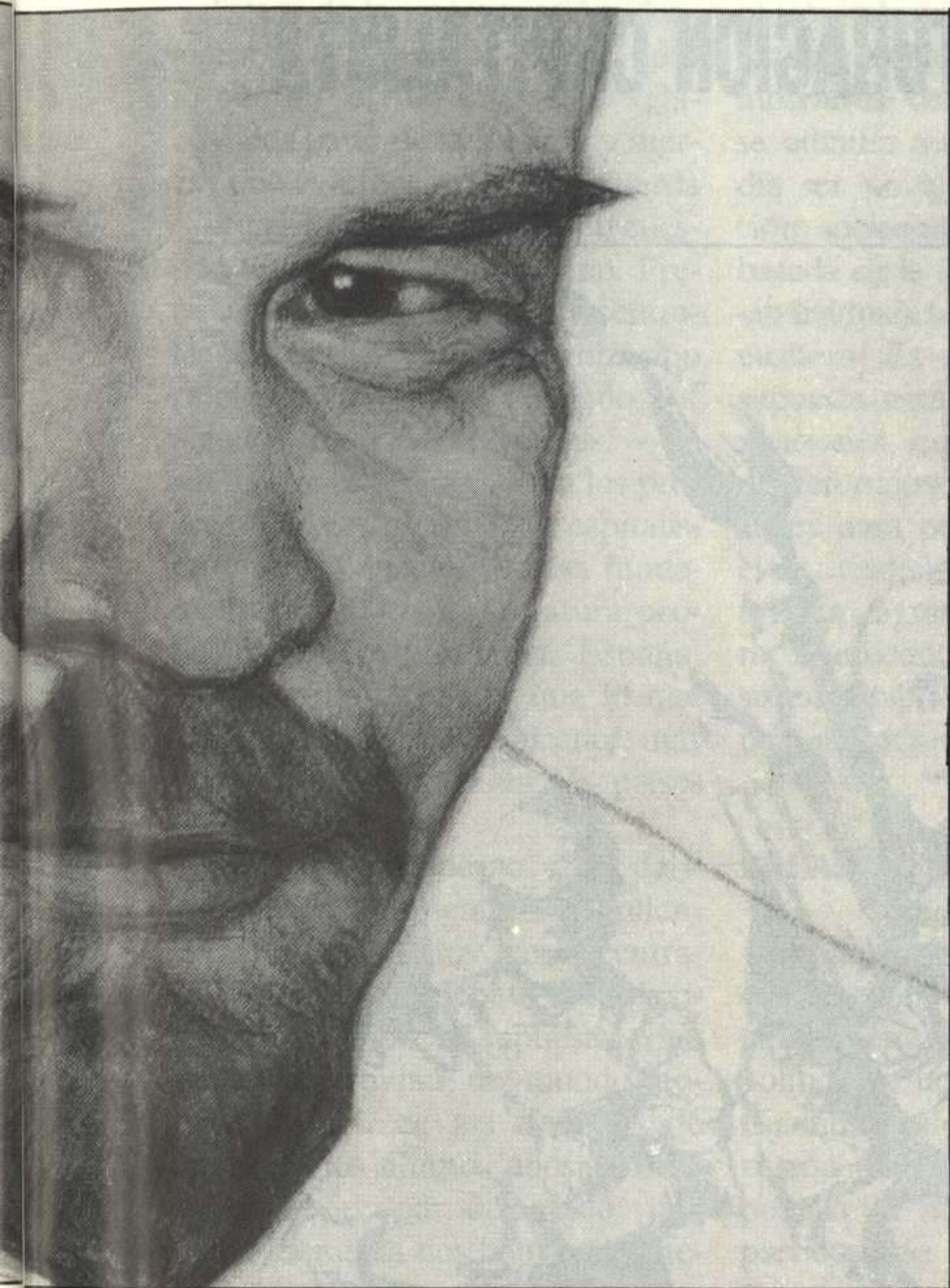
La primera afirmación —sobre la naturaleza de la revolución— se halla avalada al parecer por Engels cuando dice: «No hay nada más autoritario que una revolución». ¿Carece de fundamento esta afirmación? No, puesto que se trata de una evidencia empírica. Es un hecho que las revoluciones no se hacen en un lecho de rosas, sino por la fuerza, la violencia y, en ocasiones, por una fuerza organizada y largamente ejercida como lucha armada, militar. Y, en este sentido, nada hay más antidemocrático por autoritario o jerárquico que el instrumento armado de que se vale la revolución. Por otro lado, como demuestra la experiencia histórica de las revoluciones victoriosas de ayer —la francesa, la rusa, la mexicana o la cubana— o la revolución sandinista de hoy, las revoluciones no pueden desarmarse ya que, interna y externamente, tienen que hacer frente a la contrarrevolución. Hay, pues, un lado autoritario en toda revolución que le es impuesto por la lucha armada que



ha de librar, primero para vencer y después para sobrevivir.

Entremos ahora en la segunda cuestión: la de las consecuencias de la revolución para la democracia. Y empecemos por reconocer que los aspectos autoritarios de la revolución, las limitaciones o exclusiones de la democracia en la lucha violenta, armada, pueden darse más allá de los límites exigidos por la revolución misma, o perdurar cuando han cesado las condiciones que la exigían. Pero no se trata de un riesgo posible que haya de convertirse en realidad inexorablemente hasta el punto de obligarnos a identificar la revolución con un régimen antidemocrático basado en el terror. Ya no se trataría, por tanto, de determinada coyuntura histórica que explicaría un eclipse transitorio de la democracia después de la revolución, sino justamente de su negación como una «secuencia lógica» de ella. Y, por tanto, estaríamos ante el derrumbamiento del «paradigma» de la revolución, sostiene Vattimo y Paramio, como transición a una sociedad emancipada o más justa.

Los hechos parecen abonar la tesis de que las revoluciones han dado paso a formas de poder o métodos autoritarios. Así, por ejemplo, la primera revolución victoriosa de la burguesía (la inglesa) es inseparable de la dictadura de Oliverio Cromwell; la revolución fran-



cesa anidó en su seno la dictadura jacobina, un período de terror, fue seguida por el autoritarismo del imperio napoleónico, repetido más tarde, como farsa según Marx, por el bonapartismo; la revolución rusa conoció el largo período de terror y negación de la democracia que se conoce como estalinismo, y la revolución mexicana engendró primero un régimen de caudillos y, más tarde, de partido oficial, que sólo desde el 6 de julio del año pasado ha comenzado a resquebrajarse.

Y, sin embargo, no obstante estos hechos que parecen avalar la tesis de una «secuencia lógica» entre revolución y los males que después de ella aquejan a la democracia, en los tiempos modernos las revoluciones están en los orígenes de la democracia y son su condición necesaria. Nadie podría negar que la democracia inglesa es hija de una revolución; que la democracia francesa es inconcebible sin la Revolución de 1789; que los avances democráticos de México tienen sus orígenes en la Revolución de 1910 y que el proceso actual de democratización en la sociedad soviética, no obstante el largo eclipse que ha conocido, tiene sus raíces en la Revolución de Octubre. Finalmente, en nuestros días, la democracia nicaragüense —una democracia singular en la que se conjugan la representatividad y la participación directa—, sería inconcebible sin la revolución san-

dinista. No obstante, las agresiones desde el exterior que podrían haber constituido un caldo de cultivo para el autoritarismo, se amplían los espacios democráticos en consonancia con el carácter popular, nacional y antiimperialista de la revolución sandinista. En suma, los principios de libertad, representación y control de poder por la sociedad que, no obstante sus limitaciones, configuran a las democracias en los tiempos modernos, son fruto de revoluciones diversas. Así, pues, lejos de existir una secuencia inevitable entre revolución y autoritarismo, hallamos un nexo indisoluble entre revolución y democracia, tanto más amplio y profundo cuanto que se avanza desde un plano político a un plano económico y social.

Ahora bien, reconocer este nexo entre las grandes revoluciones de los tiempos modernos y la democracia —no obstante sus eclipses, deformaciones o desvíos—, no significa afirmar que la democracia, o al menos cierto tipo de ella, sólo puede alcanzarse por la vía revolucionaria (o revolución en sentido estrecho) y menos aún que la democracia no sea un elemento sustancial de la revolución (en sentido amplio).

Es cierto que la democracia, o más exactamente determinada forma de democracia, no siempre es fruto de una revolución sino de una transición pacífica, aunque no pueden descartarse elementos de violencia anteriores en su consecución. Así sucede, por ejemplo, en la transición de la España actual de la dictadura a la democracia, o en las sociedades del «socialismo real» al iniciar la marcha de un régimen autoritario a un régimen democrático, aunque todavía no es posible fijar el perfil específico que la democracia asumirá en dichas sociedades. En verdad, la revolución, o más propiamente la vía revolucionaria, violenta, de acceso al poder, no está hoy al orden del día. Pero ello no implica forzosamente que, en otras condiciones, no pueda estarlo para la conquista de la democracia.

LA ACTUALIDAD DE LA LUCHA POR LA DEMOCRACIA

Pero hoy por hoy, y cualquiera que sea la vía que se siga, la democracia constituye un valor universal. Y de ahí, en la actualidad, la lucha por alcanzarla donde todavía no existe; por hacer respetar sus reglas donde se proclama su existencia o por ampliarla y profundizarla donde ya se da, aunque sin perder de vista que su ampliación y profundización tiene límites estructurales en el sistema social vigente. Lo cual significa reconocer, asimismo, que la emancipación humana real es inseparable de la democracia plena, real y que ésta, asimismo, es inseparable de la transformación radical del sistema. Dicho en pocas palabras, y de una buena vez, que democracia y socialismo, como superación del sistema vigente, capitalista, constituyen una unidad indisoluble.

* Las ideas fundamentales de este trabajo fueron expuestas en la ponencia presentada en el Simposio Internacional sobre «Democracia y Revolución» (Managua, Nicaragua, julio de 1989) y más ampliamente en las Jornadas de Otoño «Rostros y máscaras de la democracia» (13-16 de noviembre de 1989), organizadas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

MODERNIZACION Y REESTRUCTURACION CAPITALISTA

Juan Trías

EN el documento plataforma para la Mesa Redonda de Cavtat 1988 sobre «El socialismo y la situación espiritual de nuestra época», se hacía referencia, dentro de los «procesos de incapacitación ideológica de la conciencia», a diversas ideologías del capital, las cuales ponen en tela de juicio la propia posibilidad histórica y la legitimidad del socialismo, señalando que su investigación cobra «una importancia de primer orden, no sólo porque esa reafirmación de la derecha crea condiciones nuevas, por muchas razones más graves, para las luchas de clases, de emancipación, que libran o deberían librar las fuerzas de la izquierda, sino también porque ésta ejerce una presión poderosa, directa o indirecta sobre la ideología y la política de la izquierda y, como se está mostrando, esa presión no resulta siempre sin éxito».

Pues bien, vamos a tomar como punto de partida el análisis de la significación que ha adoptado el término «moderno», «modernización» en la literatura política (periodística y científica), debido a la relevancia que ha adquirido desde el doble punto de vista, evocado líneas arriba, de la ofensiva antiso-



cialista y de la impregnación ideológica de la izquierda, hasta el punto que ha servido y sirve de vehículo por parte de ideologías y fuerzas que se proclaman de izquierda —socialistas— para poner en cuestión y renunciar al socialismo. Precisamente, uno de los ejes centrales de esa sedicente modernización es el papel asignado y jugado por algunos partidos socialistas —no sin tensiones internas— en los procesos de reestructuración capitalista. Nuestro análisis se basa fundamentalmente en la literatura producida y/o publicada en España; sin embargo, creemos que lo que planteamos tiene un alcance más general, sobre todo en los países latinos.

El término moderno y sus derivados es ambivalente. Así, mientras que uno de los temas centrales del reciente debate filosófico-cultural ha sido la supuesta crisis de la Modernidad, del mundo moderno y uno de los términos de moda en los últimos años ha sido posmoderno; por otro lado, una cierta literatura nos habla de la necesidad de operar la *modernización* de las estructuras económicas, sociales, políticas, culturales. En este último sentido, tiene una tradición bastante larga en las ciencias sociales, consagrándolo la ciencia social norteamericana, de donde se extendió a otros países, habiéndose popularizado en los últimos años en la literatura periodística y en el lenguaje de los políticos. Con el término *modernización* se hacía referencia en las ciencias sociales a los procesos —valorados positivamente— de cambio de una sociedad arcaica tradicional, de carácter agrario, rural, basada en estructuras tribales o en el poder de oligarquías agrarias, muchas veces de configuración política autoritaria, de valores tradicionales, a una *moderna*, definida, por contraste,

como industrial, urbana, con un sistema político al modo de las democracias occidentales —aunque se admitía que una dictadura podía ser un agente de modernización socioeconómica y cultural— basada en la movilidad, en valores «individualistas», «productivistas», etcétera. Es evidente que bajo la supuesta neutralidad de estas teorizaciones, que hacían abstracción de determinados antagonismos sociales para centrarse en la oposición: tradicional-moderno, rural-urbano, agrario-industrial, etcétera, se escondían legitimaciones del sistema capitalista, erigido en patrón de modernidad.

PALABRA Y MODA

En la actualidad, la palabra modernización —por lo menos en España— está de moda: la emplean políticos, empresarios, periodistas. Cualquier reforma se pone bajo el patrón de la modernización. Se postula la modernización de los partidos, de las empresas, de la Administración pública, de las Fuerzas Armadas, etcétera. De tan repetida se ha trivializado, sin embargo, en ocasiones, modernización adquiere unos significados a los que queremos referirnos, pues se inscriben en la ofensiva anti-socialista.

A través de editoriales, artículos de opinión, crónicas periodísticas, modernización se asimila a desideologización, abandono de la lucha de clases, de la orientación de clase; se identifica con una determinada política, lo que implica, en su caso, cambio de línea de ciertas organizaciones, la desaparición de otras, una configuración del espacio sociopolítico.

Como es sabido, en los años 60, en el marco de la onda larga expansiva capitalista que culminaba

en esa década, se formuló, desde medios conservadores, la tesis del crepúsculo de las ideologías. Las grandes movilizaciones obreras y los movimientos radicales de finales de los 60 hicieron retroceder esa tesis, que, ahora, reaparece, en condiciones diferentes, en pleno proceso de recomposición capitalista, como uno de los elementos de la ofensiva ideológica que forma parte de esa recomposición. Lo más novedoso y llamativo es que hoy no son sólo los teóricos de la derecha los que postulan el fin de las ideologías, sino muchos que se presentan como vinculados a posiciones *críticas*.

La identificación de desideologización con modernización abarca un amplio registro. Así, ideología, a la vez obsoleta y peligrosa, sería cualquier pretensión de afirmar una legalidad sociohistórica —con lo que se apunta directamente al marxismo— y, consecuentemente, una de las dimensiones de la modernización sería el abandono de tal pretensión. Como escribía no hace mucho A. Touraine, desde las páginas del periódico español «El País», el deber de los intelectuales «no es desvelar las leyes objetivas de la naturaleza y del hombre, sino de hablar en nombre de la subjetividad».

Otro componente de la modernización, de la desideologización, sería el abandono del postulado de la lucha de clases y, en consecuencia, de la orientación de clase. Este punto aparece ligado a la reflexión sobre la llamada sociedad posindustrial, de la que se afirma, y no sólo desde posiciones liberal conservadoras, que las clases han desaparecido. Hace unos meses, un dirigente socialista italiano, vicepresidente del Gobierno, declaraba que la confrontación derecha-izquierda carece de sentido «cuando prácticamente ha desaparecido la

clase obrera y casi diría la clase burguesa». Las transformaciones de la clase obrera, con la disminución de los trabajadores productivos, de los trabajadores manuales, acompañado de otros fenómenos en que no podemos detenernos; el peso que han adquirido en las grandes corporaciones capitalistas, los mángers, los ejecutivos, la titularidad de parte del capital por un elevado número de pequeños accionistas, presentado como un signo de la democratización del capital, cuando es de sobra conocido que aquellos están desprovistos de cualquier capacidad de decisión, etcétera, están detrás de esas teorizaciones sobre la desaparición de las clases. La lucha de clases ya no tendría sentido, la adscripción a este postulado sería un residuo ideológico, la modernización supondría eliminarlo. Lo significativo hoy es que, desde posiciones llamadas críticas, incluso de izquierdas, se acoge esta tesis.

MODERNIZACION = BAD GODESBERG

Con ello incidimos en uno de los capítulos, diríamos en el central, de las tesis modernizadoras. Se trata de la asociación de modernización con una determinada política, lo que implica, en su caso, el cambio de línea de ciertas organizaciones, la desaparición de otras. Lo primero afecta a los partidos socialistas o socialdemócratas y a los sindicatos; lo segundo a los partidos comunistas. La modernización referida a los partidos socialistas supone que éstos se asienten en una línea reformista, abandonando cualquier pretensión de modificación de las relaciones de producción, así: la plena aceptación de la llamada economía de mercado, la renuncia a las nacionalizaciones,

etcétera. Ideológicamente se expresaría en la desvinculación del marxismo. Modernización se asocia emblemáticamente al «espíritu» de Bad Godesberg; es lo que habría realizado el partido socialista francés abandonando el radicalismo de 1981, y poco antes el PSOE, así como el partido socialista italiano de la mano de B. Craxi.

Pero modernización ha venido a significar incluso ir más allá de lo que tradicionalmente se ha asociado a la política socialdemócrata, renunciando a elementos de la tradición socialista y adoptando valores del individualismo liberal. Se da la paradoja que contenidos del capitalismo de la era del *laissez-faire* se presentan como modernos. El ideal de igualdad, la intervención del Estado, son presentados como anacrónicos igualitarismo y estatalismo que una política de modernización debe abandonar, con lo que se llega a poner en cuestión el mismo Estado de bienestar (Welfare State). Hay que señalar que la ofensiva no se limita a los contenidos socioeconómicos; afecta a otros objetivos radicales. Hace unos días (7-10-88) el correspondiente en Londres del periódico «El País» presentaba como uno de los puntos del que llamaba proyecto de modernización de Niel Kinnock el abandono del desarme nuclear unilateral por parte del partido laborista (Labour Party). En España, la incorporación a la OTAN se ha presentado como uno de los jalones en el proceso de modernización.

En lo que se refiere a los sindicatos, se asiste, también, a una ofensiva antisindical en nombre de la modernización. Lo que se pone en cuestión no es ya sólo un sindicalismo revolucionario y de clase que se plantee objetivos an-





ticapitalistas, sino el mismo sindicalismo reivindicativo. Paradójicamente, la defensa del neocorporativismo se reviste de denuncia al corporativismo sindical. Dicho en otras palabras, la defensa de una política de concertación, de pacto social, se acompaña de un ataque al supuesto exclusivismo sindical. La modernización sindical pasaría por un desplazamiento del sindicalismo reivindicativo en favor de un sindicalismo de gestión y de concertación en el marco inalterable del capitalismo.

MODERNIZACION: ELIMINAR O REDUCIR LOS PARTIDOS COMUNISTAS

Un elemento esencial de la modernización, según sus teóricos, sería la eliminación o, al menos, la reducción a la marginalidad de los partidos comunistas. Así, con ocasión de las elecciones legislativas francesas de junio de 1988, cuando algunos pronosticaron un nuevo descenso del voto comunista y la desaparición de PCF del Parlamento, se comentó que con ello se daría un paso decisivo en la modernización de Francia. Por las mismas fechas se señalaba, con respecto a Portugal, que su modernización política pasaba por la reducción del peso del Partido Comunista, que ese país no completaría su modernización hasta tanto el Partido Socialista no monopolizase el espacio sociopolítico de la izquierda.

Estas transformaciones configurarían un espacio sociopolítico presentado como moderno por las tesis modernizadoras. Un espacio sociopolítico del que desaparecerían las opciones radicales, en que se diluiría la misma distinción entre derecha e izquierda, que, en definitiva, gravitaría sobre el cen-

tro. La política seguida por el Partido Socialista francés desde las elecciones presidenciales y legislativas del año 1988 con su apertura al centro derecha liberal es presentada como un paso decisivo en la obtención de ese resultado, pues contribuiría a la marginación, por un lado del PCF, y, por otro, de la extrema derecha y del neogaullismo conservador, potenciando al centro derecha liberal y orientando definitivamente al Partido Socialista hacia el centro, al modo de sus homólogos de Italia, España y Portugal.

Como decíamos al principio, y ya hemos apuntado a lo largo de esta comunicación, las tesis modernizadoras, con el contenido que hemos analizado, han sido asumidas por algunos partidos socialistas —principalmente del sur de Europa— sirviendo de vehículo y legitimación a su orientación política. Acabamos de ver cómo uno de los componentes esenciales de la llamada modernización es, precisamente, la orientación en ese sentido de los partidos socialistas. La política de reestructuración, en curso en los países capitalistas para dar una salida a la crisis, presentada también bajo el signo de la modernización, tendría como uno de sus ejes unos partidos socialistas que, en nombre de la modernización, asumiesen los contenidos de la política de reestructuración. Es más, en ciertas formaciones sociales, un partido socialista constituiría un instrumento más idóneo para su realización que un partido conservador, habida cuenta de la legitimación de izquierda que le proporcionaría, de su mayor poder de contención de la protesta social por su base popular y de la introducción de ciertas medidas correctoras de carácter social que suavizarían las tensiones sociales.



IDEAS FILOSOFICAS DE ANTONIO MACHADO

(en el 50 aniversario de la muerte del poeta)

Damián Pretel

*Hay en mis venas sange jacobina,
pero mi verso brota de un manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.*

(Antonio Machado. «Retrato»)

DE las ideas filosóficas de Antonio Machado se ha escrito poco y, generalmente, mal. Se ha dicho que, en filosofía, no hizo más que extraviarse, que no fue más allá de las ideas de Giner y de los krausistas, que jamás llegó a la más radical problematización, y que su única aportación a la filosofía es la del análisis poético del «yo» y así sucesivamente. Analicémoslas punto por punto.

I. LA ESTETICA Y LA ETICA

Las concepciones filosóficas de Antonio Machado están íntimamente relacionadas y, en cierta medida, determinadas por los principios estéticos y éticos que guiaban su obra.

Brevemente hablando, la estética del poeta preconizaba la creación del «arte popular», la defensa del realismo; la relación de la política y la ideología, escribir como Cervantes, Shakespeare o Tolstoi, huyendo del preciosismo; etcétera. Para destacar el pensamiento del poeta podríamos citar las siguientes palabras: la poesía es «el diálogo del hombre con su tiempo» (1,47)¹, entendiendo por éste la realidad última, la coincidencia de la vida con la conciencia (1,38). Don Antonio agregaba que «el poeta se hace con ayuda de los dioses» (1,9).

Pero hay que añadir que Antonio Machado era muy crítico con sus propias ideas, razón por la cual escribía: «Cuando un poeta teoriza sobre la poesía, puede decir cosas muy verdaderas, pero nunca dirá nada justo de sí mismo» («Los complementarios», ver *Cuadernos Hispanoamericanos*, M., IX-XII, 1949, p. 246).

Antonio Machado llega a la ética por el camino de la estética («A la ética por la estética») (1,35). Igual que el arte, el poeta abogaba por una «ética popu-

lar» (2,66), afirmando que el descontento constituye la base de la moral. Para él el descontento debía extenderse no a este u otro aspecto de la vida social, sino a todo su conjunto y, muy especialmente, a la injusticia que deviene de la explotación del hombre por el hombre. Así llegaba a afirmar: «El aventajamiento de un grupo social sobre otro carece de fundamento moral» (2,66). En su opinión, este aventajamiento está relacionado con la burguesía capitalista que «explota al hombre y necesita degradarlo» (2,14).

Y al señalar este hecho objetivo, Antonio Machado sostiene que a esa burguesía no le cabe más remedio que recurrir al cinismo para tratar de encubrir la amoralidad que impone a la sociedad. El no tenía duda de que el régimen capitalista era la causa de la auténtica «catástrofe moral» (1,60) que padecía la sociedad.

En función de lo que acabamos de decir, se comprende que Antonio Machado se opusiera a todas las concepciones éticas que estaban en boga en su tiempo. Por poner un ejemplo, podríamos citar a Nietzsche, de quien decía que defendía ideas temerarias como la voluntad de poder, el superhombre, el eterno retorno, etcétera. Y, cuando se predicaba el amor al prójimo, él recordaba siempre al distante y al diferente, rechazando una de las prédicas más frecuentes de la moral cristiana.

Por otra parte, no es menos cierto que Antonio Machado insistía en recomendar a los hombres que se entregaran a la ilustración del pueblo, a la educación de «una nueva sentimentalidad» que pudiera determinar una actitud más noble y justa de los hombres ante los problemas de la vida. Para conseguir este objetivo, aclaraba, no es suficiente educar nuevos sentimientos, pues éstos cambian en el curso de la vida de las personas.

Al mismo tiempo, Antonio Machado comprende

muy claramente que su tiempo era el tiempo de agudas luchas sociales. «Creemos —decía— que vivimos en una época trascendental en que los hombres y los pueblos se lanzan a acciones decisivas para la conquista de un futuro que reúna nuevas categorías de perfección para la humanidad, para la justicia, para la cultura» (*Cuadernos*, 245). Y, en estas luchas, en opinión del poeta, «se debe estar siempre con el más prójimo» (*Cartas*, 19) y el más prójimo para él era siempre el pueblo. A partir de ahí se entiende que el poeta sintiera una sincera simpatía por los «hombres batalladores y románticos» (*Cuadernos*, 268). Así, pues, no es de extrañar que, a su juicio, había que apoyar las revoluciones que se realizaran por abajo. He aquí sus palabras: «¡Revolución desde arriba! Como si dijéramos —comenta Mairena— renovación del árbol por la copa. Por el árbol —añadía— se renueva por todas partes y, muy especialmente, por las raíces. Revolución desde abajo suena mejor» (2,69). Este planteamiento, no cabe duda, marca uno de los puntos cimeros de su pensamiento político, quizá, poco recordado y menos conocido.

Con estas ideas por delante se sobreentiende que Antonio Machado no congeniara con los reformistas, a los que calificaba de «*saboteurs* más o menos conscientes de una revolución inexorable» (*Cartas*, 24). El poeta insistía en este tema al referirse a la obra revolucionaria de Pi y Margall. Decía así: «En vez de ahondar el foso donde se hundiera la España de la restauración, afirmando el republicanismo, depurándolo, enriqueciéndolo con nueva savia, decidieron echar el puente levadizo hasta la antesala de las mercedes» (id., 25).

Para Antonio Machado no servía el argumento de la consecución de una mayor riqueza que, en España, fue una de las consecuencias de la Primera Guerra Mundial.

Para él esta riqueza no trajo más que bestialidad, egoísmo, materialidad. Y es que para el poeta el desarrollo de la sociedad no se puede medir únicamente por lo material, sino, sobre todo, por el progreso de la cultura, de la justicia social, de la nueva «sentimentalidad».

De suyo se comprende que, en plena dictadura de Primo de Rivera, dijera que es necesario encender una nueva hoguera de la libertad. Sus palabras lo dicen bien claro: «Hoy es preciso sacar las ascuas de la ceniza y hacer la hoguera con leña nueva» (id., 25). Por eso se comprende perfectamente que, en plena guerra nacional-revolucionaria, escribiera a Pío Baroja (1 de abril de 1938) lo siguiente: «Vivo siempre en la España que nos han dejado los traidores de casa y los ladrones de fuera y, de todo corazón, al lado de la República» (*Cuadernos*, 253). Y con esta idea se murió hace cincuenta años en su exilio de Colliure.

II. EL MARXISMO Y LA UNION SOVIETICA

En el pensamiento vivo de Antonio Machado se destaca la significación de la *práctica*, en el sentido social de la palabra. Yo me atrevería a afirmar que este concepto juega, en cierta medida, un papel metodológico y, por eso mismo, es fundamental para la comprensión de todo su ideario, tanto político como filosófico.

Para el poeta, la referencia a la práctica es imprescindible, sobre todo, en los tiempos de las grandes conmociones sociales. He aquí sus palabras: «Porque se avecinan tiempos duros, y los hombres se aperci-ben a luchar —pueblos contra pueblos, clases contra clases, razas contra razas—, mal año para los sofistas, los escépticos, los desocupados y los charlatanes. Se recrudecerá el pensar consagrado a reforzar de los resortes de la acción» (1,116).

Y no cabe duda de que esta concepción de la práctica llevó al poeta al encuentro con el marxismo que, ciertamente, no llegó a comprender en toda su extensión y profundidad, pero sí compartió no pocas de sus ideas.

En primer lugar, hay que constatar que, para don Antonio, el pensamiento filosófico de Marx no era más que una interpretación judaica de las teorías de Hegel con una «visión usuraria del futuro» válida tan sólo para apacentar «el innumerable rebaño de los hombres» (1,27). En segundo lugar, Juan de Mairena insiste en que el marxismo se propaga en la cresta de una ola de cinismo que consiste en reconocer «el destino porcino de la humanidad» (2,100). «Porcino» porque el profesor apócrifo no aceptaba que se pudiera negar el papel de la vida espiritual de los hombres en el desarrollo social y que éste se viera únicamente en función del factor económico, del hambre, del estómago.

Aunque esta apreciación de Machado no fuera acertada, lo importante es que aceptara las ideas del socialismo para luchar por la justicia social, por la liquidación del dominio del capital de los banqueros, como él se expresaba. De ahí la pregunta que el profesor apócrifo hacía a sus alumnos: «¿Comprendéis ahora cómo el marxismo, por muy equivocado que esté, en cuanto pretende señalar una verdad, en medio de un diluvio de mentiras, tiene ya valor ético indiscutible?» (2,100).

Por todo esto se entiende que el poeta afirmara sin el más mínimo titubeo la necesidad de que todos y cada uno de los seres sociales adoptaran una *línea de partido* perfectamente definida, pues «la vida es lucha antes que diálogo amoroso. Y hay que vivir» (1,35).

Pero, al situarse decididamente en el partido del pueblo, no adoptó una actitud cerrada y sectaria. En efecto, no dejó de desarrollar sus propias ideas, ni cesó el diálogo con los hombres y consigo mismo ni

menospreció la razón humana. Por el contrario, vigorizó su pensamiento, su arte y su actividad de antifascista, de demócrata y de patriota. Y es que don Antonio repudiaba la España de los señoritos, la España de los anti-España.

A partir de estas ideas se comprende que Machado afirmara: «Propio es de siervos tardar algunos siglos en insolentarse con sus señores» (1,59). Este planteamiento, no cabe duda, daba un nuevo sentido a su concepción acerca de la educación del pueblo, del papel del arte, de la ética, del pensamiento filosófico, de la cultura, etcétera.

Antonio Machado consideraba que, mientras el capitalismo se desmoronaba, el socialismo crecía y se desarrollaba, ofreciendo una nueva esperanza. El se preguntaba y preguntaba: «¿Cómo no admitir la implacable lógica revolucionaria de Stalin?» (2,10)².

Pero por si todo esto fuera poco, en una carta que escribiera al científico soviético David Vygotsky, en los años de la guerra nacional-revolucionaria, 1936-1939, don Antonio reconocía la significación de la Rusia socialista y la necesidad de que la España republicana estableciera lazos de profunda amistad con ella. Leamos: «Uno de los más grandes bienes que espero del triunfo popular es nuestro mayor acercamiento a Rusia, la mayor difusión de su lengua y de su gran literatura, poco y mal conocida entre nosotros y que, no obstante, ha dejado ya muy honda huella en España» (A. M., 127)³.

Pero Machado dijo más. En su artículo «Sobre la Rusia actual» escribió lo siguiente: «Es hoy Moscú el foco activo de la historia» (A. M., 117). Al mismo tiempo, subrayaba que la Unión Soviética había tendido su mano generosa a todos los pueblos del mundo y había abierto su corazón hospitalario a todos los combatientes de la libertad. Y añadía que Moscú «vive consagrada a una labor constructora que es una empresa gigante de radio universal» (1,10).

Ciertamente, Antonio Machado no comprendía en qué consistía el sustrato ideológico del régimen social de la URSS, pues, en su opinión, el espíritu crítico de los rusos empieza donde el marxismo se acaba. Pero este tipo de ideas no invalidaba el reconocimiento machadiano del papel histórico del socialismo.

No por casualidad manifestaba su decepción en relación con las llamadas democracias occidentales. Para el poeta estas democracias eran «incapaces de invocar —siquiera sea a título de dignidad formula-ria— ningún principio ideal, ninguna severa norma de justicia». Estas democracias, decía, bogan a la deriva «como si estuvieran vendidas de antemano, subrepticamente vendidas al enemigo, como si presintiesen que la llave de su futuro no está ya en su poder». Y concluía diciendo que esas democracias «apenas si tienen movimiento que no revele un mie-

do insuperable a lo que puede venir» (A. M., 118). Con este motivo rechazaba el ideario y la naturaleza del fascismo. Decía así: «No vivirá mucho, sin embargo, quien no vea el fracaso de esas dos delezna-bles organizaciones políticas que hoy representan Roma y Berlín» (A. M., 118-119).

Por tanto, a pesar de que Antonio Machado no llegó a comprender el marxismo ni aspectos esenciales de la vida de la Unión Soviética, en la práctica de las luchas del pueblo, se situaba en la perspectiva del progreso social, de la justicia y de la cultura, de acuerdo con aspectos esenciales del marxismo y de la experiencia del socialismo.

En resumidas cuentas, en los escritos de Antonio Machado el iluminismo quietista se torna defensa del descontento, de la crítica de la sociedad, de sus clases dominantes, de la protesta y de la acción, de la lucha antifascista de la acción revolucionaria que defiende a los de abajo, al pueblo, a la República Popular.

III. CRITICA DE LA FILOSOFIA EN BOGA

La estética, la ética y la política de Antonio Machado están en relación con sus ideas filosóficas, que no simples «decires y pensares», como se ha dicho tantas veces. (Ver, por ejemplo, Antonio Machado: «Antología de su prosa, prólogo y selección Aurora de Albornoz», T.3, «Decires y pensares», Madrid, 1972.)

Es interesante que la solución a los problemas cardinales de la filosofía guarde relación con los principios básicos de la «estética popular». Con este motivo el poeta escribe: «Nuestro punto de arranque, si alguna vez nos decidimos a filosofar, está en el *folklore* metafísico de nuestra tierra, especialmente de nuestra región castellana y andaluza» (1,167). Esta es la razón por la cual se queja de que la mayoría de los hombres prefiriera siempre a la verdad del pueblo, «la mentira ingeniosa o la tontería sutil, puesta hábilmente más allá del alcance de los tontos» (1,81).

Nuevamente el poeta estimaba que era imperdonable la negligencia y el menosprecio de las ideas y sentimientos del pueblo, sin los cuales tampoco se podía acertar en filosofía.

Antonio Machado arremetía contra la metafísica, que, en su opinión, no era más que la teoría del no-ser, de la «pura nada», de lo que no representaba en sí problema alguno, de lo que no interesaba y no preocupaba o no debía interesar y preocupar a los hombres.

El poeta no era partidario del «pensamiento puro», del pensamiento angustiado por abstracciones vacías e inoperantes. El abogaba por un *pensamiento concreto* que se refiriera al ser y que ayudara



a la ilustración y a la educación de los hombres, a la solución de sus problemas prácticos.

Desde estas posiciones, Antonio Machado denunciaba a la desorientación que imperaba en la sociedad y confundía las mentes de los hombres. Por eso escribía: «No aceptéis la cultura postiza que no puede pasar por el tamiz de vuestras inteligencias». (*La Torre*, Revista General de la Universidad de Puerto Rico, enero-junio, 1964, p. 29.)

Con esta premisa por delante, don Antonio rechazaba las tesis fundamentales, tanto del idealismo subjetivo como objetivo. Del primero destacaba, ante todo, su error más grave, el solipsismo y escribía: «Del solipsismo se ha dicho que es una concepción absurda e inaceptable, una verdadera monstruosidad» (1,192). No es de extrañar que, refiriéndose al pragmatismo, escribiese que es la «religión natural de casi todos los granujas sin distinción de continentes» (1,178). Y más adelante añadía que la llamada filosofía de la práctica no es una ingeniosa filosofía, sino una «ingeniosa carencia de filosofía» (1,178).

Don Antonio refutó también una de las ideas básicas del neokantismo acerca del caos que, según sus teóricos extranjeros y españoles, impera en la realidad objetiva y también en la sociedad. A este respecto el poeta era implacable, afirmando que el caos «no existe más que en nuestra cabeza» (2,39).

Antonio Machado se opuso, asimismo, a la filosofía de José Ortega y Gasset, uno de los filósofos más influyentes de su época. El poeta se explicaba el éxito de este pensador por dos razones: 1) por su «gesto» meditativo y 2) por la sensación de que sus teorizaciones son capaces de coadyuvar a resolver los problemas políticos de la sociedad. Pero, en opinión del poeta, el «gesto» era más bien falso y la sensación totalmente infundada.

Todas estas ideas prueban que el pensamiento de Antonio Machado era, en esencia, contrario al idealismo subjetivo. Su crítica era, incluso, una de las aportaciones más valiosas al desarrollo del pensamiento filosófico español.

Pero esto no quiere decir que se pueda estar de acuerdo con todas sus definiciones sobre el particular. Por ejemplo: «Objetividad no es nada positivo, es simplemente el reverso borroso y desteñido del ser». Y añadía: «Sólo existen, realmente, conciencias individuales, conciencias varias y únicas, integrables e inconmensurables entre sí» (*Cuadernos*, 255).

Más adelante señalaba que todas las conciencias tienen algo en común. Pero ese «algo» no es más que la actividad creadora del espacio y del tiempo. Para el poeta esta «actividad creadora» tenía una gran importancia ya que, en su opinión, era una «actividad homogeneizadora» de todas las conciencias.

Sin embargo, lo realmente importante era que sus

teorizaciones acerca de la «objetividad» no llegaron a configurar ni su obra poética ni su pensamiento, en general, ni, en consecuencia, su actitud y actividad práctica en la sociedad.

Por otra parte, Antonio Machado disienta de aspectos sustanciales de la teología, por lo menos, en su concepción ortodoxa. Así, por ejemplo, empezaba por rechazar la creación del mundo *ex nihilo*. Para el poeta, Dios no puede ser el creador de la realidad objetiva por la sencilla razón de que el «mundo es un aspecto de la divinidad» (2,39). En consecuencia, afirmaba que si se aceptara la creación del mundo por Dios, habría que reconocer que el Todopoderoso se crea o se ha creado a sí mismo, lo que evidentemente no puede ser admitido desde el punto de vista de la ortodoxia teológica.

Asimismo, el argumento ontológico de la existencia de un ser sobrenatural no le parecía convincente. Esto, decía, es más que suficiente para «descreer» en la existencia de Dios. Por eso llegaba a la siguiente conclusión: «Dios no es el creador del mundo, sino el ser absoluto, único y real más allá del cual nada es» (A. M., 49). Y más adelante agregaba una idea que quisiéramos subrayar por la luz que ofrece a la comprensión del problema que nos ocupa: «No hay problema genético de lo que es» (id.), «tampoco el ser, la divinidad, plantea ningún problema metafísico» (A. M., 50). Y como esforzándose porque no quede la menor duda al respecto, añade: «Cuanto es aparece; cuanto aparece es» (id.).

Así, pues, según Antonio Machado, Dios, desde el punto de vista ontológico, no es más que una contradicción y, por tanto, su existencia no puede convencer a nadie. Su «ser» carece de la más mínima expresión metafísica, no «aparece» y, en ese sentido, el planteamiento del así llamado «problema genético» carece de fundamento.

Mas, por otra parte, Dios, en opinión del poeta, no puede no existir, porque de lo contrario no sería perfecto. Este argumento le parece «aplastante» (1,70), aunque la perfección del Ser Superior no aparece en la vida práctica de los hombres y no deja de ser producto de la fantasía, de la debilidad de unos y de la fuerza que a otros les proporciona su superioridad en la sociedad. Por eso era perfectamente lógico que, interpretando las ideas de su «maestro», escribiera: «Dios como creador y conservador del mundo le parece a Abel Martín una concepción judaica, tan sacrílega como absurda» (A. M., 33). Insistiendo en este tema, el poeta agregaba: «Lo único que está en condiciones de crear a Dios es la nada, porque ésta no puede ser más que la obra de un misterio. Lo único que pueden recibir los hombres de ese ser es el cero, el gran cero, el cero compuesto por todas las negaciones de cuanto es, que sirve de límite y frontera a la totalidad de cuanto es» (id.).



Resumiendo, en opinión de Antonio Machado, Dios es algo negativo y la única importancia que puede tener consiste en que, a través de él, se puede y se debe diferenciar «cuanto no es» de «cuanto es» para arrinconar lo primero y asentarse en lo segundo.

Así razonaban Abel Martín y su fiel «alumno» que, en nuestra opinión, de hecho no sólo ponían en duda, sino que hasta cierto punto llegaban a negar el concepto ortodoxo de Dios.

A partir de todas estas ideas, Antonio Machado se definía a sí mismo como «decididamente antieclesiástico por razones metafísicas» (2,158), denunciando el carácter formal e hipócrita de las relaciones entre la iglesia y el capital⁴.

No es, pues, casual que Antonio Machado abogara por la creación de una nueva filosofía cristiana, capaz de liberar a Cristo de presidio del aristotelismo. A juicio del poeta, había que jubilar a la Biblia, «ese cajón de sastre de la sabiduría semítica» (2,78), y partir de lo esencialmente cristiano en la conciencia de los hombres. No por casualidad llega a afirmar: «Nosotros militamos contra una religión que juzgamos irreligiosa: la mansa y perversa que tiene encanallado a todo el Occidente» (1,178), manifestándose *de hecho por una especie de nueva «religión popular»*, que estuviera relacionada con las ideas del socialismo. He aquí sus palabras: «Entre Moscú, profundamente cristiano, y Roma, profundamente pagana, es Roma la que defiende al Cristo, como quien defiende la ternera para su vacuna. Moscú en cambio se inyectó de Carlos Marx. Pero cuando triunfe Moscú, no lo dudéis, habrá triunfado Cristo» (2,144).

Por esta razón hay que recordar la apreciación de José Bergamín acerca de que don Antonio no fue nunca católico y sí religiosamente liberal y republicano. Por otra parte, José Luis Aranguren ha dicho del poeta que era no tanto irreligioso, como laico (*Cuadernos*, 258, 386).

Antonio Machado repudiaba las ideas fundamentales de los tradicionalistas que, según él, se asemejaban al sarnoso que se emperraba en mantener no la salud, sino la sarna. En su crítica a esta corriente de pensamiento, el poeta partía de la consideración de que la historia es un proceso irreversible. Y agregaba, primero, que si en la sociedad humana existen valores eternos, no hay por qué buscarlos tan sólo en el pasado, pues gracias a su eternidad, había que encontrarlos también en el presente; segundo, que si la gloria del pasado ha conducido a la infamia del presente, no se puede condenar la infamia sin condenar también o, por lo menos, poner en tela de juicio esa decantada gloria; tercero, que si restauráramos el pasado, llegaríamos nuevamente a la sociedad actual con todas sus contradicciones y lacras.

Por todo ello, don Antonio ridiculizaba a los que se volvían de espaldas al progreso social. El poeta es-

cribía que en el campo de la acción política, «sólo triunfa quien pone la vela donde sopla el aire; jamás quien pretende que sople el aire, donde pone la vela» (1,18).

IV. EL IDEALISMO Y SU SUPERACION

Una vez examinada la actitud teórico-práctica y la crítica de Antonio Machado respecto a las corrientes filosóficas en boga, vamos a detenernos en la concepción que él tenía de las cuestiones fundamentales de la filosofía.

Empecemos por señalar que don Antonio no consideraba posible fundamentar sus convicciones, como él dijera, metafísicas con los fríos datos que ofrece la investigación de los objetos y de los fenómenos. Todos recordamos la actitud acientífica del poeta ante los problemas de la vida de los hombres. De todas maneras él escribió lo siguiente: «La chocolatera está formada de átomos, pero no precisamente de átomos de chocolatera» (2,51). De esta forma graciosa el poeta planteaba la relación entre lo singular y lo general, razón por la cual no cayó en las decisiones absolutas de los representantes del idealismo de su tiempo, que fueron la inmensa mayoría.

Por esta causa se puede afirmar que, pese a todos sus titubeos metafísicos e idealistas, lo fundamental en su pensamiento era su inconformidad con la filosofía vigente, su afán por renovarla y por vivificarla, siguiendo los principios de la «metafísica popular». En definitiva, lo importante es que, tras una angustiosa y no menos tesonera búsqueda por el intrincado laberinto del pensamiento filosófico, llegara a encontrar o, por lo menos, a intuir la senda que puede conducir a la solución de los problemas que le preocupaban.

Veámoslo si no, empezando por la definición que Antonio Machado ofrecía de la *esencia*, uno de los conceptos fundamentales en la mayoría de las teorías filosóficas. En el «Cancionero apócrifo de Abel Martín» leemos: «La palabra *esencia* no siempre sabemos lo que quiere decir». Y agregaba: «Generalmente pretende designar lo absolutamente real, que en su metafísica (la de Abel Martín) pertenece al sujeto mismo, puesto que más allá de él no hay nada» (A. M., 26). Más adelante el poeta añadía: «Y nunca emplea Martín este vocablo como término opuesto a lo existencial o realizado en espacio y tiempo» (id.). O sea, don Antonio señalaba que el concepto *esencia* corresponde a lo absolutamente real o realizado en el espacio y tiempo, mas a la vez indica que, en su metafísica, lo absolutamente real pertenece al sujeto. Y, lógicamente, una vez más surge la pregunta: ¿qué entiende el poeta por lo primario: lo objetivo o lo subjetivo?

A primera vista, la opinión del poeta pudiera parecer incuestionable: «Todo es por y en el sujeto, todo es actividad consciente y para la conciencia integral nada es que no sea la conciencia misma» (id.). Pero bastaría recordar la crítica que don Antonio hace del subjetivismo y del solipsismo para no dudar de que la tesis que acabamos de citar no podía ser la tesis fundamental de su pensamiento filosófico.

Efectivamente, Antonio Machado recurría a la ya vieja teoría de la «coordinación de principios», pero con una particularidad: mientras otros se atenían a ella para reafirmar el idealismo subjetivo, el poeta trata de utilizarla para salir de él. Por cierto, José María Valverde tenía, a nuestro juicio, razón, cuando en su artículo «Evolución del sentido espiritual de la obra de Antonio Machado» destaca este aspecto del pensamiento del poeta. Dice así: «El impulso machadiano contra todo solipsismo, inmanentismo y subjetivismo alcanza aquí una expresión filosófica, no por poéticamente irónica, menos radical» (*Cuadernos*, 410).

Para cercionarnos de todo ello veamos el concepto que don Antonio tenía de las causas gnoseológicas del idealismo subjetivo.

Abel Martín nos dice que la conciencia llega «a pensarse a sí misma, como objeto total, a pensarse como no es, a desearse» (A. M., 27). Luego para el poeta está claro que el subjetivismo en la filosofía es el resultado de la absolutización del papel de la conciencia en la vida de los hombres hasta el extremo en que empieza a concebirse «como objeto total» y, por tanto, «como no es» (id.). Este planteamiento del poeta no hace pensar en que, al fin y a la postre, el subjetivismo no llegó a vertebrar su pensamiento filosófico.

Además, en opinión de Antonio Machado, el idealismo subjetivo conduce al pluralismo y a la negación de la razón, y esto le era más que suficiente para descartarlo.

Pero para ello recurrió a la concepción que afirma «la absoluta trascendencia de las ideas» (1,71). Es decir, que la crítica del subjetivismo y el solipsismo, de rechazo, le aproxima al idealismo objetivo. Sin embargo, el poeta parecía no estar muy convencido de la fe en la «realidad metafísica de las ideas». Y una prueba de ello es que jamás llegó a compartir la teoría del conocimiento, por ejemplo, de Platón. En clara referencia al gran filósofo griego, escribía lo siguiente: «Con todo, conviene anotar esto: el hombre actual no renuncia a ver. Busca sus ojos, convencido de que han de estar en alguna parte. Lo importante es que ha perdido la fe en su propia ceguera» (A. M., 99). No cabe duda de que esta observación que, por lo menos, pone en tela de juicio la filosofía de Platón, le sirve al poeta para tratar de superar el solipsismo y defender el conocimiento objetivo.

Es cierto que el platonismo parece llevar de la mano a Antonio Machado hacia el cristianismo. Pero, al aproximarse a él, veía sus contradicciones (no sólo lo prometeico, sino lo satánico, -1,74), y, a fin de cuentas, terminaba por no aceptar ciegamente ni la religión ni la filosofía irreligiosa de la religión. No por casualidad el poeta concluía diciendo que «los grandes filósofos son los bufones de la divinidad» (1,15).

Así, pues, lo que impulsa el pensamiento machadiano es, ante todo, el deseo de situar el problema o los problemas fundamentales de la filosofía (de toda filosofía) dentro de los marcos de la verdad, de la verdad popular. Por eso, a pesar de compartir algunas ideas propias de las distintas tendencias filosóficas, no acepta plenamente ninguna de ellas y de esta manera evita caer en los errores que les son inherentes.

En conclusión, se puede decir que, en opinión de don Antonio, lo más acertado era concebir al mundo «de acuerdo con su propia naturaleza» (2,200). Para ello hay que partir de las sensaciones, afirmando que, cuando el hombre adquiere conciencia del papel de sus sentidos, «empieza a creer en la realidad de cuanto ve y toca» (A. M., 99). Por eso Juan de Mairena decía que, en su lógica, «no se trata de poner al pensamiento de acuerdo consigo mismo, lo que para nosotros carece de todo sentido; pero sí de ponerlo en contacto o en relación con todo lo demás» (1,120). A este respecto cabe añadir solamente que, para el poeta, en la realidad que circunda a los hombres, es decir, en «todo lo demás», no había nada que ofreciera problemas insolubles.

V. EL CONOCIMIENTO Y LA SABIDURIA POPULAR

En la gnoseología, el punto de partida de Antonio Machado es la crítica del escepticismo, crítica que le servía para desechar las diferentes corrientes relacionadas con el idealismo subjetivo, sobre todo, del neokantismo y del pragmatismo. El mundo, como ilusión, decía, «no es más explicable que el mundo como realidad» (A. M., 99).

Al mismo tiempo don Antonio rechazaba las ideas básicas de la escolástica, señalando que de la fe no se llega a la verdad, sino al revés: de la verdad se llega a la buena fe.

En este orden de cosas, el poeta sostiene que la verdad puede hallarse no sólo y, a veces, no tanto en las teorías de los grandes filósofos y personalidades, sino en la experiencia popular. Sus palabras no dejan lugar a dudas: «La verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero» (1,7). A esta actitud corresponde el interés de don Antonio por la creación de la Escuela Superior de Sabiduría Popular.



Se comprende que Antonio Machado se manifestara decididamente en contra de la intransigencia también en el proceso del conocimiento, reconociendo el papel de la duda integral. Él decía: «Aprende a dudar, hijo, y acabarás dudando de tu propia duda» (2,64). De esta manera, en el mundo de los profesores de filosofía de antaño, el poeta aparecía como el pensador del optimismo y de la esperanza.

Esta idea queda más clara si se tiene en cuenta el repudio al espíritu aristocrático y señoril de la mayoría de las teorías gnoseológicas, señalando que la sabiduría popular siempre es combatida por parte de «aquellos para quienes la cultura es no sólo un instrumento de poder sobre las cosas, sino también, y muy especialmente, de dominio sobre los hombres» (2,72). Esto quiere decir que el poeta analizaba la gnoseología desde el punto de vista de la teoría ge-

neral, sino también de la vida social concreta, lo cual distinguía su pensamiento de la mayoría de los filósofos de su tiempo.

Antonio Machado llegaba, incluso, a afirmar que los períodos de grandes conmociones sociales no sólo no conducen a la animalización de las masas, sino que crean mejores condiciones para el conocimiento humano. «En esos momentos —afirmaba—, la opinión muestra en su superficie muchas prendas que estaban en el fondo del barril de la conciencia» (1,59).

A este respecto cabe recordar que, para don Antonio, la inteligencia (y el conocimiento) deben servir para *algo* y para *alguien*, teniendo en cuenta que «el hombre no puede ya definirse por el sueño, sino por el despertar» (A. M., 100).

El poeta formulaba el principio básico de su gnoseología y afirmaba que la relación del hombre con

su mundo circundante es una relación objetiva, sus palabras son las siguientes: «Pero mi relación con lo real es real también» (id.). Y eso es así porque para don Antonio no existe una separación infranqueable entre lo fenoménico y lo esencial, afirmando que «lo aparente y lo real son una misma cosa» (A. M., 51) y negando la existencia de la cosa en sí y el agnosticismo kantianos. Pero con una particularidad: «Lo real es una apariencia infinita, una constante e inagotable posibilidad de aparecer» (A. M., 50). Luego el conocimiento no es, no puede ser, un acto instantáneo, sino esencialmente un proceso también «constante e inagotable».

Se comprende, pues, que Antonio Machado destacara, ante todo, el papel de las sensaciones en el proceso del conocimiento, señalando que la vida espiritual de los hombres no puede avanzar un ápice, se menosprecia o se elimina el mundo de lo sensible, pues el idealismo, en particular el subjetivismo, parasitaba con más frecuencia en el mundo de la razón. De todas maneras el poeta abogaba porque los datos de las sensaciones pasaran por el tamiz de la vigilancia de lo evidente y de lo racional. He aquí sus palabras: «Yo os aconsejo la visión vigilante, porque vuestra misión es ver e imaginar despiertos, y que no pidáis al sueño sino reposo» (1,68).

Antonio Machado no llegó a comprender en su totalidad la naturaleza de las relaciones entre la razón y las sensaciones. Por eso se maravillaba de cuán «milagrosa» es la capacidad del pensamiento para orientarse en la «enmarañada selva de lo sensible» (1,149). Y podríamos agregar: también de lo racional. En efecto, el poeta quería captar la peculiaridad del pensamiento abstracto y consideraba que «pensar es ahora descualificar, homogeneizar» (A. M., 30). Al objeto de aclarar su idea, ponía un ejemplo: «La materia pensada se resuelve en átomos; el cambio sustancial, en movimientos de partículas inmutables en el espacio» (id.). Señalemos a este respecto que el pensamiento abstracto, ciertamente, se aleja de la realidad objetiva, dejando a un lado sus rasgos y peculiaridades secundarias, con lo cual la materia y el movimiento pierden, por así decirlo, colorido. Pero no es menos cierto que este alejamiento es lo que permite la aproximación a la esencia de las cosas y de los fenómenos.

Pues bien, ¿cómo surgen los conceptos? Para don Antonio, las ideas eran el producto de un «impulso erótico» del pensamiento hacia lo «otro». Decía así: «Es el momento erótico, de honda inquietud, en que lo *otro* inmanente comienza a ser pensado como trascendente, como objeto de conocimiento y de amor» (A. M., 28). Es decir, que el pensamiento refleja lo otro, la realidad objetiva, y esto es lo significativo, aunque no es lo erótico, sino la práctica lo que establece la relación entre la conciencia y el ser.

A pesar de sus limitaciones, Antonio Machado de-

sechaba el intuicionismo que, en su tiempo, propagaban las concepciones liberales de la filosofía en boga. Para el poeta la exaltación desmesurada del papel de las intuiciones conducía inexorablemente hacia el antiintelectualismo. Por eso se comprende que escribiera: «Son vacíos los conceptos sin intuiciones, y ciegas las intuiciones sin conceptos» (1,86).

Antonio Machado se planteaba el problema de la lógica, haciendo una clara distinción entre la lógica metafísica y la lógica real. La primera, decía, no es más que la rueda de molino con que comulgan los hombres, mientras que la segunda pone al pensamiento de acuerdo consigo mismo y también con todo lo demás, es decir, con la realidad objetiva. No por casualidad llega a una conclusión importante: «La lógica real no admite supuestos, conceptos inmutables, sino realidades vivas, inmóviles, pero en perpetuo cambio» (A. M., 20). En otras palabras, el contenido de la lógica no sólo es objetivo, sino que está sometido a la ley del desarrollo.

El pensamiento filosófico de Antonio Machado es complejo y, a veces, hasta contradictorio, pero esta afirmación no es suficiente para captar la esencia de su ideario. Además, es imprescindible saber aprehender la *tendencia* de su desarrollo, pues, en la filosofía, el poeta también hacía el camino al andar.

Esto, generalmente, no han sabido destacarlo los investigadores que han escrito sobre las ideas filosóficas de don Antonio. Incluso, un investigador como José Luis Aranguren no siempre ha sabido ver la esencia (tendencia) de la filosofía del poeta, quedándose en la constatación de sus contradicciones. El decía que la «esencia de la vida de Machado —no nos cansaremos de repetirlo— es ir y venir» (*Cuadernos*, p. 382). Y está claro que esta referencia a la vida del poeta también es aplicable a su pensamiento filosófico.

En nuestra opinión, la *tendencia* que prevalece en el ideario filosófico de Antonio Machado es la que conduce a interpretaciones más racionales que se apoyan en la sabiduría popular y que, en cierta medida, se aproximan a las concepciones de signo materialista y hasta dialéctico, criticando las corrientes filosóficas que estaban en boga. No es, pues, una exageración pensar que el poeta estaba a la cabeza del pensamiento filosófico de su tiempo.

¹ Las anotaciones del tipo 1,47 se refieren al tomo y la página de «Juan de Mairena» (Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo) tomo 1-2, Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 1943.

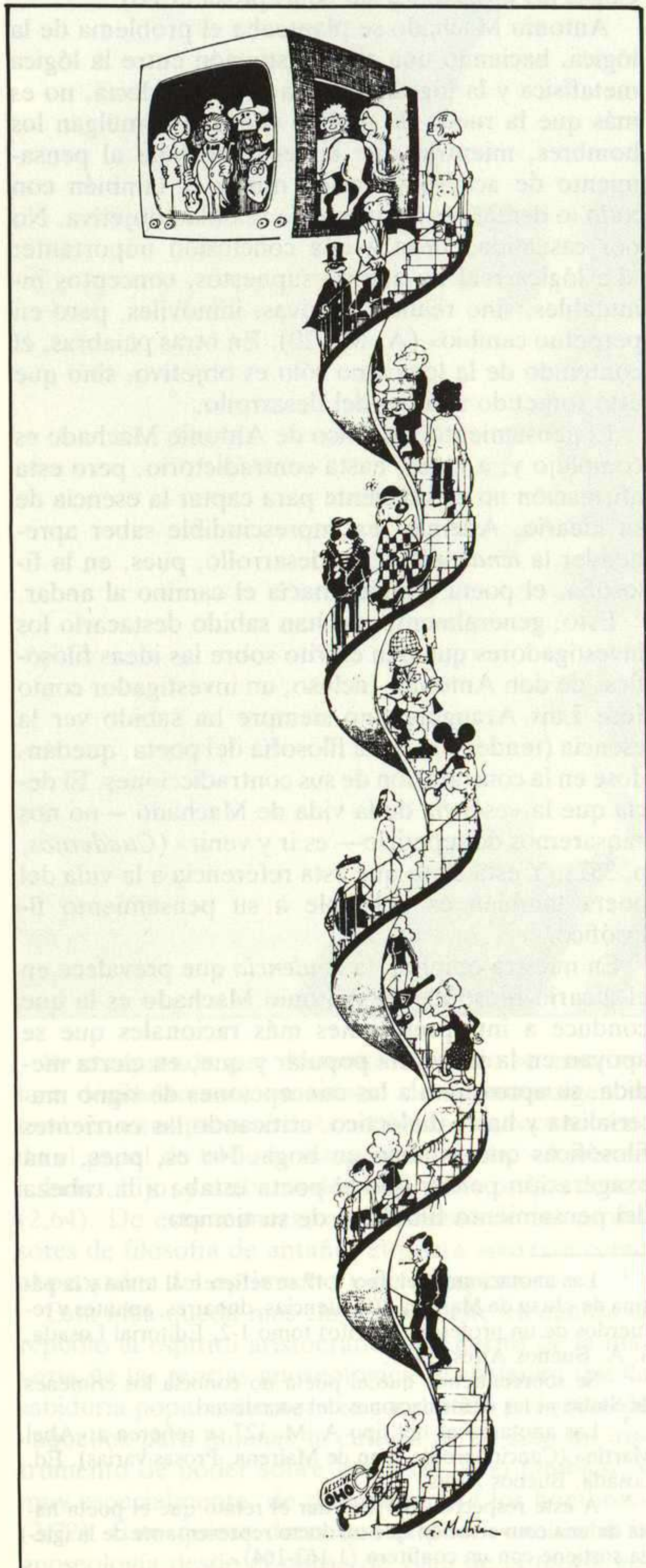
² Se sobreentiende que el poeta no conocía los crímenes de Stalin ni las deformaciones del socialismo.

³ Las anotaciones del tipo A. M. 127 se refieren a «Abel Martín» (Cancionero de Juan de Mairena. Prosas varias). Ed. Losada, Buenos Aires.

⁴ A este respecto vale recordar el relato que el poeta hacía de una conversación que un docto representante de la iglesia sostiene con un confitero (1,163-164).

COMUNICACION Y POLITICA

Vicente Romano



El sábado 10 de marzo, bajo la presidencia de Rafael Huertas y con la asistencia de 15 representantes de Andalucía, Madrid, Murcia y el País Valenciano, se constituyó, en los locales de Alameda, 5, el Area de Comunicación de IU, que en opinión de los asistentes debe tener su propia entidad dentro de la organización de IU. Se acordó, asimismo, que la coordinación provisional del área la llevaran Vicente Romano, Angel de la Cruz, Carlos Sánchez y Pascual Mollá. Además de las valiosas aportaciones de Pascual Mollá y Concha Caballero, se expuso y debatió este trabajo de Vicente Romano.

LINEAS FUNDAMENTALES DE UNA POLITICA ALTERNATIVA DE COMUNICACION

EN el sentido riguroso de la lógica, la alternativa se define con la proposición «p aut q», esto es, «p o q». En el lenguaje coloquial, sin embargo, alternativa equivale a posibilidad. De aquí que quien tenga varias posibilidades hable de que existen alternativas. Así que en sentido estricto no hay alternativa a la comunicación, pues sería la muerte. De lo que sí se puede hablar es de alternativas *en* la comunicación.

La comunicación es fundamentalmente interacción del hombre con su entorno, con el medio humano, esto es, el conjunto de relaciones sociales del hombre, la sociedad. De ahí que haya que preguntarle a los medios de comunicación, especialmente a los electrónicos, qué posibilidades de interacción ofrecen con el entorno.

La política de comunicación regula en el tiempo las condiciones de comunicación de un número de personas en un espacio culturalmente determinado. Se corresponde, pues, con política social, política de orden, política educativa, política cultural, al determinar las libertades que deben proceder a la valoración política.

La relación entre comunicación y política se reduce al acceso de los medios. El aspecto político de la comunicación social adquiere así una dimensión de primera magnitud. La política de información, contemplada bajo la perspectiva de la lucha por el acceso a los medios, se remite así a la participación como tal.

La situación actual puede verse bajo dos puntos de vistas contradictorios. Uno de ellos centra la atención en los objetivos políticos mediante la regulación de las comunicaciones. El otro relativiza las regulaciones políticas como medio de un

proceso de comunicación fundamentalmente abierto. De donde se deducen valoraciones distintas para la política de comunicación y para la política de medios. La política de comunicación responde a las bases de los órdenes políticos, mientras que la política de medios tiene por objeto la lucha por la accesibilidad de y a los mismos.

Si la política de información está estrechamente vinculada a la política de educación y formación, en el ámbito de la estructura política y del orden básico, en el proceso político se convierte en política de medios, para pasar como estrategia política de los gobernantes a política de comunicación. No sólo en la lucha por el acceso a los medios, necesaria para la correspondiente información, sino que abarca el conjunto de medios de comunicación y, con ellos, la capacidad de comunicación de la población.

DEMOCRATIZACION DE LOS MEDIOS

Los medios de comunicación social, en general, y los medios públicos, en particular, desempeñan un papel constituyente en la democracia. Precisamente por eso se mantienen en dependencia tanto a los medios como a sus trabajadores. Desde el punto de vista de la comunicación social, conocer y publicar, hablar de la utilidad del conocimiento, significa preguntar por la utilidad de los medios públicos de comunicación social, por su *valor de uso*. La cuestión de la utilidad del conocimiento lleva a la de la objetividad de la información periódica y a la de su democratización, así como a la de la libertad de comunicación. En comunicación es libre quien dispone de los medios para expresarse.

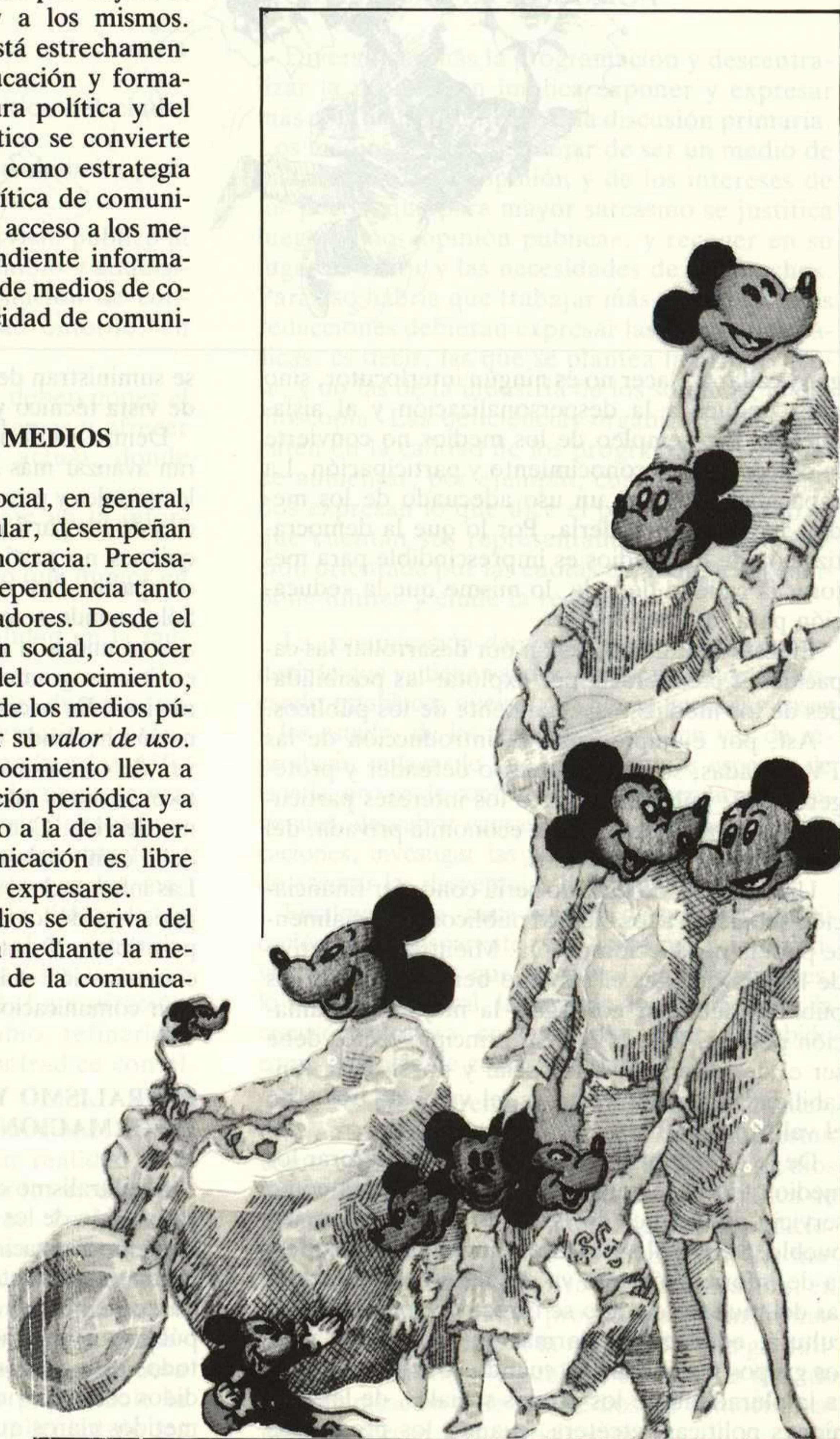
La democratización de los medios se deriva del deseo de mejorar la comunicación mediante la mejora de sus medios. La finalidad de la comunicación social estriba en aumentar la calidad de vida, ampliando el conocimiento del entorno, contribuyendo a la formación de opinión, voluntad y sentimientos democráticos.

Según esto conviene preguntar:

1) Si los medios públicos de comunicación social satisfacen las necesidades ciudadanas de información, comentario, entretenimiento y orientación, de recibir información independiente y contextualizada y de articular su opinión en el proceso democrático.

2) Si los principios de organización responden a las funciones deseadas.

Desde la perspectiva del consumo, el uso acrítico de los medios se contrapone a la mejora de la calidad de vida. El aparato que se puede apa-





gar y callar a placer no es ningún interlocutor, sino que conduce a la despersonalización y al aislamiento. Este empleo de los medios no convierte la percepción en conocimiento y participación. La capacidad de hacer un uso adecuado de los medios hay que aprenderla. Por lo que la democratización de los medios es imprescindible para mejorar la calidad de vida, lo mismo que la «educación para el tiempo libre».

En este sentido aún están por desarrollar las capacidades creadoras y por explotar las posibilidades de los medios, especialmente de los públicos.

Así, por ejemplo, ante la introducción de las TV privadas, se hace necesario defender y proteger las TV públicas frente a los intereses particulares, independizarlas de la economía privada, del Gobierno y de los partidos.

Una manera de hacerlo sería conceder financiación suficiente a los medios públicos, especialmente para la producción propia. Mientras el objetivo de los privados es el máximo beneficio, el de los públicos debe ser conseguir la mejor programación posible. De ahí que su principio rector debe ser el de la rentabilidad social y no el de la rentabilidad financiera, esto es, el valor de uso y no el valor de cambio.

De lo que se trata, por tanto, es de mejorar los medios, de desarrollar sus potencialidades como servicio público, es decir, como cosa pública, del pueblo. Se cumple esta tarea cuando hay una oferta de información que va desde la noticia local a las del mundo, cuando se ofrece entretenimiento, cultura, educación y formación continuada para los grupos más diversos, cuando se toma en cuenta la pluralidad de los grupos sociales, de las opiniones políticas, etcétera, cuando los programas

se suministran de modo impecable desde el punto de vista técnico y de producción.

Dentro ya de las alternativas, los medios deberían avanzar más allá del ofrecimiento de los rituales sociales y presentar las motivaciones y experiencias de sus participantes, comunicar también las de quienes no participan y preguntarles por qué no comparten las opiniones socialmente corrientes. Sólo cuando se escucha y muestra la otra parte se acerca uno a la objetividad (y realidad) postulada en los programas. La verdad implica numerosos matices. Es necesario demostrar la heterodeterminación haciendo otro periodismo. Por ejemplo, en vez de contar acontecimientos, de narrar el acontecer, valorar más el estado de cosas, las condiciones de vida. Con las comunicaciones se puede y se debe cambiar la cultura y establecer otros valores. Las informaciones tienen que ser reducibles a la experiencia de los consumidores para que sean comprensibles. Y entender, en suma, que libertad de comunicación es libertad para comunicar y para recibir comunicaciones.

PLURALISMO Y ACCESO LIBRE A LA INFORMACION

El pluralismo debe reflejarse también en la organización de los medios, sobre todo los públicos. La democratización implica necesariamente su democratización interna, también en los privados. El punto de partida para el desarrollo de los medios públicos (y privados) debe ser el acceso libre de todos a una información amplia y plural. Entendidos como servicio público, los medios tienen cometidos claros que aún no han desarrollado:

— Dirigirse a toda la masa de usuarios con todas sus posibles diversificaciones.

— Demostrar que es posible realizar un servicio público con éxito, de manera que los medios privados se vean obligados a imitarlos.

— La responsabilidad social de promover la creatividad.

— Hablar a las minorías y hacer reflexionar a las mayorías sobre ellas.

— Fomentar la conciencia crítica del ciudadano.

— Ofrecer la igualdad de oportunidades para todos.

Lo importante es referir el servicio público al proceso comunicativo de intercambio y adquisición de conocimientos, de ampliación de conciencia y dominio de la realidad entorno; en suma, la libertad del hombre.

Los medios públicos pueden y deben poner el acento en la calidad de los programas y ofrecer alternativas a la programación actual, donde hay:

— Más protocolo que reportaje en la información.

— Más espectáculo ostentativo que humor en el entretenimiento.

— Más banalidad que originalidad en la música.

Entretener significa compensar durante un rato las debilidades y carencias emotivas y sentimentales. El entretenimiento apela a los déficit emocionales que todo el mundo tiene de vez en cuando. De esto vive la industria del entretenimiento. Pero el objetivo último del entretenimiento ofrecido mayoritariamente por los medios actuales no es el postulado ético de la coexistencia de los pueblos, sino el de ganar dinero con programas que explotan los instintos más primitivos (sexo y violencia). La aspiración de toda cultura ha sido, en cambio, refinarlos. El derecho del más fuerte se contradice con el ideal de los derechos humanos.

Como juego lucrativo con las emociones de los demás, el entretenimiento es en realidad una cuestión política, determinada por los medios del entretenimiento. Quien se distrae diariamente con el asesinato, la muerte, el fraude, la violencia bruta, aprende que el derecho del más fuerte, el egoísmo individualista, predomina sobre los derechos humanos, la solidaridad y la cooperación, y aprende también que la mejor manera de responder a las opiniones es partiéndole la cara a quien las expresa. La simplicidad de los

puños y no la diversidad de las opiniones y la fuerza de los argumentos racionales forma *voyeurs* cínicos y no ciudadanos democráticos.

MULTIPLICAR LA DISCUSION

Diversificar más la programación y descentralizar la producción implica exponer y expresar más conflictos, multiplicar la discusión primaria. Los medios tienen que dejar de ser un medio de distribución de la opinión y de los intereses de los pocos, que para mayor sarcasmo se justifica luego como «opinión pública», y recoger en su lugar el sentir y las necesidades de los muchos. Para eso habría que trabajar más en el sitio. Las redacciones debieran expresar las cuestiones básicas, es decir, las que se plantea la propia gente, y no las de la industria de los sondeos, la demoscopia. Las deficiencias organizativas repercuten en la calidad de los programas. Esta puede aumentar, por ejemplo, cuando los contenidos expresan lo que dice el pueblo y no sólo lo que cuentan sus representantes. La comunicación orientada por las cuotas de audiencia se impone límites y elude la realidad.

La comunicación democrática no debería reproducir lo que ya tiene validez, sino trascenderla buscando establecer nuevas relaciones entre las cosas y los estados de las cosas, producir, en vez de reproducir; indagar lo que los individuos esperan de la vida, en vez de confirmar las representaciones generales; descubrir causas, en vez de repetir justificaciones; investigar las ventajas de la paz, en vez de aceptar las desventajas del conflicto.

Finalmente, la única manera de que la comunicación sea transparente y se aproxime a la objetividad postulada es que sea plural: en las opiniones, lo social, lo cultural, las formas, los significados, la creación, etcétera, en suma, pluralismo concebido como ausencia de estética oficial.

En resumen: frente a las tendencias actuales, que en política de comunicación se manifiestan como era norteamericana, en política de medios como *lobby* de las transnacionales y en política de información como el abandono del papel tradicional de guardianes que se les asignaba a los medios, una política alternativa de comunicación, en el sentido de alternativa progresista y transformadora, debe promover a la *regulación* que garantice la utilidad social y pública, el valor de uso, de la comunicación y de sus medios, la democratización, el acceso y la participación.

ARTE Y MERCADO

Eduardo Arenillas



EN las sociedades contemporáneas que se basan, a partir de sus constituciones, en el «libre» mercado y en la «libre» competencia, se presupone que las profesiones liberales, y entre ellas los artistas, los científicos y los intelectuales, pueden desarrollarse en un marco suficiente de libertades.

Pero hay que tener en cuenta que el desarrollo al que se ha llegado en estas sociedades ha conformado unos poderes económicos y políticos que están determinando cómo se pueden desenvolver dichas libertades. Asimismo hay que tener en cuenta que el desarrollo económico está siendo prioritario frente a un desarrollo social y económico amplio, y que los beneficios de ese desarrollo están yendo principalmente a unos grupos determinados que detentan el poder.

Este sistema de «desarrollo», la producción capitalista, tampoco ha dejado fuera a los artistas, científicos e intelectuales, y actúa en sus producciones específicas de la misma manera que en las otras ramas de la producción: basándose en el máximo beneficio de los que controlan el poder económico y

de aquellos gobernantes que apoyan dicho poder. La sociedad de «libre» mercado deja un campo suficiente de libertades para que los hombres y mujeres profesionales de la creación artística puedan pensar que, desde sus talleres, tienen libertad para desarrollar su trabajo. Pero estos profesionales sufren los mismos condicionamientos y problemas que cualquier ciudadano: la clase social donde han nacido; la enseñanza familiar, escolar, religiosa e ideológica; la lucha por encontrar un espacio donde trabajar; los impedimentos para introducirse en el mercado en el que vender sus obras para poder seguir trabajando; la batalla por mejorar las leyes que inciden en su forma de vida y trabajo.

Los sistemas capitalistas, en países con constituciones democráticas que dejan un margen de libertades formales, no inciden tanto en la explotación de los artistas plásticos en el momento de la creación (dejando aparte los condicionamientos a los que se ve sujeto el creador, igual que cualquier persona de su sociedad, y las censuras indirectas que a veces obligan hasta a autocensurarse) sino en el momento de la venta o comercialización de la obra.

El mercado de las artes plásticas, sustentado en los nuevos medios de información y comunicación, ha ido creando una compleja trama de intereses económicos y políticos, que ya no son nacionales sino multinacionales, y que dominan y condicionan la producción artística y su distribución y comercialización.

Desde los centros que dirigen este mercado se determinan los estilos que van a tener más posibilidades de venta. Estilos que se publicitan a través de las ferias comerciales de artes plásticas y a través de las ventas millonarias en las salas de subastas, y son arropados por los medios informativos (principalmente la televisión) y por aquellos críticos de arte que trabajan para dichos centros del mercado. Los Ministerios de Cultura y similares Administraciones estatales están dependiendo cada vez más, en lo que se refiere a política artística, del mercado del arte y ayudan a publicitar aquellos estilos y aquellos artistas que el mercado ha lanzado previamente. De esta manera van quedando miles de artistas plásticos profesionales al margen del comercio de las artes plásticas y se ven en la necesidad de diversificar su trabajo, ocupándose a menudo en trabajos que nada tienen que ver con su profesión, para poder sobrevivir.

Las obras de artes plásticas van quedando de esta manera convertidas en un mero valor económico con el que se comercia como con otro valor económico cualquiera. Su valor socio-cultural está quedando relegado a un segundo plano o desapareciendo.

Parecería imposible que se esté dejando que el mercado determine en exclusiva lo que es válido o no en artes plásticas, porque suficientes ejemplos existen a lo largo de la historia que han demostrado cómo ciertas obras han dejado de tener interés cuando ha cesado el interés económico y político que las rodeaba, o, al revés, cómo obras a las que no se ha tenido en cuenta en vida del artista adquieren valor después de su muerte. Pero desgraciadamente se puede constatar que en la actualidad el mercado, formando ese entramado con ciertos críticos y medios informativos, con gestores de museos y otros funcionarios ministeriales, con salidas de subastas, ferias comerciales y galerías privadas, está determinando qué artistas plásticos profesionales pueden vivir o no de su trabajo.

Pero influyen también de forma importante en permitir qué artista pueda vivir o no de su trabajo, el tipo de enseñanza y la información que reciben los ciudadanos. Una población educada e informada de forma más científica, racional y democrática sería un contrapeso al mercado y podría generar

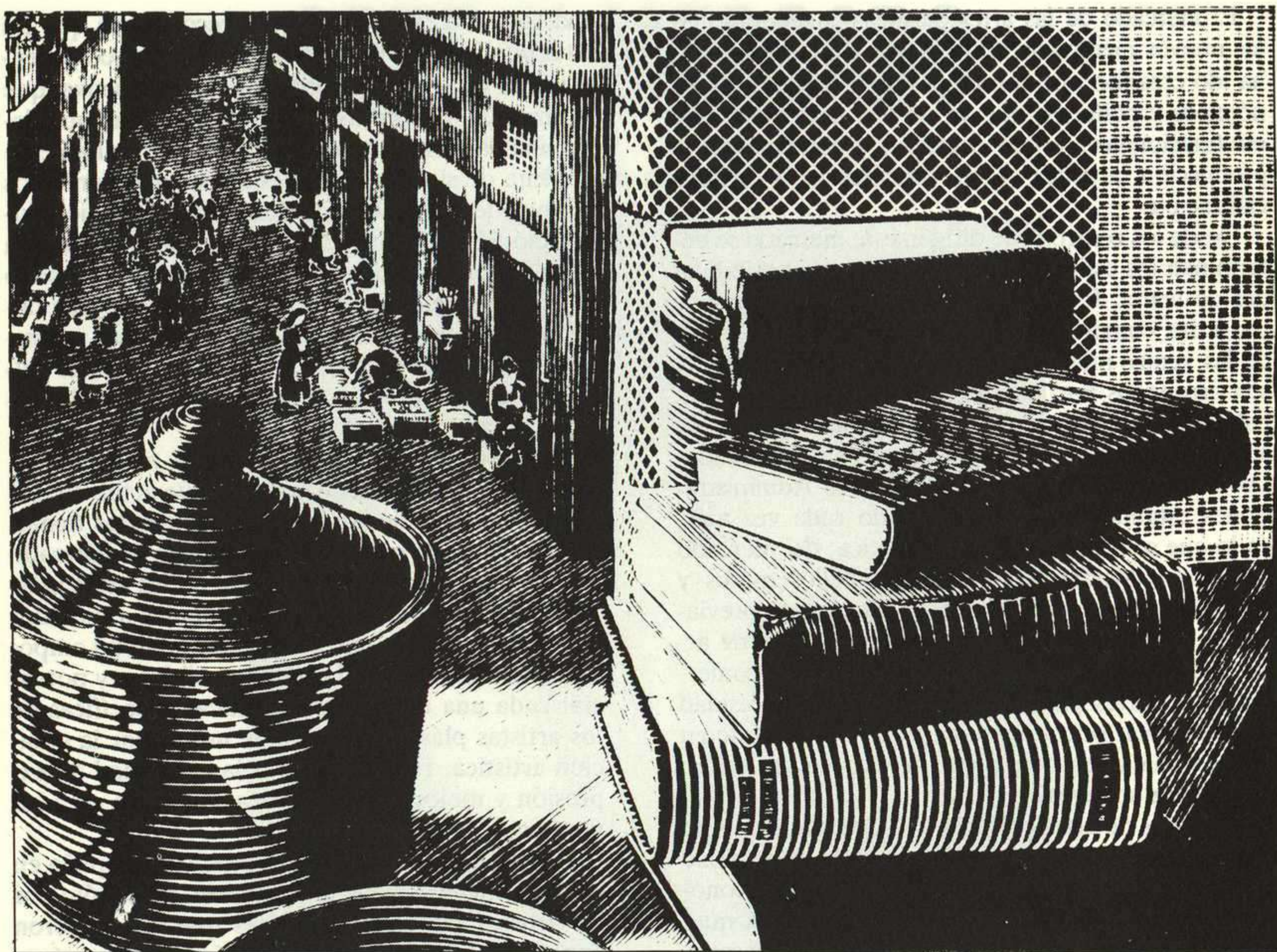
una sociedad que admitiese y reconociese que las artes plásticas son una actividad humana socialmente válida y a la vez económicamente productiva, que realizan unos profesionales a los que tiene que llegar una parte importante del producto resultante de la venta de sus obras, profesionales que tienen los mismos derechos y obligaciones que cualquier ciudadano. Ello, que no debería tener dificultades para ser admitido ya que está suficientemente probado en las sociedades occidentales a través del gran desarrollo que ha habido de las artes plásticas y constatado históricamente que éstas tienen un valor cultural y económico, sigue teniendo grandes dificultades para ser aceptado.

Aunque parece necesario que el mercado «libre» exista, no se puede permitir que actúe de forma exclusiva y dictatorial. Las sociedades democráticas pueden generar correcciones al mercado y tienen que corregir el mercado de las artes plásticas para que no se queden reducidas a un valor económico, ya que ello está suponiendo un empobrecimiento cultural. Hay que posibilitar y potenciar cada una de las características específicas de los artistas plásticos en vez de uniformar la creación artística. Hay que elevar la capacidad de expresión y mejorar la comunicación entre creador y espectador.

La riqueza cultural que ha habido en España en artes plásticas, si tiene importancia, no es sólo por los artistas plásticos singulares que consiguieron aportar el máximo de información y renovación a través de sus obras, sino también por las obras de todos aquellos artistas, hoy tal vez anónimos, que llenaron cada época con expresiones diversas y con soluciones distintas a problemas estéticos y formales.

En un país donde no se potencia a los artistas plásticos en general, es más difícil que surjan artistas singulares y si surgen y pueden vivir de su trabajo es a costa de los miles de artistas que van quedando relegados. *Pero es una decisión política el apoyar al conjunto de los artistas plásticos y considerar que dicho apoyo supone un gasto social necesario.*

Apoyos institucionales y económicos a las asociaciones progresistas y representativas de los artistas plásticos profesionales, una transformación radical de la enseñanza de las artes plásticas, apoyos sociales a los artistas plásticos profesionales, una organización más racional de las redes culturales, una información pública más científica, racional y democrática, podría ser un comienzo para resolver la situación que por ahora, salvo escasas excepciones, nadie está dispuesto a cambiar.



EL PROBLEMA DE LA SEGURIDAD SOCIAL DE LOS ESCRITORES

Andrés Sorel

LOS casos de Gabriel Celaya y Alfonso Grosso, tan aireados por la prensa, no son sino la excepcionalidad de una regla: el escritor carece de una Seguridad Social que incluya un seguro de vejez digno. Podríamos hablar de las difíciles circunstancias por las que atravesaron otros escritores ya fallecidos: Blas de Otero, Jesús Fernández Santos, Celso Emilio Ferreiro... Curiosamente todos fueron hombres destacados en la acción antifranquista. O el de José Bergamín. O los que tuvieron que emigrar a otros países para encontrar una forma de obtener lo que aquí se les negaba. El Estado, el poder, quiere escritores sumisos, a poder ser jóvenes que

figuren en su concepción del arte-moda, arte-mercancía, y no escritores críticos o conflictivos con la sociedad en que viven. Por otra parte, los editores no hacen nada para solucionar esta situación. Conciben la literatura como una de las ramas de la industria destinadas a producirle beneficios y sin ningún condicionante social o cultural. De ahí la polémica sobre el célebre dominio público. Lo que se oculta muchas veces en ella es que gracias al dominio público los editores obtienen un triple beneficio: de una parte no pagan derechos de autor a los escritores, ahorrándose así el 10 por 100 de los costes de edición; de otra se benefician de un mercado seguro pues siempre pu-

blicar a escritores jóvenes o desconocidos tiene más riesgos que sacar a los ya conocidos y consagrados, y, por último, son libros que además figuran en los planes de enseñanza y que se recomiendan, si no exigen, en institutos o universidades, con lo que la venta es más segura.

Larra hizo una frase tópica: escribir en España es llorar. Pero antes de Larra ya Cervantes mostraba el desamparo de la profesión mendigando en caridad lo que en justicia se le debía. Así, en carta fechada el 21 de mayo de 1590, escribía al Rey:

«Miguel de Cervantes Sahavedra dice que ha servido a S.M. muchos años, en las jornadas de mar y tierra que se han ofrecido de veintidós años a esta parte, particularmente en la batalla naval, donde le dieron muchas heridas, de las cuales perdió una mano de un arcabuzazo; y al año siguiente fue a Navarino y después de la de Túnez y a la Goleta; y viniendo a esta Corte con cartas del señor don Juan y del Duque de Sessa para que S.M. le hiciese merced, fue capturado de la galera «Sol», él y un hermano suyo; que también ha servido a S.M. en las mismas jornadas; y fueron llevados a Argel, donde gastaron el patrimonio que tenían en rescatarse, y toda la hacienda de sus padres y la dote de dos hermanas doncellas que tenían, las cuales quedaron pobres por rescatar a sus hermanos y después de libertados fueron a servir a S.M. en el reino de Portugal y a las Terceras con el Marqués de Santa Cruz, y agora están sirviendo y sirven a S.M. el uno de ellos en Flandes de Alférez; y el Miguel de Cervantes fue el que trajo las cartas y avisos del alcalde de Mostagán, y fue a Orán por orden de S.M.; y después ha asistido sirviendo en Sevilla en negocios de la Armada por orden de Antonio de Guevara, como consta de las informaciones que tienen, y en todo este tiempo no se le ha hecho merced alguna. Pide y suplica humildemente, cuanto puede a S.M. sea servido de un oficio en Indias de los tres o cuatro que al presente están vacantes, que es el uno la contaduría del nuevo reino de Granada, o la Gobernación de Sonocusco en Guatemala, o contador de las galeras de Cartagena, o Corregidor de la ciudad de la Paz, que con cualquiera de estos oficios que V.M. le haga merced, lo recibirá, porque es hombre hábil y suficiente benemérito para que V.M. le haga merced, porque su deseo es continuar siempre en el servicio de V.M. y acabar su vida como lo han hecho sus antepasados, que en ello recibirá muy gran bien y merced».

Hemos dado íntegra esta carta para mostrar hasta qué punto se humilla quien sería el mayor escritor español de todos los tiempos. En ella no

hay una sola línea que muestre su dedicación a la literatura, el legado que va a dejar a su pueblo: la literatura no se cotiza ni interesa al Rey o a los nobles a los que sirve. La contestación del Consejo de Indias fue escueta e insultante: «Busque por acá en que se le haga merced. En Madrid, a 6 de junio de 1590».

Es curioso que quienes más se oponen a algunas de las reivindicaciones de los escritores, sean precisamente escritores o editores vinculados a la derecha y a la nobleza española. Una conocida editorial publica textos clásicos, apoyados además por el Ministerio, que elimina costes de derechos de autor, porque naturalmente la cultura es un patrimonio público. Ahora bien, la noble Casa de esa editorial, que desde Flandes viene poseyendo media España, no duda en lanzar a la autoridad militar o a la justicia para desposeer a los campesinos extremeños de sus tierras y condenarles al paro y al hambre por los siglos de los siglos en aras de la intocable ley de la herencia y el patrimonio familiar.

Más reciente, ya en el siglo XIX, tenemos otro testimonio digno de resaltar. Nos referimos a unas líneas escritas por la viuda del poeta Gustavo Adolfo Bécquer, que también sufrió numerosas necesidades y penurias en su corta vida. Casta Esteban y Navarro, que moriría desamparada en el Hospital General de Madrid, escribía:

«Pobre y enfermo estaba mi ser, porque enferma y herida tenía mi dolorida alma, cansada de luchar contra mi destino, cuando se me ocurrió escribir estas mal trazadas líneas como último recurso para defenderme de la miseria y del hambre, que en esta tierra, patria de Cervantes y Calderón, es la única herencia que, por desgracia, alcanzamos las viudas de los poetas, cuyos horrores y privaciones son las recompensas conseguidas al brillo que a su patria dieron con sus plumas y su talento.»

SOLUCIONES YA

Creemos que el problema de la Seguridad Social de los escritores, actualmente en España, es lo suficientemente grave para que sea abordado por éstos en profundidad, y no se espere a soluciones coyunturales y excepcionales como las que en los meses precedentes se han dado al respecto a algunos casos. De ahí que en nombre de la Asociación Colegial de Escritores de España, que agrupa ya a 1.500 escritores, me haya encargado personalmente de realizar una encuesta a más de 2.500 escritores —y pedimos a quienes no nos ha-



yamos dirigido por carecer de su dirección participen igualmente en la misma— para abordar el presente tema que será posteriormente discutido en un Congreso Extraordinario de Escritores a celebrar en noviembre del presente año.

Estos son los datos que en ella exponemos:
Posibles temas a desarrollar:

— Seguridad Social y/o concierto con una empresa de servicios médicos y hospitalarios.

— Pensiones de jubilación con un fondo de ayuda para los escritores necesitados. (Los escritores que en estos momentos reciben pensiones de jubilación, vienen cobrando entre 30 y 45.000 pesetas mensuales, lo que nos parece absolutamente ridículo, dándose el caso además de que hubo que luchar para impedir que la Ley les impidiera seguir desarrollando su labor creativa si querían seguir cobrando su jubilación.)

— Casas de escritores o residencias para que en las mismas puedan desarrollar su obra durante estancias a determinar, aquellos escritores que por determinadas circunstancias necesiten este servicio. Y en cuanto a la financiación, abordamos como posibles los siguientes recursos para conformar ese Fondo Social que podría acometer estos gastos, independientemente de que puedan arbitrase otros distintos o complementarios:

— Cantidades pactadas con la Federación del Gremio de Editores a costa de la Ley de Dominio Público.

— Ley de Préstamos Bibliotecarios que ya funciona en la mayor parte de los países europeos, por la que el Estado, merced a sus presupuestos generales destinados a Cultura, paga un pequeño canon por los libros prestados para lectura en las bibliotecas.

— Derechos obtenidos por la compensación sobre la reprografía de los libros, tanto por la repro-

ducción como por la transformación y distribución, a sufragar por los empresarios, importadores o distribuidores de las máquinas reproductoras de fotocopias.

El cuestionario que remitimos a los escritores comprende las siguientes preguntas:

— ¿Quiere exponer su situación personal, necesidades concretas o problemas que de cara al futuro de su profesión le parecen más acuciantes?

— ¿Qué le parecen los temas a desarrollar y cómo piensa deberían ser abordados?

— ¿Qué otras soluciones aporta desde su punto de vista como fundamentales para resolver este problema?

Creemos que las autoridades del Ministerio de Cultura y de Trabajo, Seguridad Social, junto a la Federación de Gremios de Editores debe participar en estas conversaciones y aportar soluciones al problema. Si en un tiempo la Ley de Propiedad Intelectual, cuyo cumplimiento igualmente exigimos —tanto en los contratos, como en el Control de Tirada, liquidaciones, etcétera—, fue prioritaria para nosotros, ahora el tema de la Seguridad Social aparece como determinante.

El escritor, para realizar su labor creativa, debe ser crítico con los poderes públicos y privados, no estar mediatizado por ello. Y al tiempo tiene que tener las suficientes garantías para que su trabajo sea justamente remunerado y no esté acosado por los fantasmas del paro, el hambre, el desasistimiento en caso de enfermedad o vejez. Para que mientras viva tenga el mínimo equilibrio social que le permita desarrollar su labor, fundamental no ya sólo para la sociedad de su tiempo, sino como testimonio para el futuro.

Justicia, no caridad. Eso es lo que en la hora presente demandamos, en suma, los escritores en España.

Nuestra Bandera

es LA IZQUIERDA

SUSCRIBETE

TARIFAS DE SUSCRIPCION ANUAL

ESPAÑA:

Península 3.250 ptas.

Islas 3.060 ptas.

EUROPA 3.700 ptas.

AMERICA Y AFRICA 4.300 ptas.

ASIA Y AUSTRALIA 4.800 ptas.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

C/ Marqués de Monteagudo, 8 - 28028 Madrid

Tel.: 246 98 07/Fax: 361 17 74

Nuestra Bandera

JOVENES Y DELINCUENCIA

JOSE FERNANDO HERNANDEZ
ENRIQUE DE CASTRO
M^a DOLORS RENU I MANEM
JOSE LUIS SEGOVIA
ENRIQUE DEL RIO
JUANA ESCABIAS
Y BEGOÑA F. MARTINEZ



SALVEM E-
BARRI DEL
CARME

ASSOCIACIÓ VEINS
BARRI DEL CARME

PAIS VALENCIANO:

NACIONALISMO E IZQUIERDA

PEDRO ZAMORA / RAFAEL PLA

Nuestra
Bandera